

MANUEL ZAMORA  
CARRANZA

EL  
CRIMEN  
DE  
LARA

# PERSONAJES

Abdel Salam ben Hadi, físico y boticario del castillo de Lara, conocido como Benadí.

Alvar Gutiérrez, alcaide el castillo de Lara.

Andregoto Ruiz, esposa del regidor de la villa de Lara, Martín Domínguez.

Anwar ibn-Ahmed al-Afif, colega de Benadí albergado en el castillo de Lara.

Assur Fernández, conde de Monzón y de Castilla.

Beltrán, sacristán de la capilla del castillo de Lara.

Benadí, nombre castellanizado de Abdel Salam ben Hadi.

Blanca Álvarez, hija mayor del alcaide de castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Constanza, joven aldeana enajenada.

Domingo López, sacerdote beneficiado que atiende la capilla del castillo de Lara.

Dulce, dueña de las hijas del alcaide del castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Elvira Méndez, esposa del alcaide del castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Fernán González, conde de Lara y de Castilla.

Flaín Gómez, labriego, padre de Constanza y de la sirvienta Inés.

Gelmiro, cocinero jefe del castillo de Lara.

Gonzalo Martínez, hijo del regidor de la villa de Lara, Martín Domínguez.

Inés, camarera del castillo de Lara.

Jimena Martínez, hija del regidor de la villa de Lara, Martín Domínguez.

Lambra Álvarez, hija menor del alcaide de castillo de Lara, Alvar Gutiérrez.

Lope Fortúnez, caballero extrañado en el castillo de Lara, primo de Suero Fortúnez.

Martín Domínguez, regidor de la villa de Lara.

Mendo García, bolsero o tesorero del castillo de Lara (recaudador y administrador).

Munio Sánchez, caballero de la guarnición del castillo de Lara.

Pedro Álvarez, hidalgo y visitante asiduo del castillo de Lara.

Pedro López, caballero de la guarnición del castillo de Lara.

Rodrigo Rodríguez, condestable o jefe de la guarnición del castillo de Lara.

Sancha Sánchez, esposa del conde de Lara, Fernán González.

Sanchillo, joven criado de Benadí.

Suero Fortúnez, caballero extrañado en el castillo de Lara, primo de Lope Fortúnez.

Tello Ruiz, claverero o pitancero del castillo de Lara (mayordomo e intendente).

# Crónica de Lara

I En el nombre de Nuestro Redentor se inicia aquí la crónica del alfoz<sup>[1]</sup> de Lara durante el tiempo en que inició su gobierno el conde Fernán González, hasta su encarcelamiento por el rey de León, Ramiro II. En ella se mostrarán algunas de las cosas que ocurrieron en ese periodo de tiempo, tal como han sido vividas y han sido oídas; teniéndolas a todas ellas como verdaderas y respaldadas por el buen nombre del autor de esta crónica, Pedro Álvarez.

II Cuentan los antiguos que Fernán González nació en el castillo de Lara el año del Señor novecientos diez, hijo de Gonzalo Fernández, conde de Burgos y de Castilla, y de su mujer Muniadona. El niño, junto a su hermano Ramiro, creció en el temor de Dios, rodeado del cuidado de sus ayos y de las atenciones de sus criados. El año novecientos treinta y uno, heredó el título de conde de Lara y, a partir de ese momento, llegó a ser señor de Burgos, de Lantarón, de Cerezo, y de Álava. Finalmente, fue nombrado conde de Castilla por el rey Ramiro de León. Fue un buen gobernante, franco, activo y pacífico con sus vasallos. En su tiempo atrajo al alfoz de Lara a muchos hombres poderosos y repobló sus campos con campesinos atraídos por la concesión de alodios<sup>[2]</sup>

III El conde Fernán González casó con Sancha Sánchez, hija de Sancho Garcés, rey de Pamplona, y la influyente reina Toda Aznárez. Sancha había estado casada antes con el rey de León, Ordoño II, y con el conde alavés Álvaro Herrameliz, con ninguno de los cuales tuvo descendencia. Su matrimonio con Fernán González se vio bendecido por cuatro hijos y tres hijas, una de las cuales, Urraca, casó con el rey de León, Ordoño IV, y, tras la muerte de éste, lo hizo con Sancho Garcés II, rey de Navarra.

IV En la primavera del año novecientos treinta y tres, el conde Fernán González fue informado de que un gran ejército musulmán avanzaba por el camino de Medinaceli, amenazando a las plazas

castellanas de Osma y San Esteban de Gormaz. El conde se preparó inmediatamente para desbaratar la aceifa<sup>[3]</sup>, mientras que sus mensajeros partían presurosos a León, para avisar al rey Ramiro. Mientras el rey reunía sus huestes, el ejército del califa Abderramán saqueó toda Castilla, llegó hasta Navarra, donde consiguió el vasallaje de la reina Toda, y terminó incendiado Burgos. En sus correrías, los sarracenos tuvieron que soportar multitud de emboscadas y ataques repentinos por parte de los cristianos, siendo el más importante el choque de Hacinas<sup>[4]</sup> protagonizado por el conde Fernán González y sus huestes.

V Cuando la aceifa volvía hacia *Al-Andalus*, se encontró ante los muros de Osma con el ejército que había logrado reunir el rey de León. La lucha fue tremendamente dura y finalizó con una rotunda victoria de las tropas leonesas, que tomaron miles de prisioneros. En su huída, los musulmanes abandonaron todo el botín que habían conseguido durante su prolongada incursión en tierras castellanas. La actuación del conde Fernán González en esta campaña impresionó tanto a sus vasallos que lo tomaron como paladín de su seguridad y el propio rey Ramiro, convencido de las virtudes militares del joven conde, le renovó su favor y lo confirmó en su importante cometido de gobernar el condado oriental de su reino.

VI Tras la batalla de Osma se produjo una etapa relativamente pacífica, con constantes y sangrientas incursiones y toda clase de correrías en las zonas fronterizas. Durante ese tiempo, el rey Ramiro ayudó a la sublevación que hubo en Zaragoza contra el emir cordobés y fortaleció las milicias de todos sus reinos, gallegos, astures, leoneses y castellanos y consiguió una importante alianza con la reina Toda de Navarra. Por otra parte, el año del Señor novecientos treinta y nueve, Abderramán III, al-Nasir<sup>[5]</sup>, para vengarse del apoyo leonés a los sublevados de la Marca Mayor<sup>[6]</sup>, armó un ejército de más de cien mil hombres e inició la que llamó la campaña del Supremo Poder contra el orgulloso reino de León. En el verano de aquel año, los dos ejércitos se enfrentaron en los



alrededores de la ciudad de Simancas, donde se dio una cruenta batalla que finalizó con la victoria cristiana y la fuga precipitada del propio califa y los restos de su armada. En la persecución que iniciaron los leoneses, aún tuvieron ocasión de infringirle a los sarracenos gravísimas pérdidas en la escaramuza de Alhandega.

VII La victoria conseguida en Simancas fue, sin ninguna duda, la más importante que habían conseguido los reinos cristianos contra los invasores islámicos desde la batalla de Rocesvalles. Su fama se extendió por todos los reinos de occidente y con ella la de los capitanes que la hicieron posible, como el propio rey Ramiro y los condes Fernán González y Assur Fernández. La frontera se desplazó desde el río Duero hasta el río Tormes y en esa zona se repoblaron muchas ciudades, como Salamanca, Sepúlveda y Ledesma, y todos sus campos. El califa descargó su derrota en sus oficiales y crucificó a varios centenares de ellos acusados de traición. Al-Nasir nunca volvió a dirigir su ejército en el campo de batalla.

VIII El prestigio conseguido por Fernán González en la batalla fortaleció su deseo de engrandecer su condado y comenzó a tomar decisiones sin conocimiento del rey. Éste, por su parte, entró en sospechas de que el conde deseaba separarse del reino de León, expandiéndose hacia el sur. Para evitar éste último afán, Ramiro creó al suroeste del territorio de Castilla el nuevo condado de Monzón, que cedió al fidelísimo y esforzado Assur Fernández. El Conde de Castilla consideró la creación de ese nuevo condado como una limitación a su posible expansión hacia las tierras de Extremadura, por lo que se sintió fuertemente agraviado e inició el proceso de convertir su condado en hereditario.

IX El enfrentamiento entre el Rey Ramiro y el conde Fernán González se resolvió cuando el primero convocó al segundo a una reunión para tratar sus diferencias. El confiado conde asistió a la reunión y se vio sorprendido al ser detenido por orden del rey y encarcelado en una de las torres de León. La noticia llegó a Castilla con el nuevo conde nombrado por Ramiro, que no era otro que Assur Fernández, el cual inmediatamente tomó las medidas precisas para



contener cualquier muestra de apoyo popular a favor de su buen señor Fernán González.

XI El encarcelamiento del conde provocó una gran tristeza en todo el alfoz de Lara, que organizó rogativas por su liberación, y se mantuvo esperanzado en que la valía y la capacidad de su príncipe le llevarían finalmente a conseguir su libertad y su reposición en el condado. Durante esa época oscura de ausencia del buen conde, en su castillo de Lara sucedió un acontecimiento que llegó a conocerse en todos los reinos como el crimen de Lara. Debido a que el autor de esta crónica fue testigo de lo sucedido, tratará de describirlo con todo detalle en lo que sigue.

# Capítulo I

Lunes, 13 de noviembre de 943<sup>[7]</sup>

Abdel Salam ben Hadi, físico<sup>[8]</sup> y boticario mahometano del castillo de Lara, se encontraba operando sobre la mesa de piedra que presidía su estancia de trabajo. Actuaba de forma rápida, precisa y con una delicada seguridad que le confería a sus movimientos un nivel de afectación muy característico. En ese momento, contemplaba con atención el goteo del destilado que caía de la boca de la retorta al frasco de recogida y, cuando comprobó que éste se encontraba suficientemente lleno, lo retiró. Con diligencia se protegió las manos con sendos paños y, levantando la retorta del atamor<sup>[9]</sup>, la depositó

sobre un cesto dispuesto en la mesa de piedra de forma que sus gotas cayeran en el recipiente de los residuos. Cogió el frasco que había llenado, lo tapó con un corcho y lo selló aprovechando el lacre que iba fundiendo con la ayuda de una vela encendida. Hecho esto, escribió algo en un pequeño papel que pegó con cola arábica al recipiente, se acercó a un armario apoyado contra la pared y, abriéndolo, depositó el frasco en su interior con sumo cuidado. Finalmente, cerró el armario con una de las llaves que colgaban de su cinturón.

Una vez terminadas todas esas operaciones, el boticario se volvió hacia su acompañante, que lo había estado observando con suma atención, y le dijo con ese tono casi triunfal que expresa la satisfacción por el trabajo bien hecho:

- Bueno, mi buen amigo, por el olor que se extiende en la estancia debo aceptar que vuestra receta es magnífica y el aroma obtenido es consistente y muy delicado.

La respuesta no se hizo esperar. Anwar ibn-Ahmed al-Afif – que era el nombre de su acompañante – aseguró en tono adulator:

- Realmente habéis realizado mis indicaciones con tanta destreza y fortuna, que ni yo mismo hubiera podido hacerlo mejor.

ben Hadi, o mejor Benadí como era conocido en Castilla, lo miró de reojo y, esbozando una taimada sonrisa, añadió:

- Os agradezco vuestra lisonja, que tomo más como una prueba de amistad que de competencia. De cualquier manera, la fórmula ha sido realizada satisfactoriamente y espero que la

dama para la cual la he llevado a cabo quede plenamente satisfecha. Siempre es de temer la reacción de las señoras ante cualquier novedad, y este perfume lo es.

- Si tiene valor mi experiencia, - apostilló Anwar - puedo aseguráros que muchas damas de Zaragoza han disfrutado usando el perfume que acabáis de producir.

Benadí se acercó de nuevo a la retorta y cuidadosamente la palpó para comprobar que se había enfriado lo suficiente. Entonces cogió un tapón de piel y selló fuertemente su boca. Terminada esta operación, se volvió a su joven criado, que había permanecido en un rincón medianamente atento a las acciones y a las palabras, ordenándole:

- Sanchillo, corre, abre todas las ventanas.

El criado comenzó a realizar la operación cuando Anwar se dirigió a su colega con la voz un tanto alterada:

- Pero... ¿cómo es posible que ordenéis abrir las ventanas con el frío que hace? ¡Nos vamos a congelar!
- No temáis, que peor es soportar la humedad y la oscuridad de las mazmorras. Debéis saber que muchos clérigos cristianos son completamente opuestos al uso de los perfumes, pues estiman que aumentan la lascivia tanto de los que los usan como de los que los huelen, acrecentando el peligro de dejarse llevar por el dulce pecado del amor. Naturalmente, el alcaide del castillo castigará a todo aquel que contradiga las normas dictadas por el capellán, que pertenece, convencido, a los clérigos enemigos de los aromas artificiales. A propósito, para

disimular aún más el olor que flota en el ambiente, quemaré un poco de azufre para que produzca otro efluvio infernal que, junto con el perfume, haga irreconocible el olor del aposento.

Dicho esto, Benadí, tomó un poco de polvo amarillo de un tarro que estaba sobre la mesa de piedra y lo echó con cuidado sobre las brasas del atamor. Inmediatamente, se expandió por el aire un tufo sulfuroso inconfundible y muy desagradable. Anwar, sin ocultar su sorpresa, comentó con su compañero:

- Y decidme, mi docto colega, ¿cómo reaccionan las damas del lugar ante esa curiosa prohibición?

Benadí meditó un momento la respuesta y, tras agitar los brazos en el aire para esparcir la desagradable humareda que acababa de producir, añadió con una lentitud y una sorna estudiadas:

- Como cabría esperar de tan delicado sexo, las damas mayores siguen al pie de la letra las indicaciones del capellán y les sirven de confidentes. Pero las más jóvenes utilizan estos aromas, unas moderadamente, pero hay otras que se echan con todo descaro en los brazos del temible diablo odorífero.
- Y a esas últimas damas tan arriesgadas ¿qué les pasa?

El boticario amplió aún más su sonrisa y con una mirada de socarronería le confesó a su acompañante:

- Pues nada, que huelen bien y todos disfrutan de su fragancia. Como mucho, pueden llegar a convertirse en protagonistas de algunas habladurías maliciosas.

Algo desconcertado, Anwar ignoró la última respuesta por

considerarla una chanza de su amigo, y continuó tratando de establecer una línea lógica de razonamiento en la conversación que mantenían

- Lo que he visto y lo que me contáis me confunden sobremanera. Decidme, mi buen Salam, en esta fortaleza no debe abundar el agua y, por tanto, las abluciones que requiere el aseo corporal no deben hacerse con mucha frecuencia. ¿Cómo, entonces, disimulan los olores que desprende el cuerpo, sobre todo en verano?

El *hakim*<sup>[10]</sup> del castillo se sintió sorprendido por la deriva que tomaba la conversación ante el comentario de su invitado. Pensó que la atrevida apreciación de su colega acerca de la higiene de los habitantes de la fortaleza podía esconder una crítica negativa hacia los mismos. Sin embargo, tras un breve análisis y considerando su reciente llegada, concluyó que sólo trataba de conocer los hábitos de los castellanos con los que habría de convivir, por lo que le contestó pausadamente:

- Existen algunas soluciones parciales, aunque la verdad es que sus resultados son muy pobres. Por ejemplo, guardan sus ropas junto con hierbas aromáticas que les transmiten un tenue perfume, o bien se frotan el cuerpo con esas mismas hierbas. Las damas usan con frecuencia la poma, que es una bola metálica perforada y repujada que llenan de sustancias fragantes, como el sándalo, la mirra o el almizcle y que la llevan colgando de la cintura. De todas formas, lo cierto es que la presencia de los habitantes de la fortaleza se detecta con mucha frecuencia por el sentido del olfato.

Anwar sonrió ante la desenfadada explicación de su colega. Pero no estaba dispuesto a ceder en la crítica iniciada hacia los que creía infieles. Era un creyente convencido y riguroso de la doctrina de Mahoma y le costaba mucho no considerar rivales a aquellos gentiles tan altivos como seguros. Además, en el escaso tiempo que llevaba junto al físico de Lara, le había parecido que estaba demasiado adaptado a las costumbres y a la mentalidad de los cristianos, con posible abandono de la ortodoxia islámica. Toda la conversación iba desarrollándose con fluidez y afabilidad pero, en aquel momento, Anwar trató de comprobar sus temores sobre la actitud religiosa de Benadí, para lo cual extendió su juicio más allá del mero aspecto físico:

- No dejan de sorprenderme estos cristianos, tan atentos siempre a la pureza espiritual y tan dados a descuidar su limpieza externa.

El anfitrión cambió inmediatamente la opinión sobre la ingenuidad de los comentarios de su huésped y, temiendo que sus críticas siguieran en aumento, contestó por elevación, tratando de terminar con el objeto de la charla:

- La promesa del castigo después de la muerte no parece tener la suficiente fuerza para contener las pasiones humanas. Por eso los clérigos cristianos recurren a disposiciones restrictivas para contener los deseos humanos, aunque yo creo que en lugar de frenarlos les conceden la deliciosa atracción de lo prohibido.
- Muy escéptico os veo en lo que se refiere a la capacidad de la religión para guiar las vidas de los creyentes. – Reprendió



Anwar y continuó preguntando con toda intención. - ¿Esas opiniones también las extendéis a las sabias palabras del Profeta?

Benadí comprendió inmediatamente el propósito de su interlocutor. Pensó que no era necesario descubrir su intimidad ante aquel invitado circunstancial que se comportaba tan atrevidamente y tratando, ahora, de trivializar aquella enojosa conversación le respondió:

- Por supuesto que no, querido amigo, nuestras normas de vida son mucho menos exigentes y truculentas que las que gobiernan las vidas de los cristianos. Nuestros anfitriones se sienten con frecuencia demasiado encorsetados y les resulta muy difícil cumplir sus mandamientos. A la postre, todos somos seres humanos sometidos a las mismas tentaciones. Pero venid, pasemos a otro aposento donde el ambiente sea más acogedor.

Los dos físicos atravesaron una puerta lateral que les condujo a otra estancia más reducida que la anterior, iluminada por dos pequeños ventanales entre los que ardía alegremente el fuego de una chimenea de mediana prestancia. En el centro de la habitación había una amplia mesa, alrededor de la cual estaban dispuestos unos sillones de cuero cuyo aspecto no les confería la condición de cómodos. Ambos médicos ocuparon sendos asientos próximos a la chimenea, extendieron sus manos hacia el fuego frotándolas y se relajaron en sus incómodos sillones.

Benadí era un hombre de estatura media con propensión a la obesidad, que aún parecía lejana. Presentaba un porte noble que quedaba potenciado por la ceremoniosa forma de moverse que tenía. Su rostro redondo y mofletudo estaba coronado por una amplia frente

que se elevaba más allá del teórico arranque del cabello. Tenía unos ojos negros vivaces, algo hundidos y bien enmarcados por unas abundantes cejas; en cuanto a su nariz recta y generosa parecía revelar un carácter voluntarioso y entrometido y, por fin, su boca bastante sumida se perdía en la frondosa barba que ocupaba toda la parte inferior del rostro. En conjunto, parecía un hombre bondadoso propenso a la comprensión y a la afabilidad.

Anwar era algo más alto que su colega y poseía un cuerpo enjuto y escaso de grasa. Tenía un rostro algo triangular, con una frente alta, unos pómulos escasos y un mentón que se prolongaba hacia adelante más de lo debido. Sus ojos, redondos y grises, presentaban unas lívidas ojeras que concedían una especial profundidad a su mirada; su nariz aguileña ennoblecía la expresión y su boca amplia mostraba con mucha frecuencia unos dientes blancos y bien dispuestos. Presentaba una piel muy morena, demasiado para ser considerado un árabe, y poseía una barba muy cuidada que terminaba en una perilla en punta que fortalecía la silueta geométrica de su rostro. Su aspecto general reflejaba a una persona retraída e íntimamente rígida.

Una vez que los dos amigos se sintieron reconfortados por el calor de la chimenea, el bueno de Benadí se levantó, volvió a su botica y regresó con una bandeja donde portaba una tetera humeante, unos vasos bellamente decorados y una jarra de agua. Sirvió el té y, mientras tomaban algunos sorbos, Anwar atacó el tema que más le preocupaba:

- Permitidme, estimado Salam, que os plantee unas preguntas cuyas repuestas pueden ayudarme considerablemente. ¿Os

costó mucho adaptaros a la vida de los cristianos?

- Oh! – exclamó sorprendido Benadí – ya ni me acuerdo... ¡hace tanto tiempo! Pero sí me viene a la memoria el trauma que supuso pasar de la ajetreada vida ciudadana, a la que llevo ahora, tan tranquila, tan reducida y tan... castrense.
- Pero... las costumbres, las relaciones personales y la visión de la vida de estos castellanos deben ser muy diferentes a las que se dan en nuestras comunidades de *Al-Ándalus*. ¿Cómo, entonces, debo comportarme para vencer la añoranza y poder ser aceptado?

Benadí reflexionó un instante, se percató de la importancia que para Anwar tenían sus preguntas y comprendió que toda la charla anterior había sido una simple preparación para formularlas. El zaragozano le parecía un hombre poco flexible y muy severo en sus juicios, por lo que decidió darse un tiempo de reflexión antes de darle una respuesta. Para conseguirlo, recuperó el protocolo de una tardía bienvenida que se esforzó en que resultara afable,

- Antes de responderos, debéis perdonad mi desatención. La verdad es que me he dejado llevar por la tentación de experimentar la fórmula del perfume que me habéis proporcionado y olvidé interesarme por vuestra situación actual. Os ruego que no me lo tengáis en cuenta, pues me he limitado a caer en la tentación de la curiosidad profesional.
- No os preocupéis, - respondió el zaragozano - yo también me vi arrastrado por la satisfacción de proporcionaros esa novedad.

La dilación conseguida con la expresión de cortesía le permitió a

Benadí ordenar sus ideas para tratar de ayudar a su compañero en la medida de lo posible.

- Pero volvamos a vuestra pregunta. Nuestras relaciones con los cristianos tienen dos vertientes muy importantes. La primera se refiere a la religión, respecto a la cual conviene que atendamos al sura <sup>[11]</sup> 29 del sagrado Corán, que comienza diciendo “*No discutáis de las escrituras sino con buenos modales*” y termina “*Nuestro Dios y vuestro Dios es Uno, pero nosotros somos los verdaderos fieles*”. Conviene, por tanto, que seamos condescendientes, nos comportemos con naturalidad, sin que se nos note nuestra generosa actitud de considerarnos a su mismo nivel, pues de otra forma podríamos herir su orgullo, lo que no es aconsejable.

Los colegas se quedaron meditando la última afirmación de Benadí que, tras comprobar la actitud receptora de su interlocutor, añadió:

- La segunda trata de las costumbres, respecto a las cuales conviene que mantengamos la prudencia como guía. Es preciso observar sus comportamientos antes de llegar a valorarlos y, si no hay más remedio, discutirlos. Pero, aún en este último caso, nuestras razones deben ser comedidas y respetuosas para no provocar una reacción airada. Muchos de estos cristianos no conocen más que el estrecho marco en el que se desarrolla su vida y tratar de sacarlos fuera de ese contexto puede provocar una dura refutación.

El *hakim* del castillo no pareció quedarse satisfecho con estas palabras, se quedó meditabundo, como mascullando algo que tenía

muy dentro de sí y que le costaba formular con palabras:

- Pero hay algo que debéis asumir desde este momento: viviréis entre ellos, pero nunca seréis uno de ellos. Os enteraréis de todo lo que sucede a vuestro alrededor, pero nunca llegaréis a conocer sus motivaciones profundas. Siempre seréis un extranjero, alguien diferente en quien no confiar del todo. A pesar de lo cual, vos terminaréis adaptándoos a la mayor parte de sus hábitos y podréis vivir en un entorno amigable, aunque siempre como un intruso.

Anwar se quedó pensativo mientras mantenía fija una mirada vacía en las ardorosas llamas de la chimenea. Su colega lo contemplaba con cierta curiosidad y no poca inquietud, mientras imaginaba los negros pensamientos que estarían cruzando su mente. Si pretendía quedarse entre los cristianos tenía por delante una difícil vivencia, sobre todo si mantenía la severidad personal de la que parecía hacer gala. Esperó a que continuase preguntándole pero, para su sorpresa, el zaragozano persistió en su silencio. Concluyó que debía de resultarle muy duro el panorama que se le abría por delante, así que, para ayudarlo, trató de distraerlo haciéndole una pregunta:

- Pero decidme ¿vuestra actividad en Zaragoza consistía en atender a algún noble?

Anwar pareció despertar de una pesadilla y con evidente esfuerzo consiguió recomponer su figura y su gesto para contestar con amabilidad,

- No, nada de eso. Yo vivía con mi hermano Kamal y entre ambos regentábamos un establecimiento donde yo aportaba la

farmacopea y él las especias, pues se dedicaba a su comercio. Desgraciadamente, mi hermano murió en circunstancias muy desdichadas y yo me he visto obligado a venir a Castilla.

- Lamento vuestra desgracia y, decidme, ¿de qué mal murió vuestro hermano?

Al zaragozano se le veía afectado y visiblemente compungido. Agitó la cabeza repetidas veces como si tratara de expulsar sus malos recuerdos y con una mirada huidiza le contestó a Benadí:

- Bueno, en realidad no se trató de una enfermedad sino de un accidente, pues se cayó al río y se ahogó.
- En verdad, – añadió el boticario con expresión lastimera - vuestra desgracia ha sido grande, sólo os deseo que seáis capaz de recuperar pronto la paz de vuestro espíritu.

Anwar, encogido sobre sí mismo, agradeció con un gesto las palabras del médico. Un silencio denso se interpuso entre los dos hombres, cada uno de ellos sumido en sus propias reflexiones. Finalmente, Benadí procurando hacer volver a su compañero desde el triste mundo de los recuerdos a la realidad, y le manifestó,

- Dejemos atrás el pasado y volvamos al presente. Recordad que estáis en el castillo de Lara con vuestro viejo compañero de estudios en Toledo. Podréis descansar aquí algunos días en los que dispondréis de mi laboratorio para vuestros ensayos, sobre todo por las mañanas en las que me ocupo de la salud de los habitantes de la fortaleza y, a veces, hasta de los de la villa.

El físico de Zaragoza no pareció acoger con demasiada

satisfacción el ofrecimiento del bueno de Benadí y, sin embargo, mantuvo la mirada baja para confesar lo siguiente:

- Me estáis prestando un gran servicio, pues no sólo me acogéis sino que me reconfortáis y me aconsejáis como un buen amigo. Os agradezco de corazón vuestros desvelos por mi persona. En cuanto al uso de vuestros medios de trabajo, trataré de perturbaros lo menos posible.

Benadí consideró que la crisis que habían provocado las perspectivas de ausencia y el cambio de vida de su compañero había pasado y, sin dudarlo, inició otro tema de conversación con dos fines, distraer la lacia atención de su colega y satisfacer su insaciable curiosidad sobre el futuro de éste.

- Pero Anwar, aún no me habéis explicado cual es vuestro destino.
- ¡Ah! Amigo ben Hadi, esa cuestión me resulta bastante inquietante – respondió el interpelado saliendo fatigosamente del mustio abatimiento en el que parecía haber caído. - Hace unos meses recibí la misiva de un físico judío con el que tuve una relación fraternal durante una de mis estancias en Córdoba. En ella me proponía que le sustituyera como médico y boticario en el Monasterio Real de San Benito, que está situado en Sahagún, dentro del reino de León. Según me dijo, esa comunidad monástica dispone de grandes extensiones de tierra y cuantiosas rentas, por lo que las condiciones que me ofrecieron resultaron muy favorables. Finalmente, decidí aceptar y aquí me tenéis camino de mi nuevo y desconocido destino donde, al menos, espero encontrar la paz y la tranquilidad que



he perdido en la orilla del Ebro. Además tengo la esperanza de poder continuar mis estudios sobre alquimia que, con mis desgracias, he tenido que abandonar.

El boticario de la fortaleza sonrió ante las esperanzas manifestadas por su colega y por las excelentes perspectivas que parecían abrirse ante él. Benadí ensayó diversos gestos hasta que consiguió algo parecido a un aire burlón y, marcando mucho los tiempos, le espetó a su interlocutor:

- Amigo mío, me alegro mucho de que vuestras expectativas se ajusten tanto a lo que necesitáis, estoy seguro que podréis ser muy dichoso en un lugar tan retirado y pacífico. Pero ya que antes os preocupasteis por la higiene de los cristianos, preparad vuestro olfato, pues los monjes consideran que el cuerpo, al que llaman la carne, es el nido de todas las pasiones y por él rezuman todos los pecados, en particular la pereza, la gula y, sobre todo, la lujuria, por lo que no creo que lo mortifiquen demasiado con frías abluciones.

Anwar sonrió distendidamente, se removió ligeramente en su asiento y entornando los ojos con el grotesco gesto de hacer un gran esfuerzo mental, añadió:

- Acepto vuestro consejo y espero acostumbrarme a un ambiente cargado de santidad y de olores poco agradables. Nada es perfecto en este mundo, pues como dice el sagrado Libro “*¿Acaso pensáis entrar en el Paraíso sin que Dios conozca cuáles de entre vosotros habéis ejercitado las buenas obras y sepa quiénes habéis practicado la paciencia?*”. Así pues, la paciencia será la virtud que deberé practicar más intensamente

en el monasterio al que me dirijo donde, a una mala, puedo fabricar mis propios aromas.

- Hágase la voluntad de Alá y que Él os recompense con las huríes del Paraíso.

Los dos físicos se levantaron y, orientándose hacia el levante, hicieron una profunda y prolongada reverencia. Transcurrió cierto tiempo antes de que ambos amigos recuperaran las ganas de hablar. El silencio lo rompió de nuevo Benadí que intentó recobrar la naturalidad inicial de la conversación, por lo que le planteó a su colega:

- Contadme ahora las últimas novedades que se hayan producido en la Marca Mayor de *Al-Ándalus*.

El aludido aceptó agradecido el cambio de conversación, pues parecía afligirle tanto el hablar de su pasado como de su provenir. Se removió en el asiento, miró por la ventana al horizonte y con un ligero carraspeo comenzó su descripción de la siguiente manera:

- Grave problema me planteáis, pues la situación en Zaragoza es muy compleja en la actualidad. Como deberéis saber, hace unos años el gobernador Abn Yahya ibn Muhammad ben Hasim al-Tuyibí se sublevó contra el califa Abderramán III, el cual tuvo que reconquistar Zaragoza con los consiguientes perjuicios para la ciudad y sus alrededores.
- Cierto... oí hablar de una breve pero encarnizada lucha por el poder en toda la zona debido a la ambición del gobernador de la capital. – Apostilló Benadí. - Lo sé porque el rey de León mandó fuerzas para ayudar a los sublevados, algunas de las cuales

acamparon en este castillo.

- Así fue, el rey Ramiro apoyó la sublevación de ben Hasim y, una vez sofocada, el califa envió un grandísimo ejército contra el reino cristiano de León. Las tropas cristianas se enfrentaron con las califales en la batalla de Simancas<sup>[12]</sup>.

Llegado a este punto, Benadí hizo el gesto de intervenir en el relato y su colega cortésmente se calló. Aceptando la autoridad que le conferían todos los años que había permanecido al servicio de los nobles castellanos, el boticario trató de prevenir al recién llegado de algunos aspectos de la convivencia que podían resultar particularmente vidriosos:

- Conozco bien la historia de esa campaña. Cuidad lo que decís y como lo decís ante los cristianos, pues ellos consideran esa batalla como una gran victoria de su rey.
- Gracias por vuestra advertencia, procuraré tenerla en cuenta, – agradeció el recién llegado. Tras una pequeña pausa, Anwar continuó su relato. - Desde entonces Zaragoza sigue siendo la capital de la Marca Mayor del califato, pero se encuentra repartida entre diversas familias, todas muy poderosas, como los Tuyibí, los Zirwal, los Tawil y los Razin, que no cesan de disputarse poder, tierras y honores. El resultado es que la vida en la ciudad ha dejado de ser apacible y no resulta satisfactorio permanecer en ella.

El rostro del *hakim* del castillo había ido ensombreciéndose según escuchaba la escueta descripción realizada por su amigo. Finalmente, se volvió hacia él y le inquirió:

- ¿Tan grave es la situación en la hermosa capital del Ebro?
- En realidad, - aclaró Anwar - no existe ningún peligro inmediato que afecte a la integridad personal de los habitantes, porque la administración sigue en manos de los funcionarios dependientes de Córdoba. No se trata de eso, sino que los diversos caudillos han creado sus propias organizaciones para distribuir los cargos y las prebendas de acuerdo con la parcialidad de las personas. De esa manera, los incondicionales de las diversas tendencias acaparan todos los puestos y todos los negocios deseables, mientras que los que no están comprometidos con ninguno de los caciques, se encuentran completamente desamparados y fustigados por los secuaces de aquellos.
- ¡Cuán lastimoso es el desgarró social que implica la ambición y la deslealtad! Me duele sobremanera que nuestros hermanos musulmanes se dejen llevar por pasiones tan primitivas. Los enfrentamientos internos debilitan el poder del califa en *Al-Ándalus*, y compruebo constantemente que los cristianos están muy atentos a esas desavenencias para aprovecharlas en los campos de batalla.

No había terminado la frase cuando sonaron unos suaves golpes en la puerta que comunicaba con el corredor general. El *hakim* del castillo se levantó y, dirigiéndose a ella, la abrió lentamente. Una dueña sonriente apareció en la puerta y, después de lanzar una curiosa mirada al físico y a lo que éste dejaba ver del aposento, se dirigió a él con soltura:

- *Assalam alaikum*<sup>[13]</sup>, maese Benadí. Vengo a recoger el encargo que le hizo mi señora Blanca.
- Pasad, ahora mismo os proporcionaré lo que venís a buscar.

Aprovechando la interrupción, Anwar se levantó y le comentó a su compañero con gesto y voz recatados:

- Atended a esa *rumí*<sup>[14]</sup>, y permitidme que yo me retire.
- De acuerdo, - le contestó atento el *hakim* de la fortaleza - debéis estar todavía cansado de vuestro viaje. Mañana nos volveremos a ver.

Benadí entró en su botica y, al momento, volvió trayendo en la mano el frasco que había preparado con anterioridad. Comenzó a envolverlo en un trozo de lienzo y, mientras lo hacía, se dirigió a la dueña diciéndole:

- Decidme, buena mujer, como se encuentra vuestra señora doña Blanca y cómo marchan sus cuitas amorosas.

Doña Dulce, que así se llamaba la dueña, reaccionó con cierta violencia diciéndole al físico:

- Mi señora goza de muy buena salud y carece de cuitas de todo tipo, pues con sus estudios, sus bordados, sus rezos y la compañía de su madre y de su hermana se encuentra satisfecha y feliz.
- No os enojéis y haced honor a la virtud de vuestro nombre. – Señaló melosamente el boticario. - Sentaos, que os voy a traer un nuevo licor de endrinas que he confeccionado de acuerdo

con una receta que he recibido de Navarra. Estoy seguro que os gustará.

La dueña tomó asiento mientras guardaba el frasco entre los pliegues de sus abundantes faldas. En tanto, su anfitrión volvió a la botica y regresó con una bandeja sobre la que se encontraba una decorada botella conteniendo un líquido rosado y algunos vasos. Puso la batea sobre la mesa y sirvió generosamente uno de los recipientes, que tendió a su acompañante. Está, con una desenvoltura que pretendió ser indiferente, degustó brevemente el licor y con gesto entusiasta exclamó:

- Señor, como dice el refrán: lo prohibido se siente querido. Gracias por este néctar al que me habéis invitado, resulta deleitoso y sumiso al paladar. Creo que me acercaré a vuestras estancias con mayor frecuencia que lo hacía hasta ahora.
- Y siempre seréis bien acogida, como se merece una persona tan fiel y discreta como vuestra merced, que con tanto acierto disimuláis las relaciones amorosas de vuestra señora. – Tras el halago, el entrometido mahometano no pudo evitar insistir. - Porque, decidme, ¿para qué quiere doña Blanca el perfume que os he dado, si no es para regalar el olfato de su galán?
- Os adelantáis, señor boticario, es bien sabido que la miel siempre atrajo a las moscas y no será cosa nueva que una buena moza, como es mi señora, quiera halagar a sus pretendientes aunque sea sólo endulzándoles las narices.

Tras lo cual, la buena doña puso la copa en sus labios y, con un movimiento brusco de la cabeza, hizo que su seca garganta

trasegase todo el líquido. Después de ello, quedó un momento suspensa, como si la hubieran cogido en una grave falta, y con los ojos bajos le dijo a su anfitrión.

- Últimamente tengo una flatulencia muy desagradable y me siento indispuesta con demasiada frecuencia, pero creo que esta medicina que me habéis dado ha recompuesto mis tripas y me siento mejor.
- Pues no será por mi causa que no logréis recuperaros del todo, de manera que tomad otra copita para completar el tratamiento.

Dicho lo cual, volvió a llenar el vaso de la dueña que se removió de placer en su duro asiento y se frotó las manos con impaciencia. Para relajar algo la conversación, Benadí cambió bruscamente el tema de la misma:

- ¿Y la pequeña Lambra? Ya no viene por aquí como lo hacía antes y, no creáis, echo de menos su espontaneidad y esa deliciosa capacidad para entrometerse en mis labores químicas con la gracia y la ingenuidad que le ha concedido la naturaleza. Algunas de las interpretaciones que le daba a las labores que me veía hacer eran verdaderamente divertidas.
- ¡Ay! mi querida Lambra, comienza a hacerse mujer. – Contestó tiernamente la dueña. - Se encuentra en esa fase donde los tiempos se comparten entre los juegos infantiles y las más sesudas reflexiones sobre la vida y sus avatares.
- Era una niña muy viva e inteligente y poseía un carácter muy fuerte. – Confirmó el *hakim* con toda seriedad. - Ahora debe



estar convirtiéndose en una mujer bien hermosa, porque tenía todas las cualidades para ello.

- Así es, señor boticario, mi Lambra va a ser una mujer muy fuerte, porque su característica fundamental es la tozudez. Cuando se propone hacer algo no hay forma de evitar que lo lleve a cabo. Por otra parte, la bondad y la generosidad que la adornan hacen que se comprometa sin reservas en todas las injusticias, pequeñas o grandes, que se dan a su alrededor. A veces, me produce espanto lo que es capaz de hacer esa chiquilla.

Terminada su confesión, la dueña suspiró y, como recogiendo en sí misma, tomó el vaso lleno del licor y lo consumió con un solo gesto. Benadí pudo contemplar como brillaban sus ojos y le pareció distinguir como un escalofrío recorría el cuerpo de la mujer. Inmediatamente, y como si realizara una acción refleja, el boticario rellenó la copa con cuidado.

- Tal vez exageráis sobre la cabezonería de la dulce Lambra, no creo que sea tan tremenda, más parece simple obcecación infantil. Aunque creo que habéis valorado muy bien su voluntarismo, que a veces puede rayar en la ingenuidad. Pero todos ellos son comportamientos propios de esa edad de cambio, donde la experiencia se encuentra generalmente ausente.
- No creáis... no creáis, Yo he visto cada reacción... Os voy a poner un ejemplo. Lambra se ha criado en este castillo, donde hay pocas niñas de su edad, junto con las hijas del servicio. Una de ellas es su mejor amiga, Teresa, la hija del jefe de la cocina,

que ya trastea entre fogones aprendiendo de su padre. Pues bien, cierto día Teresa manipuló el plato principal del menú tan distraídamente que lo malogró. Su padre, indignado, la castigó a fregar platos durante una semana.

- Claro – intervino Benadí – y las niñas consideraron el castigo injusto y exagerado.
- Ciertamente, y Lambra se puso al frente de la queja. – Sin poder evitarlo, la mujer se decidió a contar lo acontecido con todo detalle. - Le pidió explicaciones a Gelmiro, que es el padre de Teresa. Al no estar conforme con las razones esgrimidas por el jefe de concina, se presentó ante el pitancero<sup>[15]</sup>, Pedro Ruiz, y le presentó serias quejas del cocinero. Insatisfecha por las respuestas recibidas, recurrió a su madre para que interviniera a favor de Teresa. Sólo la autoridad de su padre, Alvar Gutiérrez, logró hacer desistir a Lambra de su intransigencia, aunque quedó dolida y enfurruñada durante mucho tiempo.
- Pues sí, parece que es todo un carácter esa linda joven. Pero tened presente que la desproporción de las reacciones es lo natural en esa difícil edad de la adolescencia. Creo que no conviene magnificar lo que debió ser un simple emperramiento juvenil pues, si se hace, puede crearse una falsa imagen de la niña que la acompañará toda la vida.

El tema de Lambra parecía agotado, pero Benadí seguía interesado en conocer los amores de su hermana mayor, Blanca, por lo que se preparó para un nuevo ataque contra las defensas de la dueña, hasta ahora inexpugnables.

- Aunque Lambra parece muy joven para entrar en amores, no sucede lo mismo con su hermana. ¿Cómo es posible que entre tantos hombres como hay en el castillo no se le conozca ningún enamorado?
- ¡Ah!, insistís en tirarme de la lengua. Blanca es una mujer muy tranquila y hacendosa que no se interesa por ahora en temas de amoríos.

El taimado musulmán la contempló con los ojos del cazador que mira a su presa, estaba decidido a satisfacer aquella curiosidad enfermiza que le embargaba, tan propia de toda sociedad cerrada. Por ello, se inclinó ligeramente sobre ella y le dijo:

- Estamos hablando de una dama joven, hermosa y, si no es noble, al menos debe poseer unas buenas rentas; resulta imposible creer que no exista un solo varón que se interese por ella.
- No me volváis a tocar el tema. – Le reprendió la dueña. - Mi señora no tiene ningún interés por los caballeros del castillo y vos resultáis un entrometido que trata de hurgar en las conciencias ajenas sin ninguna razón para ello.

La aspereza con que había contestado la dueña motivó un momento de hosco silencio que aprovechó la invitada para dar buena cuenta de la última copa servida. El anfitrión, obsequioso, volvió a llenarla de inmediato y esperó el efecto del remedio que había suministrado a aquella decidida dueña. Tras una pausa, en la que Benadí permaneció expectante, la invitada comenzó sus explicaciones sin requerir nueva invitación para ello.

- Tenéis razón, obstinado sarraceno, hubo un caballero que permaneció en el castillo una temporada al final del verano pasado y con el que mi señora se encontraba muy a gusto. Parece que estuvieron muy unidos durante toda su estancia pero, al final, él se marchó repentinamente sin que sucediera nada conocido. De todas maneras, he sorprendió a las dos hermanas hablando cálidamente de él en bastantes ocasiones. Sospecho que entre los dos debe existir todavía algún lazo amoroso que mi señora oculta cuidadosamente. Ni siquiera sé si sus padres son conocedores de esas relaciones.

El *hakim* quedó en silencio esperando que la dueña terminase de contarle todo el romance y, cuando se convenció de que no pensaba continuar, exclamó con rabia contenida:

- ¿Pensáis dejadme con la incertidumbre de saber quién fue ese caballero? Parece que os regocijáis con el desasosiego que me estáis provocando. Por favor, decidme el nombre y la circunstancias del enamorado de Blanca.
- Su nombre es Suero Fortúnez y posee una prestancia y un garbo admirables. – reconoció finalmente Dulce. - Pero, por lo que oí decir, tiene una negra fama de mujeriego, jugador y pendenciero, lo que no fue óbice para que en la fortaleza se comportara, al menos públicamente, de manera intachable De todas formas parece que ese joven es un protegido muy especial del actual conde de Castilla, Assur Fernández, que lo apoya y lo promociona, lo que le concede un atractivo añadido.
- ¡Ah! – exclamó el físico dándose una palmada en la frente - ya recuerdo al caballero que citáis, realmente tenía un porte

notable y siempre iba acompañado de otro caballero que era como su sombra. Supongo que ese romance aliviaría durante algún tiempo el terrible hastío de los habitantes del castillo.

- No sólo alivió el tedio durante algún tiempo, sino que lo volverá a hacer, porque ese caballero y su acompañante llegaron ayer a nuestra fortaleza.

El boticario meditó las noticias recibidas, se hizo cargo de las circunstancias que debían concurrir en la joven de la que hablaban, y añadió como lamentándolo:

- ¡Ah!, ¿estáis insinuando que tenemos próxima boda? Si es para bien de Blanca, bienvenido sea ese matrimonio Porque si el pretendiente está relacionado con el conde Assur, los intereses de su familia intervendrán para obligar a la joven a que acepte sus proposiciones. ¡Pobres muchachas! Tener que enfrentarse tan inexpertas a los hados del amor y a las ambiciones de las familias

La última exclamación hizo reaccionar a la mujer que, dando un profundo suspiro y levantándose diligentemente, le expuso al físico:

- Debéis perdonarme, pues debo marchar a cumplir con mis obligaciones. Os ruego que seáis discreto respecto a las cuestiones que hemos comentado aquí.

Con gran energía se dirigía hacia la puerta, cuando Benadí le tendió la nueva copa llena de licor diciéndole:

- Tomad, señora, debéis completar el tratamiento que os he impuesto para mejorar vuestras digestiones.

A lo que la dueña le contestó mientras atravesaba la puerta.

- ¡Demonio!, ¡más que demonio! Dios os castigará por someterme a tan terrible tentación.

Tras lo cual, cerró el batiente dando un gran portazo. Benadí, sonriendo, se sentó pausadamente cerca del fuego y pareció meditar mientras miraba, sin verlo, el vivo movimiento de las llamas. Después de un buen rato, volvió en sí y, cogiendo la copa aún llena, la consumió de un solo trago.

## Capítulo II

Martes, 14 de noviembre de 943

Mediada aquella tarde, Benadí se encontraba en su laboratorio visiblemente atareado. Sobre una bandeja, dispuso ordenadamente una serie de vasos, junto a los cuales colocó dos cajas de madera con sus tapas finamente talladas. Tomando una tetera que tenía a su lado, introdujo en ella una apreciable cantidad de hojas de té que extrajo de un saquito que reposaba sobre la mesa de piedra. Tras apelmazar las hojas en el fondo del recipiente, tomó con cuidado la vasija que estaba dispuesta sobre el atamor encendido, donde



burbujeaba el agua, y vertió una pequeña cantidad sobre las hojas. Con suavidad, hizo girar varias veces el agua en el interior de la tetera y, después, la vertió sobre el recipiente que tenía preparado para los residuos. Finalmente, llamó a Sanchillo y le ordenó:

- Estoy esperando a unos señores. Cuando lleguen, nos lleváis primero esta bandeja tal como está y la fuente de dulces que está en la alacena. A continuación nos traéis la vasija con el agua hirviendo sin quemaros.
- Como mandéis maestro, – contesto el joven mirando atentamente los objetos citados.
- ¡Ah!, Sanchillo, para no quemaros llevad el recipiente con agua hirviendo dentro de la cesta que está dispuesta al lado del horno.

Sanchillo era un mozo alto y moreno, con un cuerpo musculoso en el que se complementaban la inquieta agilidad juvenil con la pesada complexión del campesino. Poseía unos enormes ojos muy despiertos y un hermoso pelo negro siempre alborotado. Su carácter era seco y distante, a pesar de lo cual su comportamiento pacífico y cumplidor hacía tiempo que había ganado la voluntad del médico, que lo mantenía gustoso a su servicio y le concedía un elevado nivel de confianza. Hacía poco tiempo que Benadí había comenzado a iniciarlo en los misterios de su arte, pero lo hacía muy lentamente porque lo consideraba demasiado joven todavía. Después de oír la orden de Benadí, le contestó a su maestro:

- Así se hará.

Benadí se trasladó a la estancia contigua donde, ya vimos, se

encontraba una chimenea encendida frente a una amplia mesa rodeada de asientos. Allí, se sentó frente al fuego y se dispuso a leer. No duró mucho su tranquilidad, porque Anwar apareció con una sonrisa en los labios y un saludo en el aire:

- *Assalam Alikum, hikam.* Vengo de dar un largo y tranquilo paseo aunque, al volver, me he encontrado con un grupo de jóvenes que realizaban belicosos ejercicios en el patio y que producían un alboroto considerable.
- *Assalam,* mi buen Anwar, afortunadamente los inconvenientes que os habéis encontrado no parece haber hecho mella en vuestro excelente aspecto, parecéis descansado. Aquí me tenéis, esperando a unos amigos que me gustaría presentaros y con los que charlaremos un rato alrededor de unos vasos de té.

Anwar se despojó de su manto y, tomando asiento al lado de su colega, declaró obsequioso,

- Me resultará muy interesante cambiar impresiones con estos cristianos que, al estar tan aislados, deben poseer poca información reciente.
- No os dejéis llevar por las apariencias, pues la palabra es ligera y se difunde con rapidez en estos páramos.

Anwar extendió las manos para calentarlas con un ligero suspiro de gusto, estiró ostensiblemente las piernas y se volvió hacia su amigo diciéndole:

- Por favor, Salam, dadme alguna idea de las personas que conoceré.

El físico pareció estremecerse de satisfacción ante la oportunidad que le proporcionaba su compañero para analizar, aunque fuera someramente, a todos sus amigos. Por ello, tras un breve momento de reflexión comenzó diciendo:

- Posiblemente la persona más interesante sea Pedro Álvarez que es un hidalgo, o sea, que posee nobleza de sangre aunque carece de los bienes que le permitirían vivir con arreglo a su rango. En realidad, sobrevive gracias al privilegio que le concedió el conde para almacenar y comercializar el grano que se produce en el alfoz. Es una persona inteligente, discreta y buena conocedora de la región, hasta el punto de que está encargado de componer la crónica del alfoz. Es un buen conversador, aunque su charla queda algo ensombrecida por el halo de escepticismo que le rodea y el humor pesimista del que parece hacer gala.

Terminado el análisis, Benadí miró a su compañero con curiosidad, como esperando alguna aclaración acerca de lo dicho. Sin embargo, Anwar mantuvo la mirada perdida y el gesto ausente, lo que pareció molestar al médico que le reprochó.

- Querido amigo, no era mi intención aburriros, pero si lo he conseguido os ruego que me perdonéis y olvidemos tan inoportuno intento.
- Oh!, perdón, de ninguna manera me aburríais, simplemente pensaba las múltiples actividades que llegan a inventarse los nobles para no trabajar y cómo han llegado a convertir la indolencia en un atributo hereditario. Lo curioso es que sucede lo mismo en todos los reinos y cuando aumenta el número de

manos muertas, los patricios se ven obligados a espabilar el ingenio para crear nuevos títulos que satisfagan a tanto aspirante a la ociosidad.

- Siempre tan agudo, mi buen Anwar. El poder tiene muchas caras y muchos medios, con las primeras nos dan buenas y malas palabras a la vez y con los segundos nos arrastran hasta la situación que nos tienen asignada. El bueno de Pedro Álvarez no ha salido mal parado con el papel que le ha correspondido representar en esta disparatada pantomima que es la vida.

Los dos amigos se quedaron mirando a las llamas como si estas tuvieran algún tipo de opinión sobre las ideas tratadas, al no encontrarla se encogieron de hombros en un gesto de completa impotencia y continuaron su conversación.

- Mendo García es el bolsero del castillo, es decir, el que recauda y administra los dineros. Es un hombre sereno y comedido, pero no le faltan gestos de buen humor y un evanescente espíritu crítico que aplica a las situaciones que le toca vivir. Está emparentado con el conde Fernán González, que lo tiene en gran estima.

Benadí parecía disfrutar describiendo a su invitado los personajes que iba a conocer y que formaban el grupo dirigente del castillo en ausencia de los condes.

- Otro de los convidados se llama Tello Ruiz y es el claverero de la fortaleza, lo cual quiere decir que tiene todas las llaves y además se preocupa de las provisiones necesarias para la vida, particularmente las relacionadas con la cocina, sobre la cual

ejerce un fortísimo control. Es una persona muy callada, lenta en el habla y no demasiado brillante.

Anwar le hizo notar a su colega que, de acuerdo con lo que estaba oyendo, le parecía que la organización del castillo recordaba una pequeña corte, donde cada palaciego tenía encomendada una labor bien limitada y todos actuaban coordinadamente. A lo que Benadí le contestó con diligencia:

- La organización de la vida de la fortaleza es obra de la condesa, Sancha Sánchez, que tiene una gran experiencia en la disposición de las personas y de las cosas de acuerdo con sus capacidades. No en balde, el matrimonio con el conde es el tercero que contrajo, habiendo sido incluso reina de León.
- ¡Caramba!, - estalló el zaragozano – voy de una sorpresa a otra, pues descubro que la dama principal de la casa, además de ser de muy alta alcurnia, es también una sabia organizadora de las labores imprescindibles para una vida placentera. El conde Fernando es un hombre con buena suerte.
- Sigamos nuestro examen, - aclaró el físico – pues deben estar al llegar. El capellán se llama Domingo López, es el segundón de una casa noble y un escrupuloso cumplidor de la ortodoxia católica. Es aficionado a vivir bien y a eso le ayuda el ser un beneficiado del señor conde. Tiene un punzante sentido del humor y una tendencia irrefrenable a comer bien. Sus historietas y sus banquetes son famosos entre nosotros. Por último, creo que vendrá también un joven caballero llamado Munio Sánchez, amable y simpático, que es el instructor de la beligerante horda de rapaces con la que habéis tropezado antes.

Unos discretos golpes en la puerta interrumpieron la descripción del boticario, que saltó de su asiento y se dirigió a abrirla. El primero en penetrar en la estancia fue el capellán, que Anwar reconoció por la indumentaria eclesiástica que portaba. Se trataba de un hombre bajo de estatura, algo rechoncho sin caer en la gordura. Su rostro sonrosado disponía de unos ojos muy vivos y de unos labios excesivamente gruesos para ser un varón. Miró de frente al musulmán y, tendiéndole la mano sonriente, le dijo:

- Vos debéis ser el médico del que Benadí nos ha hablado. Sed bienvenido a nuestro castillo y os deseo que encontréis la paz entre nosotros. Soy Domingo López, el capellán de la fortaleza.
- En efecto, mi nombre es Anwar ibn-Ahmed al-Afif y procedo de Zaragoza. Os agradezco vuestro deseo, que no dudo poder cumplir en el sosegado clima que reina en este alcázar.

Junto con el capellán entraron otros dos hombres, el primero de los cuales era delgado y alto, con un rostro huesudo en cuyas cuencas brillaban dos intensos ojos negros. Su porte era algo desgarrado y sus movimientos lentos y poco armoniosos. La túnica que llevaba se veía de calidad, aunque la disposición que le daba desmerecía su condición. Hizo una suave reverencia al ver a Anwar, a la vez que Benadí le decía a los dos hombres recién llegados:

- Señores, éste es mi amigo Anwar ibn-Ahmed al-Afif que está de paso camino de León. – Y dirigiéndose a su colega, añadió - permitidme que os presente al tesorero de la fortaleza, Mendo García, que suministra a la comunidad los medios adecuados para la supervivencia y que, con su sabia administración de los bienes, nos salva de muchos pesares.

A continuación se volvió hacia el otro recién llegado y le expresó con manifiesta cordialidad,

- Igualmente, quiero que conozcáis, mi buen Anwar, a nuestro clavero, Tello Ruiz, sin cuyo atento seguimiento de nuestras necesidades más importantes y su gran capacidad de previsión, acabaríamos desfallecidos todos los habitantes del castillo y muriendo de pura inanición.

El hombre al que últimamente se refirió Benadí respondió al halago con una mueca que podía interpretarse como una sonrisa. Era bajo, delgado y algo bizco, con una cabellera blanca que le llegaba a los hombros y una túnica grisácea sobre la que destacaba una gran capa blanca. Se veía que era una persona muy nerviosa, cuyos movimientos parecía que los realizaba a saltos, como los pajarillos al andar.

Todos fueron tomando asiento mientras Benadí se dirigió a la puerta con intención de cerrarla pero, al mirar al exterior, la abrió completamente y esperó a que llegase otro invitado, que penetró todavía embozado y cubierto con un sombrero tan encajado a la cabeza que lo hacía irreconocible, Benadí lo saludó con aire alegre:

- Bienvenido a mi humilde morada, maese Pedro. Aún traéis los finos dardos del frío clavados en todo vuestro cuerpo, os ruego que aligeréis vuestra pesada indumentaria porque el calor del hogar y de la amistad os acomodará el cuerpo y el espíritu.
- Eso espero, mi buen Benadí, porque estas galerías son heladoras. Os agradezco la acogida y aprovecho para extender mi saludo a todos los presentes.

El *hakim* se adelantó y, señalando a su colega, añadió

- Hoy tenemos un nuevo compañero de velada, se trata de mi colega Anwar ibn-Ahmed al-Afif, viejo camarada de estudios, que nos ha honrado con su visita en su camino hacia León.

Anwar se levantó diligentemente y saludo con la cabeza al recién llegado, mientras que éste, tras depositar su sombrero y su manto en el perchero dispuesto cerca de la puerta de entrada, se volvió hacia él y con un gesto que intentó ser amable, afirmó:

- Espero que vuestra estancia entre nosotros os compense de los rigores que habéis debido sufrir al viajar en esta época del año. Yo no podría hacerlo, el frío es mi peor enemigo. Mi nombre es Pedro Álvarez y gozo de la amistad de nuestro físico.

El zaragozano pudo entonces distinguir la apariencia del recién llegado. Se trataba de un hombre de bastante edad, muy delgado y algo cargado de espaldas. En su rostro destacaba una nariz recta, a la que su propietario dedicaba mucha atención tratando de secarla continuamente; una boca algo sumida, como si le faltasen dientes, y un mentón prominente que le confería cierto aire de mando. Pero lo más destacado de aquel rostro era la mirada, más que los ojos. Éstos eran pequeños y mantenían los párpados algo caídos, pero la mirada y el brillo de sus pupilas parecían horadar las defensas de su interlocutor.

- Hechas las presentaciones, prepararé el té. – Exclamó el boticario, que se dirigió a la puerta que daba a su laboratorio y entreabriéndola dijo con voz fuerte - Sanchillo, ya puedes traer todos los avíos para el té.



Inmediatamente, el mozo apareció con la bandeja que contenía la tetera, los vasos y las cajas de madera y la dispuso delante de su maestro. Volvió a salir y regreso con una fuente de apetitosos dulces de almendras y miel, que colocó en el centro de la mesa. De nuevo retornó al laboratorio de donde trajo el recipiente de agua hirviendo en la cesta, tal como había dispuesto el boticario. Una vez cumplida su misión, se retiró en silencio.

El *hakim* extrajo varias hojas de hierbabuena<sup>[16]</sup> de una de las cajas de madera, las introdujo en la tetera sobre el té que ya había dispuesto y, a continuación, añadió unos terrones de azúcar procedentes de la otra caja. Terminadas estas operaciones, y con el cuidado y la destreza que siempre ponía en sus manipulaciones, vertió una buena cantidad de agua hirviendo en la tetera. Dejó reposar ésta durante algún tiempo y, a continuación, movió el recipiente para hacer girar el líquido en su interior. Después, trasegó varias veces parte del líquido entre la tetera y un vaso, formando cada vez una breve cascada. Finalmente, comenzó a llenar los vasos elevando la tetera todo lo posible mientras fluía un humeante líquido de color oro viejo.

- Vuestro rito del té es verdaderamente original y, supongo, que todos los movimientos deben tener una razón de ser. Espero que algún día me expliquéis su verdadero significado.

De esta manera se manifestó el capellán mostrando una cierta curiosidad. A lo que el físico le contestó con desenfado:

- Nada de esto tiene ningún misterio, primero se lava someramente el té, se añade la menta y el azúcar, y, después,

se extraen sus principios con agua hirviendo. Finalmente, se trasvasa el líquido obtenido varias veces para airear la infusión y que el azúcar se disuelva completamente.

- Algo más habrá, - continuó el taimado sacerdote, - pues no concibo que un espiritualista como vos, que se dedica a una ciencia hermética como la alquimia, realice cualquier proceso sin elevarse espiritualmente y sin encomendarse a Hermes Trimegisto<sup>[17]</sup>.
- Pero, mosén, yo no he hecho alquimia, ahora me he dedicado simplemente a preparar una receta culinaria. No hay más.
- Pues debe ser una receta luciferina, porque sobrecoge el aliento la calidad y la variedad de sabores que incluís en ella. Vuestra infusión resulta verdaderamente deliciosa. Pero dejemos para otro momento los placeres de la mesa y dediquemos la atención a otros temas más interesantes

Aprovechando el silencio ocasional del sacerdote, el comedido bolsero se dirigió a Anwar y le dijo con deferencia:

- Habéis de saber que yo viví un año en la hermosa ciudad de Zaragoza con motivo de un intercambio de prisioneros de guerra y allí me sentí tan bien tratado que le tengo un cariño muy especial. Decidme, pues, ¿cómo se desarrolla la vida en la ciudad del Ebro?
- Bien... bien, después de la sublevación del gobernador Abn Yahya ibn Muhammad, el califato impuso la paz y la vida se desarrolla normalmente. Por cierto, que muchos de los antiguos

sublevados le siguen agradeciendo al rey de León la ayuda que les prestó en aquellos momentos cruciales.

El hidalgo Pedro Álvarez se removió en su asiento y se dirigió al zaragozano con voz profunda diciéndole:

- Todavía nos acordamos de las tropas leonesas que pasaron por el alfoz camino de Zaragoza y de la leva que posteriormente hizo el conde de Castilla para ayudar al rey Ramiro en la guerra contra el califato.
- El conde de Castilla que nombráis – preguntó muy interesado Anwar - es vuestro conde de Lara, o sea, Fernán González ¿verdad? Ese valeroso caudillo que ha extendido su fama hasta remotas regiones de *Al-Ándalus*. Lamento mucho la situación en que se encuentra.

Los castellanos guardaron silencio y se miraron entre sí. Anwar los observó y pensó que podía haber herido sus sentimientos por lo que, a modo de excusa, se vio obligado a aclarar:

- Perdonad, hablo así del conde porque he oído decir que el rey Ramiro lo ha arrestado y, la verdad, resulta sorprendente que un caballero tan leal y esforzado sea recompensado por su rey con el encarcelamiento.

Benadí, atento al buen entendimiento entre sus invitados, se vio en la obligación de intervenir tratando de recomponer la situación y disipar los temores de los castellanos.

- Señores, estoy seguro que nuestro amigo Anwar se ha limitado a expresar la misma sorpresa que experimentamos

todos cuando supimos la suerte corrida por nuestro buen conde. Yo mismo sigo sin comprender con claridad los motivos profundos que han llevado a la situación que vivimos.

Los presentes parecieron relajarse un poco, de manera que tomando la palabra Mendo García pareció hablar en nombre de todos.

- En verdad que es cierto lo que decís. El rey de León y los nobles castellanos mantienen una complicada relación que los une contra los extraños, mientras que los separa cuando se trata de asuntos propios. El origen de esas tensiones debe estar en la formación de ambas comunidades, que siempre mantuvieron grandes diferencias entre ellas. El reino de León está regido por los visigodos que se refugiaron en él, mientras que Castilla se sigue repoblando casi en exclusiva con montañeses poco romanizados.

Por un momento, todos se dedicaron con fruición a degustar los dulces y a trasegar el delicioso té que le había servido el boticario. Fue como si el yantar confirmase las palabras del tesorero e hiciese olvidar las insinuaciones de aquel extraño. De igual modo, Anwar vio confirmado su prejuicio acerca de la tosquedad de los cristianos. Sólo Benadí, siempre atento, fue capaz de romper el silencio dirigiéndose a Pedro Álvarez,

- Decidme, señor hidalgo, ¿cómo marcha la confección de vuestras crónicas?
- ¡Ah! Bien, me encuentro actualizando los aspectos más recientes de la vida del alfoz y a la espera del desenlace de la

querella entre el rey y el conde.

- Debe resultaros muy satisfactorio revivir tantos y tan importantes acontecimientos como hemos vivido los últimos años, – remachó el físico.
- No creáis... no creáis, a veces resulta muy difícil delimitar qué se debe incluir y qué otras cosas hay que omitir

La respuesta sorprendió a algunos de los presentes, pero fue Tello Ruiz el que, rompiendo su habitual circunspección, no pudo evitar pedirle al hidalgo una aclaración.

- ¿A qué os referís, Pedro? ¿Acaso una crónica no consiste en la descripción de los hechos más importantes acaecidos en un determinado lugar?
- Así es, querido Tello – respondió cortésmente el hidalgo. - Pero decidme ¿qué debemos entender por hechos importantes: los realizados por la nobleza, por sus capitanes y administradores o por sus vasallos? Os plantearé uno de los problemas que he debido resolver para redactar mis crónicas. La batalla de Simancas fue, sin duda, una gran victoria de nuestro rey y de sus nobles, muy particularmente de nuestro buen conde. Pero en ella se dieron muestras de valor muy por encima de lo que cabe esperar de un hombre, como fue el caso del jefe de nuestra propia guarnición, Rodrigo Rodríguez, que con el brío y la fiereza de su tropa desbarató el violento ataque inicial de la morisma, inclinando la balanza a favor del rey Ramiro. ¿Merecen ser nombrados esos valerosos hombres y referidas sus proezas?

El clavero se quedó meditando la respuesta recibida sin comentarla. Fue Mendo Ruiz el que muy decididamente afirmó:

- Naturalmente, ¿cómo ocultar los rasgos de valor o de inteligencia que han beneficiado al condado y a sus gentes?

Pedro sonrió ladinamente sabiendo que el caballero que había citado en su ejemplo era precisamente el yerno de quien hacía la propuesta, por ello contestó con marcado comedimiento:

- Tenéis razón, Mendo. Pero habéis de saber que el número de heroicidades y de acciones sublimes que se producen en nuestro pequeño alfoz es tan grande, que requeriríamos mucho tiempo y muchos... muchísimos pergaminos para recoger tanta grandeza.
- Creo que exageráis bastante, - no pudo reprimirse el tesorero.  
- No tenemos tantos capitanes ni tantos administradores como para requerir la miríada de palabras que decís necesitar para describir sus acciones.
- Volvéis a tener razón. Pero os limitáis a unos hombres que están preparados para acometer todo tipo de empresas, por difíciles que sean. – El hidalgo hizo una pausa que le concedió ampulosidad a su discurso. - Considerad por un instante a los simples vasallos que forman la tropa. Generalmente se trata de campesinos, cuya vida se ha reducido a arrastrar el azadón y la espada por el terruño, con la mirada repartida entre su casa, cuidando la seguridad de su familia; el castillo, buscando el favor de su señor; la tierra, para mejorarla; el cielo, al que imploran la lluvia, y el horizonte, temiendo siempre la aparición de las

hordas sarracenas capaces de arrasarlo todo. ¿Acaso no son dignos de admiración y de ser reflejados en las crónicas?

- Difícil me lo ponéis, - confesó Mendo y añadió con cierto pesar - debo reconocer que habéis meditado sobre estos temas mucho más que yo.

En ese momento se decidió a intervenir el capellán que había seguido la conversación muy interesado.

- Habéis descrito la situación de los hombres del alfoz con suma claridad, Pedro. Tras escucharos, debo añadir que el afán de nuestro conde de engrandecer Castilla tiende justamente a facilitar, en lo posible, la vida de sus habitantes, concediéndoles nuevas tierras a la vez que les garantiza seguridad frente a las acciones belicosas de las tropas califales. Y puesto que la expansión del condado es un beneficio para todos, justo es que todos participen en las guerras de conquista sin esperar ningún honor especial.

El cronista miró al sacerdote de soslayo, como si dudara de sus palabras, y con cierta parsimonia añadió

- Lo que decís se ajusta a la verdad, mosén. Pero a nuestros labradores nadie puede arreglarles la tierra que cultivan, dura, helada y seca. Sus esfuerzos son, en verdad, encomiables.
- Para mejorar los terrenos de cultivo, - añadió el capellán como de corrido - el conde debería haber alcanzado las tierras del río Betis en sus conquistas, pero están demasiado lejos.
- Todos hemos oído hablar de la frondosidad de los territorios

del sur, - comentó Pedro, y concluyó mirando al *hakim*, - pero sólo nuestros amigos islámicos los conocen. Decidnos, ¿son como nos los han hecho creer?

Benadí excusó la respuesta diciendo que jamás había descendido más allá de la ciudad de Toledo y que, por tanto, no conocía las tierras del río Grande. Sin embargo, Anwar se ofreció de inmediato a corresponder a la pregunta efectuada.

- El río Grande forma un gran valle desde mucho más arriba de Córdoba hasta el mar. Sus terrenos son llanos y están formados por tierras sueltas, sin piedras y que nunca se hielan porque el clima es cálido. El río les suministra agua a través de canales, de manera que producen varias cosechas al año. Ese valle está rodeado de una hermosa campiña que proporciona cantidades ingentes de cereales y los cerros poseen espesos bosques de olivos y de árboles frutales. En el curso del río existen muchos pueblos y dos grandes ciudades que son Córdoba, la capital del califato, y Sevilla, donde llegan los barcos desde el mar.

Anwar parecía sofocado después de una exposición tan prolija, de modo que su amigo Benadí le rellenó el vaso de té que bebió con ansia.

- ¡Pardiez, señor físico! Nos estáis tentando a ponernos la chilaba e ir a gozar de ese edén donde no hace frío. – Exclamó jocosamente Pedro Álvarez y añadió. – Pero creo que la añoranza ha decorado considerablemente vuestros recuerdos.
- En modo alguno, - protestó Anwar, - os aseguro que me he limitado a describir lo que he visto y no he exagerado ninguna



de las cosas que he detallado.

- Si es así, la vida de los labriegos allí debe ser muy fácil.

El comentario lo realizó el cronista que todavía mantenía en su mirada el destello de una divertida incredulidad. A lo que contestó el zaragozano algo amoscado,

- No lo creáis, pues no todos los que labran las tierras son propietarios de ellas, como creo que sucede aquí.
- ¡Ah! En eso tenéis razón. – Concluyó Pedro con una sonrisa. - Trabajar para otros es una pesada carga.

Benadí, algo inquieto por el cariz que tomaba la conversación, se levantó mientras decía,

- Creo que la claridad con que mi colega ha descrito las tierras del sur de *Al-Ándalus* bien merece una pequeña celebración. Permítanme que para ello os ofrezca el licor de matalahúva<sup>[18]</sup> que ya conocéis y añada hoy otro nuevo de endrinas que, estoy seguro, también os gustará.

Tras lo cual, el boticario entró en su sala de trabajo. Mientras, el capellán intervino en la conversación con ese tono displicente que encubre generalmente una intencionalidad bien definida:

- Así pues, en esas tierras deben existir muchos esclavos, ¿no es así?
- Cierto, - contestó Anwar todavía receloso – proceden de las guerras libradas en la península, en el norte de África y en el mar.

- ¿Qué trato reciben esos pobres hombres? – Insistió el sacerdote
- ¡Ah, mosén! Eso depende del caso que se considere. – El tono de Anwar adquirió un cierto aire profesoral al añadir - en general, el esclavo está sometido a la ley islámica, de modo que el dueño debe alimentarlo a cambio de su trabajo. Pero si trabaja para un tercero, el dinero que genere ese trabajo es para el esclavo, que puede emplearlo en comprar su emancipación.
- De todas maneras, - insistió el capellán - la esclavitud es una degradación del ser humano que pierde con ella su mayor riqueza: la libertad.
- Tenéis toda la razón, Domingo, - manifestó el zaragozano, a lo que añadió con cierta altivez. - Pero desgraciadamente la realidad se impone sobre el acervo moral del hombre. Tratad de resolver el siguiente dilema. Tras una batalla, un rey captura un gran número de prisioneros. ¿Qué puede hacer con ellos? Si los libera, se pasarán al enemigo y se enfrentarán de nuevo con él. Si los mata, cometerá un terrible crimen y si los retiene como prisioneros, deberá alimentarlos, lo que resultará gravoso para sus intereses y los de su pueblo. ¿Qué puede hacer ese victorioso rey?
- Yo veo otras dos posibilidades. – Añadió Domingo algo envalentonado. - Podría intercambiarlos por sus propias tropas apresadas por el enemigo o incorporarlos a su reino libremente, para que se alimenten con el fruto de su trabajo como el resto de sus vasallos.

- Vuestra respuesta, mi buen amigo, es válida vista desde la ética pero inviable desde la política, - repuso el mahometano con condescendencia. - En el primer caso, la guerra se eternizaría y, en el segundo, el rey metería al enemigo en casa. Ambas soluciones son imposibles.

El clérigo recibió mal la réplica de su interlocutor, esperó un instante mientras que un rojo desvaído cubría su rostro y, finalmente, con voz apagada comenzó a decir:

- Sois un polemista muy avezado, al que no puedo refutar porque mi mundo es el de la moral y nada sé de política...

No pudo continuar hablando el doblegado capellán, porque entró en la sala Benadí con una nueva bandeja llena de pequeños vasos y dos hermosas botellas gemelas. Inmediatamente, se dedicó a servirles a los cristianos el contenido de éstas en los vasos que les ponía por delante. Las exclamaciones de satisfacción fueron unánimes y el ambiente se distendió definitivamente. Anwar contempló, entre sorprendido y escandalizado, como aquellos castellanos trasegaban sin recato aquellas bebidas que él tenía prohibidas. Pronto comprendió, además, que las consumían en unas cantidades poco aconsejables para la estabilidad e, incluso, la dignidad del consumidor. Por su parte, el capellán sintiéndose agradecido porque el boticario había interrumpido un debate en la que tenía muchas posibilidades de ser derrotado, exclamó:

- La loable iniciativa de Benadí bien merece que les narre a vuestras mercedes la notable historia del caballero bretón, ¿la conocen?

Unos negaron con la cabeza y otros mostraron un rostro expectante, por lo que el capellán, animado, continuó:

- Pues el citado caballero bretón era muy joven y ambicioso. En una de sus correrías se topó con un mago que había alcanzado amplia fama por sus acertados vaticinios, sus sabios consejos y sus hazañas mágicas. Entonces el joven le pidió que transformara sus posibles derrotas en victorias tonantes. El anciano meditó largo rato y al final le dijo: “Me resulta imposible hacer la parcialidad que me pedís, pero sí puedo satisfaceros realizando la totalidad, es decir, convertir vuestras derrotas en victorias y, a la vez, las victorias que alcancéis en derrotas. ¿Qué os parece?”

Domingo miró a sus contertulios con interés y al comprobar la atención que le prestaban siguió con una sonrisa de satisfacción:

- El joven caballero se quedó atónito ante la propuesta del mago. Se mantuvo en silencio durante un buen rato y finalmente le pidió que le aconsejara sobre lo que debía hacer. El mago lo miró con cierta ternura y le dijo: “señor, un caballero tan noble y esforzado como vos no puede pensar que sus derrotas vayan a ser más numerosas y más importantes que sus victorias, por tanto creo que debéis dejar las cosas como están”. El bretón recibió el consejo de muy buen grado, retribuyó generosamente al anciano y se marchó henchido de orgullo y plenamente satisfecho.

De nuevo el capellán hizo una pausa esperando alguna reacción de su auditorio pero, antes de que tal cosa se produjera, se apresuró a añadir:

- De esta historia se colige que, por muy bienintencionadas que sean nuestras ideas y deseos, si los acontecimientos no dependen de nosotros, lo mejor es acatarlos humildemente tal como se producen.

Pedro Álvarez, que había seguido atentamente la narración del capellán, casi se levantó de su asiento a la vez que declaraba:

- Cuan bella e instructiva ha sido vuestra historia, *pater*...

Todos parecían satisfechos por la narración del sacerdote, lo que dio lugar a comentarios halagüeños que fueron decayendo hasta convertirse en un murmullo sordo. Aprovechando aquella euforia general, que no era sólo debida al relato, el entrometido boticario del castillo quiso indagar la última novedad de la fortaleza.

- Estimado Mendo, he oído decir que ha vuelto a visitarnos el caballero Suero Fortúnez y su inseparable acompañante. ¿Podrías decirnos algo nuevo acerca de ellos?
- ¡Puf!, ¡cómo corren las noticias! Verdaderamente este es un caso muy particular, pero esperaba que pasara desapercibido... durante algún tiempo.
- Señor tesorero, - aclaró de buena gana Benadí, - yo hago una vida muy retirada de las habladurías del alcázar, mis relaciones amigables se limitan a los presentes y, aún así, me he enterado de la llegada de esos caballeros, decidme ¿no será ya una noticia conocida por todos los habitantes de la fortaleza?

Mendo miró a su interlocutor con una irritación que se fue disolviendo mientras veía crecer la sonrisa en los labios del boticario.

Terminó sintiéndose tranquilo y eufórico, por lo que abandonó cualquier reticencia y declaró:

- Debéis tener razón y, como parece que es imposible contener las comidillas, contemos la verdad. El joven Suero es hijo bastardo de Beltrán Fernández, el hermano del actual conde de Castilla. Al parecer, pues yo carezco de evidencias directas, desde pequeño se mostró díscolo y mal educado y, al crecer, fue transformándose en un joven disoluto, amigo de calaveradas y poco respetuoso con las autoridades y con las convenciones de la comunidad. Algunas de sus hazañas llenaron de rumores los cenáculos de la capital y le han dado una fama tal, que es temido y rechazado en muchos círculos.

Pero según hablaba, el tesorero sintió crecer en su interior la inquietud por revelar las peripecias vitales de un caballero que acababa de llegar a su castillo. Por eso, terminó pronto y sin adornos la descripción hecha del mismo. El silencio se extendió entre todos los presentes preocupados por la liberalidad de una persona tan comedida como Mendo, lo que aprovechó el visitante Anwar, ajeno por completo a las reticencias del resto de contertulios, para añadir:

- Ese caballero estuvo hace algún tiempo en Zaragoza, donde no dejó muy buen recuerdo. Se mezcló en ciertos negocios que llevaron a la ruina a más de un honrado comerciante de la capital.

Benadí miró extrañado a su colega y quedó pensativo un instante. Mientras, el silencioso pitancero Tello Ruiz se estiró en su incomodo asiento y con los ojos especialmente brillantes dijo, rompiendo su habitual recato,

- Como ha señalado Mendo, Suero es sobrino natural del conde y la principal dificultad que presenta la corrección de su comportamiento licencioso radica en el amor, la admiración y la pecaminosa envidia que le profesa su tío. Como consecuencia de ello, el conde lo mimaba, lo protege y le consiente todos sus desatinos. Las torcidas actividades del caballero le producen tanto divertimento a su tío, que en la corte castellana se piensa que el conde terminará concediéndole un señorío. Pero claro, han sido tantos y tan atrevidos sus desmanes que, finalmente, el conde se vio obligado a castigarlo.

De nuevo se extendió el silencio entre los presentes mientras los dos musulmanes contemplaban el curioso comportamiento de aquellos cristianos. Todos parecían querer mostrarse comedidos y prudentes al hablar de Suero, pero algún impulso desconocido para los mahometanos les impulsaba a hablar desgarradamente de aquel caballero, mostrando un desapego impensable en un principio. El claverero, una vez lanzado a hablar, se mostró dispuesto a continuar la narración, cuando el capellán levantó el brazo y, agitando la mano insistentemente, exclamó:

- Permitid, querido Tello, que cuente yo el último incidente en que se ha visto involucrado ese caballero, pues afecta a mis hermanos en el sacerdocio y requiere emplear un lenguaje lleno de comedimiento.

Domingo esperó un instante a las reacciones que hubiesen podido motivar sus palabras y al no producirse ninguna prosiguió con enjundia:

- La última fechoría conocida de ese bribón, llamado Suero,

implicó el buen nombre de un sagrado monasterio, la honra de una dama y el honor de un destacado noble. Todo ello por una despreciable apuesta tabernaria para seducir a una esposa y burlar a su marido. Sin destapar los nombres, contaré muy someramente los hechos para que puedan valorar vuestras mercedes la malicia que encierra el corazón de ese joven. La cosa comenzó cuando Suero logró convencer al abad de un monasterio muy principal para que le permitiera organizar una partida de caza en sus bosques. Como correspondencia, el propio Suero se comprometía a gestionar una importante donación al convento por parte de su tío, el conde de Castilla.

El capellán detuvo su explicación, observó la atención de su auditorio, recapacitó un instante y tomando aire continuó su relato:

- Por otra parte, Suero sabía que un destacado noble, al que llamaremos para entendernos Jonás, era un apasionado de la caza y vivía con su bella esposa en un lugar bastante alejado del convento que hemos citado. Entre otras destacadas personas, el diabólico Suero invitó a Jonás a la partida de caza concertada con los frailes del monasterio y, en plena persecución de sus presas, cuando el confiado Jonás se levantó sobre los estribos de su montura para otear a un jabalí, una saeta perdida vino a clavarse en sus posaderas. La herida no fue grave, pero le impedía cabalgar y viajar en las duras carrozas del convento, por lo que tuvo que quedarse al cuidado de los monjes. Suero, solícito, se ofreció para llevar la noticia a la joven esposa del lesionado, con el fin de informarle que la herida carecía de gravedad y que su regreso se pospondría



algún tiempo. Jonás no sólo agradeció el ofrecimiento del caballero, sino que le impulsó a que partiera inmediatamente con un escrito a su esposa en el que la instaba a que lo atendiera como a un viejo amigo de la familia. Naturalmente, la ausencia del marido y la proximidad familiar de los dos jóvenes facilitó que el caballero sedujera a la mujer.

Domingo volvió a detener su narración como para demostrar su compasión por la dama engañada. Tras lo cual, completó la historia del siguiente modo:

- Tras su conquista, Suero corrió a Burgos para ufanarse del brillante lance que había protagonizado y recoger los beneficios de la apuesta establecida. El escándalo fue mayúsculo; el abad clamó por un castigo ejemplar, el noble pidió una reparación sangrienta y el conde de Castilla, muchos creemos que riendo para sus adentros, confinó tanto a Suero como a su inseparable compañero Lope en el alfoz de Lara. No es superfluo aclarar ahora que el segundo de ellos tiene fama de ser un excelente arquero.

El achispado Tello, remató la narración del cura diciendo con una extraña mueca de complicidad:

- Las malas lenguas aseguran que la decisión del conde Assur tuvo un doble objetivo. De una parte imponer un correctivo al disoluto joven y, de otra, sancionar al alfoz de Lara con su presencia debido a la escasa adhesión del distrito a su persona.

Anwar saltó inesperadamente y con voz algo alterada exclamó:

- Ese joven se comporta como un demonio coronado por las

llamas del infierno, alguna vez tendrá que pagar sus tropelías.

Benadí lo miró sorprendido y con inquietud pero, al ver que su compañero se controlaba, se volvió al resto de contertulios con una sonrisa cómplice y un picante brillo de buen humor en sus ojos. Con mucha parsimonia, mientras rellenaba los vasos de sus invitados, dijo:

- Buena pieza está hecho ese caballero, sólo su maldad puede compararse al ingenio empleado en la malandanza que nos habéis contado. Pero a lo que parece, los temores iniciales de nuestro clavero de difamar a tan aguerrido joven eran completamente infundados, puesto que muchos de los presentes conocían la historia con un lujo de detalles que demuestra que la han tratado en más de una ocasión.
- No penséis demasiado mal, mi buen amigo, - exclamó el tesorero – lo cierto es que esta historia la conocemos en razón a nuestros oficios y, por esa misma razón, la hemos comentado alguna vez. Pero tengo la seguridad de que no ha salido del castillo y, dentro de él, de nuestro pequeño círculo; sin que haya llegado a las damas, a los caballeros de la guarnición ni a los sirvientes. Espero que vuestras mercedes la mantendrán en el mismo nivel de discreción.

La respuesta del *hakim* no se hizo esperar, mirando intencionadamente a su compañero de Zaragoza, afirmó categóricamente:

- Creo hablar en nombre de Anwar y, por supuesto, en el mío propio para asegurar a todos los presentes que no saldrá de

nuestros labios ni una sola palabra que permita desvelar o divulgar lo que acabáis de contarnos. Pero decirme, mi buen Mendo, ¿Suero se ha incorporado a la tropa que defiende nuestro alcázar?

- No, no pertenece a esa escuadra, - aseveró el bolsero con diligencia - pero está sometido al alcaide del castillo que tiene la obligación de reprimir sus desmanes. Los dos caballeros se encuentran libres de servicio.
- Decidme algo más, - persistió Benadí con verdadero interés, - ¿quién es ese otro caballero que siempre le acompaña y que, como él, no participa de la actividad militar?
- Ah!, ese es su primo, Lope Fortúnez, hijo de un hermano de su madre e inseparable compañero de correrías y de castigos. – Concluyó el tesorero con voz apagada.

La conversación quedó interrumpida por unos sonoros golpes en la puerta de entrada, que se fue abriendo y dejando a la vista de la concurrencia el rostro interrogante de un joven caballero. El boticario clamó dirigiéndose a él,

- Pasad, pasad, mi joven amigo. Llegáis tarde, pero de todas formas sois bien recibido y, antes de hacer nada, me honro en presentaros a mi colega Anwar ibn-Ahmed al-Afif en tránsito desde Zaragoza hasta Sahagún, en León. – Dirigiéndose al zaragozano, Benadí añadió – Este caballero se llama Munio Sánchez y, como ya creo que os dije, es el encargado de iniciar en el arte de las armas de los jóvenes que, con ese fin, residen en el castillo.

Anwar se levantó pausadamente y, después de hacer una ligera inclinación de cabeza, se sentó diciendo:

- Muy digno es el oficio de maestro, aunque sea de armas, pues es una actividad difícil aunque resulte satisfactoria para la persona que la realiza cuando está convencida de su utilidad. Además, algunos de los pupilos reconocerán con el tiempo el débito contraído con su maestro. Decidme, Munio, si me permitís llamaros así, ¿quiénes son vuestros discípulos?
- Podéis llamarme como os plazca, estimado señor. – Aclaró el caballero recién llegado mientras se sentaba. – Todos mis alumnos pertenecen a este alfoz de Lara y atendieron a la llamada del conde Fernán Núñez de abandonar sus casas para tratar de convertirse en soldados y, si las cosas marchaban bien, en caballeros. Todos proceden del mundo rural y de familias desahogadas que pueden mantener a un vástago sin trabajar. Cuando encarcelaron al buen conde, algunos volvieron a sus casas, pero los que permanecieron en el castillo están convencidos de que el conde terminará cumpliendo la palabra dada.

Pedro Álvarez intervino en la conversación con manifiesta curiosidad respecto a la labor desarrollada por Munio:

- Y esos jóvenes labriegos ¿se adaptan bien al ejercicio de las armas?

Munio sonrió condescendentemente y, apurando la copa de licor que acababa de llenarle el boticario, explicó lo siguiente:

- Todos ellos son físicamente muy fuertes y resisten los trabajos

con voluntad e interés, pero tienen carencias importantes. Por ejemplo, no poseen la agilidad física que requiere un combate cuerpo a cuerpo, por lo que resultan pesados y tardos. Por otra parte, son lentos de reflejos, lo cual significa una tremenda desventaja en los enfrentamientos violentos, pues sus reacciones se demoran demasiado. Para conseguir mejorar esas condiciones tan adversas para la lucha, les hago hacer ejercicios que, a veces, parecen bailes cortesanos, lo que provoca las chanzas de mis compañeros. Pero es la única forma que veo para tratar de agilizar sus mentes y sus cuerpos.

El noble hidalgo parecía muy interesado por las palabras de Munio, por lo que continuó con sus pesquisas:

- Y las caballerías, ¿cómo las tratan?
- ¡Ah! Señor, las tratan como animales de carga. Cuando las llevan de la brida parece que están arando. Me resulta muy difícil meterles en la cabeza que los caballos en la paz son unos buenos amigos, en la guerra unos leales aliados y, siempre, unos compañeros fieles que nos cuidan de la misma forma que nosotros debemos cuidar de ellos.

La tarde avanzaba, y los conversadores siguieron discutiendo y analizando todos los acontecimientos del entorno. Cuando surgieron las primeras estrellas de la noche, fueron retirándose con las miradas un tanto desvaídas por los ricos licores que les había ofrecido el boticario del alcázar.

## Capítulo III

Miércoles, 15 de noviembre de 943

La mañana era muy fría, el sol emitía unos rayos oblicuos muy luminosos, pero que carecían de todo poder calorífico. Los grajos volaban alrededor de las torres de la fortaleza trazando líneas inconcretas, mientras que sus graznidos le concedían una sonoridad adecuada a la desapacible extensión del páramo y a la estática bóveda azul del cielo. Las puertas de la capilla se abrieron impulsadas por dos jóvenes damas acompañadas por Dulce, su severa dueña, que escudriñó todo el exterior del templo y, cuando

comprobó que no existía ningún inconveniente para sus señoras, se relajó y las animó a avanzar. Las damas eran Blanca y Lambra Gutiérrez, hijas del alcaide del castillo. Las jóvenes se arrebujaaron graciosamente en sus mantones y, viéndose ambas en la misma faena, rompieron a reír con esa inflexión banal y cantarina que caracteriza la alegría de la juventud.

- ¡Brrr!... - resopló Lambra, la hija pequeña de Alvar Gutiérrez – parece que el aire está formado por espinas heladas que se clavan inmisericordes en las carnes.

Su hermana mayor, Blanca, comenzó a andar con decisión hacia la vivienda del alcaide mientras se dirigía a su hermana con estas palabras:

- Debemos darnos prisa, la carroza ya debe estar preparada y todavía tenemos que desayunar y arreglarnos para el camino.

Las tres mujeres caminaron con diligencia hacia la casa, donde entraron formando un considerable revuelo de risas y de exclamaciones, y de mantos y de velos aleteando desde las manos de las jóvenes hasta las de su dueña. Sin ninguna espera, las hermanas se sentaron en la gran mesa de la sala común y esperaron mientras comentaban:

- Creo que me voy a comprar un hermoso pañuelo de lana para cubrir el cuello, porque el mantón que uso me deja al descubierto buena parte de él.

Así se expresaba Blanca mientras jugueteaba con la escudilla que tenía delante de ella. La traviesa Lambra cerró la frase de su hermana con un comentario que pretendió ser jocoso:

- Muy adecuado, así podréis taparos el delicado rostro que os adorna y que tanta sombra nos hace a las demás.
- ¡Ja, ja, ja!... ¡qué graciosa! – contestó Blanca –. Tened cuidado rapaza, porque el demonio de las mentiras puede venir y coser vuestros labios para impedir que digáis más embustes.
- Oh, perdonad, gentil señora, – respondió la hermana pequeña remedando el tono pausado de la dueña - olvidé que me estaba dirigiendo a una dama tan principal.

Blanca intentó poner fin a aquella charla hueca y sin sentido con la cordura de saberse la mayor y responsable del recto proceder de la más joven, por ello estableció con contundencia:

- Ya está bien, comportaos como os corresponde. Ya traen la leche y los panes, de modo que callaos y tomad vuestro refrigerio para que podamos marcharnos.

Dos criadas depositaron sobre la mesa una jarra de leche caliente y una bandeja llena de miolos<sup>[19]</sup> de cidra, dorados y apetitosos. Las jóvenes se sirvieron el humeante líquido en sus escudillas, de las que fueron bebiendo mientras comían los dulces. En esa ocupación estaban cuando entraron en la sala el alcaide Alvar Gutiérrez y su esposa, Elvira Méndez. La madre se informó inmediatamente de las circunstancias que concurrían en su prole:

- Hijas, ¿está todo bien?, ¿habéis comido bastante?, ¿queréis alguna otra cosa?

Blanca, manteniendo su puesto de primogénita, contestó con esa desgana que emplean los hijos para demostrar a sus padres que los



escuchan por respeto, pero que sus desvelos son innecesarios:

- Todo está bien, madre. Sólo nos falta arreglarnos un poco para el viaje.

Elvira continuó con sus esfuerzos por hacerse necesaria ante los ojos de sus hijas.

- Debe estar todo dispuesto en vuestros aposentos. De todas formas, recordad que en el mercado habrá mucha gente y no faltarán los amigos de lo ajeno, de manera que no llevéis cosas de valor. Además, vuestra dueña tiene ya los dineros que podéis gastar, que no son muchos, por lo que convendrá que seáis comedidas y sensatas. Tened cuidado también con los animales, que pueden estar sueltos, y con los jinetes que estos días suelen montar un poco achispados. No os acerquéis a los magos, ni a las hechiceras cuyos filtros y augurios son siempre engañosos. En fin, pensad en vuestra madre, que se queda aquí llena de preocupación hasta que regreséis.

Mientras la madre aconsejaba a las jóvenes, el alcaide había entrado hasta el patio del fondo de la vivienda y, cuando volvió, les dijo con gesto dulce:

- La carroza está preparada para llevaos a la villa de Lara, de manera que abrigaros y cubríos para evitar el polvo del camino. Pero antes, escuchadme bien. En la villa estaréis bajo la protección del regidor Martín Domínguez, de su esposa Andregoto Ruiz y de sus hijos Gonzalo y Jimena, a los que ya conocéis. A mediodía comeréis en casa del regidor y por la tarde podéis asistir con su familia al palenque, donde se correrán

toros. Durante el viaje de ida y vuelta os escoltará un caballero de mi confianza y que conocéis bien, Munio Sánchez. Creo que ya está todo dicho, - en ese momento cambio el gesto y con voz profunda declaró levantando el dedo índice y moviéndolo de delante a atrás - sólo me queda advertiros que no quiero ningún tipo de travesura, fechoría o descaro, pues si llega a mis oídos vuestro mal comportamiento, no volveréis asistir al mercado. Ahora, id a pasarlo bien y que Dios os acompañe.

Como un resorte, las hijas se levantaron al unísono y corrieron a sus aposentos. Al poco, aparecieron con sendos mantos de lana de colores apagados y unos velos que les tapaban los rostros y que estaban recogidos en la cabeza por capillos<sup>[20]</sup> de diferentes texturas y colores. Todos, los padres, las hijas y la dueña, se trasladaron en procesión hasta el patio trasero, donde se encontraron la carroza tirada por dos mulas, los muleros y el caballero Munio, que sujetaba airoosamente la brida de su corcel.

La carroza era muy sencilla, en realidad se trataba de un carro al que habían entablado la parte delantera y la posterior y, sobre las cuales, se había fijado un techo, también de madera. Así, quedaba un cubículo central abierto a los dos laterales y que estaba partido longitudinalmente por un asiento de doble cara. Las damas se sentaron juntas en el lado izquierdo, siguiendo el sentido de la marcha, y a sus espaldas se dispuso su dueña. Una vez instaladas, se acercó Munio ya montado y, destocándose, les dijo a las jóvenes:

- Distinguidas señoras, será para mí un honor escoltarlas hasta la villa. ¿Tienen vuestras mercedes alguna pregunta que hacerme?

Las jóvenes damas se miraron con curiosidad, como inquiriendo las dudas de la otra, hasta que Lambra que, como siempre, se mostró la más decidida, respondió a la petición del jinete:

- Señor, habéis de saber que esta es la primera vez que bajo a la villa sin la compañía de mis padres, y no sé qué tipo de peligros pueden aparecer en el camino. Además si sucede algo, como desconozco la forma de actuar de una dama en esos casos, puedo cometer todo tipo de errores y de actos inconvenientes.
- No temáis dulce Lambra, que no correremos ningún peligro importante en tan breve recorrido. El único temor es que os podáis caer de la carroza, lo cual puede resultar verdaderamente arriesgado ya que las ruedas podrían atropellaros. De forma, que si os mantenéis tranquila y fuertemente agarrada a esos cordones que caen del techo, no habrá ningún motivo de preocupación.

Munio picó ligeramente a su montura, que realizó un breve giro alrededor de la carroza y, volviendo frente a las damas, se dirigió a ellas con estas palabras.

- Señoras, por vuestro silencio deduzco que no tenéis ninguna otra pregunta que hacerme. Se os ve tan seguras como radiantes y no os desmerecen la austera indumentaria que os obligan a llevar las circunstancias. Espero que el camino esté regular para que no os perturbe demasiado el zarandeo de la carroza y que no se levante el viento para que el polvo no os moleste.

Blanca giró la cabeza y dirigiéndose a la dueña que estaba a sus espaldas le preguntó si estaba preparada para el viaje, a lo cual recibió una respuesta afirmativa. Entonces, volviéndose al caballero se comportó, según su costumbre, como la portavoz de la comunidad y le manifestó:

- Caballero, si mis padres no disponen nada en contrario, todas estamos dispuestas para iniciar el viaje. Estad seguro de que nos sentimos seguras por habernos facilitado la protección de tan esforzado caballero.
- No os moféis de esta excursión, mi noble Blanca, que cuando se sale de la fortaleza nunca se sabe lo que puede encontrar el viajero. Pero agarraos bien, pues al comenzar la bajada el camino serpentea entre rocas poco acogedoras.

En efecto, los macizos rocosos que se divisaban desde el carromato presentaban un aspecto bastante inquietante y mostraban sucios montículos de hielo en las zonas umbrías. El zarandeo producido por el accidentado firme provocó ligeros grititos de las mujeres, particularmente de la dueña que, sin embargo, mantuvo su entereza durante todo el recorrido. Al salir de uno de los recodos apareció la espléndida vista del llano, con la población en el punto más cercano.

El Picón de Lara, como se llama el alcor culminado por la fortaleza, estaba cubierto por una vegetación propia del monte bajo, donde abundaban los matorrales, como el brezo, la jara, el romero y la salvia, algunos arbustos silvestres diseminados por toda la pendiente y conjuntos de árboles que formaban deshojados boscajes. Desde la altura se apreciaba todo el llano, al que los diversos alodios le

conferían una amplia paleta de colores, desde el ocre de las tierras sin sembrar hasta los ligeros verdes que apuntaban los diferentes sembrados. El conjunto se encontraba difuminado por una tenue neblina que le confería un aspecto velado e inmaterial y que, al fondo, permitía adivinar, más que ver, una cadena montañosa coronada por el blanco de las nieves.

Desde que apareció el horizonte ante los viajeros, el descenso se hizo más suave y el camino más uniforme y transitable. Esto permitió al caballero acercarse al lateral de la carroza y dirigirse a las jóvenes damas diciéndoles:

- Esa pequeña ermita que se aprecia a la derecha del camino está dedicada a San Millán que, como sabréis, fue un santo ermitaño y que ahora es el patrón de nuestro condado. El lugar se encuentra normalmente abandonado, por lo que sería inútil detenernos para rezarle al santo.
- Decidnos, - intervino Blanca con una sonrisa en los labios – ¿es cierto que la romería que se celebra en esa ermita durante el verano reúne a toda la población del alfoz y que se han producido muchos y muy importantes milagros? Al menos eso he oído decir.
- Lo primero es cierto, señora, muchos aldeanos concurren a la romería. Pero nada puedo decir de los milagros que citáis.
- Os parece poco milagro – exclamó Lambra con su habitual tonillo burlón – que en pleno verano y con tan escasos árboles que protejan de los rayos solares se reúnan los labriegos en este páramo para rezar, comer, y bailar. Supongo que un galán

como vos habrá asistido con frecuencia para disfrutar de la fiesta.

- No señora, yo nunca he tenido tiempo de acudir a esa romería. En cuanto a la asistencia de los campesinos debéis tener presente que ellos están acostumbrados a los rigores del tiempo en todas las estaciones.

Siguieron avanzando con lentitud, Munio se adelantó un poco a la carroza y entonces Lambra se acercó a Blanca y, casi al oído, le bisbiseó:

- ¿Visteis a Suero?
- No. – Contestó adustamente la interpelada.
- Pero estuvo viendo a padre.
- Si, se presentó a él en cuanto llegó a la fortaleza.
- ¿Y cómo no se acercó a veros? – Insistió la hermana pequeña.
- No lo sé. ¿podríamos dejar este tema?

La agria propuesta de su hermana espoleó el interés de Lambra, que demostró que no estaba dispuesta a abandonar la cuestión de las relaciones entre ella y aquel caballero tan apuesto.

- Pero... ¿no hicisteis nada para encontraros con él?
- No, me limité a pasear por la balconada para ser vista y después fui a la capilla. Suero no apareció por ninguna parte.
- ¡Lástima! – exclamó Lambra con indignación – Ayer intenté

escabullirme para ayudaros, pero mi preceptor estuvo particularmente atento a mis movimientos. Mucho me temo que madre sepa algo de vuestras relaciones con ese caballero.

- ¡Oh! – exclamó Blanca distanciándose de su hermana para mirarla a la cara y comprobar que no era una broma. - ¿Cómo ha podido enterarse?
- Ni siquiera sé si lo sabe, ha sido simplemente una suposición.
- ¡Ay!, Lambrita, durante su ausencia no me ha mandado ninguna misiva, ni he tenido una sola noticia de sus andanzas. Y ahora... ahora parece que me ignora. ¡No sé qué pensar! – Blanca acompañó sus palabras con un gesto de zozobra.
- Vamos, hermana, tampoco debéis sentirnos agraviada. Recordad los consejos de nuestra madre, las damas debemos ser fuertes y acogedoras.

Un vaporoso silencio cubrió a las dos hermanas que parecían pensar intensamente sobre la manera más adecuada de resolver las inquietudes amorosas de la mayor. Por fin, la decidida Lambra concluyó:

- ¡Está claro!, ha llegado el momento de pedirle explicaciones a ese hombre.
- No seáis chiquilla, ¿dónde y cómo puedo hacer tal cosa?
- No preocupaos, - afirmó Lambra con decisión, - Suero y su inseparable Lope bajarán al mercado con toda seguridad. Yo trataré de distraer a todos nuestros acompañantes para que podáis hablar con él sin testigos.

- Aún así, ¿qué puedo decirle?
- Mirad, querida, hace meses que os veo descompuesta y afligida por ese hombre que os ofreció amores con toda seriedad e incluso os forzó a aceptarlos. Yo no sé como debéis exigirle que cumpla sus promesas, pero habéis tenido tiempo suficiente para meditar sobre ese asunto. Ahora no podéis desfallecer. Si os interesa tendréis que luchar por él, aunque os resulte difícil.
- ¡Ay! niña, a vuestra edad todo parece tan fácil... - Exclamó la hermana mayor con un ademán vacilante.
- Fácil o difícil, es lo que os toca ahora. De modo que preparaos para el desafío que puede condicionar toda vuestra vida.

De esta abrupta forma Lambra dio por terminada la discusión y se dedicó a mirar las primeras casas que anunciaban la llegada a la villa. Blanca, por su parte, trató de arreglar el gesto y la compostura para el encuentro inmediato con sus anfitriones.

Llegados los viajeros a la villa, la carroza se detuvo delante de la casa grande, donde fueron recibidos cordialmente por el regidor, su esposa y sus hijos. Inmediatamente, pasaron a la sala común donde fueron obsequiados con un refrigerio durante el cual, entre verduras asadas, apetitosos fiambres, pan blanco y un delicioso hidromiel, fueron relajando la excitación del viaje con la inestimable ayuda de chascarrillos, fábulas y sonoras risas. Repuestas las fuerzas y arregladas las indumentarias, los cuatro jóvenes se lanzaron a recorrer el mercado de la villa.

Durante el resto de la mañana, visitaron numerosos tenderetes,



donde disfrutaron acariciando exóticas telas, apreciando recios paños y descubriendo una innumerable cantidad de fruslerías, entre las cuales también encontraron valiosos complementos de ámbar y de plata con amatistas, aguamarinas y otras piedras. Alguna de las damas cayó en la tentación de adquirir cierto abalorio, cuyo precio exasperó tanto a la dueña que se quedó regateando con el mercader. En su recorrido, contemplaron las actuaciones de los saltimbanquis, atendieron a las fabulosas historias de los narradores y escucharon las evocadoras estrofas de los juglares.

Paseaba el grupo entre tenderetes cuando se dieron de frente con dos caballeros que, al verlos, sonrieron y se dieron prisa en ir a saludarlos. Eran Suero y su inseparable Lope. El primero era alto de estatura y fornido de cuerpo, los movimientos que realizaba tenían la firmeza del hombre seguro y decidido. Su rostro era moreno y terso, con una nariz aguileña que le confería la imagen de hombre reflexivo y el conjunto quedaba completado con unos ojos negros y profundos. Lucía una cuidada cabellera rojiza e iba completamente rasurado. Su acompañante era algo más bajo y con un cuerpo rechoncho que daba la sensación de ser muy pesado. Su rostro sonrosado presentaba unas mejillas abundantes, una nariz pequeña y unos ojos tan azules que, a veces, parecían blancos. Su cara redonda estaba rodeada por una ligera barba de color castaño.

El encuentro aumentó la algarabía que venían formando los componentes del grupo inicial hasta que, restablecida la normalidad, acordaron seguir juntos el paseo por el mercado. Al rato, Lambra llamó la atención de Lope y de Gonzalo y les rogó que la acompañaran a la plaza donde se desarrollaba una representación

teatral por parte de unos faranduleros. Todos se desplazaron hacia allí, mientras que Blanca retenía a Suero y lo llevaba a una zona discreta entre dos tiendas. Una vez allí, la castellana estalló:

- Señor caballero, la última vez que os fuisteis de este castillo lo hicisteis muy enojado porque no accedí a satisfacer vuestras inclinaciones carnales.

Suero, manifiestamente sorprendido, la miró intensamente y con cierto aire de amante burlado le dijo:

- Prefiero no recordar vuestros desaires, señora.

Ahora fue la muchacha la que se quedó suspensa por la respuesta del caballero, la consideró una excusa hueca y sin sentido, por lo que respondió:

- No hubo ningún desaire, solo el respeto que me debo a mi misma.

Ante la posibilidad de que la conversación terminara allí, Blanca añadió con toda intención:

- Como revancha de aquello, no he vuelto a recibir ninguna noticia vuestra.
- Veréis señora... No hay tal desquite, solo he estado muy ocupado y mis obligaciones han repercutido en mi tiempo y en mi memoria.
- Esa parece una excusa infantil, enviar un mensaje oral o escrito no requiere mucho tiempo ni mucho esfuerzo. Su ausencia demuestra que vuestro interés de ayer se disipó en la distancia,

a la vez que lo hizo vuestra palabra de caballero.

Ante aquello, Suero se sintió humillado y, como si se tratara de un resorte comprimido, su orgullo saltó. El gesto se hizo airado y la mirada se volvió turbia aunque, con mucho esfuerzo, consiguió atemperar su intención inicial y dijo conteniéndose:

- Pero Blanca, ¿pensáis que he estado en Burgos? Nada de eso, me he visto obligado a viajar a varios lugares, incluso he permanecido algún tiempo en el monasterio de Valpueda, en el norte.
- No hace falta que me deis explicaciones sobre vuestros movimientos, pero reconoced que hay una gran diferencia entre vuestra actitud en la última visita que nos hicisteis y vuestra conducta en la actual. – El reproche salió de la boca de la mujer con tanta contundencia que sorprendió a su acompañante.
- ¿Por qué decís eso?

Blanca se sentía cada vez más enojada por la indiferencia que demostraba el joven acerca de sus relaciones, por ello adelantó el mentón cuando mirándolo con desdén le dijo:

- Porque, señor, en vuestra última estancia en el castillo no os apartabais de mi lado y me solicitabais constantemente. Vuestros halagos y deferencias eran constantes e incluso me insinuasteis un especial apego hacia mi persona. Esta vez ha sido preciso este encuentro casual para veros.
- Vaya... llevo en la fortaleza algo más de veinticuatro horas – farfallo Suero a modo de excusa.

- Suficientes para acercaros a verme.

Los ánimos estaban calentándose, Blanca se encontraba avergonzada e indignada a la vez, los colores habían subido a su cara y sus ojos refulgían como consecuencia del bochorno y de la irritación que la embargaban. Por su parte, Suero se había ido calmando y ahora se mantenía en una actitud de displicente paciencia que, más que transmitir comprensión, parecía encerrar un desafío soterrado.

- ¡Cuántos reproches, mi querida amiga!, parece que más que un encuentro satisfactorio, el nuestro ha sido el comienzo de una contienda entre sentimientos. Por mi parte, os puedo asegurar que me he alegrado mucho de volver a veros tan radiante como siempre.
- ¡Oh! Suero... yo también estoy muy contenta por encontraros sano y salvo. Pero la larga espera sin noticias ennegreció mi corazón con la incertidumbre y el miedo a que resultaseis herido en alguna confrontación con los moros. – La mirada de la muchacha pareció ablandarse mirando a su amigo.
- Hace tiempo que no se han producido refriegas con las gentes de *Al-Ándalus*. En ese sentido podéis estar tranquila.
- Pero, sin embargo, he oído algo de un enfrentamiento con el conde.
- ¡Bah!, no ha sido nada, – adujo el caballero con cierto aire de suficiencia. - Se enfadó conmigo y me envió a vuestro alfoz a pasar algún tiempo. Pronto se le pasará la rabieta.

Podría parecer que los ánimos comenzaban a distenderse, pero fue un simple espejismo. Blanca no estaba dispuesta a ceder sin aclarar la situación en que se encontraban sus relaciones. Por eso, inesperadamente, reinició sus reproches con nuevas fuerzas:

- De todas formas, debéis reconocer que ahora, manteniéndoos a distancia, estáis actuando mal conmigo, lo que resulta insolente y despectivo.

Suero se echó hacia atrás como una muestra de estupefacción y tartamudeó recuperándose con dificultad:

- Pero... pero Blanca, ¿de qué estáis hablando? Mi atención y mi sentimiento están atentos y prendados de vos.
- ¡Dejaos ya de circunloquios, Suero! ¿Acaso habéis olvidado que me disteis a entender unos sentimientos hacia mi persona que ahora no demostráis?

Las palabras de Blanca actuaron como un ariete contra Suero, que terminó apoyándose en las maderas de uno de los tenderetes. Pero se recuperó con rapidez y esbozando una amplia y estudiada sonrisa le dijo a su amiga:

- De verdad, Blanca... ¿pudisteis darle importancia al juego infantil que tuvimos hace meses? ¿Es posible que creyerais unas palabras dichas en un momento de pasión descontrolada? Fuimos muy felices y podemos volver a serlo. Por favor, comprended que vuestra idea de que existe un compromiso entre nosotros no deja de ser una ilusión mantenida por la distancia y la soledad.

Ante aquellas palabras, la joven se enardeció y mirándolo de arriba abajo, le espetó con los dientes apretados:

- Señor, ¿cómo os atrevéis a poner en duda mis entendederas?, ¿acaso creéis que una dama no sabe distinguir las intenciones del hombre que trata con ella? Vos fuisteis transparente en ese sentido y vuestras intenciones quedaron muy claras al intentar forzarme de una forma que no resultó excesivamente amable.
- Pero... ¿de qué intenciones habláis? Nunca tuve el propósito de comprometerme con vos. Debéis saber, señora, que mi tío Assur hace tiempo que concertó mi matrimonio con una rica heredera navarra y yo estoy dispuesto a cumplir la palabra que empeñó.

Esta vez fue Blanca la que tuvo que apoyarse en los débiles maderos de una de las tiendecillas, se incorporó completamente descompuesta y, sin poder contenerse, abofeteó al altivo Suero. Se miraron un instante con la destellante mirada que expresa el rencor y, entonces, ella giró sobre sus talones diciendo entre dientes:

- Canalla, sois un miserable indigno de mis cuitas, desde hoy quedáis desterrado de mi corazón y de mi cabeza. Pero vuestra felonía merece un castigo que os haga penar por una vida tan torpe y ofensiva.

Con la cabeza gacha y aguantando las lágrimas con gran fortaleza de ánimo, Blanca se reunió con el grupo que había disfrutado de un melodrama disparatado. Todos juntos se dirigieron hacia la casa del regidor, mientras Suero y Lope se despedían de todos ellos.

Después de un breve descanso, los jóvenes bajaron a la sala

grande a hacerles los honores al banquete que les ofrecían los dueños de la casa. De nuevo, se repitieron las chanzas, incluidos los comentarios jocosos que había motivado el paseo por el mercado, las puyas ingeniosas, los piques burlescos y, sobre todo, las risas argentinas de las jóvenes damas. Sólo Blanca parecía mantener una seriedad que muchos consideraron debida a su situación de hermana mayor y de persona de respeto. Esa actitud, y la presencia de las personas mayores que presidían la mesa, hicieron que todo se desarrollase en un tono mucho más atenuado que por la mañana. Finalizado el ágape, el hijo mayor de la casa, Gonzalo, se levantó para marcharse porque tenía que preparar su nuevo alazán para correr los toros aquella misma tarde.

Después de una relajante y divertida sobremesa, todos se prepararon para ir al palenque a contemplar cómo se corrían los toros. Al llegar al coso, ocuparon los bancos laterales que estaban dispuestos para que lo ocuparan las familias principales de la villa. El resto del cercado fue ocupado por un numeroso público que se mostró siempre muy bullicioso y vocinglero. Los preparativos del espectáculo se prolongaron para dar tiempo a la actuación de diversos grupos de malabaristas y de acróbatas. Los vendedores de agua, almendras, pasas y otras chucherías se multiplicaban para atender las demandas de una concurrencia visiblemente alterada por la larga espera. Finalmente comenzó el espectáculo.

Correr el toro consistía en que un jinete se enfrentaba en solitario a un astado sin ninguna defensa; aunque algunos, los menos diestros, se ayudaban con una larga pica para evitar que el animal corneara a su caballería. El juego consistía en hacer correr al

cornúpetas detrás del caballo sin que llegara a alcanzarlo, de esa forma lo llevaban a un estado de cansancio tal, que el jinete era capaz de enfrentarse al toro sin que este se arrancara contra él. Ese momento, en que toro y caballo, jadeantes, quedaban enfrentados y atentos al menor movimiento de su oponente, constituía uno de los instantes de apogeo de la fiesta que, como tal, era celebrado sonoramente por la concurrencia. Ciertamente, la estampa era magnífica, el caballo, por su parte, piafaba ante el terrible enemigo y contenía la huida por la autoridad de su jinete y, por otra, la bestia astada movía la testuz amenazante a la vez que sus manos arañaban el terreno con una impaciencia violenta.

A veces, para elevar aún más el tono del espectáculo, una vez que los contrincantes habían alcanzado ese enfrentamiento estático, tan inestable como emocionante, otro caballero, al grito de que iba a robar el toro, pasaba velozmente entre ambos y, llamando la atención del astado con un pañuelo, lo arrastraba detrás de él. La culminación de ese lance hacía que el estruendo del público llegara a hacerse atronador y el triunfante caballero debía recorrer todo el coso recibiendo los aplausos y la admiración de los concurrentes.

El robo del toro era, en verdad, un ejercicio extremadamente peligroso, particularmente por la corta distancia que quedaba entre el caballero y el toro cuando se enfrentaban. El jinete que trataba de robar el animal debía acercarse desde la parte trasera de éste, para que no le atacase antes de sobrepasarlo. En ese caso, el caballo quieto veía venir frontalmente a otro bruto a un buen galope y trataba de reaccionar quitándose de su trayectoria, lo que tenía que ser impedido por su jinete si había sido avisado con anterioridad. En



definitiva, el robo del animal requería un conjunto de acciones coordinadas de los dos caballeros implicados, que se iniciaban con el grito del atacante. Sin ese anuncio, el lance quedaba peligrosamente en manos del azar.

El grupo formado por el regidor, su familia y sus invitados, disfrutaron de las alternativas de la fiesta esperando, no sin impaciencia y preocupación, la actuación de Gonzalo. Cuando le llegó el turno, apareció el hijo del regidor cabalgando un brioso alazán con el que circunvaló orgullosamente el perímetro del coso. Suelto el toro, comenzaron las arriesgadas carreras en las que astado intentaba alcanzar y embestir las grupas del caballo, que no consiguió en ningún caso. Poco a poco, las fuerzas del animal se fueron agotando hasta que, finalmente, justo delante de la tribuna que ocupaba la familia del jinete, los dos contendientes se enfrentaron jadeantes. El caballo resoplaba inquieto, mientras que su jinete le retenía firmemente recogéndole las riendas. Por su parte, el toro mugía irritado mientras que con sus patas delanteras arañaba el piso levantando pequeñas nubes de arena. La situación se mantuvo durante un instante de tensión extrema, mientras el silencio general expresaba el encogimiento del ánimo de todos los espectadores. Pasado ese instante, el griterío general estalló con aplausos y gritos de alegría y distensión.

La estampa estática se mantenía cuando, de pronto, se hizo un nuevo silencio general al aparecer en el palenque un caballero al galope que, sin avisar y a gran velocidad, se interpuso entre Gonzalo y el toro, llevándose afortunadamente a este último. El caballo de Gonzalo, sorprendido y atemorizado, se levantó de manos con tanta

energía que estuvo a punto de derribar al jinete y caer él mismo sobre los espectadores. Sólo la serenidad y la habilidad del caballero fueron capaces de salvar la situación sin males mayores y todo terminó con un susto mayúsculo de los espectadores más próximos.

El vocerío se hizo ensordecedor, las gentes ondeaban todo tipo de banderas, enseñas y prendas de vestir, la agitación general subió de tono aún más cuando el caballero que había robado al astado, que no era otro que Suero Fortúnez, hizo bailar su montura delante del animal hasta que lo llevó a los toriles. Después, el mismo caballero se dirigió al centro del coso donde hizo gambetear a su montura con suma gracia, para terminar recorriendo el perímetro ufanamente, mientras recibía las aclamaciones de los asistentes.

Terminada la fiesta, Suero se acercó a los bancos donde el regidor y sus acompañantes estaban todavía discutiendo los lances de las carreras. Directamente se dirigió a Blanca con una media sonrisa, la saludó con una inclinación de cabeza y le preguntó:

- Linda dama, ¿habéis disfrutado de la fiesta?

Blanca lo miró con sorpresa por el claro desaire que estaba infligiendo a todos sus acompañantes y le espetó desabridamente:

- Me ha resultado muy instructiva. A propósito, ¿conocéis a todas estas personas que no habéis tenido la atención de saludar?

El caballero no se inmutó, iba a contestar a la dama cuando una mano varonil se posó sobre su hombro y le obligó a girar sobre sí mismo para enfrentarse a un airado Gonzalo que le dijo con los dientes apretados por la ira:

- Señor, me debéis una explicación de vuestro comportamiento en el coso.

Una vez pasada su sorpresa, Suero lanzó una carcajada y contestó con aire displicente:

- Qué decís, muchacho, os he robado el toro limpiamente. No creo que deba daros ninguna explicación.
- ¡Cómo no! – gritó, más que dijo, Gonzalo – habéis robado el animal sin previo aviso y me habéis puesto en peligro a mí y a mi montura. El toro podía habernos atacado de improviso y, con vos por medio, no hubiésemos tenido ninguna posibilidad de evitarlo.

Suero volvió a sonreír con suficiencia, miró a Gonzalo de arriba abajo y le contestó:

- No ha existido ningún peligro, mi habilidad en el robo de los toros retenidos es una cosa bien conocida. Lo he hecho en palenques mucho más grandes y más difíciles que éste. Creo que será mejor que os retiréis.

Gonzalo, rojo de ira, le espetó en tono amenazante:

- Habéis faltado a las más elementales normas de la caballería. Sois un bellaco que mostráis una altanería y una soberbia impropias de un hidalgo bien nacido. Os exijo una explicación en el terreno que consideréis oportuno.

Suero, haciendo el gesto de echar mano a su espada, le gritó sin ninguna consideración:

- Patoso villano, ¿creéis que voy a consentir vuestros zafios escarnios?

Pero Munio, que había presenciado la escena, se interpuso entre los dos hombres y, dirigiéndose a Gonzalo, le dijo cortésmente:

- Tenéis toda la razón, amigo Gonzalo, la cortesía y la seguridad exigen que el caballero que va a robar un toro avise por adelantado al que lo ha corrido. De esa manera se evitan accidentes indeseables. En nombre de todos los caballeros de ley, os presento las disculpas que merecéis, con lo cual debéis considerar saldado el pleito. Os ruego que no insistáis en pedir explicaciones a este caballero, pues ya ha expresado su intención inaudita de no darlas, con lo cual queda perfectamente definida su condición.

Ante estas palabras el rostro de Suero se demudó, las facciones se afilaron por efecto de la cólera y encarándose con Munio le espetó desafiante:

- Pero... ¿quién sois vos para intervenir en este litigio y, además, excusaros en mi nombre? Vuestro atrevimiento es inadmisibile e implica una grave ofensa que no pienso pasar por alto. Habéis puesto de manifiesto una osadía y una insolencia que requieren un correctivo. Además, afrentas como las que habéis consumado sólo pueden limpiarse con el rojo fluir de la sangre, de modo que preparaos a batiros en singular duelo.
- Estoy a vuestra disposición...

La frase iniciada por Munio no pudo ser terminada porque Rodrigo Rodríguez, el capitán de la guarnición del castillo, se interpuso entre

los dos adversarios apartándolos con brusquedad.

- Teneos, caballeros, - exclamó – deponed esa actitud tan fiera y respetad la fiesta que celebramos. No es digno de señores mostrar sus querellas en público y tratar de resolverlas recurriendo a la violencia.

Rodríguez era un hombre alto y corpulento, que desprendía el halo de autoridad de un hombre acostumbrado a mandar sobre combatientes aguerridos. En su rostro bronceado destacaba una nariz ridículamente deformada y unos profundos ojos negros, sombreados por unas espesas cejas. Su altivez natural y sus movimientos, siempre seguros y viriles, le conferían la estampa del gladiador triunfante.

- Vos, Munio, retiraos y estad atento a mi requerimiento posterior. En cuanto a vos, caballero, debo recriminaros vuestro comportamiento en el coso. Habéis sido excesivamente atrevido para robar el toro con sigilo y sorpresa, con lo que habéis puesto en peligro evidente al otro caballero e, incluso, a parte del público que presenciaba el espectáculo.

Suero, todavía demudado y con la mano en la empuñadura de la espada le gritó, más que le dijo:

- ¿Quién sois vos para entrometeros en cuestiones de honor? ¿Acaso creéis que voy a tolerar que me reprendáis como si fuera un escolar? Sabed, señor, que no acato vuestra autoridad y, ahora que habéis hecho retirar a ese cobarde de Munio, será con vos con quien ajuste cuentas.

Con un gesto familiar, Suero comenzó a extraer su espada de la

vaina mientras iniciaba la acometida contra Rodrigo, el cual dio unos pasos hacia atrás a la vez que realizaba la misma operación. En esto, Lope Fortúnez el fiel compañero de Suero se abrazó a éste impidiéndole terminar la acción emprendida. Mientras retenía con mucha dificultad a su compañero, Lope le musitó:

- Recordad las palabras del conde, vuestro tío, “ni un escándalo más, porque os destierro definitivamente”.

Tales palabras parecieron calmar al iracundo Suero, que, respirando ruidosamente, se separó con brusquedad de quien lo había trabado y se quedó quieto con la mirada perdida. Todos los presentes quedaron en silencio, tensos y expectantes, a la espera de su reacción. Poco a poco, el impetuoso caballero pareció calmarse y, finalmente, mirando con complicidad a Lope, le dijo en voz baja:

- Tenéis razón, tiempo habrá para resolver esta pendencia – y volviéndose, se dirigió a Munio gritándole –. Sabed, cobarde, que estáis emplazado para responder de vuestra ofensa de la manera que lo hacen los hombres, sin que podáis ocultaros detrás de un capitán achacoso. Cuando llegue ese momento, os ensartaré con mi espada que ya ha resuelto otros muchos duelos gloriosamente.

Munio, que aparentaba una serenidad muy lejana del volcán que rugía en su pecho, al oír el reto de Suero se volvió hacia él con el rostro demudado y la voz ronca que produce la exasperación y le escupió al bravucón:

- Quedo a vuestra disposición, cuándo y dónde queráis. Pero tened en cuenta que mi acero también es capaz de enderezar

entuerτος y lo emplazo para hacerle cumplir con su obligación de acabar con mis enemigos.

En ese momento intervino Martín Domínguez, el regidor de la villa, que se dirigió a todo los presentes con estas palabras:

- Señores, está muy lejos de nuestros deseos que se produzcan querellas sangrientas en nuestra villa, de manera que os ruego encarecidamente que depongáis vuestras violentas actitudes y nos permitáis finalizar la fiesta en la paz de Dios. De todas maneras, señor Suero, - añadió dirigiéndose al atrevido jinete - debo decir que tanto mi hijo Gonzalo como el digno Munio tienen razón. Habéis actuado alocadamente, sin respeto a las normas de la caballería y con actitud insultante, por lo que os comunico que, desde este momento, sois persona poco grata para los habitantes de esta villa y os apremio a que la abandonéis inmediatamente.

Mientras Suero y su conmlitón se alejaban del palenque, el regidor con la expresión severa se acercó a Munio y le expresó:

- Caballero, debo manifestaros mi gratitud por haber intervenido en la tensa situación creada por la jugarreta incalificable de ese desalmado, que pudo costarle un serio descalabro a mi hijo Gonzalo. Ese noble comportamiento ha hecho recaer sobre vos la enemistad de ese temible personaje, al que considero capaz de cualquier vileza. Guardaos pues, Munio, para que la venganza de ese rufián no os coja por sorpresa y consiga haceros daño.
- No os preocupéis, señor, ni os sintáis concernido por tal

suceso. Ese enfrentamiento era inevitable que se produjera antes o después. Si no hubiese sido conmigo, el enfrentamiento se hubiese producido con cualquier otro compañero.

Munio, entonces, se acercó a Rodrigo Rodríguez y presentándose en la posición rígida propia de los militares le expresó:

- Señor, vuestra merced me ha requerido para más tarde, pero debo acompañar a las damas en su vuelta al castillo y no podré esperaros como sería mi deseo.

Rodrigo miró a Munio con afecto y esbozó una sonrisa que parecía rechinar en aquel rostro tan marcial y aguerrido.

- ¡Ah!, Munio, habéis hecho muy mal al enfrentaros con ese caballero, pero debo reconocer que su actitud con el hijo del regidor lo hizo necesario. Creo que habéis salvado a esta villa de una afrenta tan inútil como injusta. Id con Dios.

Con el espíritu pesaroso por lo sucedido, la comitiva se dispuso a volver a la casa grande. Entre comentarios apagados y temores presentidos, tanto los mayores como los jóvenes recorrieron el camino lentamente, casi en procesión. A lo largo de él, Blanca se acercó a Munio y, poniendo su mano sobre el antebrazo, le dijo con voz susurrante:

- Tranquilizaos, por favor. Suero es un jactancioso con mucha más facilidad para la amenaza que para su cumplimiento. De todas maneras, ese hombre debe estar retenido por alguien o por algo que lo frena y lo limita grandemente. ¿Os habéis fijado como su acompañante congeló su ira con unas breves palabras?, eso demuestra que su espíritu no es libre, está



sometido a aquello que le nombró Lope. De todas maneras estad prevenido porque, según dicen, de esa pareja es posible esperar lo peor y de la manera más enrevesada.

- Gracias, mi dulce Blanca, sois muy generosa en vuestro apoyo y sutil en la apreciación de las personas. Ciertamente, la reacción de Suero ha sido una sorpresa, siendo como es tan provocador y decidido, debe haber alguna razón que lo reprime.

Llegados a la casa grande, los castellanos descansaron un rato y, tras una larga y afectuosa despedida, todos ocuparon sus puestos en la carroza. La dueña se esmeró en proteger a sus señoras del frío y de la inoportuna brisa que se había levantado, después ocupó en el banco del carromato el lado opuesto al ocupado por las damas. Lambra contemplaba distraída el campo, mientras Blanca descansaba pesadamente su cabeza sobre los tableros frontales conteniendo desgarradamente las amargas lágrimas que había estado evitando toda la tarde. En el transcurso del viaje las dos hermanas fueron intercambiando confidencias que unas veces aumentaban y otras reducían los estremecimientos que los sollozos producían en el cuerpo de Blanca. La hermana pequeña comenzó el dialogo con el ansia producida por la curiosidad que la consumía.

- ¿Habéis hablado con Suero?
- Sí, lamentablemente así ha sido. – Respondió Blanca conteniendo sus sollozos.
- Pues qué... ¿no han sido convincentes sus excusas?
- ¿Excusas...? El muy bellaco me ha reprochado que tomé en serio los juegos de niños a los que nos dedicamos durante su

estancia anterior.

La expresiva Lambra manifestó su sorpresa agrandando sus hermosos ojos que destellaban.

- Pero... ¿Cómo puede llamar juego de niños al descarado galanteo a que os sometió durante toda su estancia? Si parecía vivir para vos.
- No sólo eso, sino que llegó a propasarse conmigo arrastrándome con su pasión, sólo la intervención de la Virgen Santísima evitó, en el último momento, que me entregara a él.
- ¡Hermana! ¿Hasta ese punto llegasteis? – Exclamó la más joven con expresión de escandalizada sorpresa.
- Si, hermana, sí. Con sus dulces palabras y sus falsas promesas fue capaz de arrastrarme hasta el borde del abismo.

La joven e impulsiva Lambra se iba exaltando según oía a su hermana desgranar sus amores con aquel caballero que, por momentos, se le iba presentando como un monstruoso enemigo.

- Pero ¿os ha dado alguna esperanza?
- ¡Qué esperanza! Su tío Assur ha concertado su boda con una navarra y piensa cumplir el compromiso, - balbuceó la dama mayor mientras suaves lágrimas resbalaban por sus mejillas
- ¡Infame! Por eso os huía el muy cobarde.

Blanca rompió a llorar sin ningún miramiento mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su hermana pequeña. Esta, visiblemente enardecida, exclamó en voz baja y contundente:

- Este atropello requiere venganza. Ahora lamento profundamente no ser un hombre y poder exigirle explicaciones, retarlo y romperle su malvado corazón. Ese traidor os ha burlado, os ha humillado y os ha deshonrado. Debo conseguir que pague con sangre tanta ofensa y tanto dolor como os ha producido.

El camino se hizo tristemente largo debido a la subida que requería la llegada a la fortaleza y, durante todo él, Munio, rondó alrededor del carromato atento a cualquier contingencia. Finalmente, los excursionistas llegaron al castillo mientras el sol se ponía detrás de un horizonte brillantemente enrojecido.

## Capítulo IV

Jueves, 16 de noviembre de 943

De buena mañana, los aspirantes a soldado ocupaban la albacara<sup>[21]</sup> del castillo. La mayor parte de ellos estaban en un extremo del patio, alrededor de una hoguera que humeaba alegremente contra un cielo neblinoso. Aquellos muchachos se frotaban las manos con fuerza, pateaban contra el suelo o se abrazaban a sí mismos, golpeándose concienzudamente la espalda, para poder soportar mejor el frío ambiente que había acompañado la amanecida. La llegada de Munio hizo que, poco a poco, los jóvenes le rodeasen y prestasen atención a las disposiciones de su instructor, que inició la sesión con una breve oración.

La primera actividad consistió en recorrer varias veces el perímetro del patio manteniendo el grupo unido y la carrera viva. A continuación, Munio les hizo realizar diversos ejercicios respiratorios para recuperar el aliento y toda una serie de variadas y suaves pruebas, con idea de superar el ambiente gélido a que estaban sometidos. Una vez terminada esa elemental gimnasia, el instructor ordenó a uno de ellos que se situase en las proximidades de la hoguera y que batiera rítmicamente el tambor que, con ese fin, colgaba de un clavo en la pared. Los restantes fueron enviados a coger unas toscas espadas de madera y unas rudimentarias rodela, y se situaron en círculo alrededor del instructor.

Al son del tambor, los jóvenes comenzaron a realizar lentos movimientos consistentes en flexionar las piernas, en girar el torso lateralmente hacia uno y otro lado y a desplazarse con las piernas abiertas mientras que, a un cambio del ritmo del tambor, se giraban para poder chocar su espada con los escudos de sus vecinos. Los movimientos del conjunto remedaban una rudimentaria danza, cuyo objetivo era aumentar la agilidad y la destreza de los danzantes. A unas palmadas del instructor, los muchachos recuperaban su postura normal, realizaban varias carreras en círculo y descansaban un momento. Al cabo, comenzaba de nuevo el aguerrido baile que, algunos, acompañaban con cantos de la región.

En un extremo del patio aparecieron Suero y Lope con aspecto adormecido. Durante un buen rato estuvieron contemplando las evoluciones de aquellos muchachos, que las realizaban con mucho más interés que fortuna. Por fin, Suero dio señales de actividad diciéndole a su acompañante:

- Este sería un buen momento para liquidar la pendencia aplazada con ese mequetrefe de Munio.
- Cierto, primo, sobre todo porque la guarnición del alcázar ha salido esta mañana a realizar la ronda semanal por el alfoz y se encuentra sin el apoyo de los suyos.

Suero sonrió malévolamente y, volviéndose con intención de entrar en el edificio, le confió a su compañero:

- Voy a buscar las armas, porque de ésta acabo definitivamente con la vida de ese lenguaraz botarate.
- Detente amigo, recuerda la amenaza del conde Assur: ni un solo escándalo más. Creo que no debéis tentar a la fortuna exagerando un asunto tan trivial como éste, que no os reportará ni gloria ni fortuna. Limitaos a deslomar a ese campesino con aires de señorío.
- Tienes razón, Lope, cojamos esos lanzones<sup>[22]</sup> y empleemos sus astas como garrotes para domesticar al rebelde Munio.

Tomando las lanzas por sus moharras<sup>[23]</sup>, los dos justicieros penetraron en el patio golpeando las improvisadas porras contra el polvoriento suelo. Los aspirantes que se ejercitaban en la mitad opuesta del patio no se percataron de la presencia de los dos caballeros. Mientras avanzaba con aire bravucón, Suero le gritó al adiestrador:

- Escucha Munio, ¿estáis instruyendo guerreros para enfrentarse a los sarracenos o danzantes para distraerlos en sus orgías?

Al oír semejantes palabras, Munio se volvió hacia los recién llegados y, viendo quienes eran, hizo un gesto de indiferencia y continuó animando a sus pupilos. Los dos caballeros siguieron avanzando y Suero se dirigió a su acompañante con voz suficientemente fuerte como para ser oído en toda la albacara:

- Mi buen Lope, para realizar tan ridícula danza resultaría más adecuado que hubiesen sustituido el jubón y las calzas por el corpiño, las faldas y los afeites de las meretrices. Observad que estampa tan grotesca producen esos simios imitando a valientes guerreros.

Esta vez, las imprecaciones del altivo Suero surtieron efecto, los reclutas detuvieron sus ejercicios y se volvieron unos divertidos y otros indignados, pero todos sorprendidos. Por su parte, el instructor dejó de alentar a sus discípulos y se volvió también hacia aquel descarado provocador. Sin moverse del centro del círculo donde se ejercitaban los aspirantes, se dirigió también a Lope con las siguientes palabras:

- Buen Lope, ¿no es cierto que aquel que se dedica a ofender a jóvenes sometidos a disciplina, y que no pueden defenderse, no es más que un majadero y un cobarde? Resulta impropio de aquel que os acompaña, y que se titula caballero, dedicarse a esparcir zafias ofensas y carecer de la gallardía de enfrentarse conmigo, que es contra el que puede tener algún pleito pendiente.
- Pues sí, - exclamó irritado Suero avanzando con decisión hacia su contrincante – contra vos vengo para limpiar la afrenta con la que ayer me mancillasteis.

Munio se adelantó hasta la circunferencia que formaban sus pupilos, tomó el escudo de uno de ellos y con un gesto les ordenó que se quedasen donde estaban. Superado el círculo de los ejercicios, esperó la llegada de Suero mientras que, algo desplazado a su derecha, también se le acercaba Lope. Mientras esperaba, Munio extrajo una daga de la vaina que llevaba a la cintura, la ocultó de sus adversarios poniendo la mano que la empuñaba a su espalda.

- No hubo tal afrenta, me limité a recordar las obligaciones que tiene todo buen caballero cuando interviene en el juego de correr toros. En verdad, fuisteis muy osado y, afortunadamente, la Providencia evitó lo que podía haber sido un desastre.
- La Providencia – repuso Suero - no tuvo nada que ver en el juego de ayer, sólo mi habilidad salvó la situación de aquel jovenzuelo imberbe. Y ya que citáis a la Providencia divina, creo que podíais recurrir a ella para salvaros de la buena tunda que os voy a aplicar por vuestro descaró.
- Amenazar..., amenazáis con contundencia, Suero. Pero decidme, ¿para cumplir vuestras amenazas necesitáis la colaboración del sumiso Lope?, siempre pendiente del que parece ser su amo y señor. Desde luego, con él no he intercambiado ni una palabra ni un gesto, y ahora parece que se acerca a mí con intenciones agresivas. Contestadme Lope Fortúnez, ¿os debo algo?, ¿debo satisfaceros por algún perjuicio que os haya causado?, ¿cuál es el motivo de vuestra actitud amenazante?

El mencionado Lope se detuvo sorprendido por las preguntas que le había formulado su víctima en ciernes, se volvió a mirar a Suero,



que le hizo un gesto de indiferencia, y mostrándose claramente irritado terminó diciendo:

- No es preciso que haya motivo ni deuda para acabar con la serpiente, y vos sois una víbora que tratáis de destrozar el buen nombre de mi hermano de armas, el caballero Suero Fortúnez. Para mí, eso es razón suficiente para participar en el correctivo que merecéis.
- Pues, señor, - gritó, más que dijo, Munio mientras tomaba un actitud defensiva - formáis una buena pareja de cobardes, que pretendéis abusar de vuestra superioridad para atacarme. Pero, aún así, os aseguro que os costará cara vuestra pretensión.

Suero se adelantó con el lanzón en alto y le tiró a Munio un extraño mandoble dirigido a golpearlo en la cabeza. El castellano esquivó el primer golpe con el escudo, pero a la siguiente embestida interpuso el brazo que, al recibir el castigo, soltó la daga que mantenía en la mano. De nuevo, el atacante levantó su arma con intención de asestar otro porrazo a su oponente, pero éste se desplazó con agilidad y logró esquivar el ataque. El juego se repitió en varias ocasiones, en algunas de las cuales el portador de lanzón alcanzó al instructor haciéndole daño.

Enfrascado en esquivar los garrotazos de Suero, el instructor no podía protegerse del ataque que perpetraba Lope acercándose lateralmente. Cuando éste alcanzó una posición propicia, lanzó un golpazo con su lanzón de arriba abajo que, debido a un rápido desplazamiento de Munio esquivando a Suero, le alcanzó en el muslo derecho violentamente. El golpe fue tan duro que hizo trastabillar a Munio, el cual intentó mantenerse de pie agitando los brazos, pero

finalmente cayó al suelo mientras gritaba:

- ¡traición!... ¡traición!, ¡a mí mis parciales!

Los aprendices de guerrero habían presenciado toda la escena con ojos de espanto, pues nunca habían asistido a una pendencia entre caballeros. Mientras que el enfrentamiento se mantuvo entre dos contendientes permanecieron quietos, pero cuando intervino el tercero de forma tan ladina y su mentor denunció a gritos la rastrera hazaña de Lope, los jóvenes se pusieron en movimiento y cubrieron a su maestro con sus rudimentarias espadas de madera y sus elementales escudos.

Aún en aquellas circunstancias los dos portadores de porras golpearon al caballero caído, pero el grupo de jóvenes les empujaron, alejándolos. Al cabo, Suero y su acompañante se sintieron tan humillados como amenazados por una sana muchachada que iba adquiriendo una apariencia cada vez más amenazante. De manera que, abandonando los lanzones, salieron del patio. Munio, por su parte, trataba de ponerse de pie, lo que consiguió gracias a la ayuda de algunos de sus pupilos, a los que les dijo:

- Ayudadme a llegar a los aposentos de Benadí, el físico, pues han debido romperme una pierna.

Con mucha dificultad, y la ayuda de sus acólitos, el caballero llegó a la presencia del *hakim* que, inmediatamente, lo tendió en una mesa y comenzó a examinar sus heridas. Pronto comprobó que los golpes y los rasguños de la cara y del torso, aún siendo abundantes, no parecían tener demasiada importancia, por lo que le retiró las calzas y observó con detenimiento el gran hematoma que se estaba formando

en el muslo y apreció un conato de hinchazón de la rodilla. Con sumo cuidado, y alguna lastimosa queja de Munio, el médico fue doblando varias veces la pierna herida e, incluso, trató de forzarla lateralmente a pesar de las protestas del caballero. Finalmente, llegó a la conclusión de que la función de la articulación no parecía afectada por el golpe.

- No tenéis ningún hueso roto, pero estos golpes en las articulaciones son peligrosos. Os curaré todas las heridas y os vendaré la pierna. Pero sabed que debéis guardar reposo durante algún tiempo, hasta que se reduzcan los descalabros de la pierna.

Diciendo eso, Benadí abrió con una llave el armario donde estaban dispuestos todos sus frascos, perfectamente etiquetados y ordenados. Eligió uno de ellos y fue untando suavemente cada una de las heridas del caballero con la pócima que contenía. Después, volvió de nuevo al bargueño y regresó con otro tarro y un lienzo cuidadosamente arrollado. El contenido del tarro lo extendió sobre el hematoma y, a continuación, vendó el muslo y la rodilla con el lienzo.

- Habéis tenido suerte, pues el golpe no ha afectado a la articulación directamente, sólo lo ha hecho de forma colateral. Descansad un momento que voy a pedir unas parihuelas para llevaros a vuestro aposento.

Dicho lo cual salió a la puerta, calmó el ánimo de los jóvenes que esperaban inquietos y les pidió que fueran a buscar una camilla para trasladar a su instructor. De regreso al interior de su botica, le preguntó a Munio:

- ¿Qué ha pasado?, ¿cómo os habéis podido dar semejante golpe?

Munio, con gesto dolorido, le contestó:

- Es una fea historia. Ayer, en la fiesta de la villa, tuve un enfrentamiento con Suero que no llegó a nada por la intercesión de Rodrigo Rodríguez. Hoy ha querido resarcirse y, con la ayuda de su inseparable Lope, me ha atacado en el patio mientras instruía a esos jóvenes. Gracias a ellos la cosa no ha llegado a mayores. Pero decidme, ¿podré caminar?
- Sin duda. Incluso podríais hacerlo ahora, eso sí, con gran dolor y bastante dificultad. Pero creo que en unas semanas podréis hacerlo normalmente con ayuda de algún apoyo. Me habéis encontrado aquí porque aún no había salido a mis consultas, que hoy resultarán escasas por la ausencia de la guarnición.

Los jóvenes regresaron con las parihuelas, donde depositaron a su instructor cuidadosamente. Tras despedirse del boticario, el caballero fue trasladado a sus aposentos. Benadí aconsejó a los aguerridos pupilos de Munio,

- Llévalo a su dormitorio y proporcionarle unas muletas con las que pueda moverse un poco por el aposento. – Dirigiéndose al caballero añadió - recordad que tenéis completamente prohibido salir de él.

El boticario se quedó meditando un buen rato. Conocía poco a Suero y a Lope de sus anteriores visitas a la fortaleza y nunca le parecieron personas especialmente peligrosas, tal vez porque sólo las vio en reuniones sociales. Sin embargo, las opiniones que sus

contertulios le expresaron el día anterior y el incidente que acababa de contarle Munio le hicieron dudar de su primera opinión. Tras muchas consideraciones llegó a la conclusión de que no estaba en condiciones de entender los comportamientos de aquellos aguerridos jóvenes que estuvieron destinados a la guerra desde su infancia. Algo molesto consigo mismo, se levantó presuroso y, llamando a Sanchillo, se dispuso a realizar sus visitas médicas acompañado por su criado.

Inés, la joven camarera, estaba apoyada descansadamente en el borde de una ventana del pasillo que unía las cocinas con el refectorio de los caballeros. Era un día tranquilo, pues la mayor parte de la guarnición había salido de descubierta por el alfoz y sólo había tenido que atender a los dos caballeros que ahora comían en el refectorio. La ventana se encontraba en el segundo nivel de altura del gran edificio central de la fortaleza y el paisaje que se contemplaba desde ella era poco atrayente, pues se trataba del patio de la cocina lleno de cascotes y de cachivaches, con un sucio gallinero y diversas jaulas donde se apreciaba la presencia de conejos, liebres y diversas aves. En uno de sus extremos se detectaba el tufo del vertedero que caía peñasco abajo, y a cuyo alrededor hociaban algunos cerdos.

La joven se abandonó a los recuerdos de su casa, evocó a sus

padres que eran esforzados agricultores y añoró con fuerza el calor, los juegos y las carreras de su reciente infancia. Se vio, de nuevo, retozando en la aldea con sus pequeños amigos y, sobre todo, jugando con su hermana Constanza. Aquella niña, algo más joven que ella misma, tenía un poderoso atractivo personal no sólo por su sencillez, su inocencia y su simpatía, sino porque era la más decidida y madura del grupo infantil. Poseía unos ojos negros que parecían contener todo el universo, un cabello castaño que, las pocas veces que lo soltaba, caía ondulado y brillante sobre sus hombros y su espalda y un cuerpo espigado y grácil en el que comenzaban a apreciarse las delicadas formas femeninas.

El recuerdo de Constanza sobresaltó a Inés hasta el punto de angustiarse. Recordó el susto y el alboroto que se formó en toda la aldea cuando desapareció y su retorno a la casa, sucia y enferma. Revivió el cambio en el carácter de la niña, su retraimiento, sus visiones y como, poco a poco, fue perdiendo la conciencia y enmarañándose en su propio yo. Las consecuencias fueron tremendas, aquella hermosa chiquilla se recluyó en la vivienda, rompió todos sus lazos con el resto del mundo y se encerró en ella misma ignorando todo aquello que no formase parte de su entorno inmediato. Sólo Inés siguió en contacto con ella y le tocó vivir de cerca el lento decaer de las capacidades de su querida hermana. Con el transcurso del tiempo, se fue haciendo más elemental y más infantil, sus caprichos se fueron convirtiendo en exigencias irrealizables y sus arrebatos se vieron marcados, cada vez con mayor frecuencia, por una brusquedad que llegaba a rozar la violencia.

La consistencia mental de Constanza fue deshilachándose

lentamente, hasta que todos consideraron que había perdido el seso y la condenaron a permanecer aislada para evitar la vergüenza a la familia. Los ensalmos y los bebedizos de Germana, la curandera, no le hicieron ningún efecto, como tampoco sirvieron las oraciones y los exorcismos del cura de la villa. Definitivamente, su hermana estaba poseída por el Maligno. Cuando consiguió enterarse de la causa que había hecho enloquecer a su hermana y que había provocado que el ambiente de la familia quedara fatalmente entristecido, el odio inundó su joven pecho y rogó a Dios que le concediese la oportunidad de tomar venganza. Nunca había podido volver a hablar con Constanza como una igual, sólo le quedaba el gustoso recurso de disfrutar de su cálida compañía.

El opresivo recuerdo de su hermana se fue diluyendo con pesadumbre cuando comenzó a volver a ella misma. Se sentía en una situación de plenitud que nunca había conocido, sus amores correspondidos habían entrado en su corazón como un vendaval de dicha y de alegría. El recuerdo de su galán, con sus atenciones y sus requiebros, se le mostró en todo su esplendor y apagó definitivamente la tristeza de su corazón. Aquellos apasionados encuentros, consumados a escondidas, le producían una doble felicidad, la trasgresión de las normas y la entrega incondicional al joven que había conseguido llegar a su corazón. Durante un largo instante se abandonó a la dulce evocación de sus amores, tan apasionadamente vividos como ardorosamente correspondidos. De golpe, se sintió culpable y ridícula por dejarse llevar por unos recuerdos que le resultaban tan acariciadores como pecaminosos, borró la sonrisa de sus labios y lánguidamente desapareció la ilusión de su mirada. Recompuso su rostro y volvió a la realidad que le rodeaba.

Con muestras evidentes de pereza, Inés se apartó de la ventana y se dirigió lentamente al refectorio de los caballeros para recoger los restos del servicio que les había llevado antes. Al abrir la puerta se encontró una extraña estampa: uno de los caballeros se encontraba tendido en el suelo cuan largo era y el otro permanecía sentado, pero con el torso recostado sobre el respaldo de la silla y la cabeza colgando hacia atrás. Inés permaneció un instante indecisa, hasta que finalmente se volvió y salió corriendo hacia la cocina.

Tello Ruiz reposaba tranquilamente la comida junto a su esposa cuando oyó que un tropel de personas se acercaba a su puerta. Llamaron y, tras su autorización, entraron Gelmiro, el cocinero jefe, y una camarera llamada Inés. Ambos estaban bastante nerviosos. Tello se dirigió a Gelmiro preguntándole:

- ¿Qué acontece que venís tan alarmados?
- Señor, - respondió el jefe de cocina - hoy sólo han comido en el refectorio de caballeros dos de ellos y, cuando Inés fue a recoger el menaje, se encontró a ambos inconscientes. Cuando me avisó, yo me asomé al aposento y comprobé que estaban en extrañas posiciones y sin sentido, de modo que he dejado a un pinche en la puerta del refectorio con la orden de que no deje



entrar a nadie y he venido a comunicároslo.

- Habéis hecho muy bien, ahora mismo debéis avisar al físico para que trate de espabilar a esos hombres y les imponga el tratamiento que requieran.

Un rato después, Gelmiro llamó suavemente en la puerta de los aposentos de Benadí y, al recibir el permiso, penetró en la habitación de la chimenea donde estaba el médico sentado delante de una tetera humeante y un vaso medio vacío. Al saber lo sucedido, el boticario se dirigió diligentemente al comedor de los caballeros llevando con él a Sanchillo que portaba la bolsa de los medicamentos. Al penetrar en la estancia y contemplar la estampa de los dos caballeros en aquellas extrañas disposiciones, el boticario movió la cabeza con aire pesimista y se dispuso a prestarle la atención debida. Benadí se inclinó sobre el que estaba en tierra, observó la presencia de vómito y comprobó que carecía de respiración, a continuación levantó con cuidado la cabeza del segundo caballero y se percató de que tampoco respiraba.

Estaba Benadí en sus humanitarias labores cuando se abrió la puerta violentamente y penetró en la estancia el capellán Domingo López que, muy agitado, exclamó:

- Me han avisado que hay dos desfallecidos en este refectorio y he venido a asistirles con mi ayuda espiritual.
- Poco podéis ayudarles ya, – le comunicó el médico algo compungido - ambos han fallecido.

El sacerdote se acercó a los cuerpos y comprobó la veracidad de la afirmación del médico. Después se inclinó sobre cada uno de ellos y,

en cada caso, murmuró una monótona retahíla mientras repetía la señal de la cruz. El *hakim* esperó contemplando las acciones del capellán y, cuando éste pareció haber terminado, ordenó a Sanchillo y a Gelmiro, que había penetrado con él en el comedor, que dispusiesen los cadáveres sobre la gran mesa.

- Cuando lo hagáis tener cuidado de no tocar nada de lo que ya hay, situadlos más allá de la fuente de frutas.

Los dos difuntos fueron desnudados y a continuación el médico exploró los cuerpos buscando heridas recientes. Cuando finalizó su labor cubrió los cadáveres parcialmente con sus propias ropas. Después de frotarse las manos con un paño que le dio su criado, Benadí salió al pasillo donde se encontraban el tesorero, Mendo García y el clavero, Tello Ruiz, con más gentes. Entonces le preguntó al primero:

- ¿No ha venido el alcaide?
- No, - respondió el interpelado – se encuentra con su esposa en la villa, cumplimentando al concejo.

Ante la respuesta recibida, el boticario hizo pasar al tesorero y al clavero, les mostró los cadáveres y les preguntó:

- Tenemos dos caballeros muertos, posiblemente envenenados, ¿quién se hace responsable de esta situación?

El cura y los recién llegados se miraron algo sorprendidos y, tras un breve titubeo, contestó Mendo García:

- La autoridad militar de la fortaleza en estos momentos es el caballero que manda la guardia de la entrada.

- Pues habría que hacerlo venir.

Tello Ruiz ordenó a Gelmiro que enviara a buscar al capitán de la guardia. El cocinero salió al corredor y se oyó como ordenaba que avisasen al caballero Pedro López. Mientras, en el interior de la estancia Benadí se dirigía a su criado diciéndole:

- Tened la bondad de traerme un aguamanil y una toalla para lavarme las manos.

La espera no fue larga, pero si tensa. Para aliviarla el médico propuso a sus compañeros lo siguiente:

- Os ruego que me ayudéis a hacer un recuento mental de los objetos que hay sobre la mesa, pues puede ser una cuestión importante en su momento. Según veo, hay dos platos de madera con restos de comida, dos cucharas y dos cuchillos. Además, existe una jarra y dos copas metálicas con restos de vino y una fuente con manzanas, higos secos, ciruelas pasas y almendras. En un lugar más apartado hay un aguamanil y algunos lienzos, ¿estáis de acuerdo?
- Completamente – aseveró el pitancero que parecía mejor dispuesto que sus compañeros - pero debéis añadir una cazuela con los restos del guiso, un cazo de madera para servir y algunos mendrugos de pan que están diseminados alrededor de las plazas que debieron ocupar los comensales.
- Cierto, mi buen amigo, para completar nuestra descripción deberemos incluir que los restos de comida parecen estar formados por un guiso de lentejas y que por el suelo no se distingue ningún objeto caído.

- En efecto, el menú de hoy consistía en lentejas con codornices.

Al cabo, sonaron unos golpes en la puerta y, tras la autorización, pasó un caballero que, ante el macabro espectáculo que encontró, quedó un instante en suspenso. Inmediatamente se repuso y, poniéndose rígido, declaró sin dirigirse a nadie en particular:

- Soy Pedro López y estoy al mando de la guardia del castillo.

Sin esperar ninguna otra intervención, el *hakim* se dirigió al recién llegado con voz autoritaria:

- El alcaide no está en la fortaleza y la guarnición se encuentra de descubierta, en estas circunstancias ¿sois vos el responsable de la seguridad de la fortaleza?
- Así es, señor.

El médico continuó con un tono monótono y profesional:

- Aproximadamente a las dos de la tarde he sido avisado porque en este refectorio los dos caballeros que comían estaban desmayados. Inmediatamente vine y comprobé que ambos estaban muertos. Debieron fallecer al final de la comida, pues sus platos están prácticamente consumidos. Los he examinado con todo detenimiento y no he encontrado heridas que justificasen su desgraciado fin. Eso es todo lo que puedo deciros por ahora.
- Gracias, todo lo que me habéis dicho se lo comunicaré al alcaide y al jefe de la guarnición cuando regresen.

- Creo que aún debo realizar una prueba, pero como en ella no intervendrán los cuerpos, os ruego que deis las órdenes oportunas para que estos cadáveres sean trasladados a un lugar más adecuado que este comedor.
- Así lo haré, señor.

El caballero se marchó con aire marcial y Benadí se dirigió a sus acompañantes diciéndoles:

- Ahora, señores, debo realizar una prueba para saber si las víctimas fueron envenenadas. Vuestra presencia no será necesaria, pero me gustaría que me acompañara, al menos, una de vuestras mercedes.

Los tres funcionarios intercambiaron una serie de miradas que fueron interrumpidas cuando Tello Ruiz le dijo al médico:

- Yo me quedaré con vos y os ayudaré en todo lo que necesitéis.
- Gracias, pero no preciso ninguna ayuda, sólo requiero un testigo que presencie el resultado de la prueba.

Tras lo cual, tanto el sacerdote como Mendo García se despidieron y se marcharon. Entonces Benadí se volvió hacia su criado, Sanchillo, y le ordenó:

- Id a la cocina y que Gelmiro os proporcione dos escudillas viejas y un par de conejos vivos metidos en sendas jaulas.

Mientras esperaban, el *hakim* aprovechó para preguntar al clavero algunas cuestiones que le parecieron de importancia.

- Aunque es pronto para poder afirmarlo, es muy posible que las muertes sean el resultado del envenenamiento de las viandas. ¿Recordáis, mi buen amigo, si se ha producido con anterioridad algún otro incidente de esta misma naturaleza o alguna intoxicación severa debida a las comidas?
- Yo no recuerdo ninguna, os puedo asegurar que Gelmiro y su equipo son muy concienzudos en lo que se refiere a la higiene de los alimentos.
- Pero suponiendo que la ponzoña estuviese en la comida o en la bebida, - insistió el boticario, - sus efectos deberían haberse hecho notar en otras personas, ¿tenéis conocimiento de que haya sido así?
- Que yo sepa, - repuso el pitancero, - hasta ahora ningún otro comensal, y le aseguro que son muchos, ha denunciado cualquier tipo alteración de su salud como consecuencia de las vituallas ingeridas.
- De ser un envenenamiento, ¿cómo puede explicarse que el quebranto sólo haya alcanzado a estos caballeros?
- No lo sé, pero podemos preguntar a Gelmiro.

En aquel momento llegaron cuatro soldados con sendas parihuelas, trataron de vestir los cadáveres, lo que consiguieron a medias, y los fueron disponiendo en las camillas. Estando en esta operación abrieron la puerta Gelmiro y Sanchillo, que les costó cerrarla de nuevo debido a los curiosos que les acuciaban tras la puerta para obtener alguna información de lo acontecido en el comedor.

- Maestro, - informó el criado al boticario - aquí traigo lo que me pedisteis, los conejos y las escudillas.
- Bien, Sanchillo. Ahora, querido amigo, - dijo dirigiéndose a Tello – procedamos a descubrir el envenenamiento.

Sobre la mesa dispuso las dos escudillas, en una de las cuales colocó un buen trozo de miga de pan regada con los restos de vino que contenían los vasos de los difuntos. A la segunda escudilla pasó, con una cuchara de madera, los restos de los platos. Hecho esto, puso ambas escudillas en el suelo y ordenó a Sanchillo:

- Ahora, sujetad a los dos animales de manera que cada uno de ellos coma de una escudilla, y sólo de esa. Recordad que el animal situado a nuestra derecha comerá el pan regado con vino, mientras que el que está situado a nuestra izquierda ingerirá la comida de los platos.

El médico se incorporó y estuvo un momento contemplando la escena en la que Sanchillo luchaba con los conejos para que permanecieran cada uno junto a su cuenco, porque la intención de ambos era comer de la escudilla del otro. Terminada la pitanza de los roedores, Sanchillo los introdujo en sus jaulas y se sentó en el suelo a su lado. Mientras esperaban el resultado de su experimento, Benadí se dirigió a Gelmiro y le preguntó:

- Mi buen Gelmiro, hemos estado hablando de la posibilidad de que las muertes hayan ocurrido por envenenamiento de la comida o de la bebida. ¿Sabéis de alguien más que haya presentado los mismos o similares síntomas?
- Señor, - respondió el cocinero - hasta ahora no me ha llegado

ninguna noticia del tal hecho.

- Y si las cosas son como pensamos, - machacó el físico - ¿podrías explicarnos cómo es posible emponzoñar los alimentos de estos dos caballeros sin afectar a los restantes comensales?
- Pues veréis... para cada conjunto de comensales se extrae una porción del guiso de la olla común que se deposita en una de las muchas cazuelas de servicio. Las cazuelas pueden permanecer un rato sobre las mesas, esperando su turno de reparto. Si se desea hacer daño a unos comensales concretos basta actuar sobre su cazuela cuando espera en la mesa de la cocina o durante su traslado hasta el comedor que le corresponde.

El boticario meditó un instante la descripción que había realizado el cocinero y, sin poder evitarlo, le preguntó:

- Y mientras las cazuelas están en la mesa ¿cómo se sabe cuál de ellas irá a cada refectorio?
- A veces se seleccionan por la cantidad de comida que contienen pero, lo general, es que todas sean iguales, - confirmó Gelmiro. - Las cazuelas iguales se cogen según se va realizando la distribución.
- Gracias, eso quiere decir que si la cazuela de este comedor llegó emponzoñada, lo más probable es que el veneno se le añadiera en el camino.

Para sorpresa de Benadí, la voz de Tello se hizo oír con un tono



dubitativo que le sentaba muy bien a su dueño:

- También pudo suceder que la cazuela se inficionara estando sobre la mesa de la cocina y llegara a este refectorio por error.
- Cierto, - repuso Benadí tras un momento de reflexión, - pero eso implicaría que el autor del envenenamiento es poco precavido y bastante descuidado. Por otra parte, cuando los recipientes están sobre la mesa habrá una gran cantidad de personas moviéndose a su alrededor, ¿no es así Gelmiro?
- Así sucede habitualmente, - repuso el interpelado, - los cocineros que sirven las cazuelas y los sirvientes que las reparten rodean constantemente la mesa de la cocina.
- Así pues, mi buen Tello, aunque vuestra observación ha sido muy aguda, es casi imposible que el asesino pudiera envenenar la cazuela delante de tanta gente.
- Parece que esa posibilidad es ciertamente remota – concluyó el bolsero.

En ese momento, el conejo situado a la izquierda de los observadores comenzó a removerse incomodo y, tras diversos estertores, se quedó completamente quieto. El médico comprobó su muerte e instó a Sanchillo a que retirara los dos animales y las escudillas, con la recomendación de que debían ser muy bien lavadas o destruidas. Volviéndose a Tello y a Gelmiro aseguro con un cierto tono triunfal:

- Bien... como habéis podido comprobar, los caballeros fueron asesinados envenenándoles la comida.

Sus acompañantes mostraron su conformidad afirmando con sus cabezas, y Benadí concluyó:

- Señores, nada nos retiene ya aquí, por tanto volvamos a nuestras ocupaciones.

Los tres hombres salieron del refectorio y se dirigieron a sus quehaceres.

Estaba anocheciendo cuando Anwar irrumpió en la estancia donde su colega leía apaciblemente a la luz de unas velas. El *hakim* de Lara lo recibió con una sonrisa, dejó el libro sobre la mesa e inquirió con su incorregible curiosidad:

- Bienvenido compañero, no os he visto en todo el día ¿se puede saber donde habéis estado?
- Claro, he estado recorriendo el alcázar para conocer sus instalaciones y he estado charlando con el caballero que manda la guardia en la puerta principal.
- ¡Ah!, el caballero Pedro López.
- Si, así fue. – confirmó el zaragozano - Por cierto, al venir he visto mucho revuelo en todo el alcázar, ¿ha sucedido algo?

- Pues sí, dos caballeros han sido asesinados mientras comían.  
– Le informó Benadí mientras contemplaba atentamente su reacción.
- ¡Caramba!, ¿cómo ha podido ser eso? Según el caballero López, salvo la guardia, toda la guarnición estaba de descubierta por el alfoz.

Benadí contempló por un momento a su camarada con el ceño fruncido, como si valorara la pregunta que había realizado.

- Muy enterado os veo de la actividad de las tropas, no estaréis intentando averiguar sus movimientos por algún motivo desconocido.
- ¡Oh!, nada de eso, - replicó Anwar con cierta perplejidad, - ha sido un simple comentario del capitán de la guardia. Ese caballero se aburría tanto, que recibió mi compañía como agua de mayo.

Unos discretos golpes en la puerta interrumpieron la charla de los dos amigos. Tras el permiso de Benadí, entró un criado que haciendo una pequeña reverencia declaró:

- Maese Benadí el alcaide de la fortaleza desea que os presentéis a él lo antes posible.
- Muy bien, si os parece bien os acompaño – afirmó el boticario levantándose de la mesa y dirigiéndose a la puerta.

El criado lo condujo hasta la sala grande donde estaba Alvar Gutiérrez acompañado por el jefe de la guarnición, Rodrigo Rodríguez, al que se le notaba el cansancio de la ronda que acababa

de terminar. Al llegar, el boticario realizó una ligera inclinación de cabeza y esperó a que hablara el alcaide.

- Maese Benadí al llegar al castillo me han comunicado la desagradable nueva de que han muerto dos caballeros. ¿Cómo ha sucedido?
- Señor a primeras horas de esta tarde fui requerido para atender a dos caballeros que se encontraban desvanecidos en el refectorio. Cuando llegue pude comprobar que ambos habían fallecido y que no presentaban heridas que justificasen sus muertes. A continuación verifiqué que habían sido envenenados mediante alguna ponzoña dispuesta en la comida.
- ¿Cómo se llamaban esos caballeros? – Preguntó el alcaide con evidente inquietud.
- Según me dijeron sus nombres eran Suero y Lope Fortúnez, a los que conocí muy someramente en otras ocasiones que visitaron la fortaleza.
- ¡Maldición! – exclamó irritado el alcaide – Esos caballeros los había puesto bajo mi protección el conde de Castilla. Ahora tendré que darle la nefasta noticia de su muerte y, antes o después, querrá saber la manera en que murieron y quién o quiénes fueron los causantes de sus defunciones.

El alcaide mostraba su agitación recorriendo la estancia una y otra vez con las manos a la espalda y la cabeza caída sobre el pecho. De pronto se detuvo y exclamó con voz apagada:

- ¿Quién podría tener interés en hacer tanto mal? Porque esos

caballeros, siendo hombres de comportamiento discutible, no creo que hayan participado en disputas o en reyertas desde su llegada a la fortaleza.

- Perdonad, señor, - comentó Benadí, como impulsado por un resorte, - esta mañana he atendido al caballero Munio Sánchez de unas heridas producidas por estos caballeros durante una pendencia en la albacara.
- Vaya, pues ya tenemos un candidato a envenenador. Daré orden de que lo busquen y lo prendan.
- No creo necesario que ordene tal cosa, - le manifestó Benadí manteniendo una postura y un tono deferentes. – Tiene un fuerte golpe en una pierna y lo envié a su aposento con la recomendación de que no se levantase en algunos días.
- ¿Creéis entonces que no ha podido ser el autor del envenenamiento?
- No puedo descartarlo por completo, pero desde luego es muy poco probable porque tiene la movilidad muy limitada.

Los paseos de Alvar continuaron, se mostraba muy agitado y sus pasos eran tan fuertes y presurosos que resonaban en la bóveda de la gran sala dando a la escena una componente sonora próxima al redoble de los tambores. El condestable <sup>[24]</sup> y el médico contemplaban sus movimientos esperando alguna decisión, al cabo se paró y dirigiéndose a ambos dijo:

- A la postre, tendremos que dar cuenta de quien ha provocado esas muertes y porqué lo hizo. Resulta, pues, inevitable realizar

una investigación que descubra al responsable y ponga de manifiesto las causas que le movieron a cometer tales asesinatos.

El alcaide se calló y pareció meditar lo que debía añadir. Sus manos se juntaron y comenzó a restregárselas vigorosamente, como si aquel ejercicio le ayudara a tomar unas decisiones que había de establecer en aquel momento.

- Creo, señores, que lo más conveniente es que sean vuestras mercedes las que se encarguen conjuntamente de esa búsqueda ineludible. A los dos les concedo autoridad para llevar a cabo cuantas acciones sean necesarias para esclarecer los hechos acaecidos el día de hoy. No habrá nadie en este castillo libre de vuestras indagaciones, os ruego que lo hagáis saber a todos para evitar malos entendidos. Espero que vuestra colaboración sea leal y diáfana para conseguir el fin propuesto en el menor tiempo posible.

El soldado se puso rígido, como en posición de firmes, y exclamó con voz sonora:

- Lo que ordenéis, excelencia

Por su parte el *hakim* abrió los ojos considerablemente, como para mostrar su sorpresa, pero recomponiendo el gesto exclamó:

- Señor, no sé si soy la persona adecuada para resolver tan arduo problema. Tened presente que hago una vida muy retirada y si conozco al personal de la fortaleza es por la asistencia médica que le ofrezco. Salvo unos contados amigos, no tengo relación personal con nadie más.

El alcaide miró a Benadí con un gesto de duda que, poco a poco, fue transformándose en una expresión de inteligencia.

- Mejor, mi buen Benadí, de esa manera tendréis menos compromisos con las personas y mucha más libertad para interrogarlas y, llegado el caso, para acusarlas.
- De todas maneras, - trató de excusarse el mahometano - es mucha la responsabilidad que dejáis caer sobre nuestros hombros, pero trataré de colaborar con toda sinceridad con el caballero Rodrigo y de poner todos mis sentidos en resolver este misterio.
- Gracias - manifestó el alcaide, y añadió para sorpresa de sus dos acompañantes. - Ese pobre Suero era un hombre capaz de crear los conflictos más inesperados, de manera que el origen de su muerte puede encontrarse en cualquier lugar y por cualquier causa. El asesino puede ser el más insospechado, de manera que no os fiéis de las apariencias.
- - Así lo haremos
- Bien, caballeros, - expresó Alvar algo más tranquilo – ¿existe alguna otra medida que debemos tomar inmediatamente?

Los dos flamantes investigadores se miraron entre sí preguntándose la respuesta que debía dar al responsable del castillo. Tras ese momento de duda, Benadí se decidió a proponer:

- Es muy probable, señor, que el veneno se introdujera en la cazuela de servir la comida, entre la cocina y el refectorio. Por tanto convendría advertir al jefe de la cocina que realice las

menores mudanzas posibles y que ponga a todo su personal a nuestra disposición.

Rodrigo redondeó las peticiones añadiendo.

- Además, señor, sería conveniente prohibir la salida del castillo de todo el personal, pues de esa forma evitamos una huída indeseable.

El alcaide recibió estas propuestas con evidente satisfacción y sin más consideraciones dispuso:

- Me parecen medidas muy ajustadas a la situación en que nos encontramos. Transmitiré al pitancero la primera medida para que sea cumplida por todos los empleados y vos, Rodrigo, advertid a todos los jefes de la guardia que cumplan la segunda. Por otra parte, podéis disponer de la sala de capellanes, que está junto a la capilla, para celebrar todas las reuniones que estiméis necesarias. Sólo os ruego que me tengáis informado de los avances de vuestras indagaciones.

Rodrigo y Benadí se despidieron del alcaide y en la puerta de la sala grande se detuvieron un momento. El jefe de la guarnición se dirigió al musulmán y le expresó:

- Debéis perdonadme ahora, pero estoy muy cansado para iniciar cualquier actividad. Si os parece bien nos podemos encontrar mañana después de comer, pues por la mañana debo organizar las actividades de la guarnición.
- Me parece lo más adecuado, a primera hora yo acostumbro a hacer la ronda sanitaria que, por cierto, mañana será muy larga,



pues tendré que enfrentarme a las lesiones que vuestros soldados hayan sufrido en la descubierta de hoy.

- Sí, cierto. – Confirmó el militar. - Tendréis bastante trabajo. Hasta mañana.
- Esperad, mañana por la mañana me acercaré a ordenar que preparen la sala de capellanes. Si os parece bien, después de comer nos podemos ver en mi estancia ¿sabéis donde está?
- No os preocupéis, la encontraré.

Los dos hombres se separaron con la inquietud y la expectación reflejadas en sus rostros. Benadí se refugió en su sala donde encontró a Anwar expectante. Después de calentarse un rato al calor de la chimenea, el primero se dirigió al zaragozano diciéndole:

- Lamento daros una mala noticia. Por el momento no podréis iros, el alcaide ha prohibido la salida de la fortaleza de todos sus habitantes hasta que no se resuelvan las muertes de los dos caballeros.
- ¡Vaya! Pues eso me produce un gran inconveniente, ya había decidido retomar el camino de Burgos.
- Lo siento. – Expresó el físico y añadió sin darle importancia. - Además me ha encargado de que investigue las muertes de los caballeros, por lo que no tendré demasiado tiempo para atenderos.
- Eso último no es necesario. La hospitalidad del alcaide y la vuestra me han facilitado un descanso imprescindible en mi largo camino. No puedo hacer otra cosa que estar agradecido a

los dos. – De pronto reaccionó ante las últimas palabras de su colega y exclamó. - Pero... me asombráis con el encargo que os ha hecho, debéis haber alcanzado un elevado grado de confianza para que la autoridad del castillo confíe a un musulmán un tema tan delicado.

- Debe ser así. Pero tened presente que al ser un extraño, también soy independiente de los grupos y tendencias que existen en la fortaleza. No estoy sometido a los intereses creados en una sociedad tan pequeña.

Los dos colegas siguieron su viva charla hasta que consideraron la conveniencia de retirarse a sus aposentos.

## Capítulo V

Viernes, 17 de noviembre de 943

Benadí durmió mal aquella noche y se levantó somnoliento. En el laboratorio se preparó un té que tomó con lentitud y, después, se entretuvo más tiempo del necesario en organizar sus pócimas y vendajes en el interior de una bolsa. En su cabeza daban vueltas muchas ideas, algunas de ellas contradictorias. La muerte inesperada de aquellos caballeros debía haber conmovido a todos los habitantes del castillo y, pronto, la noticia se extendería por todo el alfoz. Le resultaba difícil encajar aquel crimen en la vida simple y ordenada de la fortaleza y no era capaz de situar tanta maldad entre aquellas

gentes sencillas y, en apariencia, temerosas de su Dios.

El encargo del alcaide le pesaba como una losa; había grupos sociales en el alcázar que él no conocía y tenía muy escasas posibilidades de penetrar en ellos para dilucidar su participación en la suerte de Suero y de Lope. Por otra parte, sintió un escalofrío de repugnancia cuando se percató de que, para cumplir su compromiso, tendría que violentar a las personas y forzar sus voluntades para conseguir los testimonios que habría de necesitar. Todas estas reflexiones le mantuvieron apoyado en la mesa del laboratorio con la mirada perdida en algún punto de la sala.

Cuando, por fin, recuperó su ser, le tendió la bolsa a Sanchillo y le ordenó que le acompañase. Con paso decidido se dirigió al dormitorio de los caballeros donde encontró a Munio sumido en un sopor febril. Le tocó la frente y, al comprobar que tenía fiebre, le hizo incorporarse un poco para suministrarle un bebedizo que llevaba preparado. Con la misma decisión y delicadeza examinó sus heridas y las fue cubriendo con una pasta que protegió con unos trozos de lienzo. Finalmente, retiró la venda del hematoma de la pierna y, con sumo cuidado, le extendió una pócima espesa y blanquecina que cubrió después con un nuevo vendaje. El médico se levantó con gesto preocupado y dirigiéndose a Sanchillo le dijo:

- Quedaos aquí y si veis que le sube la fiebre o se altera, venid a avisarme. Yo seguiré las visitas.

Benadí se dirigió decidido a los aposentos de Tello Ruiz, al que encontró tomando su colación matutina. Sin preámbulos, le miró con fijeza y le comunicó,

- Buen día, amigo Tello, habéis de saber que el alcaide de la fortaleza nos ha encargado a Rodrigo Rodríguez y a mí que investiguemos los crímenes que se cometieron ayer

Tello casi se atraganta por la súbita aparición de su amigo, pero consiguió recuperarse y con bastante dificultad fue capaz de contestar al saludo y a la declaración del boticario.

- Espero que el día de hoy sea mejor que el de ayer, pero las circunstancias no parecen augurar eso. Cuando se enteró de lo sucedido, Alvar se mostró tan irritado como no lo había visto nunca. Al encargarnos de resolver los asesinatos, os ha dado una gran muestra de confianza, pero también os ha encomendado una tarea bien difícil. Si necesitáis mi colaboración, no dudéis, podéis contar conmigo para lo que sea preciso.
- Gracias, por eso estoy aquí. El alcaide ha ordenado que empleemos la sala de capellanes para nuestras reuniones e interrogatorios. Como supongo que llevará cerrada mucho tiempo, ¿podrías ordenar que la limpien y la preparen para poder emplearla?
- Naturalmente, ¿deseáis alguna otra cosa?
- Por ahora no, sólo os ruego que dispenséis mi urgencia, pero la verdad es que me encuentro algo alterado por todo lo acontecido.
- Estáis dispensado y contad con mi apoyo incondicional.
- Ahora me marcho, que la tropa requerirá mis servicios después de la salida de ayer por el alfoz.

El médico se despidió de Tello y siguió su ronda de curaciones con la mente más despejada, pero con el corazón constreñido.

Acababan de sonar las campanas de ángelus cuando Benadí regresó al dormitorio de los caballeros, donde vio a Sanchillo sentado en el suelo en actitud vigilante. Se acercó a Munio, le tocó la frente y, tras comprobar que la fiebre había disminuido, se volvió al criado y le dijo:

- Muy bien Sanchillo, esto ha mejorado bastante. Id a la cocina, procuradnos el almuerzo y llevadlo a nuestro comedor.
- Maestro, - le refirió el criado. – ha estado aquí un señor joven y ha hablado un poco con el caballero, luego se marchó.
- Gracias, haced lo que os he dicho.

El criado recogió la bolsa de los medicamentos y se marchó a cumplir la orden, mientras que el médico se dirigió con paso grave y confusos pensamientos a sus aposentos. Al abrir la puerta se encontró a Anwar esperándolo al calor del hogar, se sentó a su lado y le dijo como si fuera una confesión:

- *Assalam Alaikum*, camarada... vengo cansado de tanto trabajo

y abrumado por la responsabilidad que me han encomendado. No dejo de darle vueltas a las acciones que debo acometer y cómo debo hacerlo.

El huésped le miró con calidez, estudió su rostro que le confirmó el cansancio de su colega, y le expresó con amabilidad:

- Os comprendo, mi buen amigo. Yo no sabría por dónde empezar pero, claro, yo no conozco a los habitantes de la fortaleza como vos.
- No creáis que los conozco tan bien. A muchos sólo los he visto en consulta, de manera que carezco de toda información de sus personas y de su entorno. Me asusta la labor de relación que me espera para conseguir romper la desconfianza y conseguir los testimonios adecuados.
- Pues tranquilizaos, que vos tenéis capacidad para resolver el caso y, además, las personas de esta ciudadela se encuentran tan aisladas que, con sólo ofrecerle la oportunidad, descargarán sus conciencias y contarán más de lo que debieran.

En ese momento llegó Sanchillo cargado con la bandeja de la comida y los utensilios necesarios para consumirla. Mientras disponía platos y cubiertos, Benadí fue al laboratorio a preparar el té para acompañar las viandas. Sentados los dos amigos a la mesa y consumiendo las vituallas aportadas por el criado, el boticario continuó la conversación con una pregunta pendiente:

- ¿Por qué decís que las gentes de la fortaleza hablarán de los asuntos propios y ajenos con facilidad?

- Porque esta mañana durante mi paseo me encontré con el capellán Domingo y nos paramos a hablar. Recordé vuestras preocupaciones y aproveché para sonsacarle alguna información sobre los muertos, lo que satisfizo de una manera que yo diría que fue placentera. Como bien sabéis, en todas las comunidades los clérigos, ya sean imanes o sacerdotes, son los que mejor conocen los entresijos de las conciencias, las murmuraciones y los pequeños secretos que se esconden por vergüenza o por conveniencia.
- Tenéis razón, pero decidme ¿habéis conseguido alguna noticia interesante de ese prudente varón?

El zaragozano se removió ligeramente en su silla, sonrió con complacencia y terminó diciendo:

- Pues... sí, algo nuevo me ha descubierto ese buen hombre. Nuevo, al menos, para mí, pues puede que vos ya lo sepáis. Me contó las visitas que Suero y Lope realizaron a este castillo antes de ésta última. En ellas se mostraron corteses y comedidos y llegaron a tener una buena relación de amistad con los caballeros y las damas de la fortaleza. Siempre fueron recibidos con la alegría que, para esta comunidad juvenil completamente aislada, significaba recibir a extraños con novedades tanto de Burgos como de León o de Pamplona.
- Eso parece que rompe un poco la visión libertina y violenta que nos han venido dando últimamente de esos caballeros. Pero claro, la calidad de bribón lleva emparejada también la categoría de simpático y desenvuelto.



Anwar levantó la mano derecha, le mostró la palma a su confidente y agitándola de delante a atrás, le dijo:

- Esperad... esperad, que no todos fueron alabanzas y parabienes hacia los difuntos. Al parecer, el conde recibió una denuncia de un lugareño que adujo que, en uno de esos viajes, ambos caballeros habían maltratado, violentado y abandonado a una de sus hijas.
- ¡Caramba!, ese comportamiento cuadra más con lo que nos han venido diciendo. Y, decidme, ¿cómo terminó ese pleito?
- Pues el conde citó a la perjudicada para que declarara su deshonor, pero ésta no apareció. La cosa quedó en suspenso porque, entonces, el rey Ramiro llamó al conde Fernando a León, por lo que tuvo que marcharse... para terminar encarcelado.
- O sea, que no quedó demostrada su culpabilidad y quedaron libres.

El médico de Zaragoza confirmó con la cabeza, esperó que su interlocutor dijera algo más y, al no hacerlo, continuó su narración:

- Me contó otros muchos asuntos sin importancia, aunque sólo uno apasiona a todo el castillo y puede resultar de interés. Se trata de la suerte del conde Fernán González que sigue encerrado en una torre de León. Al parecer, puede que se libre del encierro gracias a la intervención de su mujer Sancha Sánchez, que influye fuertemente sobre su hermana Urraca que es la esposa del rey Ramiro. Por otra parte, la madre de ambas damas, la reina Toda de Navarra, que al parecer tiene gran

predicamento en todas las cortes cristianas de la península, ha volcado toda su influencia en salvar a su yerno de tan descarnada situación. Por todo ello, el capellán se siente muy optimista y espera el pronto regreso de su señor.

- Debo reconocer que vuestras aptitudes para las averiguaciones son manifiestas. ¿existe alguna otra cuestión que pueda interesar al caso que traigo entre manos?
- No, ninguna que pueda ser de interés para la indagación. Seguimos siendo sospechosos todos.

Ambos colegas se miraron y sonrieron. Para Benadí aquella idea, expresada jocosamente por su compañero, de que todos eran sospechosos se quedó enredada entre los brotes de la zarza que parecían formar su sesera. Tendré que volver sobre ella, se dijo para sí.

A primera hora de la tarde, el jefe de la guarnición, Rodrigo Rodríguez, se presentó en el gabinete de Benadí, como habían acordado. El boticario lo recibió con amabilidad, le rogó que se sentase y le dijo:

- Antes de comenzar nuestras deliberaciones, permitidme que

os invite a tomar una copa de licor.

A lo que contestó Rodrigo mientras esbozaba una sonrisa,

- No me acostumbréis mal, que ya sabéis la fama de que gozamos los militares a la hora de ingerir alcohol.

El boticario se dirigió a su sala de trabajo y, dentro de ella, adonde acostumbraban a guardar las botellas de los licores. Allí encontró la que contenía el aguardiente de anís, pero echó en falta la del licor de endrinas. Se volvió, recorrió con la mirada toda la estancia y no logró verla, por lo que tomó el recipiente que contenía el licor de matalahúva junto con unos vasos y salió a su gabinete. En la habitación contigua sirvió al caballero, que degustó la bebida, agradeció el convite y se dispuso a cambiar impresiones con el médico. En los primeros momentos, el boticario se dedicó a informar detalladamente a su compañero de investigación de todos los pormenores que conocía de la muerte de los caballeros Suero y Lope. Finalizada la exposición preguntó Rodrigo:

- ¿Podéis decirme qué aspecto presentaban los cadáveres?
- Bien... el de Lope estaba tendido en el suelo y debió vomitar durante su agonía. En cuanto al cuerpo de Suero permanecía sentado con la cabeza caída completamente hacia atrás.
- ¿Esas posturas pueden aclarar algo acerca de la pócima que los mató? – Insistió el militar.
- Su aspecto parecía indicar que murieron por asfixia, - repuso el físico, - lo que reduciría el número de venenos empleados, pero no determinaría cuál fue precisamente el que se usó.

- ¿Sabéis algo de la procedencia de la ponzoña? – Remachó Rodrigo.
- Las pociones y los brebajes que se emplean en esta fortaleza los confecciono y los guardo yo. A menos que fuese traído de fuera, la ponzoña causante de las muertes debió salir de mis manos.

El caballero miró profundamente a Benadí, como si estuviese asimilando su declaración. En su rostro apareció un gesto de duda que, poco a poco, se fue transformando en un interrogante, por lo que, tras una breve pausa, exclamó:

- Entonces, si no lo empleasteis vos, alguien debió tomarlo de vuestro almacén.
- Desgraciadamente no pudo ser así, - adujo el mahometano - pues soy especialmente puntilloso y cierro siempre con llave el armario donde se encuentran los productos que elaboro.

A la vez que decía esas palabras, el médico mostró al soldado el manojito de llaves que colgaban de su cinturón. El gesto del caballero pareció relajarse, sonrió y, con un resto de incertidumbre, volvió a preguntar:

- Porque vos no teníais ningún motivo para acabar con esas vidas, ¿no es así?
- Ninguno, conocí muy superficialmente a esos señores en las visitas previas a esta última y definitiva.
- Ni pensáis que pueda haberse dado un robo en la alacena donde guardáis las ponzoñas. – Perseveró el condestable.

- No, y debo añadir que yo no acostumbro a elaborar productos nocivos para la salud, si lo hice alguna vez fue hace mucho y por una petición precisa para eliminar ratas o alimañas. De todas formas, en mi alacena no existe ningún producto venenoso desde hace mucho tiempo.

El caballero pareció convencerse de la veracidad de las afirmaciones del farmacéutico, por lo que añadió como conclusión de lo hablado:

- Así pues, hay que decantarse por el hecho de que desconocemos la procedencia del veneno. Pero, por favor, aclaradme un punto ¿resulta difícil confeccionar una ponzoña de las características requeridas en este caso?
- No, - contestó Benadí con diligencia, - una cocción de malas hierbas es fácil de hacer, sólo se necesita conocer la toxicidad de la planta. El resultado es, en general, una infusión coloreada y maloliente, pero si se mezcla con la comida o la bebida puede pasar desapercibida.

El militar se distendió ante las afirmaciones del boticario y con un punto de sorna le replicó:

- No me lo ponéis fácil, maese Benadí. Acabáis de liberaros de mis sospechas pero, a cambio, me confundís diciéndome que cualquiera pudo producir el veneno que se empleó en esas muertes.
- Desgraciadamente es así, pero hay un hecho añadido que considero de gran importancia. - El físico impostó la voz convencido de la importancia de lo que iba a decir. - Ayer,

después de examinar los cadáveres, estuve discutiendo el mecanismo de reparto de las fuentes de servir con el cocinero, que se llama Gelmiro. La conclusión a la que llegamos fue que la cazuela de servicio debió ser contaminada en el trayecto entre la cocina y el refectorio, o en este último.

- ¡Ah!, bien, eso sí que es una pista a seguir. ¿Sabéis quien sirvió a los caballeros muertos?
- Pues no, pero eso, si os parece, podemos averiguarlo enseguida.

Ante el gesto afirmativo de Rodrigo, el *hakim* se asomó a la puerta y le ordenó a Sanchillo:

- Avisad al jefe de cocina para que venga lo antes posible.

Benadí regresó a su asiento y volviéndose hacia su interlocutor le planteó una nueva cuestión:

- Tampoco conocemos quién descubrió los cadáveres y qué razón podía tener para penetrar en el refectorio. Ese particular supongo que también nos lo podrá aclarar el jefe de cocina.

Los dos hombres se quedaron en silencio mientras reflexionaban sobre los puntos tratados. En esta situación se encontraban cuando sonaron unos golpes en la puerta de entrada. Concedida la venia, penetró en la habitación el cocinero con un gesto interrogante en el rostro, hizo una escueta reverencia y esperó. El condestable se dirigió a él con la contundencia de una arenga:

- El alcaide del castillo nos ha encomendado averiguar todo lo referente a la muerte de los dos caballeros ayer fallecidos. Por

ello, debo preguntaros si en vuestra cocina se emplean productos tóxicos para eliminar los animalejos que llegan a ella atraídos por la abundancia de alimentos.

- ¡Oh! señor, forman una verdadera plaga que nos molestan y nos inquietan constantemente. – respondió Gelmiro con naturalidad. - Pero desde que me hice cargo de las cocinas prohibí estrictamente el empleo de tales productos, por las fatales consecuencias que podría tener un error involuntario. Para la limpieza sólo empleamos agua con una tierra blanca e inocua que los musulmanes llaman *būrah*<sup>[25]</sup>, que repele a las cucarachas y a las hormigas. Los ratones los controlamos con trampas.
- Bien, - continuó el capitán, - hay otro par de cuestiones que, tal vez, podáis aclararnos. ¿Quién sirvió la comida a tales caballeros el día de autos? y ¿quién descubrió los cadáveres?
- Fue la misma persona, señor. Se trata de una criada joven llamada Inés.

Rodrigo se volvió hacia Benadí y le preguntó si tenía alguna otra pregunta que hacerle. El médico se incorporó ligeramente en su asiento y, dirigiéndose a Gelmiro, le preguntó:

- ¿A qué hora comienzan a preparar las bandejas de servicio en la cocina?
- Empezamos a prepararlas después del toque del ángelus. – contestó el cocinero manteniendo la serenidad que había demostrado desde el principio del interrogatorio.

- ¿Cuánto tiempo después de servir la comida acostumbran los sirvientes a ir a recoger el servicio?
- Pues... - esta vez Gelmiro dudó un instante - unas dos horas después de servir la pitanza.
- ¿Podríamos establecer las tres de la tarde como la hora de recogida del menaje?
- Aproximadamente, tal vez un poco antes.

El médico hizo un gesto al caballero indicando que había terminado sus preguntas Entonces el militar le dijo a Gelmiro:

- Gracias por vuestras respuestas. Mañana, después de la comida, quedáis emplazado en la sala de capellanes acompañado con esa sirvienta llamada Inés. Preparadla para que diga la verdad, porque vamos a interrogarla. Ahora podéis retiraros.

Una vez que se hubo marchado el cocinero, el *hakim* se volvió hacia el caballero y le confesó,

- Vuestras preguntas me han producido una fuerte inquietud. Debéis perdonarme, pero hemos dado por sentada una cuestión básica que no ha sido comprobada, por ello permitidme que lo hagamos ahora mismo.

Benadí se levantó y se asomó a la puerta donde se encontraban Gelmiro y Sanchillo charlando animadamente y, dirigiéndose al segundo, le dijo,

- Por favor, ¿Podéis entrar?



El joven siguió a su maestro y penetró en la estancia con una evidente expresión de curiosidad. Esperó expectante a que los dos hombres intercambiaran algunas frases que no llegó a entender y se mantuvo de pie delante de ellos. El boticario comenzó a preguntarle con voz suave y acento paternal:

- Decidme, mi buen Sanchillo, ¿habéis abierto alguna vez el armario de los productos o, si estaba abierto, habéis tomado algún tarro o el contenido de alguno de ellos?
- No, maestro, todo lo que contiene ese armario está prohibido para mí... por ahora. – Expresó el joven con gesto ceñudo.
- Decís bien, pero aclararme ¿sabéis de alguien que haya abierto sus puertas y haya trasteado dentro de él?
- Sólo vos, maestro, nadie más.
- Lo que estamos comprobando es muy importante, de modo que no podéis olvidar el mínimo detalle. – Tras esa declaración, el físico le preguntó. - ¿Confirmáis, pues, que ni vos ni nadie ha tocado ese armario y su contenido?
- Os lo repito, sólo os he visto a vos y a nadie más. Si queréis lo juro sobre la Biblia. – Expresó el pupilo con voz seca.
- No es necesario, mi fiel Sanchillo, retiraos tranquilo.

El médico y el soldado se quedaron solos y permanecieron un rato en silencio. Meditaban lo que habían presenciado y trataban de obtener conclusiones que pudieran ser útiles para el fin que los reunía. Fue Benadí quien rompió el silencio.

- Debo aclararos amigo mío que estoy hecho un mar de confusiones. Aunque por mi labor conozco a muchas personas en esta fortaleza, en realidad lo ignoro todo acerca de ellas. Casi no sé distinguir las, me resultan extraños sus orígenes, sus labores, sus formas de pensar y sus relaciones. De manera que me encuentro perdido y no sé como continuar.
- ¡Ah!, mi buen Benadí. Yo estoy exactamente en las mismas condiciones. Salvo a mi familia y a mis soldados, pocas relaciones más tengo en esta fortaleza. Pero creo que no debemos preocuparnos por ello, el crimen se realizó en unas circunstancias tan especiales que deben ser pocas las personas que pudieron llevarlo a cabo.

Las palabras del condestable animaron un poco al boticario y aliviaron la incapacidad que sentía. Los dos hombres se mantuvieron de nuevo en un silencio, recontando las personas que podían estar involucradas en los asesinatos. Súbitamente, Benadí pareció recordar algo que comunicó de inmediato a su compañero,

- ¡Ah!, Rodrigo, creo que debéis saber que me han llegado dos rumores que no sé si darles mucho valor pero que, de todas formas, deberíamos investigarlos. El primero trata de un posible romance entre Blanca, la hija mayor del alcaide, y Suero Fortúnez. El segundo se refiere a una antigua denuncia efectuada por un labriego contra Suero y Lope por violación de su hija.
- Yo también debo describiros un incidente del que fui testigo. – Aclaró el militar como si acabase de recuperar la memoria. - El pasado miércoles, debido a un lance en las carreras de toros

que se celebró en la villa, se produjo un fuerte enfrentamiento entre Suero y Gonzalo, el hijo del regidor, en el que intervino también el joven Munio. No llegaron a mayores, pero creo que todos ellos se quedaron con ánimo de resarcimiento.

- ¡Ah! Sí, algo me contó Munio cuando le curé de las heridas que le produjeron precisamente los caballeros Fortúnez ayer por la mañana.
- Así pues, - exclamó el militar – Suero se salió con la suya y se resarcó de las verdades que le espetó Munio. ¿Fueron graves las heridas que le produjo?
- No, todas fueron muy superficiales salvo un fortísimo golpe en el muslo que le ha producido un gran hematoma. Le he ordenado reposo absoluto.
- ¡Ya es raro! ¿Debo entender que Suero no se batió con la espada y se limitó a golpear al joven sin verter sangre?
- Sí, al parecer Suero y su primo golpearon a Munio con unas astas de lanzones.

El condestable respondió a su interlocutor con un gesto sorpresa que fue convirtiéndose en una expectante expresión de duda. Los dos hombres se mantuvieron un buen rato en silencio, como buscando nuevos incidentes que tuviesen relación con el trágico final de aquellos pendencieros jóvenes. Al no encontrarlos, Rodrigo se decidió a afirmar,

- Bueno, no parecen indicios muy esperanzadores pero, como decís, comenzaremos por ellos.

- En ese caso, - argumentó el físico con una autoridad que sorprendió al capitán, - tracemos un plan de actuación que nos permita coordinar nuestras acciones, conseguir datos de los temas que investigamos e informaciones colaterales que nos lleven a descubrir nuevas pistas.
- Excelente idea, *hakim*, - animó Rodrigo con un gesto de picardía - ¿cómo podemos actuar?
- Comenzaremos pidiendo ayuda a los que saben. Vos podáis interrogar a Munio Sánchez sobre lo que hizo ayer y lo que conozca de ese supuesto romance de Blanca, pues son buenos amigos. Además, no estaría de más que interrogaseis al caballero Pedro López, que mandaba ayer la guardia de la fortaleza, para saber si sucedió algo diferente a lo habitual, sobre todo a qué hora se marchó Gonzalo Domínguez, el hijo del regidor de la villa. Por mi parte, si no os parece mal, iré a informarme sobre la denuncia del campesino contra esos caballeros, para ello hablaré con una persona tan bien informada y discreta como es Mendo García.
- Me parece muy adecuado – exclamó Rodrigo y levantándose añadió – iniciaremos nuestras pesquisas inmediatamente.

Benadí imitó al militar, se levantó con lentitud y mientras acompañaba a Rodrigo hasta la puerta, exclamó entre dientes:

- Que el camino previsto por Alá nos sea favorable.

El condestable al oír aquello se detuvo, miró con insistencia al musulmán y le preguntó con verdadera curiosidad,

- Perdonad *hakim*, pero no entiendo vuestro ruego, ¿acaso creéis que el futuro está prefijado?
- Así dice el Libro Sagrado en el *sura* 87: “*Glorifica el nombre de tu Señor, el Altísimo. Quien crea y perfecciona. Quien designa y guía*”. Por ello, sus creyentes aceptamos que todo el futuro está determinado por Alá.
- No sé qué decir; nunca había pensado esa posibilidad. – reconoció el condestable, que frunciendo el entrecejo cuestionó.
  - ¿Significa eso que el autor del crimen que investigamos no es responsable de su acción, sino que sólo ha sido el ejecutor de la voluntad divina?
- Algo así.
- Pero entonces no es responsable de sus actos y, por tanto, no deberíamos buscarlo, ya que no merece ningún castigo. – Concluyó el militar inundado por la perplejidad.
- Pero Alá también ha establecido que debemos buscarlo y castigarlo. – Dogmatizó el físico convencido de lo que decía.
- Claro... claro. Está todo predeterminado. Pero aclaradme algo, desde un punto de vista meramente personal, los musulmanes que actúan mal ¿Tienen remordimientos?
- ¿Por qué no habrían de tenerlos?
- Porque..., - comenzó a razonar el condestable algo amilanado por la seguridad de su interlocutor, - porque moralmente no son responsables de haber realizado unas obras establecidas por un Ser superior. La mala conciencia habría aparecido si no

hubiesen cumplido sus designios.

- Pero Rodrigo, - mantuvo el físico con convicción, - nadie conoce el destino y, por tanto, nadie sabe si obedece o no. En cuanto a los remordimientos, no están ligados al acto en sí, sino a sus consecuencias, y surgen cuando se falta a los grandes valores del Islam, es decir, a la bondad, a la paz y a la misericordia.
- Debéis tener razón, pero sigo sin llegar a entenderlo. Espero que no penséis que en mis palabras haya existido crítica, sólo deseaba conocer vuestra manera de pensar, pero creo que no tengo capacidad para ello. – Casi se excusó el militar.
- No es fácil conocer a fondo el mensaje del Profeta, es una labor que requiere toda una vida y nunca llega a culminarse.

Rodrigo se mostraba dubitativo en la puerta de la instancia.

Lamentaba cortar la discusión sin haber llegado a conocer el nivel de responsabilidad que los mahometanos aceptaban por sus actos.

Bruscamente, dijo:

- Bien, pues dejemos las doctrinas y volvamos a nuestra realidad, recordad que mañana, después de comer, hemos de interrogar a la sirvienta en la sala de capellanes. Quedad con Dios.
- Que él os acompañe, buen Rodrigo.

Benadí se quedó sentado un buen rato en su gabinete, reflexionaba sobre los acontecimientos vividos en las últimas veinticuatro horas y trataba de ordenarlos en su mente. De improviso,

se levantó, recogió la botella de licor con los vasos y, entrando en el cuarto de trabajo, preguntó a Sanchillo que, como siempre, estaba sentado en un rincón,

- ¿Habéis visto la botella de licor de endrinas que estaba al lado de esta? – El médico levantó la botella de anís para que la viese.  
– Ya sabéis, ese licor de color rosa. Esta tarde no la encontré.
- No, maestro, no la he visto.
- Pues hacedme la merced de buscarla en este cuarto, que sola no pudo haber salido de él.
- Así lo haré, maestro.

Benadí se encontró descansado y con buena disposición, por lo que se dirigió al encuentro del bolsero del alcázar, Mendo García. Llamó suavemente a la puerta y, tras oír una invitación a pasar, se introdujo en el aposento donde el tesorero se encontraba sentado delante de una mesa llena de cédulas, pliegos y legajos. La benigna mirada con que lo recibió pareció animarle a hablar, de manera que el *hakim* le dijo:

- Salud mi buen amigo, ¿interrumpo vuestra labor?

El aludido amplió su sonrisa y, con un gesto de ofrecimiento, le mostró un sillón de cuero que estaba frente de la posición que él ocupaba, y le dijo cortésmente:

- De ninguna manera, os ruego que ocupéis ese asiento para que podamos charlar con comodidad.

El médico ocupó el asiento y se dirigió a su interlocutor con un tono

pausado y sin matices:

- Supongo que ya sabréis que el alcaide nos ha encargado a Rodrigo Rodríguez y a mí que averigüemos las circunstancias que rodearon las muertes de los caballeros Suero y Lope, así como las personas que llevaron a cabo tal crimen y las causas que los impulsaron.
- Sí, me lo dijo el propio Alvar, que se encuentra muy alterado por los acontecimientos. Informar al conde Asur de la muerte de su dilecto sobrino, sin saber las causas de su muerte y el justo castigo dado a sus asesinos, lo sitúa en una posición muy difícil.

Benadí se removió en su asiento, como tomando la postura adecuada para iniciar una larga conversación, inclinó su cuerpo hacia adelante y comenzó diciéndole al tesorero:

- Pues resulta que yo también me encuentro en una situación especialmente delicada, puesto que no domino las relaciones existentes entre todos los habitantes de esta fortaleza. Por eso, he pensado en pedir vuestra ayuda, ya que vos sois un buen conocedor de muchas de las cuestiones que desconozco.
- Por supuesto, - se ofreció Mendo voluntarioso - estoy a vuestra completa disposición y me gustaría que mis conocimientos os sirviesen para resolver tan desagradable asunto.
- Gracias, he procurado organizar las cuestiones que me inquietan y creo que podemos empezar buscando las causas que provocaron las muertes de esos caballeros. Para empezar, decidme ¿podía existir alguna relación económica que empujara



a alguien a acabar con sus vidas?

El bolsero pareció diseccionar la pregunta que acababa de formularle su interlocutor. Entornó lo ojos como haciendo un esfuerzo de memoria y, después de una ligera pausa, se dispuso a contestar diciendo:

- Veamos... esos caballeros habían visitado varias veces nuestro alcázar y siempre dieron muestras de poseer una economía desahogada. Ciertamente que jugaban a los naipes con frecuencia, pero los caballeros que completaban aquí sus partidas, miembros de la guarnición del castillo, nunca disfrutaron de una hacienda brillante, pues la soldada es más bien escasa. Jamás he oído hablar aquí de deudas de juego que llegasen a ser importantes.

Se hizo un breve silencio entre los dos interlocutores. Mientras que el tesorero pareció seguir rebuscando en su memoria, el médico se mostró expectante. Por fin, Mendo concluyó,

- Perdonadme, pero no recuerdo ningún incidente de corte económico que pudiese justificar el desgraciado incidente que investiga. Además, esos caballeros llevaban en la fortaleza uno o dos días, de modo que no tuvieron tiempo de generar ninguna deuda nueva.

El *hakim* no pareció completamente satisfecho con la respuesta que había recibido, por lo que insistió:

- Es muy razonable lo que contáis, pero las deudas pudieron ser contraídas con miembros de la comunidad que no fueran militares o, incluso, con alguna persona ajena a ella, ¿hubo

visitas destacadas los días de estancia de esos caballeros?

- Desde luego yo no sé de civiles que jueguen a los naipes, ni recuerdo a ningún forastero entre nosotros. Supongo que si hubo visitantes debieron ser los que habitualmente avituallan la fortaleza.
- Perdonad, pero olvidáis a mi colega Anwar. – Rectificó el físico. - Por cierto, ¿conocíais a ese médico antes de que yo os lo presentara?
- Tenéis razón, no tuve en cuenta a vuestro invitado, al que no conocí hasta que lo vi en vuestro aposento.

Benadí se quedó pensativo. La respuesta del bolsero le había cerrado la primera puerta de su investigación. Con buen ánimo se dispuso a seguir analizando las causas de los asesinatos con su interlocutor:

- Sigamos considerado otros posibles motivos para esas muertes, por ejemplo, los celos, ¿habéis oído hablar de algún amorío de Suero o de Lope dentro de estos muros?
- Algo he oído, mi buen amigo, pero sería incapaz de ponerlo de pie. – Reconoció con bastante inocencia el tesorero. - En visitas anteriores, ambos caballeros mantuvieron unas relaciones muy amigables con los residentes. Recuerdo que sentía una profunda alegría al verlos pasear y conversar siempre alegres y dispuestos a cualquier juego o excursión que renovase su alborozo. Por cierto, ahora que lo nombráis, la última visita que realizaron Suero y Lope finalizó abruptamente, sin que yo sepa la razón. Pero lo cierto es que los caballeros se marcharon sin

despedirse, cosa rara en ellos que eran muy cumplidos.

- Pero algo habréis oído decir de amoríos. – Reiteró Benadí.
- Sí, algo oí decir acerca de que Suero parecía acosar amorosamente a una de las hijas de alcaide. Supongo que sería la mayor, porque la pequeña aún es muy joven. Y no sé nada más.

Estas palabras animaron al boticario, que buscando profundizar en el recuerdo del bolsero, le insistió implacable:

- Y... ¿no podéis recordar el motivo de la brusca partida de Suero?, ¿acaso surgieron discrepancias entre los jóvenes amigos?, ¿pudo ser una ruptura amorosa?
- Ya os he dicho que no sé nada más acerca de las relaciones entre esos jóvenes.

La contestación resultó seca y cansada, pero el musulmán no se amilanó. Ya que había iniciado aquel interrogatorio debía continuarlo para tratar de obtener algo en claro. El buen Mendo era una persona muy comedida y mantenía un nivel de discreción que debía tratar de romper aunque se enojase, por eso no se recató en volver a preguntar:

- Queda otro motivo: la venganza. Que es otro poderoso acicate capaz de impulsar a alguien a cometer un crimen. ¿Habéis oído hablar de alguna afrenta sin restitución que hubiese impulsado al ofendido a buscar tan bajo desagravio?
- Señor... no intervengo en cuestiones de honor – el tono del tesorero pareció endurecerse -. Ni conozco, ni llevo las cuentas

de las ofensas pendientes entre los caballeros. Creo que en ese aspecto estáis perdiendo el tiempo conmigo y os resultaría más útil la opinión de Rodrigo.

Benadí sonrió pensando que había caído en la celada que le había tendido y, no sin satisfacción, le puso en evidencia su falta de memoria o de interés:

- Perdonad, Mendo, pero tengo entendido que hace algún tiempo se presentó una demanda contra esos dos caballeros por parte de un labriego.
- ¡Ah!, Sí... es cierto. – Reconoció el bolsero vacilante, pero inmediatamente aclaró. - Pero esa querrela la dirimió el conde en persona. Claro que, como tuvo que irse a León llamado por el rey Ramiro, la cosa no llegó a subsanarse completamente.
- Os ruego que me deis detalles de ese incidente, pues sólo conozco la existencia de la querrela pero no las circunstancias que la rodearon.
- Pues... veréis. – aseguró el tesorero evocando situaciones pasadas. - Yo no intervine en ese pleito, pero sí presencié algunas de las declaraciones que se hicieron. La protesta partió de un labriego, un pequeño propietario, que denunció a los dos caballeros, Suero y Lope, por haber vejado a su hija en un bosquecillo y haberla dejado abandonada en muy mal estado, pues había sido forzada y malherida.
- ¿Qué adujeron los dos caballeros ante semejante acusación?

El bolsero encogió los hombros, puso cara de circunstancias y con

un cierto tono de condescendencia contestó al boticario:

- La negaron, por supuesto... y llegaron a jurar que no habían intervenido en tal lance.
- ¿Eso fue todo? – pregunto muy interesado el boticario.
- No, - añadió Mendo con resolución, - el conde intentó establecer la fecha del incidente para ver si coincidía con la llegada de los caballeros al castillo, porque la presura <sup>[26]</sup> del campesino está situada en el camino que une Burgos con nuestra fortaleza. Pero el pobre rústico era tan corto de luces que no se pudo establecer cuando se produjo tan desafortunado episodio.
- Y... ¿eso fue todo?
- No, creo recordar que el conde insistió mucho en conocer a la muchacha vejada, escuchar su narración y enfrentarla a los dos caballeros para ver si los reconocía. Pero resultó imposible convencer al padre para que la trajera al castillo, adujo para no hacerlo que se encontraba enferma y no podía viajar. Eso es todo, lo que presencié y ahora recuerdo.

El mahometano se quedó reflexionando un momento, como ordenando sus ideas. Después avanzó aún más su cuerpo, tratando de presionar a su interlocutor, y le hizo una pregunta que consideraba difícil de responder:

- ¿Los criados que atienden los servicios de comidas son personas fieles y fiables?, ¿podrían haber envenenado a los dos caballeros sobornados por un tercero?

Mendo se quedó en suspenso, no esperaba tal tipo de pregunta que lo ponía en una situación muy comprometida. Los criados eran bastantes y no los conocía lo suficiente como para dar una respuesta que los englobara a todos. Su gesto fue tan evidente que obligó a Benadí a precisar su petición:

- Perdonad la pregunta, amigo mío, no se trata de que analicéis a todos y a cada uno de ellos, es suficiente con que me deis una idea general de su comportamiento y, si hay algún caso que consideréis de interés para mi investigación, me lo comunicéis.
- Bueno, - repuso el bolsero algo aliviado, - si se trata de una idea general, allá va lo que pienso de ellos. En general, son personas honradas y temerosas de Dios, yo no conozco ningún pleito entre ellos y los caballeros y, en cuanto al soborno, estimo que tendría que haber sido una cantidad suficiente para que permitiera la redención del criminal y de su familia. Cuando digo redención me refiero a que los liberara del trabajo manual de por vida, y creo que en nuestra fortaleza no existen riquezas capaces de sufragar esas exigencias.

Benadí consideró atentamente la respuesta de su interlocutor y terminó afirmando con la cabeza como un signo de comprensión. Realizó un rápido examen de las cuestiones pendientes y, para su sorpresa, encontró una que en aquel momento estimó que era vital para el esclarecimiento de los hechos. De modo que mirando a Mendo añadió:

- Perdonad mi insistencia, pero necesito saber cómo llegó la camarera Inés, aquella que encontró los cadáveres de Suero y de Lope, al servicio de este castillo.

- Nada más fácil, lo hizo por recomendación expresa del alcaide de la fortaleza. Yo me limité a cumplir sus órdenes.

El médico se mostró sorprendido, no esperaba ese tipo de respuesta. Sin embargo, pronto se repuso y continuó su interrogatorio:

- Así pues, debéis conocer la procedencia de esa joven.
- Cierto, - aseveró Mendo con toda seguridad, - sus padres poseen un pobre alodio al noroeste del alfoz, en una zona conocida como Cubillejo, que dista del castillo una distancia de unas cuatro millas y media <sup>[27]</sup>.
- ¿Conocéis el lugar y las personas?
- Posiblemente habré pasado por el lugar camino de Burgos, en cuanto al padre de Inés lo vi un momento el día que declaró ante el conde por el atropello a su hija pequeña. Se llama Flaín Gómez, lo sé bien porque le envió el salario completo de Inés, su hija mayor.

Benadí se quedó un momento reflexionando y, al cabo, se dirigió a Mendo para darle las gracias por su información y despedirse de él. Pero este último le preguntó con curiosidad:

- ¿Estáis pensando que esa pobre muchacha pudo causar la muerte de los caballeros Suero y Lope?
- No exactamente, es sólo una posibilidad que debe ser estudiada.

La contestación del físico le pareció evasiva al tesorero, por lo que

continuó razonando:

- Pero, amigo mío, esa joven siempre me pareció lenta en todos los aspectos, ¿cómo podéis imaginar que fuese capaz de realizar una cosa así?
- Bueno... para verter ponzoña en una comida no hace falta ser muy despierto y, además, pensad que no es difícil aparentar más lentitud mental de la que se padece.

Mendo parecía cansado y el médico consideró que no podía seguir abusando de los conocimientos y, sobre todo, de la paciencia de su amigo. Por ello, le dijo con aire distendido:

- Mi buen amigo, me he excedido al someteros a un interrogatorio tan largo como comprometido. Os ruego que dispenséis mi falta de delicadeza y comprendáis el motivo que me ha movido a ello. De modo que os voy a dejar que descanséis y atendáis vuestras obligaciones, que deben ser muchas.
- Ciertamente habéis sido exhaustivo en vuestra indagación, pero no ha sido tan grave y, sobre todo, siempre es un placer hablar con vos. – Exclamó el aludido satisfecho por el fin de aquel interrogatorio.
- Gracias Mendo, quedamos emplazados para que, pronto, disfrutemos de otra tertulia tomando un sabroso té.
- Contad conmigo para ello y para todo lo que necesitéis.
- Adiós, mi buen amigo.



El boticario se dirigió a sus aposentos tratando de poner en claro toda la información que había recibido en esa larga tarde. Dos temas le inquietaban especialmente, el primero se refería al supuesto romance entre Blanca y Suero y, sobre todo, a la brusca partida de éste en su última visita. Mendo había puesto mucho énfasis en destacar este hecho, pero no había podido concretar el motivo. El segundo correspondía a la denuncia presentada por el aldeano que no llegó a resolverse nunca. ¿Cuáles pudieron ser las consecuencias de que no se aclarara la demanda por falta de pruebas? Era evidente que el villano se marcharía con el corazón lleno de odio y de violencia, pero ¿tuvo el valor y la oportunidad para tomarse la justicia por su mano? Además, estaba su hija que, para más complicación, había servido la comida a los difuntos; aunque la opinión del tesorero sobre sus capacidades la alejaba de tan compleja intriga. En cualquier caso, debía conocer a los dos, al padre y a la hija, para tratar de aclarar su posible participación en los asesinatos.

En esas elucubraciones estaba el *hakim* mientras volvía por los sombríos corredores del castillo, cuando se encontró de frente con Dulce, la dueña de Blanca y de Lambra. La mujer no dudó, se fue directamente hacia el *hakim* y sin preámbulos le espetó:

- Señor boticario, sois difícil de localizar, hace un buen rato que os busco por toda la fortaleza sin haber tenido la fortuna de encontraros.
- Pues aquí estoy, ¿qué desea de mi tan destacada dama? – Exclamó Benadí galantemente.
- Venid, por favor, mi señora desea hablaros.

Benadí siguió obedientemente a la dueña por galerías desconocidas hasta que llegó a una puerta, que golpeó suavemente. Sin esperar replica, abrió la puerta y desviándose ligeramente dejó entrar al físico. Éste se encontró en un pequeño recinto, escasamente amueblado y débilmente iluminado por dos velas, que debió ser un oratorio ahora abandonado, en cuyo centro se encontraba Lambra claramente nerviosa. Con una tensión manifiesta la joven se dirigió al recién llegado sin ningún tipo de preparación:

- Gracias a Dios... maestro, tengo entendido que ayer el caballero Munio fue atacado y está herido. ¿Podrías decirme cómo se encuentra? ¿Son graves las heridas? Nadie ha sabido darme noticias de su estado.
- Verdaderamente, pequeña Lambra, el rincón que no conocéis de esta fortaleza no existe. – Así expresó su sorpresa el *hakim*. - Pues sí, tenéis razón, el bueno de Munio fue agredido pero, afortunadamente, sus heridas no revisten gravedad. Sólo tendrá que permanecer algún tiempo en reposo debido a un golpe que ha recibido en la pierna. Podéis tranquilizaros, su estado general es bueno.
- Bendito sea Dios, no sabéis el peso que me quitáis de encima. Como se encuentra en el dormitorio de los caballeros, me resulta imposible acercarme a verle, ¿podrías tenerme informada de su evolución?
- Así lo haré y, si queréis, le transmitiré vuestra preocupación por él.
- Os lo agradezco, no olvidéis mantenerme informada.

La oportunidad con que se encontró el musulmán no podía ser desaprovechada, por lo que frenó el intento de marcharse de la joven haciéndole otra pregunta:

- ¿Sabéis quién hirió a vuestro amigo?
- Sí, fue ese infame caballero que atiende al nombre de Suero.  
– Respondió la joven categóricamente.
- Con la compañía de su amigo Lope. Por cierto, ¿sabéis la suerte que corrieron después esos caballeros?

La joven pareció que, de golpe, iba a estallar, sus ojos brillaron con una ira insospechable en ella, las venas de su garganta parecieron inflamarse, el rostro se le cubrió con una pátina rojiza y sus brazos se agitaban con violencia cuando estalló:

- Murieron... sí murieron a manos de alguien que vengó las muchas afrentas que esos caballeros esparcieron por donde fueron pasando. El verdugo nunca llegará a saber que tomó venganza por otras muchas ofensas que desconocía y que tiene la gratitud de muchas personas que fueron injuriadas por esos miserables.
- Pero vos sois una fervorosa creyente, - se atrevió a apuntar el mahometano, - ¿cómo podéis mostrar tanto odio hacia unas personas que hasta hace poco parecían ser vuestros amigos?
- Precisamente por eso, porque traicionaron nuestra confianza y se comportaron con una vileza impropia de caballeros. En particular, Suero demostró ser un burlador perverso, capaz de pisotear la virtud y la dignidad de las personas que habían

creído en él. ¡Ay!, Benadí si su vida hubiese estado en mis manos... no lo hubiese dudado.

Seguidamente, Lambra con marcada violencia abrió la puerta, se asomó al corredor, miró hacia uno y otro lado y salió sigilosamente seguida de su dueña. El médico se quedó como petrificado por la sorpresa que le produjo la brusca y violenta respuesta de la joven. Poco a poco fue volviendo a la realidad y salió de la sala meditando cuales podían ser las causas de la animadversión que la joven había manifestado hacia los caballeros. Tras vagar desorientado durante un buen rato, llegó a sus aposentos y no encontró a Anwar, entró en su laboratorio donde Sanchillo preparaba su jergón para dormir y, sin mediar saludo alguno, le espetó con la inquietud que desbordaba su corazón,

- Sanchillo, ¿habéis encontrado la botella de licor que os mandé buscar?
- No, maestro, he buscado en todo el aposento, he removido todos los trastos y no he podido dar con ella. – Repuso el joven.
- Bien, mañana vais al refectorio de los caballeros y removéis las cenizas de la chimenea próxima al lugar de los asesinatos para ver si existen allí trozos de esa botella.
- Así lo haré, maestro.

Benadí le deseó buenas noches a su pupilo y volvió a su gabinete. Se sentía muy cansado, de modo que se retiró a su aposento y se metió en la cama sin tomar nada. Aún dio muchas vueltas tratando de encajar todas las piezas que había ido apareciendo durante aquel largo día y, finalmente, el sueño le venció.

## Capítulo VI

Sábado, 18 de noviembre de 943

Benadí se acercó a ver a Munio en el gran aposento que compartía con otros muchos caballeros. Sentado al borde del lecho, se dispuso a cumplir con sus obligaciones de médico.

- Espero que hayáis pasado la noche sin grandes dolores y que la recia muleta que os han proporcionado vuestros aprendices os haya permitido ir a las letrinas sin muchas dificultades.  
¿Cómo os encontráis ahora?
- No creáis... dolores he tenido sobre todo en la pierna y mi viaje al excusado ha sido una prueba de obstáculos que logré superar con tiempo y esfuerzo. En este momento me encuentro bastante bien, ninguna herida me duele, salvo la rodilla.

El *hakim* sometió a su paciente a un prolongado y exhaustivo examen, parándose a untar con diversas pócimas cada uno de los rasguños y de las heridas que tenía distribuidas por el torso, la cabeza y los brazos.

- Veo que la mayor parte de vuestras heridas carecen de importancia. Veamos ahora la rodilla.

Despojando la pierna del vendaje que la cubría, quedó al aire un hematoma decorado con tonos que barrían desde el color morado hasta el carmesí. El médico palpó con cuidado la contusión y, de nuevo, se dedicó a doblar ligeramente la rodilla, provocando prudentes quejidos del paciente.

- Esto tiene mal aspecto, pero sigue su evolución y supongo que se reducirá en algunos días.

Dicho eso, el galeno embadurnó de ungüento toda la parte lesionada y volvió a vendarla con una nueva tira de lienzo. Terminada la operación, Benadí comenzó a recoger sus tarros y sus apósitos, pareció relajarse y le comunicó al joven:

- Ayer una joven dama me preguntó muy interesada por vuestra salud.

Munio miró al médico con sorpresa, pero al ver la sonrisa cómplice del mahometano le respondió con interés:

- Supongo que sería Lambra.
- Sí, así fue, y me pareció que su preocupación por vuestro estado era sincera y profunda.

- Gracias por decírmelo, es un grato consuelo.

Benadí terminó de guardar todos los objetos de su arte y se levantó a la vez que le daba una amigable palmada al joven Munio en la pierna sana mientras le decía,

- Mañana volveré, si es necesario enviadme recado y vendré inmediatamente.

Se disponía a salir, cuando se encontró de frente con Rodrigo, que entraba a visitar a su subordinado. Ambos intercambiaron una mirada de inteligencia y, tras los saludos, el condestable le preguntó al médico,

- ¿Cómo se encuentra este joven caballero?
- Está muy mejorado, pero no podréis contar con él hasta dentro de algunas semanas. El golpe le afectó a la articulación de la pierna y necesitará bastante tiempo para recuperarse. – Aclaró el físico.
- Bien, le liberaremos del servicio de armas.

El boticario se alejó con Sanchillo portando la bolsa de medicamentos para atender a otros enfermos. El militar comprobó que en el dormitorio sólo estaba Munio y se dirigió a él con un tono severo:

- Lamento lo que os sucedió con esos caballeros que, como sabréis, fueron encontrados muertos en el refectorio el mismo día que os atacaron.
- Todavía me cuesta hacerme a la idea de su muerte, se les

veía por la mañana tan llenos de vida y de ganas de hacerme todo el daño posible.

- No os dejéis llevar por el rencor, - manifestó el capitán con aire conciliador, - ellos terminaron llevándose la peor parte. Ya sé que debí acercarme a veros ayer, pero me fue imposible.
- Ayer no hubiese podido atenderos adecuadamente, me pasé el día con fiebre.

El capitán buscó un taburete en las inmediaciones de la cama de Munio y se sentó. Sin pérdida de tiempo, continuó su conversación,

- Supongo que el enfrentamiento que tuvisteis con esos caballeros fue a cuenta del incidente en el coso de la villa, ¿verdad?
- Sí, señor, estaba yo instruyendo a los reclutas cuando aparecieron mofándose de nuestra labor y con intención de atacarme. Gracias a esos jóvenes no salí peor parado del ataque coordinado que realizaron.
- ¿Os atacaron los dos a la vez? – Preguntó sorprendido el condestable.
- Así fue, y por flancos opuestos.

Rodrigo acercó algo su taburete a la cama y echando el cuerpo hacia adelante puso de manifiesto que se proponía continuar la conversación en un tono más personal,

- Decidme, Munio, ayer ¿sólo os levantasteis para satisfacer vuestras necesidades corporales?, ¿no hicisteis ninguna



incursión por el resto del castillo?

El enfermo, reponiéndose lentamente de la sorpresa que la había producido la pregunta, se incorporó con dificultad en el camastro y contestó:

- ¡Ah! Imposible, tuve fiebre todo el día. Además hubiese sido un milagro que alcanzase la puerta de estos aposentos. Las dos veces que he ido al retrete, el maldito artefacto que me proporcionaron mis zagales se me ha enredado en las piernas con tanto afán que casi doy con mis huesos en el suelo.
- Así pues, no salisteis de este aposento en ningún momento. – Confirmó el capitán.
- No... claro que no.

Rodrigo creyó conveniente interesarse por la vida que llevaba el herido para, de esa manera, allanar el camino que pretendía recorrer sonsacándole informaciones a aquel joven caballero, por eso le dijo:

- Os pasáis el día aquí solo, ¿no os aburrís mucho?
- No, no demasiado. – expresó Munio con cara de compromiso.
  - Mis compañeros y pupilos me acompañan cuando pueden.
- Salvo ellos, ¿no habéis recibido ninguna otra visita?
- ¡Ah! sí... el jueves estuvo aquí el bueno de Gonzalo, el hijo del regidor de la villa, para interesarse por mi salud y agradecerme mi intervención en el caso. ¿Permaneció mucho tiempo? – Inquirió Rodrigo con interés.
- No, no lo sé. Yo me encontraba tan postrado que no pude

atenderle.

-

- Vaya... de todas formas su intención fue buena.

Rodrigo se decidió a participarle su nueva situación de investigador, pues de esa forma conseguiría con más facilidad los detalles del supuesto romance de Suero con una hija del alcaide,

- Veréis, Munio, resulta que el alcaide me ha encargado que encuentre el causante de la muerte de Suero y de Lope con la máxima urgencia. Como consecuencia de ello, he de comprobar los movimientos de todos aquellos que podían tener un motivo para atacarlos, y vos sois uno de ellos.
- Señor..., - exclamó el joven perplejo.
- Sí, ya sé que vos no pudisteis acercaros al refectorio para cometer el crimen, pero estaba obligado a confirmarlo.
- Aunque hubiese podido, ¿creéis acaso que mi resarcimiento por una simple magulladura me hubiese llevado a matarlos? No hubiese tenido corazón para hacer una cosa así.

Rodrigo afirmó con la cabeza varias veces y, tratando de justificar sus sospechas, le dijo:

- Nunca se sabe lo que puede hacer un hombre herido en su orgullo. Pero dejemos eso, ¿conocéis alguna querrela, discordia o incumplimiento que hubiese podido desencadenar el atentado contra esos caballeros?

Otra vez sorprendido por la nueva pregunta, el enfermo pareció

meditar durante un momento mientras que su jefe observaba su rostro con marcada atención. De pronto, le pareció que el rostro de Munio se contraía ligeramente y en sus ojos surgía un breve destello de agudeza que trató de disimular.

- No tengo conocimiento de ningún motivo que pudiera justificar tan terrible resultado.

El condestable aparentó asumir su respuesta con toda naturalidad, pero había visto un punto de duda en el joven que no estaba dispuesto a dejar pasar por alto.

- Claro... esos caballeros llevaban aquí tan poco tiempo que no pudieron buscarse nuevos enemigos. Pero decidme, ellos ya habían estado en el castillo otras veces y, siendo como eran, ¿no dieron lugar a algún tipo de pleito o de desavenencia que hubiese llegado a desembocar en el atentado que han sufrido? ¿Tampoco tuvieron amoríos?

Munio lo miró largamente a los ojos y, mostrando una tozudez infantil, agitó la cabeza y se reafirmó en lo dicho:

- Si tal cosa sucedió, yo no tengo conocimiento de ello.

Pero su interlocutor no parecía dispuesto a soltar la presa que había vislumbrado en sus ojos, de manera que insistió:

- Venga... Munio, vos lleváis en esta fortaleza mucho tiempo, habéis pasado por casi toda la escala social, os habéis relacionado con todos los residentes, actuales y pasados, y sois lo suficientemente despierto y curioso como para que nada de lo que haya pasado en este castillo se os haya escapado. Sed

generoso conmigo y compartir lo que sabéis.

- No entiendo vuestra insistencia, ya os he dicho que no sé nada.

El capitán se percató que el joven caballero había alcanzado el límite de su paciencia, de modo que se convenció de que con nuevas preguntas retóricas no conseguiría nada. Creyó que era el momento de forzar definitivamente la voluntad de aquel noble y devoto caballero, pues su entereza para velar por aquello que le produjo el destello en la mirada debía de estar vinculada con la fidelidad. Por eso, sin tapujos puso sus cartas sobre la mesa:

- Mirad joven, soy soldado viejo que ha tratado con hombres de toda condición. Sé cuando alguien me miente, aunque sea por la más noble causa. Pero me encuentro en unas circunstancias que me impiden respetar las conciencias ajenas, de manera que por vuestra calidad de caballero decidle a vuestro superior lo que desea y debe saber.

Munio pareció embravecerse y, mirando a uno y otro lado, resopló con violencia. Aquel hombre lo estaba llevando al disparadero, pero al recurrir a su fe de caballero le ponía en una situación tan difícil como delicada, le pedía que descubriera el romance de Blanca, lo cual la involucraría en la investigación. Le resultaba imposible descubrir a su amiga.

- Señor, mi fidelidad de caballero está más comprometida con otras personas que con vuestra insana indagación, capaz de forzar de tal manera las voluntades. Vuestra autoridad acaba fuera del servicio y del combate, de modo que os ruego que no

insistáis.

Rodrigo se quedó perplejo durante un momento por el fuerte carácter y la valentía que demostraba aquel joven y, aparentemente, dulce caballero. Comprendió que no podía ceder en su intento de conocer lo acaecido entre Suero y aquella dama. Por ello, se decidió a destapar su nombre para desbaratar el numantino intento de Munio de mantenerlo oculto.

- Insisto en que me contéis lo que os alteró el ánimo hace un momento. Si no lo hacéis, tendré que dirigirme al padre de la dama poniendo en su conocimiento vuestro recato que puede interpretarse de muchas formas. Estoy seguro de que él, con su autoridad y su carisma, obtendrá de vos y de su hija las aclaraciones que, con tan escaso resultado, os he pedido yo.

Munio respiró hondo. Así pues, su jefe sabía de quien estaban hablando y, además, su amenaza era demasiado explícita y peligrosa como para poder tomarla como una argucia. Ante el hecho de que Rodrigo sabía de qué y de quién se trataba, se sintió más calmado, ya no tenía que denunciar los amores de Blanca porque eran conocidos. Miró a los ojos a su capitán y pudo contemplar la clara decisión que mostraban. Se sintió vencido e irritado, pero le pareció que lo menos malo que podía hacer era contarle lo que quería saber y empezó su narración lleno de dudas:

- Pues... veréis... yo sé algo, muy poco... el resto son habladurías y maledicencias. En visitas anteriores al castillo, Suero y su amigo entablaron una fluida relación de amistad con las hijas del alcaide y con algunos de nosotros, los caballeros que formamos la guarnición. Yo viví esas relaciones amigables y

disfruté con ellas, pues ciertamente esos caballeros eran muy desenvueltos e ingeniosos. Incluso presencié como la relación entre Suero y Blanca se fue haciendo cada vez más personal, hasta hacernos pensar a los demás que se estaba fraguando un romance entre ambos. Hasta aquí lo que yo sé por haberlo vivido y contemplado.

Rodrigo se fue interesando por lo que le contaba el caballero pero, cuando concluyó, se sintió decepcionado. Algo irritado, le exigió a su interlocutor:

- Debéis terminar, ¿qué sucedió entre esos dos amantes?
- Yo no lo sé. – Clamó descompuesto el joven caballero. - Lo único que conozco es que Suero regresó a Burgos de improviso y que Blanca se quedó mustia y entristecida. Nunca llegamos a hablar de lo sucedido entre ellos, aunque sí fue objeto de las comidillas del personal de la fortaleza.

Rodrigo, visiblemente irritado por la parsimonia del paciente, le incitó a terminar de referirle todo lo acontecido.

- Pues decidme, ¿qué se comentaba en los mentideros del alcázar?
- Había de todo, - declaró Munio dando muestras de una gran paciencia, - desde que Blanca había rechazado los amores de Suero, hasta que éste había burlado a la dama, dándole palabra de matrimonio sin intención de cumplirla. No sé nada más y, por mucho que me forcéis, no vais a conseguir ninguna otra información.

La decepción inundó el rostro del jefe de la guarnición, que esperaba algo más de aquel voluntarioso caballero. Lo pensó un momento y, con aire imperativo, le preguntó:

- ¿En esta última visita habéis notado algún cambio en la relación de Blanca y Suero?
- ¿Es preciso ahondar tanto en la intimidad de las personas? – Inquirió el joven nuevamente indignado.
- Comprended, Munio, que no me guía la curiosidad malsana, simplemente tengo que conocer las relaciones entre los muertos y todos aquellos que los rodearon en vida, sobre todo si esas relaciones fueron agresivas o frustrantes.
- Hace dos días, bajamos al mercado de la villa. Allí se encontraron Blanca y Suero que tuvieron un largo aparte. No sé que pudieron tratar, pero lo cierto es que Blanca quedó taciturna, triste y contenidamente llorosa. En el viaje de vuelta permaneció compungida en brazos de su hermana.

El joven Munio parecía extenuado y mostrando una expresión donde se mezclaba la decisión y la súplica, le rogó a su superior,

- Ahora os ruego que no insistáis más, os juro por mi honor de caballero que no sé nada más.

Rodrigo no podía insistir, de forma que recomponiendo el gesto y la figura, le reconoció al joven caballero:

- Gracias por varias razones. En primer lugar por la sinceridad con que me habéis contado los acontecimientos, lo que me mueve a creerlos. En segundo lugar por vuestra delicadeza al

tratar de una dama tan principal y, por fin, por la fidelidad que le habéis demostrado al descubrirme el enredo a mí, antes que a su padre. Ahora os dejo descansar.

El capitán se levantó y con una ligera inclinación de cabeza salió del aposento. Mientras recorría los corredores camino del cuerpo de guardia, su mente bullía tratando de asumir completamente el testimonio del caballero y de conectar su contenido con los restantes datos que poseía respecto al crimen. No resultaba fácil emparejar informaciones tan dispares como las conseguidas, sobre todo porque la última declaración implicaba a una persona que, en principio, debía de estar por encima de toda sospecha. Rodrigo prefirió dejar sus elucubraciones para más tarde y volvió a sus quehaceres militares.

A la hora convenida se reunieron el condestable y el físico del castillo en la sala de capellanes. Tras los saludos de rigor, se dispusieron a esperar la llegada de Gelmiro y de la sirvienta. Al poco rato unos golpes en la puerta denunciaron la presencia de los convocados. Tras la anuencia de los dos investigadores, entró Gelmiro con gesto circunspecto,

- Tal como me indicasteis, me acompaña la sirvienta que atendió a los dos caballeros que fallecieron hace dos días.



Rodrigo adelantó el cuerpo en el sillón que ocupaba y le preguntó sin ningún tipo de preámbulo:

- ¿Ha sucedido algo especial desde que nos vimos ayer?
- No, señor, todo a discurrido como de ordinario. – Declaró Gelmiro tranquilo.
- Bien, pues ahora haced pasar a esa camarera y permaneced con nosotros mientras la interrogamos.

El cocinero se asomó a la puerta, dijo algo y volvió a penetrar en la estancia acompañado por una joven de baja estatura, encogida sobre sí misma y con un andar vacilante. Un blanco pañuelo recogía sus cabellos en la parte posterior de la cabeza. Sus grandes ojos castaños miraban al frente con la visión perdida y presentaba un semblante sonrosado y agradable aunque visiblemente constreñido por un gesto medroso. Todos sus movimientos y todos sus gestos estaban gobernados por un gran nerviosismo.

- Ésta es Inés, la camarera que atendió a los caballeros y, al ir a recoger el menaje, encontró sus cadáveres. – Enunció el cocinero.
- Gracias, Gelmiro – exclamó imperativo el condestable – sentaos a ese lado y dejadnos que hablemos con esta muchacha.

Benadí consideró por un momento la situación. Vio que la joven, en pie delante de ellos, mantenía ahora la mirada baja y se frotaba las manos insistentemente tratando de disimular el temblor que las agitaba. Por otra parte, como ya había comprobado la aspereza de

trato que usaba Rodrigo, se decidió a decir:

- Permitidme, Rodrigo, que sea yo quien inicie el interrogatorio para tratar de calmar a esta inquieta chiquilla.

Rodrigo con cierto sentimiento de alivio acogió encantado la propuesta del médico. Entonces, Benadí le preguntó a la retraída camarera con voz suave acerca de su nombre, de su origen y de sus labores. Las respuestas que obtuvo fueron tan concisas como susurrantes, lo que obligó al *hakim* a acercarse a ella y hacerla repetir sus titubeantes afirmaciones. Finalmente le preguntó:

- Decidme Inés, vos descubristeis los cadáveres de esos dos caballeros, ¿no fue así?

Inés se sorprendió ante una pregunta tan directa, giró ligeramente la cabeza, miró a Gelmiro con verdadera desesperación, apretó los labios y continuó callada. Ante esa actitud, el físico elevó ligeramente la voz y, tratando de ser convincente, le dijo a la camarera:

- No debéis temer nada, sólo queremos saber qué pasó anteayer.
- ¡Ay!...

En ese momento, se levantó Gelmiro, se acercó a la joven, le echó el brazo por los hombros y con la mano derecha le levantó el mentón. Cuando la mirada de Inés se confundió con la suya le dijo:

- ¿Le servisteis ayer la comida a dos caballeros en su refectorio?

El gesto de la muchacha se transformó en un gesto de súplica, sus

ojos brillaron por efecto de las lágrimas contenidas y con gran dificultad asintió con la cabeza. Entonces, el cocinero insistió:

- Cuando llevasteis el servicio y la comida ¿encontrasteis algo anormal?

Inés se quedó en suspenso, como si no entendiese nada, y el paciente Gelmiro aclaró:

- ¿Visteis algo que fuera diferente a lo de todos los días?

Visiblemente azorada, la pobre sirvienta exclamó con un hilo de voz:

- Sólo había dos caballeros.
- Claro... claro – le dijo el cocinero algo impaciente. – Pero, ¿cómo estaban?
- Desmayados – contestó apagadamente la muchacha.

Benadí rompió la tensión dirigiéndose a Gelmiro para plantearle una cuestión que consideró importante:

- ¿Cuál fue el menú de ese día?
- El menú consistió en una cazuela de lentejas con codornices y una fuente conteniendo manzanas y frutos secos.
- Por favor, Gelmiro, preguntadle si llevó algo más al comedor.

El cocinero dudó un instante mientras pensaba como plantear la pregunta a aquella criada cada vez más nerviosa, tras la pausa le inquirió:

- Veamos Inés, ¿llevasteis al refectorio algo distinto al menaje y

a la comida?

La mujer le miró extrañada y agachando la cabeza negó con insistencia. El médico suspiró para relajar su irritación y le preguntó directamente a la camarera imitando el tono del jefe de cocina:

- No debéis temer nada, solo decidme ¿qué hicisteis después de servir la comida?

La asustada sirvienta volvió su rostro hacia el cocinero, que la animó a contestar con un movimiento afirmativo de su cabeza. Con la cabeza gacha, las lágrimas rodando por sus mejillas y una voz muy apagada, exclamó:

- Estuve asomada a la ventana.

Entonces Gelmiro se vio en la obligación de aclarar la afirmación de la camarera y con esa intención expuso lo siguiente:

- Aquel fue un día de poco trabajo para Inés, porque la mayoría de los caballeros estaban fuera del castillo. Supongo que permanecería asomada a la ventana del corredor que une la cocina con el comedor. – Dirigiéndose a Inés le preguntó - ¿fue en la ventana del corredor donde estuvisteis asomada?

La muchacha que pareció recuperar algo de su entereza, contestó con más convencimiento:

- Sí, maestro.

Benadí pareció saltar de su asiento y dirigiéndose a Gelmiro le exigió que le preguntara si, estando en la ventana, había visto pasar a alguien por el corredor. Con paciencia, el cocinero se volvió a la

servienta y sonriendo le planteó la pregunta:

- Inés, mientras estabais en la ventana ¿visteis pasar a alguien por el corredor?
- No, maestro. – respondió la joven con algo más de espíritu.
- Así pues, - aseguró triunfante Benadí – nadie entró en el comedor entre el servicio y la recogida de la comida.

Pero la exaltación del médico se desinfló cuando escuchó la intervención del cocinero:

- Perdonad, señor, pero ese refectorio es muy grande, posee varias puertas y todas ellas comunican con la cocina por caminos más o menos intrincados.
- Vaya..., - exclamó el físico decepcionado, - os ruego que le preguntéis ahora qué hizo cuando entró en el comedor para recoger el servicio.

Gelmiro se armó de paciencia y tomando a la muchacha del brazo le preguntó en el oído con voz muy baja:

- ¿Qué hicisteis después de abrir la puerta del comedor para recoger el servicio?

Inés miró a todos los presentes con los ojos muy abiertos por el miedo y la sorpresa, tragó saliva y dirigiéndose por primera vez a Benadí le susurró:

- Encontré a los dos caballeros muy quietos y como desmayados. Entonces corrí a avisar a Gelmiro.

El médico se sintió más animado y le dijo, aprovechando la desenvoltura circunstancial de que había dado muestra la joven,

- Muy bien... muy bien, hicisteis lo correcto. Pero decidme, ¿retirasteis algo del refectorio antes de avisar al jefe de cocina?

La pregunta provocó que el gesto de la camarera comenzara a contraerse de nuevo y respondió con una voz que se fue apagando mientras hablaba

- Oh, no señor. Me asusté tanto que no pasé de la puerta.

En ese momento, Rodrigo, evidentemente alterado por el tedioso desenvolvimiento del interrogatorio, le espetó sin miramientos a la muchacha:

- Pusisteis algo en la comida de vuestros huéspedes.

Inés miró aterrada al militar, volvió a abrir extremadamente los ojos y rompió a llorar con violencia, sus sollozos inundaron la habitación e hicieron encoger el corazón de todos los varones. Entonces Gelmiro volvió a abrazar a la joven, como protegiéndola, y le susurró,

- Contestad, hija, contestad. Es una pregunta muy sencilla, ¿añadisteis algo a la comida de esos caballeros?

La muchacha se contrajo aún más sobre sí misma, aumentó el sonido de sus lamentos y con lentitud movió la cabeza negativamente.

Los dos examinadores se miraron sin saber qué hacer. Parecían completamente desconcertados ante el llanto continuado de Inés, que les imponía una situación que no dominaban y ante la cual se

mostraban incapaces de tomar cualquier iniciativa. Con evidentes muestras de enojo, Rodrigo le agradeció a Gelmiro y a Inés su colaboración y les rogó que se retiraran. Tras su salida, el silencio inundó la estancia; los dos hombres trataban de encajar la declaración de Inés entre sus dispersos conocimientos del caso. Pasado un rato, Benadí se decidió a intervenir dominado todavía por la tristeza con que había seguido la declaración de la joven:

- Parece imposible que esta moza haya sido capaz de organizar un atentado contra unas personas que, para ella, debían de ser como dioses.

De nuevo se hizo el silencio, las mentes de los dos flamantes detectives funcionaban tan diligentemente como parecían indicar sus rostros, contraídos y ceñudos. El condestable se levantó de improviso e inició una serie de breves paseos que le concedieron a la estampa un cierto dinamismo. Bruscamente, el militar se volvió hacia su acompañante y le dijo con aire imperativo,

- No os confiéis tan fácilmente; la capacidad de fingimiento de estos criados es muy superior a la que podamos figurarnos. Esa mujer se ha ocultado detrás de una cortina de vergüenzas y de llantos justamente para no decirnos nada de lo que queríamos saber.

El *hakim*, algo sorprendido, observó la dureza con que se había expresado el condestable y para suavizar en lo posible la discusión añadió,

- Bueno, dejemos pasar algún tiempo: cuando se calme y se confíe habremos de tener otra conversación con ella.

Rodrigo, sin embargo, mantuvo su posición frente a él y, marcado rudamente las palabras, le aclaró,

- Mi experiencia me dice que esta mujer es culpable y mantiene una actitud lastimera para no responder a nuestras preguntas. Podemos aplicarle un tormento ligero, como el péndulo<sup>[28]</sup>, para que en poco tiempo declare todo lo que deseamos saber.

Benadí lo miró asombrado, le costó asimilar las palabras del militar sin expresar su disconformidad de una manera patente. Por el contrario, suspiró largamente y con la voz más convincente que pudo encontrar lo dijo,

- Debéis tener razón, pero yo carezco de vuestra veteranía para juzgar a las personas y, por tanto, no soy capaz de emitir un juicio tan a la ligera. Comprendo que vuestra intuición os lleve a acusar categóricamente a esa joven, pero yo necesito algo más; unos argumentos que concedan racionalidad a todo este enredado asunto y que la señalen como culpable. Lo siento, pero mi decisión requiere descartar otras posibilidades y encontrar razones que me conduzca a un juicio tan claro como el vuestro.

La extraña mirada que le dirigió el condestable hizo que un vivo estremecimiento recorriera la columna vertebral del mahometano, al que se unió la desconcertante pregunta que el militar se apresuró a formular:

- ¿Dónde vais a encontrar las pruebas que necesitáis? En el escenario del crimen solo estuvieron la criada y las víctimas, por lo que la única que puede hablar es ella. Dejadme, al menos,



que la encierre en una mazmorra convenientemente encadenada para que medite lo que debe contarnos.

Benadí se levantó con lentitud y se acercó a una mesa donde reposaba una jarra de agua y algunas copas. Sirvió el líquido distraídamente y, con el recipiente en la mano, se volvió y contempló al caballero que esperaba su réplica a las duras propuestas que le había hecho. El mahometano no se precipitó, bebió un pequeño sorbo y volvió a sentarse con deliberada indolencia. Fue entonces cuando pareció recupera el habla diciendo:

- Tenéis parte de razón, pero si es tan ladina como señaláis creo que un ligero castigo como el que proponéis no alterará su declaración. Por otra parte, ¿de dónde pudo sacar el veneno empleado? Porque dudo mucho que haya sido capaz de fabricarlo.

Benadí se detuvo en su explicación, bebió un sorbo de agua y con la mirada perdida en algún punto del techo continuó como hablando consigo mismo,

- Porque debo reconocer que no he conseguido saber si esa muchacha tiene capacidad para proyectar y realizar una hazaña de tal envergadura. En otras palabras, puede que existan otras personas más decididas y capacitadas que hayan podido dirigir sus acciones. Si encontramos a esas personas las someteremos a un careo con Inés y, si a pesar de todo, no conseguimos la verdad buscada, podremos recurrir a los métodos que habéis propuesto.

Al finalizar la perorata del mahometano, Rodrigo parecía haber

relajado su ímpetu inicial por lo que recurrió a sentarse cansadamente y expresar con una voz menguante,

- Debéis tener razón. Probaremos la fórmula que proponéis pero, al final, estoy seguro de que tendremos que recurrir a la ordalía <sup>[29]</sup>.

Los dos hombres se miraron largamente a los ojos, como buscando la conformidad del otro a las ideas propias. Al parecer, transcurridos unos momentos, consiguieron la aceptación mutua porque decidieron centrar su atención en los resultados de las restantes indagaciones que cada uno había realizado. Comenzó Rodrigo,

- Como sabemos, el día de los asesinatos la guarnición completa permanecimos fuera de la fortaleza, por lo que ninguno de sus componentes pudo participar en la nefasta actividad que implicó la muerte de Suero y de Lope. En el castillo solo permaneció el cuerpo de guardia, que no abandonó su puesto en ningún momento.

Viendo el rostro de Benadí, el capitán comprendió que lo que estaba describiendo no tenía ningún interés para el caso que traían entre manos. Por ello, le contó con todo detalle su entrevista con Munio y terminó diciendo:

- Hace dos días, Blanca y Suero se encontraron de nuevo en la villa y el resultado de ese encuentro debió de ser muy desafortunado, porque al separarse la dama quedó compungida y llorosa.

Los dos hombres se miraron como interrogándose, tras un momento de duda Rodrigo se decidió a completar el informe con su propia opinión:

- Amigo mío, conozco bastante bien a Blanca y me parece impensable que una persona tan buena, dulce y exquisita pueda estar involucrada en un asunto tan escabroso como es el crimen que indagamos.
- Mi impresión corrobora la vuestra Rodrigo, pero no podemos dejar ninguna pista sin rastrear – de pronto se acordó de la frase de Anwar y la repitió – porque todos somos sospechosos. A propósito de sospechas, ayer tuve un breve encuentro con Lambra, la hermana menor de Blanca, y debo manifestaros la sorpresa que me produjo la ira y la violencia con las que esa joven se refirió a Suero y, sobre todo, la satisfacción que mostró por su muerte.
- Esa es otra cuestión, lo que Blanca tiene de tranquila y equilibrada lo tiene Lambra de apasionada e inestable. Está en esa edad en la que no existen grises, todo es blanco o negro, de modo que no me sorprende su actitud. – Especuló el capitán.
- Habrá, pues, que indagar las actividades de esas damas el día de autos.

El tema de las relaciones de Suero con las hermanas Gutiérrez pareció agotado, la última afirmación de Benadí estableció la línea de actuación en este tema. Sin interrupción, los dos flamantes investigadores pasaron a tratar otra cuestión. Rodrigo describió con detalle el incidente entre Gonzalo, Munio y Suero en el caso de la

villa, tras correr los toros, y el choque entre los dos últimos el día anterior. El resultado de sus pesquisas lo expuso con su habitual brevedad

- Munio me ha dicho esta mañana que Gonzalo, el hijo del regidor de la villa, estuvo acompañándolo y agradeciéndole su intervención en el enfrentamiento con Suero.
- Así pues, su estancia en el castillo queda confirmada. Creo que deberíais preguntar al caballero que guardaba la puerta principal cuando abandonó Gonzalo la fortaleza, – exclamó Benadí que, tras reflexionar un instante, añadió, - parece una pista endeble, pero debemos consumirla. En fin, Rodrigo, creo que no hay ningún sospechoso que destaque entre los demás.
- No podéis decir eso, sabéis bien que la primera sospechosa sigue siendo la camarera que sirvió la comida y descubrió los cadáveres. Sólo ella pudo emponzoñar la comida cuando la trasladaba de la cocina a la mesa.

El médico miró a su acompañante con cierta sorpresa, como si no se fiara de su capacidad para conectar acontecimientos. Pero pronto se percató de que Rodrigo carecía de algunas informaciones que él ya había conseguido. Recompuso el gesto y con una sonrisa forzada llegó a decir,

- Tenéis razón, sin duda ella tuvo la oportunidad de hacerlo. Respecto a esa muchacha debo comunicaros el resultado de mi entrevista con Mendo. Me dijo que es la primogénita del labriego denunciante de la violación que sufrió su hija segunda en los alrededores de la villa y que su incorporación al personal del

castillo se produjo por orden expresa del alcaide de la fortaleza.

El condestable miró con sorpresa al *hakim* y, tras un instante, bajó la mirada como si se concentrase en sus pensamientos. Al cabo, le manifestó al mahometano,

- ¡Estáis viendo! Eso quiere decir que si Inés consideraba a esos caballeros los causantes del daño infringido a su hermana, podría haber tomado venganza contra ellos. Tenemos, pues, un motivo para su acción.
- De nuevo acertáis. Aunque Mendo añadió que, por su aturdimiento y por su torpeza, no la creía capaz de cometer un acto tan deplorable. Pero permitidme que os detalle otras opiniones del tesorero respecto a los asesinatos: en primer lugar, excluyó los motivos económicos, porque en la fortaleza no hay dineros para que se hayan generado deudas importantes ni se hayan podido comprar voluntades. En segundo lugar, está convencido de que el personal del castillo es temeroso de Dios y cumplidor de las leyes de los hombres, por lo que buscar nuevos sospechosos entre ellos sería una pérdida de tiempo.

El boticario observó que Rodrigo permanecía pensativo de nuevo y no prestaba atención a su discurso, por lo que optó por callarse y esperar su reacción. Esta no tardó en producirse:

- ¿Y decís que la camarera se incorporó al servicio por orden del alcaide?
- Sí, a mí también me resultó sorprendente. – Confirmó el boticario.

- En verdad que me asombráis, maese. Si esa joven Inés tuvo la oportunidad de consumir el asesinato y ahora aparece una causa razonable para ello, ¿qué esperamos para acusarla de tal acto?

Benadí retrasó su respuesta, la información que acababa de suministrar fortalecía la propuesta que había hecho el militar antes y destapaba de nuevo la polémica sobre la inculpación directa de la camarera. La mirada impaciente de Rodrigo le obligó a acelerar su contestación:

- Yo veo dos razones para posponer esa acusación. La primera es que, tanto Mendo como nosotros, dudamos de que esa joven tenga la capacidad mental suficiente para realizar dicho acto por iniciativa propia. De haberlo hecho, podría haber sido inducida por otra persona, que es a la que hay que descubrir. La segunda se refiere al medio empleado para producir la muerte, es decir, el veneno que usó. ¿Cómo y de quién consiguió esa sirvienta la ponzoña que mató a los dos caballeros? De nuevo aparece aquí un desconocido que pudo participar en las muertes y cuyo descubrimiento debe ser un objetivo de nuestras indagaciones.

El condestable pareció enojarse por la opinión del médico y le respondió casi con urgencia:

- Debe quedar claro que me molesta sobremanera vuestra obstinación, aunque vuestro agudo razonamiento me obliga a reconocer que tenéis razón. Este crimen pudo ser el resultado de una conspiración y tenemos localizada la mano criminal, pero debemos descubrir a todos los involucrados.

El silencio inundó la sala mientras sus ocupantes consideraban los nuevos hechos que debían de tener en cuenta. Finalmente, Benadí tomó la iniciativa y trató de hacer, como siempre, un escueto resumen de lo analizado:

- De todo lo que hemos discutido se sigue que nos quedan algunas labores que hacer. La primera, y más importante, es seguir la pista de la camarera para aclarar su capacidad de tomar decisiones por sí misma y el origen del tóxico empleado, si fue ella la que consumó el crimen. La segunda consiste en averiguar los movimientos de las hermanas Gutiérrez y de Gonzalo durante el día de autos.
- ¡Ah! Mañana no podré dedicarme a las labores de investigación. Tendré que participar en el torneo que todos los domingos celebran los caballeros de la fortaleza. Lamento dejar todos los problemas en manos de vuestra merced. – Aclaró el militar algo pesaroso.
- No os preocupéis, yo atenderé a todas las cuestiones que pueda alcanzar. Pero podáis aprovechar ese belicoso encuentro para hablar con Pedro López sobre los movimientos que hubo en la puerta del castillo la mañana del miércoles, en particular, los referidos a Gonzalo Domínguez.
- Cierto, tenéis razón, no se me olvidará.

Los dos hombres se miraron mientras relajaban la tensión que les había producido aquel largo debate. A modo de desahogo el condestable rezongó,

- ¡Uf! Nunca pensé que tratar de aclarar un acontecimiento civil

resultase tan complicado y tan terriblemente agotador.

- No os desaniméis, amigo mío, e id tomando fuerzas. Porque si ahora estamos en la etapa de las sospechas, llegará el momento de tomar decisiones sobre unos acontecimientos que, mucho me temo, nos resultarán confusos y enmarañados.
- ¿Eso creéis?
- Pues sí. Habremos de decidirnos por un sí o por un no ante unas evidencias que se mostrarán inevitablemente emborronadas por multitud de pequeños incidentes colaterales.
- Creo, maese, que eso sucederá otro día. Hoy he consumido toda mi capacidad de discernimiento y, con vuestro permiso, me voy a retirar para descansar.
- Y yo también. Os deseo buenas noches.

La reunión se dio por terminada y quedaron citados en el mismo lugar y a la misma hora el lunes siguiente.



## Capítulo VII

Domingo, 19 de noviembre de 943

Benadí se removió en su lecho, la conciencia iba apareciendo lentamente y le fue presentando algunos trazos de la realidad. Del primer hecho del que tuvo relativa conciencia fue del frío que rodeaba a aquel cálido óvulo en el que se encontraba e, instintivamente, estiró la cubierta de la cama hasta casi taparse la cabeza. Aún estaba flotando entre las esponjosas nubes de la somnolencia, cuando oyó en la lejanía el repique amortiguado de la campana de la capilla; dio gracias a Alá, el misericordioso, por no haberle impuesto ceremonias tan formales y largas como las que soportaban los cristianos. De repente, como el destello vital de una conciencia adormecida, se percató que en ningún momento había comprobado la situación de sus frascos de pócimas y ungüentos, por lo que tenía que asegurarse

personalmente de que su armario no había sido asaltado por un extraño.

Por fin, con un verdadero esfuerzo decidió levantarse, lo que consiguió después de un buen rato de reflexión acerca de las ventajas de tal acto. Sintió el impacto del gélido ambiente, el helador contacto del agua contenida en el aguamanil y sólo halló algún consuelo con el calor de su primera infusión de té. Llamó a Sanchillo y le indicó que alimentara el fuego de las chimeneas para que caldeasen un poco los aposentos, que le parecía que estaban completamente helados.

Con verdadera desgana abrió el armario de sus productos, donde aparecieron perfectamente ordenados un buen número de frascos, convenientemente etiquetados y lacrados. Con sumo cuidado se dedicó a comprobar que todos ellos permanecían bien cerrados y que no faltaba ninguno. Cuando terminó el tedioso proceso se quedó tranquilo y se sentó un buen rato frente al fuego.

De pronto, recordó que había encargado a Sanchillo que rebuscase en las cenizas de la chimenea de refectorio de los caballeros y recuperase los restos de recipientes que existiesen. Llamó a su criado y le preguntó:

- ¿Removisteis las cenizas del comedor de los caballeros?
- Sí maestro, y encontré bastantes piezas.
- Pues veámoslas. – Concluyó el físico.

El joven volcó sobre la mesa de piedra el contenido de una cesta pequeña y aparecieron varios trozos de diversos materiales y de

diferentes formas. El boticario fue observado los pedazos con todo detenimiento y separó algunos de ellos. Entonces indicó al criado que tirase los desechados y se puso a limpiar cuidadosamente los que había apartado. Una vez secos, el boticario se dedicó a comparar los fragmentos retenidos con la botella que contenía el aguardiente. A esta operación le dedicó bastante tiempo hasta que, finalmente, envolvió los pedazos en un lienzo y los depositó con sumo cuidado en la alacena donde guardaba sus medicamentos, que cerró con la llave que colgaba de su cinto.

Una vez terminadas todas esas operaciones, le ordenó a su criado que tomase la bolsa de las medicinas y que le acompañase para hacer su ronda sanitaria. Era domingo, la fiesta de los cristianos, pensó, hoy no habrá mucho trabajo. Y así fue en efecto, un par de horas después se encontraba presenciando las justas de los caballeros en el patio de armas. Allí se encontraba prácticamente toda la población de la fortaleza contemplando el juego de la guerra que simulaban aquellos caballeros con toda seriedad. Benadí, poco aficionado a aquellos esfuerzos, se dedicó a contemplar al público con su habitual curiosidad, aunque en este caso lo hacía con una clara intención derivada de su condición de indagador. En efecto, al rato descubrió a la persona que buscaba, Pedro Álvarez, hablando animadamente con un caballero en un lateral del patio. Aquel caballero sostenía su caballería de la brida y, de vez en cuando, la obligaba a levantar una mano delantera para comprobar la herradura. Por los gestos de los dos hombres, dedujo que la conversación que mantenían debía referirse a la situación del animal. Cuando finalmente se separaron, Benadí se acercó diligente al hidalgo y le saludó diciendo:

- Buen día tengáis Pedro, ya veo que os interesáis por los nobles brutos que desfilan en estas manifestaciones.
- Cierto, mi buen amigo, es mi pasión secreta. El caballo es el animal más bello, más noble y más inteligente de la creación. – Contestó el interpelado, que añadió con tono sombrío. - ¡Lástima que esas mismas cualidades no concurren en todos los hombres!
- No os mostréis tan pesimista, que hoy es fiesta y os necesito con el espíritu animoso.

El hidalgo miró algo sorprendido al físico pero, poco a poco, su extrañeza fue desapareciendo del rostro y un destello de inteligencia iluminó su mirada. Esbozando una sonrisa de complicidad, le manifestó,

- Me imagino para que me requerís. Pretendéis que os proporcione información acerca de los acontecimientos que estáis investigando.
- Acertáis de pleno. Si no os parece mal, alejémonos de este alboroto y demos un tranquilo paseo mientras hablamos. – Propuso Benadí cordialmente.
- Sea, – consintió el hidalgo. – Pero antes permitidme que os felicite por la confianza que el alcaide ha depositado en vuestra persona.

Los dos hombres salieron por la puerta principal de la fortaleza y marcharon lentamente rodeando la muralla por su parte externa. El físico fue directamente al asunto que le ocupaba,

- Debéis saber, mi buen Pedro, que la labor que me ha

encomendado el alcaide supera, con mucho, mis conocimientos y mi capacidad de acción. Sobre todo en lo que se refiere a las disposiciones que, desde el más alto nivel, trajeron aquí a esos caballeros y a las relaciones que éstos mantuvieron con el mundo externo y con la autoridad de la fortaleza.

- Apuntáis muy alto, maestro. – Contestó con seriedad el hidalgo y añadió visiblemente interesado. – Pero decidme, ¿por qué me elegís para discutir unos temas tan vidriosos y comprometidos?, ¿no contáis con otras fuentes más fiables?
- Veréis... las gentes que habitan el castillo las tengo a mi disposición, pero no sucede lo mismo con los ausentes. – La respuesta de Benadí surgió con toda naturalidad, le siguió un momento de reflexión y, finalmente, el físico añadió con cierta rudeza. – Si os digo la verdad, necesito un punto de apoyo para iniciar las investigaciones y todos, todos, los que me rodean son potencialmente sospechosos. Vos vivís fuera del alcázar, sois una persona muy bien informada y os considero un hombre cabal, ¿tengo otra posibilidad? Porque barrunto que este crimen puede tener unas dimensiones más amplias que la de una simple fechoría local.

Pedro se detuvo, se giró ligeramente hacia su acompañante y, mirándolo con respeto, se decidió a decirle,

- En verdad que sois un hombre brillante, mi apreciado Benadí. Con una sola frase me habéis halagado, convencido y comprometido, por lo que no puedo, ni quiero, ocultaros lo que sé. Pero para revelároslo debo exigir os discreción absoluta. Nadie debe conocer lo que os diga.

- Tened la completa seguridad que vuestras confidencias no saldrán de mi boca pero, eso sí, podré utilizarlas para conducir mis indagaciones.

El hidalgo le ofreció al físico una roca para que se sentara, lo que éste hizo, y dando pequeños paseos comenzó a desgranar sus pensamientos.

- El último desmán de Suero, en el que burló a un noble castellano y que Domingo os narró la otra tarde, ha tenido importantes consecuencias. Toda la nobleza castellana ha tomado partido por el burlado, y ha considerado tal atropello como una humillación de Castilla por parte de los parciales del rey leonés. Como consecuencia de ello, los nobles han forzado al conde Assur Fernández a tomar medidas contra los autores de tal hecho y han reclamado del rey Ramiro la liberación inmediata de su señor natural, el conde Fernán González.

La expresión del físico, mostrando un desorbitado interés por lo que escuchaba, animó a Pedro a continuar sus revelaciones,

- El conde Assur, presionado por la nobleza y temiendo la reacción del rey, decidió dar una última oportunidad a su sobrino para que encauzase su proceder, y así lo envió a nuestro alfoz bajo la amenaza de extrañarlo definitivamente si se veía envuelto en alguna nueva tropelía. Ese apercibimiento frenó en algunas ocasiones la agresividad de la que siempre dieron muestras esos caballeros. Naturalmente, Suero y su primo aceptaron su nueva situación, lo que no evitó que se sintieran ultrajados, postergados y les inundara un insano afán de venganza.

Pedro hizo un alto en su descripción para tomar aliento y ordenar sus ideas. La actitud abstraída de su oyente le impulsó a proseguir su discurso.

- Debió ser por ello, por lo que la desenfadada y afable actitud que había mantenido los primos Fortúnez en las anteriores visitas a nuestro castillo, siempre motivadas por razones de descanso y esparcimiento, se viera grandemente alterada en esta última estancia. Entonces les vino la muerte. Todo ello me ha inquietado estos últimos días, hasta el punto de que me he formado una idea de los motivos que llevaron a los asesinos a consumar tan deleznable acto, e incluso me he atrevido a realizar algunas gestiones al respecto.

El narrador se detuvo y pareció que dudaba si debía continuar su narración, ante ello su interlocutor se puso de pie y se le acercó suplicante:

- Por favor... - demandó el excitado físico – declarad vuestra hipótesis acerca de las causas de las muertes y las acciones que habéis emprendido. ¡No me tengáis sobre ascuas!
- Resulta muy difícil formularla..., pero allá va. Estoy convencido de que la causa que provocó la muerte de esos caballeros fue externa, pues en la fortaleza nunca dieron motivos que justificasen tan trágico final. Por mucho que he pensado sobre el origen de tal hecho, solo he encontrado dos que sean razonables. Que fuera realizado por una persona involucrada en algún acto disoluto cometido por Suero y su primo antes de su llegada a la fortaleza, o que su muerte haya sido ordenada a distancia por los irritados nobles castellanos, como venganza por

su burlesco comportamiento con uno de ellos.

- Tenéis razón, la primera causa ya la he considerado y estoy tratando de descubrirla. – Aclaró apasionadamente Benadí. - Pero la segunda es completamente nueva para mí, os ruego que sigáis considerándola.
- Como gustéis, – añadió el hidalgo que continuó con su exposición. – Para que se diera la segunda causa, resultaba obligado que se transmitiera la nefasta orden a algún miembro de la fortaleza para que la ejecutase. Ello implicaba la existencia de un mensajero que la hubiese traído, y en ese tema centré mis averiguaciones. He recorrido todo el alfoz y he podido comprobar que, en las últimas semanas, salvo vuestro amigo Anwar y los mensajeros oficiales no ha llegado ningún viajero procedente del norte, por lo que es preciso descartar esa primera parte de mi hipótesis.
- Conforme. - convino el mahometano. – Pero, ¿a qué segunda parte os referís?

Pedro bajó la mirada y se separó ligeramente de su interlocutor. Comenzó a frotarse sus manos nerviosamente y añadió en voz baja,

- Esta es la parte más difícil..., - titubeó el hidalgo, - porque la orden de ejecución pudo llegar también por el correo oficial que periódicamente recibe la jefatura del alcázar, y yo no tengo medio de conocer el contenido de esas misivas.

El boticario abrió exageradamente los ojos, miró a su interlocutor con fascinación y no pudo evitar tartamudear,



- Os referís... ¿os referís a quien he creído entender?
- ¿Quién, si no?, ¿hay en el castillo alguna otra persona que esté más cerca y más ligada a la nobleza castellana y que posea comunicación directa con ella que el propio Alvar?
- ¡Madre mía! – casi sollozó Benadí.

Los dos hombres se quedaron mirándose intensamente mientras transcurrían unos silenciosos segundos. La mente del físico era recorrida insistentemente por las más extrañas ideas, sin que ninguna de ella llegara a fijarse. Estaba paralizado, sin tono y perdido en un caos sin sentido. A lo lejos, creyó oír unas palabras de su acompañante que le costó tiempo y esfuerzo llegar a entender,

- Creo, mi buen amigo, – había dicho Pedro, - que os corresponde a vos aclarar la existencia de esos mensajes y de su contenido.

Benadí consiguió mantener su verticalidad apoyándose en la piedra donde había estado sentado, comenzó a respirar lentamente para sosegar y, cuando lo consiguió, expresó con una candidez infantil:

- Y eso, ¿cómo se hace?

Los dos hombres permanecieron callados mientras desandaban su itinerario inicial. Sus expresiones demostraban que se hallaban sumidos en densos pensamientos que perturbaban sus ánimos. Al llegar a la puerta, el soldado de guardia les saludó, lo que hizo que el hidalgo tomara conciencia de la situación y exclamara con voz queda:

- Lamento, mi buen Benadí, no poder ayudaros más. Sé que os

he puesto en el disparadero, pero estoy convencido que sabréis manejar la situación con el tacto y el ingenio de los que acostumbráis hacer gala.

Al oír aquellas palabras, los hombros del boticario se hundieron un poco más, se acercó al banco de piedra apoyado a la pared, que generalmente ocupaba el cuerpo de guardia, se sentó con lentitud y permaneció silencioso. El hidalgo se mantuvo un momento a su lado y, finalmente, viendo que no reaccionaba se vio obligado a decir,

- Ahora debéis perdonarme, pero debo volver a la villa donde estoy invitado a comer. Tened la seguridad que con vos se queda toda mi inquietud y mis mejores deseos.

Dicho esto, Pedro se alejó despacio. Al cabo de un buen rato, el mahometano pareció tomar conciencia de sí mismo, se levantó y se dirigió hacia el patio donde continuaba la manifestación guerrera. Iba algo ensimismado cuando se encontró de frente con Alvar Gutiérrez que se dirigía a ver al caballero que permanecía de guardia en la puerta. El *hakim* sintió como su corazón volteaba dentro de su pecho al igual que una campana y trató de ignorar la presencia del alcaide sin conseguirlo,

- Parecéis distraído, amigo Benadí. – Le expresó el alcaide. – Marchad con cuidado que las caballerías están muy excitadas.

Ante aquellas palabras, el boticario pareció despertar definitivamente y no lo dudó, se dejó arrastrar por un impulso que, tras corresponder al saludo, le obligó a demandar:

- Señor, mañana a la hora del ángelus me gustaría hablar con vos, ¿podrías recibirme?

- Naturalmente, a esa hora os estaré esperando.
- Gracias, señor, hasta mañana.

Ambos hombres continuaron sus caminos, aunque el físico lo hizo sintiendo un extraño tembleque en sus piernas. Se detuvo un momento mirando, sin ver, los aiosos movimientos que realizaban los caballeros sobre sus monturas cubiertas por coloridas gualdrapas. Mientras se mantuvo en esa situación fue disminuyendo su ansiedad y, poco a poco, logró recuperar la tranquilidad y la actividad normal de su mente. Cuando consiguió sentirse bien descubrió entre el bullicio a Dulce, la dueña de Blanca y de Lambra, que estaba sola y bastante enardecida al contemplar las evoluciones de los caballeros. Haciendo un esfuerzo, se acercó a ella y le dijo con voz tenue,

- Señora, ¿puedo hablar con vos un momento?
- ¡Oh!, maese, que bella estampa forman estos caballeros al realizar sus ejercicios. Estamos muy bien protegidos.
- Así es, Dulce. Pero ¿podrías atenderme un momento? – Insistió Benadí.
- ¡Ah!, sí, claro... naturalmente. Decidme qué queréis.
- Veamos, el jueves pasado el alcaide y su esposa bajaron a la villa a cumplimentar al concejo y no comieron en el castillo. ¿Sabéis dónde comieron sus hijas?

La matrona se mostró sorprendida en un principio y, después, se dispuso a defenderse de las inconveniencias de aquel musulmán tan entrometido.

- ¿A qué viene esa pregunta? ¿Volvéis a inmiscuirnos en la vida ajena?
- No, nada de eso. Esa pregunta os la formulo por orden del alcaide y es muy importante que la respondáis.
- Ahora utilizáis a las autoridades para justificar vuestro espíritu de chismoso. – Le acusó directamente la dueña.
- ¿Preferiríais que os lo pregunte directamente Alvar?
- ¡Oh, no! – exclamó la mujer con un melifluo gesto de espanto, después se recompuso y aclaró: - las muchachas no comieron en casa. Blanca no sé dónde se metió, pero Lambra comió en la cocina con su amiga Teresa, la hija de Gelmiro.

Benadí sintió un desagradable escalofrío al saber que Lambra había estado en la cocina. A pesar de los negros pensamientos que le asaltaron, se repuso en cuanto pudo y trató de no darle importancia a la respuesta.

- Con eso es suficiente, ya no os molesto más.

La mujer pareció decepcionada, le gustaba que aquel cuarentón la provocara y la dominara con su labia y sus giros arabizados. El aumento del griterío llamó su atención, se volvió a contemplar las evoluciones de los caballeros y olvidó por completo la presencia del boticario. Éste, sumido en sus pensamientos, se alejó de la justa para meditar acerca de todos los acontecimientos que había conocido aquella mañana.

Tratando de distraer la inquietud que le producía su próxima reunión con Alvar, el boticario intentó concentrar su atención en

algunas de las cuestiones que había descubierto aquella mañana. Sin pretenderlo, se sorprendió a sí mismo pensando en las diferencias entre el razonamiento que le había expuesto Pedro Álvarez, que basaba el origen de la muerte de los dos caballeros en su propia malicia, y el que le preocupaba ahora a él mismo, que buscaba la causa del deceso justamente en lo contrario, en la gentileza de Suero para enamorar a una dama.

A pesar de la desagradable temperatura reinante y de la congoja que inundaba su corazón, se dio cuenta de que su paseo se había prolongado demasiado. Recordó que tenía que hacer todavía algunas averiguaciones y que convenía iniciarlas de inmediato. Así pues, se dirigió con paso firme hacia el lateral de la capilla, allí donde vivía el cura Domingo López. Llamó a la puerta, lo recibió su criado, que también hacía las veces de sacristán, y que lo introdujo en una sala donde el sacerdote estaba sentado en una mesa sobre la cual relucía una fuente humeante de asado. Sin levantarse, el capellán exclamó señalando un asiento frente a él:

- Llegáis en buen momento, docto amigo, sentaos y acompañadme en el yantar. - Dirigiéndose al criado le ordenó. – Beltrán, traedle servicio para comer y una jarra de aguamiel.

Volviendo de nuevo su atención al huésped le sonrió y señalando la copa que tenía delante le dijo:

- Permitidme que yo siga degustando este vino clarete que está muy sabroso – y añadió tras tomarse un trago, - el asado es de venado, por lo que podéis comerlo sin ningún temor.

El efusivo recibimiento, la sonrisa distendida de aquel rostro

coloradote y el delicioso aroma del asador hicieron que Benadí se relajara completamente y que sus jugos gástricos arañaran insolentes a su dormida gula. Se sentó y mirando a los ojos a su anfitrión le dijo:

- Gracia por tan buena acogida y tan excelente plato ¿quién podría desdeñar vuestra invitación? Con sumo placer haré los honores al banquete que me ofrecéis.
- Ya sé, – exclamó Domingo, – que os habéis convertido en un sabueso que busca a un asesino, esperó que lo encontréis lo antes posible. De esa manera el buen Alvar recuperará la tranquilidad.
- ¡Ah!, amigo mío, nunca pensé que pudiera sucederme algo así. Afortunadamente esa responsabilidad la comparto con Rodrigo Rodríguez, que es un excelente camarada y una persona aguda y discreta.
- Me alegro que os sintáis bien acompañado y os toméis la tarea con el espíritu dispuesto a resolver el caso.

Los dos amigos comieron amenizados por la charla del sacerdote, que era tan locuaz como divertido. Así, contó la leyenda de San Basilio, que fue obispo de Amasea<sup>[30]</sup>. Según su narración, el emperador romano de Oriente, Valerio Licinio, se enamoró de una bella sirvienta de su mujer Constancia, la hermana de Constantino el Grande. La criada se llamaba Glafira y era una buena cristiana, por lo que rechazó los requerimientos del emperador. Ante la insistencia de éste, la sirvienta recurrió a su obispo que le brindó su protección y un refugio para evitar las lujuriosas pretensiones de Licinio. Enterado de ello, el emperador hizo ir al obispo a la ciudad Nicomedia<sup>[31]</sup>, donde

en ese momento se encontraba, con el fin de aplicarle un severo castigo. En el viaje, se desencadenó una tormenta y un golpe de mar arrastró a Basilio, que cayó al mar y murió ahogado. Esta muerte supuso un duro revés para sus feligreses que se sintieron defraudados por no poder venerar al que consideraban un verdadero santo.

Y aquí se realizó el milagro pues, según la leyenda, las corrientes arrastraron al cadáver del santo hasta la orilla de su diócesis donde quedó retenido entre unas rocas. Naturalmente, aquel cuerpo santo, que permaneció incorrupto, emitía unos fuegos fatuos tan intensos que iluminaban las rocas durante la noche. Los vecinos, creyendo que las luces eran demoníacas, prohibieron acercarse a aquellas rocas. Pero hubo un joven desobediente que no sólo se aproximó a las rocas, sino que se sumergió y descubrió el cadáver de su obispo. Recuperado de las aguas, la preciosa reliquia se guardó en la cripta de su catedral, donde se veneró durante mucho tiempo.

Domingo terminó su narración tratando de extraer una enseñanza de ella, por lo que aseguró que siempre es bueno que existan individuos rebeldes, porque son capaces, como en este caso, de introducir nuevas ideas y formas en la comunidad.

Por su parte, Benadí, menos devoto, correspondió con la historia legendaria de *Aisha Kandisha* que narró así. Cuando el conde don Julián traicionó al rey visigodo Rodrigo, se puso en contacto con el jefe árabe Tarik ben Ziyab para facilitarle la invasión de la península. Tras los acuerdos conseguidos, el musulmán le exigió al conde que le entregara a su hija como rehén, la cual fue instalada en un palacete próximo a la playa. Debido a las altas temperaturas de aquel verano,

la joven aprovechaba las noches para bañarse en las aguas del mar. Los hombres del lugar, nuevos mahometanos carentes de instrucción, se sintieron inmediatamente atraídos por la mujer que surgía del mar brillando a la luz de la luna, ligera de ropa y con el hermoso y largo cabello mojado y completamente suelto. Inmediatamente, la consideraron una *djina*, es decir, un ser demoníaco capaz de hacer perder la cabeza a los hombres. De esa manera se mitificó a Aisha la condesa, que terminó llamándose *Aisha Kandisha*, para asustar a innumerables generaciones de mahometanos creyentes.

Para finalizar, el físico complementó la moraleja del sacerdote con la suya propia: la ignorancia impide cualquier destello de ingenio. Con lo cual ambos quedaron satisfechos y confortados.

Terminada la comida, Benadí observó los ojos brillantes del sacerdote y su excelente disposición para las confidencias, por ello se decidió a expresarle el objeto real de su visita y atacó el tema directamente:

- En realidad, el objeto de mi visita no era disfrutar de vuestra generosa hospitalidad, que tanto agradezco; yo pretendía conocer vuestra opinión acerca de algunos de vuestros feligreses.
- Muy bien, pero ya sabéis que mi sacerdocio me prohíbe divulgar lo escuchado en confesión, de modo que, salvo eso y lo que dicte la discreción, estoy a vuestra completa disposición.
- No es mi intención penetrar en la intimidad de la personas, sino que debido al encargo que me hizo el alcaide, debo conocer tanto los compromisos como los movimientos de algunas de



ellas.

- De acuerdo... de acuerdo. Podéis preguntar lo que consideréis oportuno.

El médico separó un poco su asiento de la mesa, estiró las piernas y reflexionó un momento. Miró al cura cuyas rosadas mejillas brillaban inflamadas de satisfacción y sus gruesos labios estaban distendidos en una sonrisa bonachona y le dijo:

- ¿Conocéis bien a Blanca, la hija del alcaide?

El efecto de la pregunta del *hakim* fue inmediato, el globo de las mejillas pareció desinflarse y los labios sufrieron una contracción tan rápida que pareció ser muy dolorosa.

- Si, por supuesto que la conozco y no me gustaría tener que hablar de ella.
- Pues no tendréis más remedio, porque en ella concurren una serie de circunstancias que estoy seguro que vos aclararéis sin ninguna dificultad.
- Eso espero, porque esa dama está pasando una etapa muy dura y no me gustaría que se viera más alterada de lo que ya está.
- Os voy a simplificar vuestra participación en este asunto, que ya veo que os desazona más de lo que esperaba. Sé que Blanca mantenía una relación amorosa con Suero, sé que éste olvidó demasiado pronto cualquier compromiso que hubiese contraído con ella y sé, también, que esa dama no comió con sus padres el jueves, que fue el día de las muertes. Sólo deseo

conocer si vos tenéis alguna idea de dónde pudo estar esa dama durante la hora de la comida.

La tensión del cura disminuyó apreciablemente, se abrió un poco el cuello de la sotana y le explicó a su interlocutor:

- La malandanza de esa dama se ha mantenido en el más absoluta reserva y para evitar que se descubriese el dolor que soportaba se ha venido refugiando en la iglesia con mucha frecuencia. Yo he sido su confidente y he procurado aliviar su sufrimiento en la medida de lo posible. Precisamente ese día que citáis estaba conmigo.

Domingo tomó aliento y más relajado concluyó su descripción:

- Permaneció en mi compañía varias horas, pues necesitaba consuelo y protección. Cuando se marchó a la caída de la tarde estaba algo más conforme con su suerte y yo me quedé muerto de hambre, porque su desazón me impidió comer a mediodía.
- Es suficiente con lo que me estáis contando. Eso elimina definitivamente a Blanca de la lista de posibles culpables de los asesinatos.
- Me dais una gran alegría, aunque debo deciros que he pasado un mal rato creyendo que vos pretendíais hurgar en su conciencia.
- Nunca fue esa mi intención.

El boticario no podía dejar pasar la ocasión de hablar de Lambra, cuya presencia en la cocina el día de las muertes le concedía la oportunidad de haberlas provocado. Por eso, la paz conseguida por el

sacerdote se esfumó cuando Benadí le preguntó,

- ¿Podéis decirme también donde estuvo Lambra durante esas horas?

Domingo se incorporó bruscamente en el sillón donde reposaba, dedicó una intensa mirada de duda a su acompañante y le contestó con otra pregunta.

- ¿No me digáis que también pretendéis involucrar a esa niña en los terribles asesinatos de Suero y de Lope?
- Calmaos, os lo ruego. Yo no pretendo nada respecto a esa joven y hubiese sido muy feliz si no hubiese tenido que formularos esa pregunta. Pero creo que, contando con vuestra discreción, debo contaros algunas cosas que la relacionan con uno de los caballeros, aunque no con su muerte... todavía.

El sacerdote perdió gran parte del color de su rostro, agitó la cabeza hacia un lado y otro en señal de disgusto y bajando la vista declaró:

- Esa querida niña es muy voluntariosa, especialmente terca y, a veces, poco reflexiva. Puede dejarse llevar por cualquier arrebatado pasajero, pero me parece imposible que tenga algo que ver con tan deleznable acción.
- No nos precipitemos, veamos primero las circunstancias y después analizaremos su vinculación con tan terribles actos. Para empezar me manifestó con toda claridad un inmenso odio hacia Suero y me expresó sin recato su satisfacción por el final que tuvo. En segundo lugar, el mismo jueves comió en la cocina

con Teresa, la hija del cocinero mayor, por lo que pudo tener acceso a la comida que, emponzoñada, motivó el deceso de los caballeros.

Domingo siguió perdiendo la coloración de su piel, se agarró a la mesa con violencia y le reprochó al boticario lo que, por ahora, consideraba un atrevimiento injustificado.

- ¿Con esas torpes razones pretendéis acusar a esa niña de un crimen tan atroz? Me parece que os precipitáis tanto que rozáis la ofensa.
- Por favor, Domingo, hasta ahora os he demostrado que Lambra tuvo el motivo y la oportunidad de acabar con la vida de esos hombres. Dejadme que ahora os presente las razones por las que no pudo hacerlo. En primer lugar no sabemos si dispuso de los medios para realizarlo, esto es, del veneno adecuado. En segundo lugar, tanto Rodrigo como yo estamos convencidos de que su código moral le impediría tal tropelía. Justamente, lo que os estoy pidiendo es que me confirméis algunas de estas últimas cuestiones.

El capellán pareció calmarse, se arrellanó en su asiento y estuvo un buen rato meditando lo que acababa de escuchar.

- Perdonadme, Benadí, pero estoy completamente confundido. Nada sé de ponzoñas o de cualquier otro tipo de drogas. En cuanto al talante moral de Lambra corroboro lo que habéis dicho, la considero atropellada y bastante inconsciente, pero con una fortaleza en su fe que le impediría cometer cualquier acto pecaminoso. No puedo deciros nada más, pero meditaré acerca

de estos temas y si encuentro alguna razón que desmonte vuestras sospechas, os la haré saber.

Ambos amigos permanecieron en silencio un rato y ya se disponía a despedirse el médico cuando de golpe, como atendiendo a un relámpago de la memoria, le preguntó al cura sin pensárselo:

- ¡Ah!, una última cosa. ¿Sabéis algo de la camarera que descubrió a los dos muertos? Parece una muchacha muy retraída.
- Me habláis de Inés ¿verdad?
- Si, así es.
- No sé si será retraída, la conozco muy poco, pero no me parece tonta aunque sí perfectamente ignorante. Es la hija mayor de unos campesinos que poseen un pequeño alodio al norte del alfoz, el cual produce lo imprescindible para mantener a la familia. No conozco a sus padres, pero tengo entendido que son personas tan buenas como obtusas.
- Veréis... ya la hemos interrogado y lo poco que conseguimos de ella fue gracias a la intervención del jefe de la cocina. Me voy a ver en la necesidad de volver a preguntarle las circunstancias que rodearon el desafortunado trance que traigo entre manos, y no sé cómo hacerlo para motivarla lo suficiente como para que me dé respuestas concretas. Pensé que la habríais tratado y podríais darme alguna receta para hacerla hablar de forma coherente.
- Mi buen amigo, difícil lo tenéis, porque yo no sabría cómo

tratar a una persona como la que describís y que, además, no la conozco lo suficiente.

- Bueno... tenía que intentarlo. Me encomendaré a los siete sabios de Grecia para que me iluminen en los penosos encuentros que me esperan. Sólo me resta lamentar el mal rato que os he hecho pasar y agradecer vuestra hospitalidad. Creo que ha llegado el momento de retirarme.
- ¡Qué el Dios único os acompañe! – exclamó el capellán demostrando una tolerancia especialmente delicada.

Benadí se dirigió lentamente hacia sus aposentos mientras que analizaba su larga conversación con el sacerdote. No se sentía contento, aquel cura había acabado con sus sospechas sobre Blanca, lo cual le satisfacía, pero no había aportado nada acerca del comportamiento de Lambra, que era el que verdaderamente le preocupaba. Llegó a la puerta de su vivienda de forma maquinal, pues sus pensamientos estaban lejos de aquellos corredores. Al entrar, se encontró a Anwar sentado al amor de la lumbre leyendo un libro. Haciendo un verdadero esfuerzo, dejó atrás sus temores y saludó a su colega diciéndole:

- Que Alá sea con vos, Anwar. Vengo de comer con el capellán que me ha llenado el estómago y la cabeza.
- ¡Ah!, ese clérigo..., - aprovechó el zaragozano para plantear una crítica soterrada del cura, - con su melosa camaradería trata de ocultar una mente muy despierta y una buena ración de prejuicios. Me da la impresión de que a los musulmanes nos tiene una cierta conmiseración, mezclada con una buena dosis

de desconfianza. En particular a los que, como nosotros, nos dedicamos a la medicina y a la alquimia, que para él es una ciencia del demonio.

- No hemos dedicado el tiempo a cuestiones relacionadas con nuestra inserción social. Me he limitado a hacerle algunas preguntas. – Repuso secamente Benadí.
- ¡Ah!, Salam. Vuestra curiosidad os pierde, resulta chocante que una persona tan evolucionada como vos descendáis hasta esa pasioncilla tan aldeana.

Benadí se sentía cansado y hasta cierto punto confuso por la acumulación de nuevos datos, por lo que no puso demasiada atención al reproche de su amigo. Se quedó pensativo. Reflexionó un momento y comprendió que no podía perder la oportunidad que Anwar, sin darse cuenta, le había proporcionado Sonriendo rebatió a su compañero,

- Creo que sois injusto al llamar pasioncilla aldeana a la curiosidad. Hombres muy sabios la consideran el motor de la civilización humana. – Amplió su sonrisa, agitó el dedo índice en un gesto reprobatorio delante de su interlocutor y le dijo con cierta comicidad. – Estáis castigado a contarme con todo detalle el hundimiento económico de vuestro hermano Kamal.

Anwar cambió de golpe su aspecto sonriente por un gesto serio, meditó un momento y con una voz insegura contestó:

- Me hacéis recordar momentos muy amargos pero, ya que os interesa tanto, no tengo ningún inconveniente en relataros lo ocurrido, – hizo una pausa, tosió y continuó. – En Zaragoza

había varios mercaderes de especias que mantenían una competencia muy viva. Mi hermano era uno de ellos y las circunstancias provocaron un aumento considerable de su volumen de ventas. Esto enrabió tanto a sus competidores que urdieron una trama para desacreditarlo.

El zaragozano contempló el efecto de sus palabras en su colega, al no encontrar en su expresión ninguna señal de sorpresa o alarma, se levantó y comenzó a realizar cortos paseos mientras continuaba su narración,

- Aquellos taimados comerciantes contactaron con unos castellanos ennoblecidos que estaban circunstancialmente en la ciudad y concertaron con ellos el engaño que acabaría con mi hermano. Para conseguirlo, los caballeros compraron a Kamal diversos sacos de especias con la excusa de comercializarlos en Castilla. Una vez en su poder, sustituyeron la mayor parte de los productos por harina tostada y denunciaron a mi hermano ante el *cadi*<sup>[32]</sup> por estafa.

El silencio que se produjo permitió a Anwar recobrar un aliento que se había ido consumiendo según revivía los acontecimientos descritos. Su compañero, que estaba atento a sus reacciones, pensó que éstas eran algo teatrales, pero se mantuvo inexpresivo.

- El juez, ante la garantía y la alcurnia que presentaban aquellos castellanos y los falsos testimonios de los otros mercaderes, culpó a Kamal; le cerró su comercio y obligó a toda la familia a compensar a los compradores y a pagar una elevada sanción económica. Mi hermano quedó no sólo desacreditado, sino



completamente empobrecido y, lo que resultó mucho peor, tan humillado que fue incapaz de resistir aquella dura situación y decidió quitarse la vida.

El narrador quedó exhausto, se sentó y se mesó los cabellos con las dos manos. Benadí, por su parte, un tanto sorprendido por el extremado dramatismo con que su colega había anegado la descripción, se vio obligado a decir,

- En verdad es una historia tenebrosa en la que vuestro hermano fue inmolado en aras de la codicia. Comprendo que el recuerdo de tanta perfidia os altere y os produzca tanto dolor como manifestáis.

El zaragozano no respondió, continuó sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Súbitamente, se puso de pie y dirigiéndose hacia la puerta le dijo a Benadí con un susurro.

- Permitid ahora que me retire.

El *hakim* de la fortaleza se quedó meditando la historia que le había contado su colega. Todo parecía encajar en la narración, salvo la actitud del narrador, que había extremado los tintes trágicos, a su juicio, sin necesidad. De pronto, se percató de un hecho que se le había pasado por alto: Anwar no había revelado la identidad de los castellanos involucrados en el acoso a su hermano. Creyó recordar que no los había llamado mercaderes, pero sí caballeros ennoblecidos. Aquello le resultó extraño y se fue a dormir con la duda vibrando en su espíritu.

## Capítulo VIII.

Lunes 20 de noviembre de 943

Benadí se levantó temprano e inmediatamente, después de hacer sus abluciones, bajó a su sala de trabajo para prepararse el té. Allí se encontró a Sanchillo limpiando la estancia y le preguntó,

- ¿Habéis visto a Anwar esta mañana?
- Sí maestro, se marchó un buen rato antes de que vos os levantaseis.
- ¿Os dijo adónde iba?
- Me dijo que pensaba ir a la villa, pero no me especificó para

qué.

Benadí mostró extrañeza ante el comportamiento de su compañero, sobre todo porque la noche anterior no le había comentado sus intenciones. Una vez archivada la información en su cabeza, se dirigió de nuevo a Sanchillo, diciéndole:

- Preparad la bolsa con lo ungüentos que no vamos a realizar la ronda sanitaria.

El joven cogió la bolsa, comprobó que contenía todo lo necesario para las necesidades curativas de su maestro y se dispuso a seguirle. Benadí salió de la sala y se dirigió directamente al dormitorio de caballeros a visitar a Munio. Comprobó que la evolución de sus heridas iba bien y que la inflamación del hematoma de la rodilla mantenía su espléndido colorido. Al despedirse le dijo al caballero:

- Amigo mío, dentro de una semana podréis pasear con la ayuda de las muletas.
- Muy bien, ya empiezo a dominarlas, de modo que caminar me resultará más fácil de lo que pensé en un principio.
- Espero que pronto estéis completamente restablecido. Volveré mañana.

El médico y su criado dedicaron la mañana a recorrer la fortaleza, atendiendo a todos los enfermos que había comunicado previamente a Sanchillo que requerían la presencia del *hakim*. Cuando se acercaba la hora del ángelus, Benadí despidió a su pupilo y se dirigió a las estancias del alcaide para entrevistarse con él. Comunicó su deseo al criado que permanecía en la puerta que, tras consultar con

el interior de la estancia, le hizo pasar a la presencia de Alvar Gutiérrez.

- La paz sea con vos, - saludó el boticario.
- Y que vos la disfrutéis también, – contestó el alcaide. – Por favor, sentaos y decidme el motivo de vuestra visita.
- Señor, vengo a daros cuenta del estado de nuestras investigaciones y a solicitaros algunas informaciones que nos resultan necesarias.
- Podéis empezar cuando gustéis, os atenderé en todo lo que sepa.

El médico carraspeó con fuerza y con voz sonora fue desgranado someramente las averiguaciones realizadas, sin pronunciar ni el nombre ni la condición de los investigados, y terminó diciendo

- Pues señor, de esa forma hemos identificado a todas las personas que podían estar vinculadas al desgraciado final de los caballeros Suero y Lope. Con suma cautela estamos tratado de descubrir las pruebas que confirmen que han realizado tamaño delito pero, por ahora, no hemos conseguido desenmascararlas.
- No penséis que me complace tal conclusión, pues estoy esperando los correos en los que me pidan explicaciones acerca de los acontecimientos que llevaron a tan fatal resultado. Hasta ahora sólo le he comunicado al conde de Castilla el fallecimiento de esos caballeros y el comienzo de las indagaciones, pero inevitablemente tendré que justificar las causas y denunciar a los culpables de tal hecho.

- Bueno... como os he dicho, – razonó el boticario, - estamos pendientes de comprobar la inocencia o la culpabilidad de algunos sospechosos, pero aún no hemos podido estudiar sus acciones con el detenimiento debido porque desconocemos algunas cuestiones relacionadas con sus vidas y sus actividades. Creo que vos podríais darme noticias que completen algunas de nuestras investigaciones.

Alvar con gesto adusto miró al médico tratando de comprender lo que le estaba pidiendo, al no alcanzarlo le preguntó:

- ¿De qué forma puedo ayudaros en vuestras averiguaciones?
- De una manera muy simple. – afirmó Benadí algo dubitativo. - Veamos... el bolsero del castillo me ha indicado que la camarera que descubrió los cadáveres, llamada Inés, fue incorporada al servicio del alcázar por recomendación vuestra.
- ¡Hola!, - estalló el alcaide, - no recuerdo tal cosa y, además, no acostumbro a inmiscuirme en las cuestiones del servicio.

Benadí no se arredró ante aquella respuesta repleta de una sorpresa y de una irritación que fueron marcándose consecutivamente en el rostro del alcaide, y siguió con su discurso.

- Permitidme que os ayude a hacer memoria. Debéis recordar que, hace algún tiempo, hubo una denuncia de un labriego del alfoz contra los caballeros fallecidos porque, según el campesino, se habían comportado de manera indecente con su hija.

El alcaide quedó en suspenso ante la cuestión planteada y, poco a

poco, fue entrecerrando los ojos en un gesto típico del esfuerzo de memoria. Finalmente, dio un golpe sobre el brazo del sillón que ocupaba y exclamó:

- Sí... cierto. Pero eso fue en el tiempo en el que el conde de Castilla era Fernán González. Sí, ahora recuerdo, se le pidió al campesino que trajera a su hija para que reconociera a los caballeros, pero se negó diciendo que la joven había perdido la razón.
- La cuestión que me interesa se refiere a ese asunto, ¿quedó el pleito sin solución? Porque, conociendo al conde Fernando, resulta extraño que se desinteresara del caso.
- No, cierto, no se desinteresó. - Repuso Alvar algo más calmado. - Creo recordar que para compensar la posible deshonor de su hija, su enajenación y los gastos que comportaba, me pidió que concediera a aquel labriego alguna prebenda.
- ¿Qué os pidió el padre? – Preguntó un Benadí ansioso.
- Pues lo que habéis indicado antes, que incorporase a otra de sus hijas al servicio de la fortaleza. – Aclaró el alcaide. - Pero, claro, yo no puedo asegurar que esa criada fuera la camarera que habéis citado.
- Cierto, señor, pero por ahora es suficiente con la información que me habéis dado.
- No entiendo muy bien la importancia de lo que hemos discutido, pero parece que a vos os resulta suficiente.

Esperemos que os permita descubrir a los responsables de aquellas muertes.

Benadí no le dio demasiada importancia a las últimas frases de Alvar, él seguía preocupado con la indagación que traía entre manos y sin reflexionar apenas, le expuso al alcaide:

- Resulta esencial para el buen fin de nuestras indagaciones que conozca y hable con ese labriego, pues puede estar involucrado en los asesinatos.
- ¡Qué decís!, me resultaría imposible recordar su nombre siquiera. – Respondió sorprendido el responsable del alcázar.
- No os preocupéis, no hace falta. Mendo conoce el nombre y la localización de la familia, por lo que será sencillo dar con ella.
- ¡Ah!, bien. ¿y decís que ese hombre puede estar vinculado con el crimen?
- Así es..., - dejó en el aire el físico.
- Entonces si pretendéis ir a verlo lo haréis acompañado de soldados que os protejan y, si es necesario, traigan a los culpables aherrojados al castillo.

El médico se sintió satisfecho y, sin darle importancia, añadió:

- Pensaba que, si lo permitíais, podríamos Rodrigo y yo ir a la aldea donde habita esa familia para traer a su padre y a cualquier otra persona que consideremos conveniente.
- Me parece muy adecuado, os ruego que transmitáis la orden a Rodrigo para que organice la expedición.

Entonces, el boticario trató de implicar al alcaide en la solución del caso y, con la intención de dejar sentado el programa completo de las actuaciones que pensaba que debían darse, le dijo a Alvar,

- Pasado mañana, es decir, el miércoles, creo que debería celebrarse delante de vos un careo entre el padre de Inés y su hija para tratar de aclarar la participación de ambos en los acontecimientos que tratamos de resolver. De todas formas, todavía no sé si habrá más personas involucradas en este confuso hecho.
- Me parece muy adecuado y espero que todo este enredo se resuelva satisfactoriamente.

Benadí se removió inquieto en su asiento, se aproximaba el momento más temido, aquel que implicaba conocer la correspondencia de la máxima autoridad de la fortaleza. Con el corazón constreñido y la fingida expresión de quien trata un asunto nimio, se atrevió a decir,

- Señor, todavía debo plantearos una cuestión muy delicada y especialmente difícil para mí. – Se detuvo un instante y, al no recibir respuesta, añadió. – Pero antes permitidme que asegure mi posición. Cuando nos concedisteis a Rodrigo y a mí la autoridad necesaria para esclarecer los asesinatos, añadisteis que no habría nadie en la fortaleza que quedara libre de nuestras indagaciones. ¿Debe entenderse que esa afirmación carece de excepciones?

El alcaide miró severamente al físico, como si tratase de extraer con su mirada las intenciones que ocultaba la aclaración que pedía



Benadí. Algo amoscado, terminó por decir:

- No alcanzo a entender el motivo de esa pregunta. Pero, ya que lo inquirís, os confirmo que podéis investigarlo todo, sin excepción de persona o cosa alguna.
- Gracias, señor. - el ánimo del boticario pareció relajarse un poco y continuó su interrogatorio planteando directamente el nudo de la cuestión. - ¿Habéis recibido correspondencia estas dos últimas semanas?

Alvar demudó la expresión de su rostro cuando logró asimilar la pregunta del físico. Le resultaba inaudito que aquel vasallo hubiese osado formularla. Meditó un instante y contuvo su ira tratando de averiguar hasta donde quería llegar, por lo que se limitó a decir escuetamente:

- Sí, he recibido tres misivas.
- Os agradezco vuestra respuesta, señor. – agradeció el físico con la mirada baja y las manos temblorosas. Pensando en lo que le quedaba por conseguir, respiró hondo y adelantando el cuerpo volvió a preguntar con voz temblorosa,- ¿Podrías detallarme quien os remitió esas epístolas y cuál es su contenido?

El tremendo golpe que Alvar descargó sobre la mesa hizo que Benadí se separase de ella y se acurrucase en su asiento.

Tímidamente levantó la vista para observar el rostro desencajado del alcaide, el color rojizo de sus ojos inyectados en sangre y escuchar el tronar de su voz, que le gritó,

- ¿Cómo os atrevéis a pedirme explicaciones acerca de mi correspondencia?, ¿pensáis, bellaco, que las misivas que recibo están para exponerlas a la curiosidad pública? Sabed, roñoso moro, que soy el alcaide de esta fortaleza y, en ausencia del conde, señor de horca y cuchillo de todos sus habitantes. ¡Os voy a dar un escarmiento que no olvidaréis nunca!

El pobre Benadí se encogió aún más en su incómodo asiento mientras se encomendaba a su Dios en petición de ayuda. Afortunadamente, la ira del alcaide se manifestó intensa pero breve, de forma que después de realizar algunos ardorosos paseos tras la mesa, se sentó, apoyó los codos en sus muslos y, con la cabeza baja, se dedicó a cavilar. Transcurrió el tiempo sin que Alvar reaccionara y sin que Benadí osara moverse, la situación era extremadamente tensa y de esa forma se mantuvo un largo rato. Al fin, el alcaide levantó ligeramente la cabeza y, con una mirada enfurecida, le espetó al boticario:

- Os tenía por hombre discreto, incapaz del descaró que habéis manifestado. Ahora, explicadme con todo detalle el motivo de vuestra demanda. Pero sabed que si no me satisface, os arrancaré muchas lágrimas.

El aterrado mahometano trató, sin conseguirlo, de contraerse aún más en su sillón, y con un hilo de voz intentó formular una explicación que ni siquiera estaba clara para él,

- Señor, no existe en mi petición ningún propósito personal, sólo la ambiciosa intención de serviros y de esclarecer la muerte de los dos caballeros. He meditado mucho sobre ese hecho, y he colegido que el motivo de tales asesinatos puede estar situado

fuera de esta fortaleza y originado por las especiales circunstancias que actualmente vive el condado.

El alcaide se estiró en su asiento y señaló con el dedo al tembloroso boticario mientras gritaba airadamente:

- Dejaos de circunloquios. Decidme lisa y llanamente vuestros motivos.

Benadí recuperó parte de su ánimo, se sentó correctamente y, apoyando los brazos sobre la mesa, comenzó su explicación.

- Los caballeros fallecidos se comportaron siempre como parciales leoneses y fueron confinados en este alfoz por mofarse de un noble castellano. Muchos otros miembros de nuestra nobleza han debido sentirse humillados por la acción de esos descarriados jóvenes. ¿Resultaría extraño que esa facción quisiera tomar venganza de tan grave ofensa matando, u ordenando matar, a Suero y a Lope?

Alvar torció ligeramente la cabeza, fijó su mirada en el suelo y valoró el razonamiento de su interlocutor. Al cabo, dijo sin mucho convencimiento,

- Podría ser..., podría ser.
- Como en las últimas semanas no ha llegado ningún castellano a este alfoz, sólo cabe la posibilidad de que hayan ordenado la ejecución de esos caballeros mediante una misiva. Esa orden, si existe, sólo puede estar encerrada en los documentos que habéis recibido, aun cuando vos no hayáis sabido interpretarla. Tened presente que esas cartas constituyen las únicas

comunicaciones que han llegado a este alfoz procedente del resto del condado durante las últimas semanas.

El jefe de la fortaleza se quedó mirando fijamente al físico sin verlo, su mente trataba de valorar las consideraciones expuestas buscando una estructura lógica que sostuviera las sospechas de aquel entrometido musulmán. La duda lo devoraba, cuando oyó a su interlocutor añadir:

- Señor, me limito a cumplir vuestras órdenes, y os ruego que me facilitéis mi labor.

Esas palabras dieron al traste con el andamiaje argumental que el alcaide intentaba montar en su sesera. De nuevo le inundó la ira, aunque esta vez tuvo la precaución de no manifestarla. Repasó el contenido de las misivas que había recibido, no encontró ninguna frase que justificase las conjeturas del físico y tuvo que reconocer que su contenido no implicaba ninguna cuestión reservada o secreta. Además, dos de aquellas cartas se referían a los fallecidos, por lo que no estaban demasiado lejos de las indagaciones que llevaba a cabo aquel latoso moro. Todas aquellas ideas quedaron sueltas en su mente y generaron una escabrosa duda que le llevó a decir,

- La posibilidad que planteáis es tan disparatada que puede ser posible. – Arrojando unos documentos sobre la mesa le exigió al boticario - tomad, leed a ver si encontráis algún mensaje oculto.

Benadí se lanzó sobre los pliegos con ansia y se dedicó a leer ávidamente el contenido de aquellas misivas que tanto le había costado poseer.

La primera de las cartas iba dirigida al alcaide por el senescal<sup>[33]</sup> del condado. Desde el primer momento comprendió que no era una misiva personal, sino que contenía órdenes, disposiciones y noticias orientadas al buen gobierno. Por ejemplo, le comunicaba que el conde Fernán González permanecía en prisión y disfrutaba de buena salud. Anunciaba una derrama económica a todas las guarniciones de la frontera con motivo de la elevación de Assur Fernández al condado de Castilla. Ordenaba difundir la existencia de nuevos alodios en las tierras recientemente conquistadas para ser ocupadas por castellanos en las condiciones habituales. Terminaba con recomendaciones, nombramientos, prebendas y otras disposiciones menores.

La segunda misiva que cayó en sus manos procedía del propio Assur Fernández. En ella le comunicaba la llegada de los caballeros Suero y Lope, junto con los motivos que le habían obligado a confinarlos en el alfoz. Le exigía que le aplicase una rígida disciplina y que refrenase, duramente si fuera preciso, su tendencia a ensañarse con otras personas. Dejaba en sus manos las labores que debían realizar y los castigos que, llegado el caso, merecieran.

El último documento procedía del capítulo de la nobleza castellana. Su representante advertía al alcaide de la calaña de los caballeros Fortúnez con palabras especialmente duras y le prevenía de la perversa naturaleza de aquellos sujetos, siempre dispuestos a actividades nefastas contra todos los castellanos. Hacía votos para que la rigidez empleada contra ellos compensara, en la medida de lo posible, las tropelías y las artimañas que habían empleado con personas de elevada posición.

Benadí dejó las cartas sobre la mesa convencido de que no

contenían órdenes de muerte, aunque sí una insistente instigación a hacerles difícil la vida a aquellos caballeros. Miró de frente a Alvar, que parecía más apaciguado y le dijo:

- Creo, señor, que mis temores eran infundados. Resulta tranquilizador que la mano del asesino no haya sido movida por una causa externa. Sólo me resta una última pregunta ¿Qué misión le teníais asignadas a esos caballeros que no se incluyeron en la guarnición y que parecían disponer de mucho tiempo libre?
- ¡Ay, Benadí! Cuanta desconfianza. – Intuyó el jefe del alcázar.
  - Les ordené que, después de unos días de descanso, recorrieran todas las tierras recientemente incorporadas al alfoz, para que localizaran los lugares más adecuados para construir fortificaciones defensivas. Esa labor es de gran responsabilidad y resulta agotadora.

Al boticario le asaltó una tremenda urgencia por salir de aquel aposento y abandonar la compañía del alcaide, pero la prudencia le retuvo hasta escuchar las palabras de éste,

- Creo que ahora deberíais marcharos.
- Como ordenéis, señor. – Y levantándose con diligencia se dirigió decididamente hacia la puerta.

El físico regresó a sus aposentos apremiado por la inquietud y el temor, ni siquiera se paró a tomar la comida que le tenía preparada Sanchillo. Entró en su dormitorio, cogió una esterilla del armario y la desenrolló en el suelo, luego se puso a recitar sus oraciones mirando hacia el oriente. Cuando terminó sus oraciones permaneció de

rodillas con la frente y los antebrazos apoyados en el pavimento, mientras daba gracias por haber superado aquella dura prueba,

- ¡Oh Alá, el misericordioso! Gracias te doy por haberme ayudado a resolver una misión tan difícil y arriesgada. Gracias te doy porque tapaste la mente de ese hombre con el velo rojizo de la ira, de forma que se deslizó en el resbaladizo sendero de la duda. Gracias por inspirarme las palabras que lo condujeron a la perplejidad y al laberinto de la incertidumbre.

Benadí se incorporó, recogió su esterilla y con una sonrisa malévolamente se tendió en su cama mientras se decía en voz alta,

- ¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta de que cualquier orden contenida en las misivas estaba destinada a él, que era la única persona que las leería? Espero que tarde algún tiempo en darse cuenta de ese detalle.

Un sueño reparador se apropió del mahometano que se encontraba completamente extenuado. Aquella breve siesta le restauró el espíritu y le dio fuerzas para continuar con su esfuerzo indagador.

A la hora convenida volvieron a reunirse el jefe de la guarnición y el

médico en la sala de capellanes. Tras los atentos saludos que habitualmente intercambiaban, pasaron sin dilación a comunicarse las gestiones que habían realizado. Benadí informó al condestable de las entrevistas que había mantenido con el capellán y con el alcaide para, finalmente, excusarse por haber organizado la expedición para traer al padre de Inés, y el careo subsiguiente, sin haber contado con la aprobación del informado. Éste, sin embargo, se mostró muy comprensivo con las iniciativas de su compañero y llegó, incluso, a felicitarlo por ellas. No obstante, le hizo varias consideraciones que el médico recibió de buen grado,

- Daos cuenta de que vuestra actuación implica que la sirvienta es, definitivamente, la culpable de las muertes. Como la consideráis incapaz de organizar una trama de tal envergadura, buscáis un cómplice en su padre sin que podáis decir por qué. En fin, habéis actuado como si tuvieseis la seguridad de que se ha producido una conspiración contra los caballeros difuntos, cosa de la que no sabemos nada.

Benadí se quedó doblemente sorprendido, de una parte por la finura del razonamiento del capitán y, de otra, porque sus reproches eran tan válidos como adecuados. Con una precipitación impropia del comedido comportamiento de que hacía gala, el médico exclamó,

- Pero, capitán, daos cuenta de que nos hemos quedado sin sospechosos. Munio no pudo ser culpable y el corazón me dice, como a todos, que Blanca y Lambra tampoco lo son, y dudo mucho que lo sea el bueno de Gonzalo. Decidme, ¿quién nos queda? La más próxima, la que tiene motivo y, sobre todo, la única que dispuso de oportunidad fue Inés. Por pura exclusión,



tengo que reconocer que no cabe otra posibilidad.

Rodrigo, algo asombrado por la vehemencia de su interlocutor, se mostró conciliador y para descargar la tensión preguntó,

- ¿No cabe la posibilidad de que el crimen fuera hecho por una tercera mano que desconocemos, mientras que la persona que la instigó se ocupaba de otras labores?
- Sí, esa posibilidad ya la he tenido en cuenta. Pero el bolsero del castillo me insistió en que tal posibilidad era muy remota, pues el coste necesario para convencer a algún criado hubiese tenido que ser el suficiente para alimentarlo a él y a su familia durante toda la vida, es decir, liberarlos definitivamente del servicio. Según Mendo, en todo el castillo no hay dineros para cubrir tantas necesidades.
- A pesar de eso, puede haber otros motivos para realizar ese acto por encargo, como la amistad, el amor, la venganza o alguna deuda. – Insistió el militar.
- Tenéis razón, - confirmó el *hakim* que, ocultando ladinamente las averiguaciones que había realizado aquella mañana, añadió - hasta ahora no han surgido esas sospechas, ni hay motivos para que debamos tenerlas en cuentas. Nos mantendremos atentos a ellas pero, por ahora, lo cierto es que la culpabilidad de Inés aparece cada vez con mayor claridad.

Los dos hombres permanecieron en silencio durante un rato, como tratando de disminuir el apasionamiento que había presidido las palabras de boticario. Una vez relajados, fue Rodrigo quien siguió dando cuenta de sus actividades.

- De cualquier forma lo que habéis acordado con el alcaide me parece adecuado y os acompañaré en la excursión. Más tarde daré las órdenes para que nos acompañen dos soldados a caballo. Sólo me preocupa un detalle, que el careo delante del alcaide pueda resultar un chasco.
- Tenéis toda la razón una vez más. Me precipité, pero la presencia de la máxima autoridad del castillo forzará a los presentes a decir la verdad.

El jefe de la guarnición miró atentamente a su compañero de indagaciones. La humildad que había manifestado éste al reconocer su ligereza, le resultó extrañamente satisfactoria.

- Esperémoslo. Por mi parte, tuve una charla con Pedro López, el jefe de la guardia durante todo el jueves pasado. Me confirmó la presencia de Gonzalo en la fortaleza, pues acostumbra a venir acompañando a los carros de avituallamiento, pero me aseguró que salió de ella antes del toque del ángelus.
- Así pues, - concluyó el físico con cierta decepción, - debemos eliminar a otro de nuestros sospechosos, lo que viene a fortalecer la teoría de la participación de Inés.

El condestable expresó cierta inquietud ante la ligera conclusión extraída por el físico, por lo que se apresuró a añadir.

- Cierto, debemos eliminar a otro candidato a criminal, pero eso no implica que vuestra hipótesis se vea justificada. Por otra parte, parece que por el cuerpo de guardia apareció el jueves un musulmán que se identificó como invitado vuestro.

- ¡Ah!, sí. – Corroboró Benadí – Debió tratarse de Anwar, un médico que está de paso hacia León.
- Pues bien, el día de autos ese médico estuvo charlando con el jefe de la guardia bastante tiempo. Los temas tratados le parecieron intrascendentes, hijos del aburrimiento de ambos. Pero, al parecer, mientras conversaban aparecieron Suero y Lope, que se unieron a la tertulia durante un buen rato. Tras sonar las campanas de ángelus, los caballeros se despidieron y se marcharon acompañados por vuestro amigo. No sucedió ninguna otra cosa de interés, aunque tampoco debe tenerlo lo que os he descrito.
- No creáis, - expresó el físico con cierto aire de duda, - cualquier andanza de esos caballeros el día de su muerte puede tener interés, aunque ahora no lo parezca. Por ejemplo, según lo que os ha dicho López, Anwar fue la última persona que, salvo su verdugo, habló con los dos caballeros antes de su fallecimiento.

Un silencio relajante se extendió por la estancia, parecía que el mutuo recuento de opiniones había concluido cuando el militar exclamó,

- ¡Ah! Por cierto, que esta mañana ese caballero me pidió permiso para salir de la fortaleza y acercarse a la villa.

El boticario se sorprendió ante aquella inesperada noticia y frunciendo el entrecejo le preguntó al militar,

- ¿Le concedisteis el permiso?

- Naturalmente, venía de vuestra parte.

El mahometano no manifestó la inquietud que le produjo aquella respuesta. Le hubiese gustado poder analizarla con detenimiento, pero Rodrigo se levantó inquieto. Comenzó a realizar cortos paseos alrededor de su asiento con las manos en la espalda y la cabeza gacha. Tras un momento le dijo al *hakim*,

- Tenemos pendiente otra cuestión muy peliaguda que, si la postergamos, no la resolveremos. Se trata del comportamiento de Blanca y de Lambra, de las que no sabemos nada.

El físico lo miró algo confundido, de pronto comprendió que no le había contado a su compañero la información que consiguió el día anterior. Temiendo algún reproche le contestó sin darle importancia,

- Yo, al menos, sé cosas de ambas y debéis perdonarme por no habérsela contado antes. Blanca pasó las horas centrales del día con el capellán, de modo que está descartada como homicida. Sin embargo, en la actividad de Lambra se produjo una coincidencia que me resulta poco satisfactoria. Pues estuve hablando con la dueña de esas jóvenes y me dijo, sin darle ninguna importancia, que Lambra comió el jueves con su gran amiga Teresa, que es la hija de Gelmiro el cocinero. Lo cual implica que Lambra estuvo próxima a la cocina de donde partió la fatídica comida.
- ¡Caramba! - Profirió Rodrigo, - sí que resulta sospechosa la coincidencia. Tendríamos que aclarar ese punto lo antes posible para determinar qué pensar sobre esa joven.
- Eso se resuelve sobre la marcha

Exclamó con vehemencia el físico, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta. Se asomó y, viendo a Beltrán, le rogó que fuese a decirle a Gelmiro que lo esperaban lo antes posible. La tardanza no fue mucha, el jefe de la cocina entró en la sala, saludó con un gesto de la cabeza y les preguntó,

- ¿Me han mandado llamar vuestras mercedes?
- Sí, - le explicó Rodrigo y añadió con cortesía – perdonad que os molestemos de nuevo, pero debemos preguntaros algo que nos interesa. ¿Comió Lambra con vuestra hija el pasado jueves?
- Sí, son buenas amigas y Lambra está iniciando a mi hija en el arte del bordado.
- ¿Estuvieron en la cocina? – Insistió el militar.
- ¡Oh!, no señor, permanecieron en nuestros aposentos, pues a Lambra le repugna la sangre y el olor de los guisos.
- ¿Permaneció Lambra mucho tiempo en vuestra casa? – Perseveró el condestable.
- Sí, llegó a media mañana, bastante antes del ángelus, y se fue cuando empezó a oscurecer. Esas jóvenes se divierten mucho entre bromas y cuchicheos. Mi esposa las acompañó la mayor parte del tiempo. – Describió melosamente el cocinero.
- Bien, eso es todo, podéis volver a vuestros quehaceres.

El cocinero había comenzado su retirada cuando Benadí frenó su acción diciéndole,

- Perdonad, pero debo haceros otra pregunta importante.

- Vos diréis, señor. – Dijo Gelmiro volviéndose y encarándose con el boticario.
- Esa sirvienta, Inés, ¿es habilidosa cocinando?
- ¡Oh!, no señor. Alguna vez lo ha intentado, pero los resultados fueron desastrosos. Ahora nunca se acerca a los fogones. – Expresó contundente el jefe de cocina.
- Pero, será capaz de hacer una infusión o un cocimiento de hierbas.
- Si os hablo con sinceridad, yo creo que ni eso es capaz de hacer. Es una joven dócil y limpia, pero su torpeza manual es antológica.
- Gracias, Gelmiro, ahora sí podéis retiraros.

Cuando salió de la sala el cocinero, Benadí no pudo reprimir su alegría y casi gritó:

- Gracias a Alá, ¡qué gran peso me he quitado de encima! La niña no tuvo ninguna intervención en la vil trama que indagamos.
- Cierto... cierto, no sólo debemos regocijarnos por ello, sino porque además, al descartarla como sospechosa, ahora sí queda fortalecida vuestra iniciativa de profundizar en el comportamiento de la sirvienta.

Los dos hombres se miraron mostrando en sus ojos el brillo de la alegría y, porque no, del descanso que suponía eliminar de toda sospecha a una querida dama de alta condición. Esa sensación de

alivio hizo que ambos se relajaran mirándose con expresión optimista y Benadí concentrara su atención en la nariz del militar. Tras unos instantes, el mahometano descubrió la equívoca expresión del capitán, por lo que exclamó impulsivamente:

- Oh! Perdonad mi deplorable atrevimiento.
- Estáis perdonado, - aclaró el condestable – y podéis decir lo que os plazca de mi nariz, estoy acostumbrado a que sea motivo de mofa.
- No era mi intención burlarme de vuestro defecto, que algunos inconvenientes os acarrearé. Estaba pensando en qué tipo de golpe recibisteis para conseguir esa forma de apéndice nasal.
- Eso es lo más deplorable de este asunto, que no sucedió por efecto de un combate o un desafío, ni siquiera por acto violento; sino que fue el resultado de la buena voluntad y de la mejor atención.

El *hakim* guardó un silencio respetuoso, aunque esperanzado de que su interlocutor le contase el incidente que le dejó el rostro deformado. El capitán lo miró con intensidad y, tras una breve reflexión, añadió:

- Bien, sea. Total, mi triste historia la conoce tanta gente que algunas personas más no aumentarán mis pesares. Habéis de saber que yo nací y me crié en una pequeña aldea a orillas del río Ausín, donde mi padre disponía de unas buenas tierras. Los vecinos eran pocos y muy bien avenidos, de manera que todos se ayudaban y compartían las alegrías y las penas.

Rodrigo miró a su compañero y, al comprobar la expresión de interés que este mostraba, se decidió a continuar hablando.

- Pues bien, los zagales del poblado jugábamos continuamente a la guerra con una espada de madera, una primitiva rodela, algún rústico arco y una peligrosa honda. Cierta día, la lucha se estableció en las ramas de un árbol corpulento y, en mitad de la batalla, la rama que nos sostenía se desprendió a pesar de su robusto aspecto y allá fuimos todos al suelo. La cosa no hubiese tenido más importancia, si yo no hubiese caído de bruces.

Benadí se recostó sobre el respaldo del asiento y mostró una ancha sonrisa al evocar la aventura infantil que le llevó a afirmar:

- No creo que ese simple golpe os produjera la deformación nasal que presentáis.
- Tenéis toda la razón, – respondió muy serio Rodrigo, - el problema surgió a continuación y vos, como médico, valoraréis mejor que la generalidad el sufrimiento que me produjo la bondad. Pues en aquella zona no había físico y las enfermedades se trataban según la experiencia acumulada por el grupo humano de la aldea. Así, todo el vecindario vino a verme y, entre todos, establecieron los diversos diagnósticos y las más variadas técnicas terapéuticas que fueron seguidas voluntariamente por mis padres. La primera que me aplicaron para enderezar el apéndice fue entablillarlo...

No pudo terminar, Benadí saltó de su asiento muy acalorado, con una risa apagada que trató de ocultar:

- Cielos, ¡qué osadía! ¿Cómo pudieron mantener ese



entablillado?

El comandante de la tropa, un tanto sorprendido por la reacción del mahometano, respondió pausadamente:

- De ninguna forma, tras muchos intentos y no poco dolor, desistieron de tal tentativa. A continuación, usaron sendas tripas de cordero, cerradas por un extremo, para introducirlas en los orificios nasales y, entonces, insuflarle aire para que se expandieran y reconstruyeran mi nariz. Además del tremendo suplicio que me infligieron, me dejaron sin poder respirar.

El hakim se vio incapaz de contener su risa y, muy a pesar suyo, tuvo que volverse de espaldas al capitán para no hacerlo en su cara. Sin embargo, el narrador se dejó llevar también por los disparates que contaba e inició una amplia sonrisa diciendo:

- No es preciso que os violentéis, yo mismo me río de los acontecimientos que narro porque algunos de ellos rozan el disparate. Por no aburriros os diré por último que también intentaron enderezar mis napias con una amplia cinta fijada en un bonete de la que pendía un peso respetable. El arte del procedimiento era disponer la cinta de manera que la nariz quedara derecha y, a partir de ese momento, yo no podía moverme en absoluto.

Los dos camaradas terminaron riendo de tantos dislates como fueron necesarios para conseguir la tortuosa nariz del condestable. Finalmente, Benadí dictaminó

- Qué cantidad de ingenio, de inocencia y de ignorancia acumula el pueblo llano. Hubiese resultado mejor que dejaran

actuar libremente a la naturaleza, seguro que ahora resultaríais bastante más atractivo.

Tras el desahogo que supuso la regocijante narración de Rodrigo, éste siempre efectista recordó con su compañero:

- Bueno, mañana saldemos al amanecer acompañados por dos jinetes. Vos, como siempre, viajaréis en vuestra vieja mula, ¿no es así?
- Así será, mi buen Rodrigo, tenemos que ir a una aldea llamada Cubillejo que está unas millas más allá de la villa de Lara. – Situó la meta el mahometano.
- Bien, ahora debo volver a organizar a mis hombres. Quedaos con Dios.
- Que Él os acompañe.

Benadí se dirigió despacio a sus aposentos mientras disfrutaba de la inocencia de Lambra. Esa circunstancia le puso de buen humor y con ganas de continuar aquella investigación que comenzaba a formar parte de su vida cotidiana. Cuando entró en su gabinete encontró a Anwar degustando un té al calor de lumbre. Ambos médicos se saludaron y el recién llegado le dijo a su colega:

- Tengo entendido que hoy habéis estado en la villa.
- Sí, - repuso Anwar, - he ido para enterarme si se organizan caravanas hacia Burgos, pues no me parecía prudente viajar solo.
- ¿Habéis conseguido enteraros de lo que deseabais?

- Pues sí, con frecuencia pasan por allí carreteros que se dirigen a la capital.
- Admiro vuestra decisión, - reconoció Benadí con curiosidad, - pero si no conocíais a nadie ¿cómo pudisteis obtener la información deseada?
- ¡Ah! muy fácil. Me orientaron hacia un hombre de aspecto inconfundible que hace las veces de pregonero y de alguacil de la villa. Él me dio toda clase de explicaciones y prometió interesarse por los próximos viajes que se organicen.

El médico de la fortaleza miró largamente a su colega, se mantuvo en silencio unos instantes y finalmente le expresó,

- Sois realmente decidido, pero decidme, ¿cómo habéis podido salir de la fortaleza si está completamente prohibido?
- ¡Ah!, eso ha sido laborioso. – respondió el zaragozano rehuendo la mirada de su colega. - El caballero que mandaba la guardia se negó en redondo a dejarme salir. Pero al nombraros, consintió en consultar con el jefe de la guarnición, el cual me concedió el permiso. Naturalmente, me comprometí a regresar esta misma jornada.
- Parece, Anwar, que tenéis mucha prisa, tanto de abandonarnos como de llegar a vuestro monasterio. – Comentó el físico con cierta ironía.
- No lo creáis, vuestra hospitalidad ha sido tan generosa como agradable y mi encuentro con los monjes de San Benito es un hecho necesario, pero no especialmente apetecido.

El rostro de Benadí se distendió en una amplia sonrisa y le replicó a su interlocutor con evidente sorna,

- Cuando os unáis a esos carreteros camino de León, estaréis pisando el primer escalón de la escalera de Jacob, la que os llevara a ese cielo de los benedictinos, repleto de paz, concordia, buenas comidas y fuertes olores.
- No os moféis de mi futuro, que tiemblo cada vez que lo vislumbro.

La risa del boticario se vio interrumpida por la llegada de Sanchillo cargado con todos los avíos para una cena frugal.

## Capítulo IX

Martes 21 de noviembre de 943

Benadí y Rodrigo viajaban cubiertos con sus gruesas aljubas<sup>[34]</sup> y encogidos sobre sus monturas para protegerse del terrible frío que asolaba el páramo. Ambos iban avanzando por la planicie a un trote flojo. A su espalda viajaban los dos soldados que los acompañaban. Nadie hablaba, todos se contentaban con aprovechar al máximo los débiles rayos del sol que comenzaban a inundar de luz todo el panorama. Cuando llegaron a la villa de Lara, rodearon la casa grande y se acercaron a la vivienda que se levantaba en un pobre huerto detrás de ella. El ruido de las caballerías hizo que un hombre con una cojera apreciable apareciera en la puerta, al que se dirigió

Rodrigo,

- La paz de Dios sea con vos, ¿sois el alguacil de esta villa?
- Que Él venga con vuestras mercedes. En efecto, mi nombre es Nuño, ¿en qué puedo servirlos?
- Pues buscamos una aldea que se conoce como Cubillejo, ¿podría indicarnos qué camino debemos tomar?
- ¡Ah!, no tiene pérdida, - aclaró el hombre haciendo gestos orientativos con el brazo, - tomad la senda que nace a la derecha de la iglesia y la encontraréis en un par de millas.
- Gracias, buen hombre, seguiremos vuestra indicación. Quedad con Dios.
- Que Él os acompañe.

Los cuatro jinetes volvieron grupas para regresar al centro de la villa y se disponían a marchar cuando Benadí se volvió hacia aquel hombre y le dijo,

- Una pregunta más si me permitís, ¿estuvo ayer aquí un musulmán preguntando por alguna caravana que fuese hacia León?
- Sí señor, un hombre muy amable, pero no preguntó por las caravanas para León.
- ¿Cómo es eso? – Replicó el físico con manifiesta sorpresa.
- Su interés se centró en unos viajeros que le acompañaran hasta la frontera, camino de Zaragoza.

- ¿Estáis seguro de que quería ir a Zaragoza?
- Ya lo creo, señor. – Rezongó Nuño con escaso interés. - No mencionó León en ningún momento.
- ¿Os planteó alguna cuestión más? – Porfió aún el *hakim*.
- No, salvo que tenía necesidad de marchar con mucha urgencia.
- Gracias, quedad en paz.

Buscaron la iglesia de la villa y emprendieron el camino por el sendero que la bordeaba. Cuando llegaron al descampado, Rodrigo aproximó su caballo a la mula del médico y le preguntó,

- ¿Ese musulmán del que habéis hablado es vuestro amigo al que ayer le di permiso para salir de la fortaleza por recomendación vuestra?
- Perdonad Rodrigo, - respondió airadamente Benadí, - pero yo no recomendé a nadie para salir de la fortaleza.
- ¿Cómo puede ser eso?, el jefe de la guardia me aseguró que era vuestro amigo.
- Y lo es, - masculló el musulmán enojado, - pero no significa que yo lo autorizase a abandonar el castillo.

Los dos jinetes se mostraban airados con el zaragozano, lo que les hizo olvidar el frío por un momento. El militar se volvió ligeramente hacia su acompañante diciéndole

- ¡Pues resulta muy extraño!, porque utilizó vuestro nombre para

engañar al jefe de la guardia y a mí.

Benadí se sintió involucrado en la crítica que Rodrigo acababa de expresar sobre su colega. Sin embargo, le pareció que lo más adecuado era quitarle importancia al hecho, por lo que trató de relativizar el engaño.

- Bueno, puede que el jefe de la guardia entendiera mal lo que le dijo y os transmitiera una demanda errónea.

Rodrigo saltó con una violencia inesperada ante lo que consideró una provocación por parte de aquel médico sarraceno.

- ¿Pretendéis acaso responsabilizar a mi caballero del entuerto que organizó vuestro colega? De cualquier forma, cuando vuestro amigo escuchó la petición mal formulada debería haberla corregido y no lo hizo.

Al boticario le sobresaltó la pasión que el militar puso en rechazar su torpe explicación y tratando de calmar a su acompañante se excusó diciendo,

- Tenéis razón una vez más. Anwar actuó, por lo menos, con ligereza, porque me cuesta pensar que lo hiciera con maldad. De todas maneras, su comportamiento durante estos días que ha permanecido en el castillo ha sido, cuanto menos, peculiar. Lo vengo observando, y cada vez encuentro más puntos oscuros en su manera de proceder.

Rodrigo pareció relajarse ante la disculpa que encerraban las palabras de su compañero, pero creyó que contenían algo más, así que se enfrentó de nuevo a él diciéndole,



- ¿Queréis decirme algo? ¿Acaso sospecháis de ese médico? Además, ¿qué significa eso de que en lugar de ir hacia León, ahora pretender marcharse a Zaragoza?
- Sinceramente no puedo decir que sospeche de él, pero intuyo algo oscuro en su conducta. – Respondió el físico como hablando consigo mismo. - La verdad es que todavía no he tenido tiempo de analizar todos los indicios que ha ido dejando estos días. La investigación que traemos entre manos ocupa todo mi tiempo y mis juicios. En lo referente al cambio de destino que ha señalado el alguacil no sé nada, en cuanto vea a Anwar se lo preguntaré.
- Bueno, ya hablaremos de todo esto. Ahora atendamos a lo que tenemos entre manos.

Cuando los comisionados llegaron a Cubillejo descubrieron que se trataba de un conjunto de media docena de humildes casas dispersas alrededor del camino. El caballero se informó donde se encontraba la vivienda de Flaín Gómez y hacia ella se dirigieron. La casa era de una sola planta y estaba construida con una extraña mezcla de adobe, piedra y madera que le concedía un sólido aspecto. Pegado al lateral derecho había otra construcción mucho más endeble que debía ser la cuadra, dado los sonidos que salían de ella. Benadí se acercó muy decidido a la estrecha puerta y llamó sin violencia. Al instante, la puerta se abrió y en el vano apareció una mujer alta, vestida con una túnica de sarga marrón, que los recibió con la mirada de unos ojos oscuros y apagados.

- A la paz de Dios

- Dios os proteja, - contestó el médico - venimos buscando a Flaín Gómez, ¿es ésta su casa?
- Sí, - respondió la mujer con un hilo de voz – pero ahora está en el campo.
- ¿Vos sois su esposa?
- Sí, – contestó escuetamente la mujer.
- Bueno, venimos a verlo por encargo del alcaide del castillo, ¿podríamos esperarlo dentro?

La mujer lo miró con sorpresa y mantuvo la puerta medio cerrada sin hacer ningún ademán de permitir el paso. Entonces Rodrigo se vio en la obligación de aclarar la situación:

- Veréis... hoy debemos hablar obligatoriamente con vuestro marido sobre un asunto importante. Eso quiere decir que tendremos que esperar que regrese de sus labores y, con el frío que hace y sin ningún otro sitio donde guarecernos, ¿no podéis concedernos abrigo en vuestra vivienda?

La mujer mantuvo el ceño encogido con un gesto de desconfianza manifiesto y manteniendo su apagada mirada añadió:

- No tardará mucho señor, debe venir para el almuerzo.

Rodrigo comenzó a impacientarse y dando un paso al frente conminó a la mujer diciéndole:

- Mire, buena mujer..., cuando venga tendremos que entrar para tratar el asunto que nos ha traído hasta aquí, de modo que os ruego que nos concedáis hospitalidad mientras llega.

De mala gana la mujer abrió completamente la puerta y los dos hombres entraron mientras que sus escoltas preparaban una hoguera en las proximidades de la casa. Una vez dentro, descubrieron la única habitación que formaba la vivienda, en cuyo frente brillaba un alegre fuego dentro de una rústica chimenea donde estaba cocinando la mujer. La habitación tenía dos ámbitos, a la derecha una mesa con varias sillas y una pequeña alacena junto a la chimenea, donde se veía el escaso menaje de la casa; mientras que a la izquierda un par de jergones demostraban que aquella zona hacía las veces de dormitorio. Las paredes tenían varias ventanas pequeñas cerradas con recias hojas de papel embadurnadas en grasa. Éstas permitían el paso de una luz difuminada que proporcionaba a la estancia una triste penumbra rota sólo por el fuego de la chimenea y el junco bañado en manteca que ardía sobre la mesa haciendo las veces de bujía. El suelo terrizo mostraba un aspecto liso y compacto conseguido, con toda seguridad, a base de barrerlo cotidianamente.

En el extremo derecho del fondo, al lado de una ventana, se encontraba una linda joven que hilaba concienzudamente. Con gran habilidad, y casi mecánicamente, la muchacha extraía la lana del copo y la iba retorciendo con su mano izquierda para arrollarla después en el huso que sostenía, girándolo, con la mano derecha. Los dos hombres se la quedaron mirando con curiosidad sin que ella levantara la cabeza en ningún momento. Sospechando que se trataba de la joven presuntamente maltratada por Suero y por Lope, Benadí le preguntó a la mujer:

- Esta joven tan trabajadora, ¿es vuestra hija?
- Sí, es mi hija pequeña, Constanza, pero os ruego que no la

molestéis porque está enajenada.

Sin hacer caso a lo dicho por la madre, Benadí se acercó a la laboriosa joven e inclinándose para dejarse ver por ella le dijo:

- Sois muy habilidosa, joven, ¿acaso no descansáis de tan monótona labor?

Unos profundos ojos se fijaron en el rostro del físico con una mirada inquietante y, sin parar de hilar, declamó al percatarse en sus largas vestiduras:

- ¿Vuestras mercedes también sois santos que venís a charlar conmigo?
- ¿Acaso os visitan los santos con frecuencia?
- Pues veréis... - relató Constanza con una voz monótona y apagada. - Ayer estuvo aquí un ángel con el que hablé largo rato; me contó que cuando no tiene nada que hacer también hila, pero no extrae la lana del copo como hago yo, sino que la toma de las hermosas nubes blancas que, a veces, viajan por el cielo.

La joven contó la historia con completa seriedad y contemplando al médico con una mirada vacía. Tras una breve pausa, continuó.

- Con lo hilado forman una madeja muy grande, con la que juega a la pelota con otros ángeles. A veces, la lanzan tan alta que prende en el fuego del cielo y allí se queda formando una estrella.

Los comisionados se miraron compartiendo la extraña sensación

de dislate que les habían parecido las palabras de la joven. Sostuvieron esa mirada un rato mientras que la mujer continuaba trajinando en silencio alrededor de la chimenea sin prestarle la menor atención. Benadí se decidió a volver a preguntar a la muchacha:

- ¿Sólo os visitan ángeles?
- No, hace unos días estuvo aquí santa Helena que me estuvo contando lo que nos sucede cuando morimos. Según me dijo, el barquero que nos conduce al mundo de los muertos nos deja en una isla situada en el centro de un volcán. Abajo está el fuego del infierno y arriba se encuentra el cielo. Todos debemos escalar la montaña, para lo cual las buenas obras hechas en vida nos proporcionan fuerzas y las malas obras nos las restan; pero todos debemos cargar a la espalda con una bolsa que contiene todo el oro, la plata y las joyas que disfrutamos en vida. Muchos... muchos terminan cayendo al fuego del infierno.

Sin salir completamente de la sorpresa que le producía la insensatez y la capacidad descriptiva de la joven, Benadí insistió:

- ¿Quién más os ha visitado?

Pero la joven no lo escuchó, volvió a trabajar a la vez que susurraba una extraña canción entre dientes e ignoraba completamente la presencia de los visitantes y sus preguntas. Algo desairados, los colegas se retiraron de la proximidad de la muchacha y se sentaron a la mesa mientras esperaban al dueño de la casa. La mujer, por su parte, debía haber terminado su labor culinaria, pues comenzó a poner platos y cucharas de madera sobre la mesa. Levantó la vista de su labor y preguntó a los visitantes con su

característica brusquedad:

- ¿Tomaréis el almuerzo con nosotros?

Rodrigo y Benadí se miraron algo sorprendidos por la inesperada generosidad de la mujer y, ante la perspectiva de no tomar nada caliente en todo el día, afirmaron contundentemente:

- Naturalmente, será para nosotros un honor compartir vuestra mesa.

Al rato, se abrió la puerta y penetró en la estancia un hombre bajo y fornido que miró sorprendido a los visitantes. Su mujer se justificó diciendo:

- Son enviados del alcaide de la fortaleza para hablar con vos, hacía tanto frío que les he invitado a pasar y a almorzar con nosotros. La hospitalidad nos obliga a atenderlos.

El hombre torció el gesto, después se mostró menos adusto, hizo una corta inclinación de cabeza a los dos colegas y dijo simplemente:

- Sea...

Tras lo cual, se acercó a un barreño que estaba situado cerca del fuego y metiendo las manos en el agua que contenía, se remojó y se frotó con fuerza la cara y la cabeza. Tomó el lienzo que le tendía su esposa, se secó enérgicamente y, después de depositar el paño en uno de los hierros que salían de la pared cerca del fuego, se sentó a la mesa. Inmediatamente, Constanza ocupó también su sitio en la mesa, sin dejar de tararear, y su madre, que puso una cazuela repleta de gachas en el centro, comenzó a servir a todos los comensales. El silencio que abrazaba la escena, roto sólo por el canto monocorde de

Constanza, se fue haciendo cada vez más adusto, hasta el punto de que Benadí se sintió obligado a romperlo diciendo:

- ¿Cómo se presenta la cosecha este año?

El hombre con la mirada en el plato hizo un gesto de impaciencia y contestó escuetamente:

- Aún no puede saberse, estoy iniciando la siembra.

Habían terminado de comer cuando, de repente, el hombre se volvió hacia sus invitados y con un gesto de dureza le preguntó:

- ¿Vienen vuestras mercedes por la denuncia que realicé hace ya mucho tiempo?

Cogidos por sorpresa, los comisionados retuvieron la respuesta el tiempo necesario para darle una presentación adecuada, y el boticario terminó diciendo:

- No es ese exactamente el motivo de nuestra visita, pero está muy relacionado con vuestra delación.
- Un poco tarde... - comentó el campesino con el gesto torcido.

La mujer que había comido en silencio no pudo evitar un suspiro que acompañó con las siguientes palabras:

- Pobre hija mía, tan joven, tan hermosa y tan desgraciada. Malditos sean para siempre los que le hicieron tanto daño.
- Calla mujer... - le ordenó su marido.

El desahogo de la madre rompió definitivamente el adusto silencio que reinaba en la cámara y permitió al boticario entrar directamente

en el tema:

- De todas formas, es necesario que conozcamos con detalle el asalto que sufrió vuestra hija.

La mujer saltó sin pensarlo y comenzó a decir:

- Estaba lavando en la ribera...

Pero su marido la enmudeció con un gesto y concluyó con su desnudo lenguaje:

- La arrastraron a un bosquecillo cercano, la violentaron brutalmente y la abandonaron herida, expuesta a la intemperie y a las fieras.
- ¿Cómo os enterasteis de tal atropello? – inquirió el condestable.

Con gesto hastiado, el labriego le repuso:

- Gracias a Germana la curandera, que estaba buscando yerbas y la encontró.
- ¡Qué gran fortuna! ... - Exclamó vivamente el físico.

Volvió a intervenir la mujer con una pasión que demostraba el dolor que le había producido la desgracia de su hija.

- Germana la trajo y la curó, pero no pudo evitar que perdiera el entendimiento. ¡Pobre hija!, cuánto hemos sufrido desde entonces.

Volviéndose hacia el marido, Rodrigo insistió en preguntarle:

- Entonces, vos presentasteis la denuncia ante el conde ¿no fue



así?

- Sí, pero fue mi palabra contra la de dos importantes caballeros y mi hija no estaba, ni está, en condiciones de discernir nada. – gruño, más que dijo, Flaín.
- ¿Cómo concluyó la querrela? – Continuó el militar.
- Todo quedó en nada, pues ni yo estaba en condiciones de enfrentarme a esos malhadados, ni tenía hijos que pudieran hacerlo.
- Pero según tengo entendido, el conde os compensó tomando a vuestra otra hija, Inés, a su servicio. – Intervino Benadí.

De nuevo la madre no pudo evitar descargar la hiel de su corazón ante aquellos desconocidos:

- Sí, también me quitaron a mi hija mayor.

El médico no parecía conformarse con las escuetas respuestas de los labriegos, por lo que insistió:

- Vuestra hija Inés querría mucho a su hermana y debió dolerle sobremanera su desgracia.
- Estaba doblemente dolida, por la desgracia de su hermana y por el desarraigo que le impuso el conde, – añadió la mujer.

El hombre volvió a reprender a su esposa:

- No sigas, mujer. Gracias a su trabajo podemos vivir algo mejor.

El tema parecía agotado, las razones, los sentimientos y hasta los

intereses de aquellos campesinos habían quedado al descubierto. A pesar de ello, Benadí volvió a la carga:

- Pero decidme, Flaín, no tuvisteis intención de tomar venganza de los criminales que vejaron a vuestra tierna niña.

Esta vez, fue el hombre el que no pudo contener su impulso y saltó con manifiesta violencia:

- ¡Ya lo creo señor!, pero decidme ¿qué posibilidades tenía yo de tomar desquite de aquellos importantes caballeros, por la tremenda vejación que había sufrido mi hija? Era del todo imposible, sólo cabía sobrellevar nuestra desgracia en silencio, lo que no resultó fácil.
- En verdad habéis sufrido una terrible afrenta acompañada por la desgraciada enfermedad de vuestra hija. Tened por seguro que comprendo y comparto vuestro dolor y vuestra ira. – Terminó el boticario.

El silencio se hizo en el cuarto, un silencio repleto de dolor, de reproches y de dudas; sólo el canto uniforme y continuo de Constanza osaba romper el mutismo del grupo. La mujer lloraba calladamente con la mirada baja, el hombre con el rostro aún enrojecido por la ira lanzaba al frente una mirada perdida y sin expresión y los dos visitantes parecían intercambiar sus pensamientos a través de los ojos, tratando de buscar una solución a la situación desoladora de aquella pobre gente. Rodrigo estaba en suspenso desde que entró en aquella casa y Benadí se sintió culpable de venir a ahondar aún más la sima donde se encontraban aquella familia que, de haber intervenido en las muertes, todavía les

quedaba pendiente el castigo por tal fechoría. Como tratando de disipar aquellos pasamientos, el médico agitó su cabeza y dijo:

- Flaín debéis acompañarnos a visitar a esa curandera.

El pobre campesino se sorprendió por la propuesta de su visitante y miró con desconsuelo a su mujer, que seguía llorando. Al no recibir apoyo de su esposa, dirigió una mirada de auxilio a Rodrigo que se encogió de hombros e hizo ademán de levantarse. Visiblemente decaído, el labriego también se puso de pie y se dirigió hacia la puerta seguido por los dos visitantes. En el vano de salida, todavía se volvió Benadí y le dijo a la desconsolada madre:

- Gracias buena mujer, quedad con Dios.

El hombre se dirigió pesadamente a una casa más pequeña que la suya situada al otro lado del camino y, golpeando la puerta, esperó a que respondieran desde dentro. No esperó mucho, una mujer baja y rechoncha apareció en el hueco; su aspecto no resultaba muy cuidado, de mediana edad, tenía una greñuda cabellera blanca e iba vestida con una túnica grisácea de tejido basto. A ver al campesino su expresión se distendió y preguntó:

- ¿Qué sucede Flaín? ¿Ha empeorado Constanza?

El labriego se retiró ligeramente a un lado para que la mujer pudiera ver a sus acompañantes e indicándolos con la mano le explicó a la curandera:

- Estos señores vienen comisionados por el alcaide de la fortaleza y desean hablar con vos.

Germana cambió su mirada hacia aquellos dos desconocidos y

entrecerró los ojos para distinguirlos mejor, porque el efecto de contraluz le impedía percibir bien sus fisonomías. No se movió, pareció quedarse paralizada ante la presencia de aquellos hombres; la experiencia le decía que no traerían nada bueno. La situación se prolongo más de lo conveniente, hasta el punto de que Flaín se vio obligado a hablar de nuevo y le dijo a su vecina:

- Creo que será conveniente que nos dejéis entrar. El día no está para permanecer a la intemperie.

Sin decir nada, la mujer se retiró para dejar paso a los tres hombres. La habitación en la que entraron era más pequeña que la que acababan de dejar y tenía una estructura muy parecida con algunas modificaciones. La primera que se hizo notar fue la falta de limpieza, el suelo estaba polvoriento y tenía repartido un buen número de objetos y de restos diversos, algunos de naturaleza poco agradable. Delante de la chimenea había una mesa de piedra en la que se veían diversos objetos propios del arte al que se dedicaba la mujer: un pequeño atanor y unos pocos recipientes de barro. A ambos lados de la chimenea se distribuían dos anaqueles, en el de la izquierda se apreciaban una gran variedad de hierbas, unas recogidas en manojos y otras introducidas en vasijas de barro, mientras que en las baldas de la derecha se apreciaban un buen número de cuencos y de frascos de barro, todos ellos de una confección muy tosca. En la parte derecha de la sala, un banco corrido, cuyo respaldo era la pared, formaba un ángulo recto ajustándose a la estructura de los muros.

Sin decir una sola palabra, Flaín se dirigió al banco y se sentó en uno de sus extremos, bajó la vista y pareció desaparecer de la

escena. Los dos visitantes hicieron lo mismo sin necesidad de invitación y, una vez asentados, Rodrigo se dirigió a la mujer y le dijo con franqueza:

- Buena mujer, soy el jefe de la guarnición del castillo y mi acompañante es médico. Estamos aquí por orden del alcaide de la fortaleza que quiere conocer todos los detalles del ataque que sufrió Constanza, la hija de Flaín. Según nos ha dicho su padre vos la encontrasteis en un bosquecillo después del ataque, ¿podrías describirnos el estado en que se encontraba la niña?

La mujer miró al militar sin ocultar la desconfianza que la inundaba, se sentó en el ángulo opuesto del banco, de manera que casi estaban enfrentados, y le respondió con una belicosidad manifiesta:

- Señor, yo me dedico a hacer el bien a mis vecinos y a curarlos con el arte que heredé de mi madre. No trasgredo la leyes de Dios ni las del reino y soy inocente de cualquier delito que queráis imputarme.

Dicho esto, la mujer pareció encogerse sobre sí misma, como preparándose para dar un salto felino sobre sus visitantes. Ante tanta agresividad, el caballero pretendió distender la situación diciendo:

- No temáis..., nada tenemos contra vos, sólo deseamos saber la situación en la que encontrasteis a Constanza.

Germana no decayó en su actitud agresiva, miró a Flaín, al que encontró con los ojos bajos, y mirando con desdén a Rodrigo le dijo:

- La niña estaba sin sentido, presentaba algunas heridas y su ropa estaba casi deshecha. Posiblemente la arrojaron al suelo y

se golpeó la cabeza con alguna piedra.

- ¿Qué hicisteis entonces? – Inquirió el capitán.
- Señor, lo que todo buen cristiano. Traté de reanimarla, la vestí como pude, le lavé las heridas y las taponé para que no perdiera sangre y, poco a poco, la ayudé a llegar a su casa.
- ¿No visteis a nadie por los alrededores, antes o después de encontrarla? – remachó Rodrigo crudamente.
- No, señor.

Benadí contemplaba atentamente la expresión de la curandera buscando algún indicio de inseguridad o de flaqueza. No lo encontró. La mirada de la mujer era limpia y directa, el médico se quedó con la duda acerca de lo que encerraba su interlocutora. Esta vez fue él quien intervino tratando de tensar la situación para forzarla a expresarse,

- ¿Qué tratamiento le disteis a la pobre Constanza para tratar su demencia?
- Pues señor... - contesto dubitativamente Germana, - principalmente le apliqué cataplasmas de agripalma para elevarle el espíritu y le hice beber cocimientos en leche de caledonia para adormecerla y calmarle los espasmos que sufría.
- ¿Recurrísteis a algún hechizo o pensasteis en extraerle la piedra de la locura?
- Señor, yo no sé hacer esas cosas. – Contestó categórica la mujer.

El médico se sintió decepcionado por la sencillez y la seguridad con las que le había contestado Germana, pero no se dio por satisfecho. Concluido el tema de la enfermedad de Constanza, Benadí preparó otra andanada de preguntas buscando que la reacción de la curandera descubriera su verdadero carácter:

- Según habéis manifestado, os dedicáis a preparar remedios para vuestros vecinos, de manera que manipuláis productos naturales para obtener las drogas que aplicáis a las gentes, ¿no es así?
- Sí señor, no hay mal en ello, sólo la intención de consolar sus males, - repuso la curandera con toda naturalidad.
- Sin duda... si duda, pero hay una delgada línea que separa las pócimas salutíferas de las ponzoñas mortales, ¿habéis producido en alguna ocasión venenos?
- ¡Dios me libre!, ¡jamás! – Se escandalizó la mujer.

Ahora los ojos de Germana lanzaban chispas de indignación, las venas de su cuello se dilataron y sus manos se cerraron sobre sí mismas con tal fuerza que sus nudillos quedaron blancos. Sin embargo, no pareció cambiar su disposición esencial, permaneció segura en su airada afirmación. Benadí concluyó que la mujer no parecía ocultar doblez, trató de paliar los efectos de su pregunta y exclamó aparentemente afligido por su osadía:

- Perdonad, tal vez me habéis interpretado mal. Me refería a las ponzoñas que se emplean para matar a los animalillos que consumen las cosechas y los granos, como los topillos y las ratas.

Con gesto adusto la mujer exclamó “nunca he tenido que hacer ese trabajo” y, cruzando los brazos, dio por concluida la conversación. El incansable Benadí no creyó que hubiese motivo para dejar de comunicarse con aquellas personas y pidió con una mediana cortesía:

- ¿Me permitirá comprobar las plantas que consumís y los productos que realizáis?

Por toda respuesta el boticario recibió un encogimiento de hombros de la mujer y el silencio continuado y agrio del labriego. Sin más, se levantó del banco, se dirigió a los anaqueles y se dedicó a comprobar las hierbas, las semillas, los frutos y los hongos que estaba allí depositados. De golpe, se vio envuelto en un mundo repleto de aromas y comenzó a reconocer los manojos de hierbas que estaban distribuidas por diversas baldas en recipientes diferentes. Tropezó con el ajeno, la valeriana, el perejil y el diente de león, todas ellas con propiedades medicinales para aliviar desde el dolor de estómago hasta el escozor. Sin embargo, él no buscaba esas plantas y esos olores, su interés estaba centrado en distinguir las desagradables emanaciones de la hierba loca o de la cicuta, las ramas del arbusto de la belladona o la hierba de las brujas, los clavillos curvos del cornezuelo del centeno, las negruzcas semillas del estramonio o las brillantes hojas de la adelfa. Terminó defraudado, no encontró ninguna de aquellas peligrosas plantas.

Después recorrió con todo detenimiento los cuencos del anaquel de la derecha mirando, sopesando y oliendo sus contenidos. Pronto comprobó que muchos de aquellos cuencos, potes y frascos estaban vacíos, aunque mezclados en las baldas con otros que estaban total o parcialmente llenos. El médico fue tomando uno a uno aquellos



tarros, los agitaba suavemente para percatarse de la viscosidad de su contenido, después los olía insistentemente y, finalmente, los removía con una espátula que encontró para apreciar los posos que contenían. No siempre consiguió reconocer en qué consistía el líquido o la crema que contenía aquellos primitivos recipientes, pero se quedó convencido de que ninguno de ellos contenía alguna sustancia ponzoñosa.

A pesar de la larga inspección Benadí no quedó satisfecho, pues dirigiéndose a la curandera le preguntó:

- ¿Tenéis algún otro depósito de plantas y de géneros terminados?
- No señor, todo lo que tengo está a la vista – repuso agriamente la curandera.
- ¿Disponéis de un huerto o jardín donde cultivéis las plantas sanadoras?
- No, tampoco.

El médico volvió a sentarse en un extremo de la bancada y Rodrigo le preguntó en voz baja,

- ¿Habéis encontrado alguna planta que pueda dar lugar a un preparado nocivo?
- No, no he encontrado ninguna, a pesar de que he mirado bien. – Replico el *hakim*.
- Pobre mujer... su intención es más larga que su capacidad. ¿Creéis entonces que no es preciso llevarlos al castillo? –

Inquirió el capitán.

- ¡Oh! sí, estamos comprometidos a enfrentarlos con Inés delante del alcaide y, aunque las posibilidades de sacar algo en claro de ese careo sean escasas, hemos de cumplir con lo prometido, pues nunca se sabe lo que puede surgir.

Ambos comisionados volvieron su atención hacia el campesino y la curandera, que mantenían esa actitud quieta y abatida de aquellos acostumbrados a obedecer y a esperar pendientes de una resolución ajena. Rodrigo se decidió a emitir su dictamen y con toda autoridad declaró:

- Tendréis que acompañarnos a la fortaleza.

La reacción inmediata provino de Flaín:

- ¡Pero señor!, tengo la faena recién empezada, ¿cómo voy a abandonarla?
- Sólo serán unos días, creo que vuestra hija Inés os necesita. – Remachó el condestable.
- ¿Cómo? ¿Le sucede algo a Inés?
- No..., no le sucede nada, pero es preciso que todos comparezcáis delante del alcaide.

El labriego se calló visiblemente insatisfecho, parecía que reflexionaba sobre la novedad que le acababan de comunicar, cuando Germana expresó con su firmeza habitual:

- ¿Y qué pinto yo en las cuestiones que atañen a Flaín y a su hija?

Benadí, algo cansado, intentó explicar lo inexplicable por el viejo método pedagógico de imponer su situación de superioridad:

- Mirad, buena mujer, el asunto que nos ha traído aquí es de la máxima importancia y necesitamos todos los testigos posibles para esclarecerlo. Su señoría, el alcaide, ha considerado que vuestras mercedes pueden atestiguar acerca de algunos puntos oscuros. Pero, de acuerdo con sus órdenes, no podemos adelantaros el asunto para que vuestras declaraciones no se vean mediatizadas por los prejuicios a que podríamos induciros.

Germana se levantó sin decir nada, buscó entre un montón de ropa un largo manto oscuro con el que se cubrió, se dirigió a la puerta e invitó a salir a todos los demás. En el exterior, Rodrigo comunicó a los soldados que los acompañaban que debían regresar llevando a aquellas dos personas. Mientras se disponía la marcha, Flaín se acercó a su casa, se cubrió también con un grueso abrigo, recogió de la cuadra una mula sobre la que se montó y ayudó a subir a Germana. La esposa del labriego salió corriendo de la vivienda y se acercó al médico pidiéndole información sobre el estado de su hija Inés. Las preguntas y las lágrimas de aquella mujer despidieron a los viajeros que iniciaron el regreso cuando el sol comenzaba a caer.

La comitiva llegó a la fortaleza ya anochecido. Rodrigo dio órdenes para que Germana y Flaín quedaran instalados en una pequeña estancia, vecina al cuarto de armas, que permitía su vigilancia sin implicar encarcelamiento. Después los dos hombres, visiblemente cansados, se dirigieron a la sala de capellanes con la esperanza de tomar una buena cena. Antes de entrar, le dijeron a Beltrán que llamara a una camarera que les sirviera la comida.

Los pichones que les presentaron sobre la mesa los animaron un poco y dedicaron toda su atención a desmembrarlos y comérselos con el apetito que le había despertado un día en el que habían permanecido casi en ayunas. Mientras degustaban las viandas, los dos hombres comentaron las incidencias del viaje y, sobre todo, la escasez de evidencias que tal desplazamiento había producido. Así, Benadí expresaba la situación de la siguiente forma:

- Ese Flaín está lleno de odio por lo sucedido a su hija y la ausencia de justicia. Pero, sin embargo, me ha parecido que desconoce la muerte de los caballeros y la participación de su hija en los hechos que rodearon tal acontecimiento.
- Cierto, me ha parecido que, con su mujer, forma un matrimonio estable, bendecido con dos hijas. Desgraciadamente, la mala suerte se ha enseñoreado con ellos y les llueven las desgracias.  
– Expresó Rodrigo con un miramiento que resultó sorprendente en tan aguerrido militar.

Sin atender al comentario de Rodrigo, el boticario continuó su razonamiento respecto a las responsabilidades de Flaín:

- Además, no le considero capaz de organizar una maquinación para tomar venganza por su mano o, mejor, por la de su hija. Es un buen trabajador, pero sin la agilidad mental necesaria para organizar toda una conjura. Me parece que su testimonio no aportarán nada a la causa que llevamos entre manos.

Los dos parecieron sumirse en sus propias elucubraciones cuando el militar exclamó de improviso:

- Germana es completamente distinta. Es una mujer fuerte, con

la cabeza muy bien puesta y capaz de cualquier maquinación.

- Así es, mi buen amigo, y con esa confianza la hemos traído. – Añadió Benadí. -Ella tiene capacidad suficiente para organizar todo un plan de venganza. Sin embargo, después de lo que he visto en su casa, mi opinión sobre ella se ha empobrecido bastante.
- ¿Cómo es eso? – pregunto Rodrigo.
- Pues mirad, la inteligencia no está unida obligadamente a la limpieza, y debéis reconocer conmigo que la casa de Germana estaba bastante descuidada. Pero no pasa lo mismo con el trabajo que se lleva a cabo. Toda persona que es capaz y que ejerce un oficio, es cuidadosa con los objetos propios del mismo. Sin embargo, esa curandera emplea para depositar sus destilados, cocimientos y ungüentos recipientes de barro sin vidriar por dentro, por lo que los líquidos rezuman y se extienden alrededor del tarro. Así, todas las baldas del anaquel que inspeccioné estaban llenas de manchas y de restos de los productos. Esa falta de cuidado de las pócimas elaboradas me han demostrado una ligereza mental que, hablando con ella, no pude sospechar.

Después de esta exposición, ambos se quedaron pensando, Benadí buscando nuevas razones para asentar la hipótesis expuesta y Rodrigo tratando de asimilar la valoración que había efectuado su compañero. Finalmente, con cierto escepticismo en la voz exclamó el condestable:

- Hiláis muy fino, mi buen amigo. Si es así como pensáis ¿qué

sentido tiene su presencia en el castillo?

- Esa pregunta me la hago yo también. – Expresó el físico, descubriendo sus dudas. - Pero, en el fondo, creo que hay algún hecho que todavía ignoramos y que estas personas pueden facilitarnos, a pesar de que ni ellos mismos hayan sido capaces de formularselo todavía.
- ¡Ah!, mi buen Benadí, a pesar de vuestro espíritu analítico aún creéis en la intuición y os dejáis arrastrar por ella. A mí no me parece que tengamos oportunidad de descubrir nada nuevo a través de esas personas.

Cuando dieron buena cuenta de las viandas, se levantaron para marcharse y Rodrigo le comentó a Benadí,

- Mañana por la mañana pediré audiencia con Alvar para realizar el careo a primeras horas de la tarde. Así podréis atender a vuestros enfermos en las primeras horas del día. ¿Os parece bien?
- Muy bien, de esa manera podré visitar a mis pacientes que hoy los he tenido completamente abandonados. – Corroboró el boticario.
- Pues descansad esta noche, que creo que lo tenéis bien merecido.
- Gracias, que Dios os acompañe.

Los dos hombres se retiraron a descansar con la esperanza de que el día siguiente fuera más fructífero que el que estaba terminando.



# Capítulo X

Miércoles 22 de noviembre de 943

Aquella tarde Rodrigo y Benadí se presentaron ante el alcaide para dar cuenta del viaje efectuado el día anterior. Rodrigo explicó someramente a Alvar las escasas conclusiones que habían obtenido de sus entrevistas con Flaín y con Germana, y le comunicó la presencia de ambos en el castillo. Cuando el militar concluyó su exposición, el alcaide requirió a Benadí, lo llevó aparte y le dijo con tono avinagrado:

- Más tarde hablaré con vos detenidamente.
- Estoy a vuestra disposición, - repuso el físico.



Volvieron a reunirse los tres hombres y Alvar expuso en voz alta dirigiéndose al boticario:

- De acuerdo con vuestro plan, ahora realizaremos el careo de la camarera con su padre y con la curandera. La verdad es que no tengo muy claro el motivo de tal encaramiento, sobre todo después de que Rodrigo me ha comunicado vuestras dudas acerca de la participación de estas personas en las muertes de los caballeros. ¿Podrías hacerme una síntesis de la situación actual de las indagaciones?

Con mejor cara que ganas, Benadí se vio en la obligación de exponer de nuevo las ideas que le venían ocupando machaconamente la cabeza y hacerlo, además, de manera clara y escueta. Con un ligero suspiro comenzó su narración:

- Señor, Inés fue nuestra primera sospechosa porque tuvo la oportunidad evidente de emponzoñar la comida; pero la entrevistamos y llegamos a la conclusión de que no podía haber cometido los asesinatos por su torpeza y por su cortedad de ánimo. Entonces comenzamos a investigar a otras personas que también presentaban indicios acusadores. Cuando descubrimos que todas ellas eran inocentes, nos vimos obligados a volver a considerar la culpabilidad de Inés. Ahora bien, dada la impresión que teníamos de ella, consideramos que, de haberlo hecho, sólo pudo ser la mano ejecutora y debió estar dirigida por una persona con más capacidad organizativa. En suma, señor, pensamos que esas muertes habían sido el resultado de una conspiración.

El médico hizo una larga pausa mientras ordenaba sus ideas para

que quedaran expuestas con claridad. Ese descanso sirvió también para que el propio alcaide asumiera todo lo dicho por Benadí, el cual continuó:

- Entonces centramos nuestra atención en el entorno de la joven, lo que motivó que yo os preguntase por su historia. Al saber que pertenecía a la familia de la muchacha violada, pensamos que tenía un motivo para cometer tan deleznable acción, y que éste era la venganza. Seguimos sin dificultad que la incitación al crimen debió partir de la familia, en particular de su padre. Por esa razón os pedimos el careo entre ambos, porque esperábamos que, al enfrentarse, Inés se derrumbaría y contaría toda la verdad. Además, al hablar con Flaín, que así se llama el padre de Inés, descubrimos la vinculación de la familia con una curandera que atiende al nombre de Germana. Esta mujer podría ser la productora del veneno que acabó con la vida de Suero y de Lope. Parecía que el círculo de venganza y muerte se cerraba.

Benadí volvió a detener su exposición porque se sentía cansado y, además, porque ahora tenía que desbaratar en parte la hipótesis que acababa de elaborar. La verdad le obligaba a descubrir que las capacidades que habían encontrado en Flaín y en Germana parecían más limitadas de las que habían supuesto al principio.

- En Cubillejo descubrimos algunas cosas que debilitan las razones que acabo de exponer. El padre parece un hombre demasiado limitado y sencillo para ser el instigador y, además, ni siquiera conoce las muertes de los caballeros, de manera que es impensable que haya organizado sus muertes. Por otra parte, la

curandera sabe poco de manipular las plantas y no pude encontrar ninguna evidencia que permita mantener que fabricó el veneno. De modo, señor, que el careo que vamos a celebrar puede terminar en un gran fiasco.

El médico pareció terminar su exposición por agotamiento, se le veía cansado y sudoroso y, tras un gesto con la cabeza, guardó silencio. Alvar pareció reflexionar sobre todo lo oído y, finalmente, dijo:

- Señores, debo agradeceros vuestra labor que no ha resultado nada fácil. – Dirigiéndose Benadí añadió. – La claridad de vuestra presentación me ha permitido hacerme una amplia idea de la situación actual. A pesar de vuestro pesimismo, creo que debemos proceder como estaba pensado, pues pueden surgir datos, hechos o circunstancias que no hayáis tenido en cuenta. ¿Debo saber alguna otra cosa?

Al contemplar el estado de agotamiento que presentaba el médico, Rodrigo se decidió a contestar,

- Creo que no, señor. Aunque resultaría conveniente que el jefe de cocina, Gelmiro, estuviese presente en la declaración de la camarera, pues él la conoce y la entiende bien.

El alcaide se dirigió al soldado que guardaba la puerta de entrada y le dijo:

- Id a buscar a las dos personas que esperan en el cuerpo de guardia. Acomodadlas en la sala de espera hasta que las llamemos. Avisad igualmente a Gelmiro para que se presente aquí con la camarera llamada Inés.

El soldado salió para cumplir la orden del alcaide. Mientras, los tres hombres quedaron comentando los incidentes del caso y entre las cuestiones que surgieron en la conversación apareció la técnica empleada en la investigación. A este respecto, Benadí bastante recuperado fue concluyente:

- Existen tres factores determinantes que deben complementarse mutuamente para esclarecer lo sucedido. En primer lugar debió existir un motivo lo suficientemente importante para mover a semejante acción. En segundo lugar, se requirió la oportunidad de verter la pócima en la comida sin levantar sospecha. Eso debió realizarse entre las doce y media y las dos de la tarde. En tercer determinante consistió en disponer del veneno lo que requiere ciertos conocimientos poco comunes. Desde luego de mis manos no salió, porque he comprobado que en mi depósito permanecen todos los productos que he fabricado y no he usado.

Seguían analizando todos los detalles cuando, sin llamar, se abrió la puerta y apareció Gelmiro, el jefe de cocina. Debió llegar corriendo porque jadeaba ostensiblemente cuando se acercó al alcaide, que se mantuvo muy sorprendido, y le dijo con un hilo de voz:

- Señor, Inés no respira, parece que está muerta.

El alcaide se puso blanco ante semejante noticia y, sin dudarlo, se volvió hacia Benadí con una interrogación en la mirada. El médico saltó de su asiento y le preguntó al mensajero:

- ¿Alguien más conoce esta noticia?
- No señor, - respondió el jadeante cocinero, - hemos venido

directamente aquí desde el dormitorio de las doncellas.

- Pues llevadme allí y que nadie se entere por ahora de la muerte de Inés. Sois responsable de ello.

Haciéndole una señal de inteligencia a Alvar, el médico siguió al cocinero. Marcharon por los largos corredores hasta alcanzar una puerta, al traspasarla apareció una amplia nave donde estaban dispuestas más de una docena de camas, a los dos lados de un pasillo central. En la tercera cama a la izquierda yacía Inés tendida con los brazos abiertos descansando sobre el jergón. El médico se acercó rápidamente a la mujer y mientras lo hacía le recordó a Gelmiro,

- No olvidéis que nadie debe saber nada de lo que ha sucedido. Gelmiro quedaos en el exterior de la puerta cerrada, sin permitir la entrada y sin decir nada.

El cocinero obedeció y el médico comenzó a examinar el cuerpo de la joven. Pronto comprendió que era cadáver e inició el reconocimiento para conocer la causa de la muerte. Poco a poco fue desnudando a la muchacha mientras buscaban alguna herida que justificase su deceso, pero no encontró ninguna. Al retirar las faldas, Benadí se incorporó sorprendido: aquella joven estaba embarazada de, al menos, cuatro meses. Las sayas habían ocultado el abultamiento del abdomen, pero al retirarlas apareció, inconfundible, la prominencia materna.

El físico se incorporó alterado, su mente comenzó a funcionar a gran velocidad. La imagen torpe y candorosa de la joven con la que había hablado hacia unos días se derrumbó; ahora estaba

contemplando a otra Inés. Aquella que era capaz de mantener relaciones carnales y ocultar sus consecuencias. Empezó a sopesar la posibilidad de que dominara el disimulo con tanta eficacia que le hubiera permitido engañar a Rodrigo y a él mismo. Se sintió algo desconcertado y se sentó en la cama adyacente para meditar.

De golpe, apareció otra idea inesperada. El embarazo de Inés implicaba la aparición de otro sujeto en escena, el padre de la criatura. Un personaje desconocido que debía de haber jugado un papel fundamental en la vida de aquella mujer. Incluso cabía la posibilidad de que hubiese participado en la preparación y en la consumación de los crímenes. Tanto podía haber sido el instigador como el suministrador de la ponzoña. Todo aquello comenzó a confundirlo, urgía realizar un esfuerzo de imaginación para volver a ordenar las piezas de aquel rompecabezas. Pero antes debía terminar la inspección que había iniciado.

Con un gran esfuerzo de voluntad, se incorporó y terminó de examinar el cadáver sin encontrar ninguna herida ni señal de lucha. La muerte debió sobrevenirle de forma natural o a causa de un envenenamiento. Cubrió el cuerpo con sus ropas y se dedicó a rodear la cama mirando el suelo que la circundaba, al no encontrar nada se hincó de rodillas y miró debajo del catre. De allí extrajo un hatillo de ropas que puso en la cama más próxima y comenzó a desenvolverlo. Aparecieron unos pocos vestidos, algún delantal y lo que consideró que era ropa interior, ningún elemento discordante estaba contenido en aquel envoltorio; lo recompuso torpemente y lo dejó a un lado.

Volvió a hincarse de rodillas para observar la parte inferior de las camas, ahora no se limitó al catre de la muerta sino que extendió la

vista a los más próximos. De pronto tuvo un sobresalto, debajo de la cama de la izquierda había un objeto, que le pareció un tarro de medicamentos. Rápidamente procedió a recogerlo y, al observarlo con detalle, el corazón le dio un vuelco: era del mismo tipo de los que él empleaba para envasar sus productos. Se quedó atónito e inmóvil contemplando aquel frasco que parecía acusarle a él mismo. De forma maquinal acercó el recipiente a su nariz y un tufillo desagradable a orina vieja le llegó a la pituitaria, por lo que dedujo que contenía los restos de un cocimiento de cicuta.

Trató de reconstruir la escena de la muerte de la joven Inés; la supuso sentada en el catre, tomando el contenido de aquel frasco entre sollozos. Después, debió tenderse en el lecho tratando de paliar las molestias que debía sufrir. La expiración la obligó a extender los brazos y dejar caer el frasco, el cual rodó hasta la parte inferior del camastro vecino. Pero, ¿dónde estaba el tapón?, le resultaba imprescindible encontrarlo.

Se levantó y, moviendo ligeramente el cadáver, hurgó entre las ropas de la cama. Debajo de la almohada encontró el cierre del frasco. Inmediatamente, se volvió a sentar y se dedicó a contemplar detenidamente la superficie de la tapa. Esta delicada operación le llevó cierto tiempo, debía descubrir si el frasco había sido cerrado con lacre, tal como él hacía siempre. La boca del frasco carecía de huellas del sello, pero eso era normal, pues al ser una superficie muy pulida, el lacre saltaba todo él cuando se le forzaba. Sin embargo, el tapón de corcho era lo suficientemente poroso para dejar siempre huellas del sello empleado. Para su tranquilidad no encontró tales restos en la tapadera del frasco. Alguien había empleado sus

recipientes para guardar la ponzoña y no tomó la precaución de sellar su cierre.

Más tranquilo, el médico siguió con sus reflexiones que le llevaron a la cuestión siguiente: ¿Quién había realizado el cocimiento de cicuta? Tras la cual surgieron nuevas preguntas ¿Quién tenía acceso a mi sala de trabajo para disponer de los frascos y de los tapones nuevos que permanecían almacenados sin protección? Además, ¿cómo pudo llegar ese envase hasta las manos de Inés? La mente del médico se encontraba en un laberinto del que parecía que no sabía salir. Respiró hondo, se incorporó pesadamente y con el frasco y su tapón en las manos se dedicó a pasear por el corredor central del dormitorio. Sabía que lo estaban esperando y que, por tanto, tenía que resolver a toda prisa el dilema en que se encontraba.

Recordando las enseñanzas del sabio Muhammed al-Rhazí, comenzó a respirar lenta y pausadamente, para que su espíritu se recompusiera y recuperara la calma. Al cabo de un rato se sintió con fuerzas para responder a las preguntas que se había formulado. La persona más capacitada para realizar la infusión era, sin duda, Anwar. De nuevo aparecía ese nombre en sus sospechas pero, debía reconocer, que ese cocimiento era tan sencillo de realizar que podía haberlo hecho cualquier otra persona. El acceso a su sala de trabajo era fácil, pero las personas que la frecuentaban eran Anwar, de nuevo ese nombre, y Sanchillo. La forma en la que ese frasco llegó a manos de Inés no podía ni imaginarlo. Se quedó atascado en esa respuesta.

De improviso, recordó el amante de Inés, el desconocido padre de su retoño, y sin pensarlo se dirigió diligentemente a la puerta y la abrió con tal violencia que Gelmiro, que estaba apostado al otro lado,



se asustó. Antes de reaccionar, incluso, se vio asaeteado por la pregunta de Benadí que, sin preámbulos, fue directamente al tema que le interesaba:

- Decidme, ¿Inés era tan lenta y simple como nos pareció en el interrogatorio en que estuvisteis presente?
- Bueno... desde luego no era muy lista, pero tampoco tonta. En aquella ocasión me sorprendió su aturdimiento, pero lo achaqué a las circunstancias a que estaba sometida: acababa de descubrir dos cadáveres y la interrogaban dos desconocidos que querían saber, pensé yo, más de lo que en realidad sabía. - Contestó atropelladamente el cocinero.
- ¿Diríais que normalmente se comportaba como cualquiera de las otras jóvenes que trabajan en el servicio?
- Sí, eso sin ninguna duda.

Benadí se percató del aspecto que había tomado el rostro del cocinero, parecía temeroso de la acometividad que él mismo había demostrado. Por ello, trató de controlarse y con una voz más apaciguada y conciliadora le añadió,

- Perdonad mi ímpetu, pero no he podido evitarlo. Según lo que me habéis dicho, Inés debió tener pretendientes o amoríos.
- ¡Ah! señor, de eso no puedo decirle nada.

Benadí no pudo contenerse y le ordenó abruptamente,

- Pues id inmediatamente a la cocina y conseguir esa información como sea. Mientras yo guardaré esta puerta, pero

recordad que nadie debe saber lo que ha acaecido aquí, ni las razones por las que preguntáis acerca de los amores de esa joven.

El físico se quedó delante de la puerta durante un buen rato, a lo largo del cual tuvo que rechazar a dos mujeres que pretendían entrar en el aposento. Para hacerlas desistir le puso por excusa la existencia de una enferma contagiosa en su interior. Finalmente, llegó Gelmiro con noticias que no pudo manifestar antes de recibir la vehemente pregunta del boticario que, en cuanto entraron en el dormitorio, le espetó,

- ¿Habéis descubierto lo que os pedí?
- Creo que sí, señor. – Contesto Gelmiro resoplando. - La cosa no ha sido fácil, pues las jóvenes se protegen entre ellas y tuve que recurrir a terribles amenazas para que algunas de ellas hablasen.
- ¿Y que contaron? – preguntó el médico con curiosidad.
- Pues que Inés mantenía amoríos con un mozo. – Expuso el cocinero consciente de la importancia de esa información.
- ¿De quién se trata?
- Pues verás, señor... es el hijo de una de las matronas que trabajan en las cocinas.

Las precauciones de Gelmiro y las vueltas que le daba al tema para no descubrir el nombre del mozo amoscaron a Benadí que, imperioso, preguntó:

- Decídme ya quien es ese mozo.
- Se trata, señor, de vuestro criado, Sanchillo.

Benadí se sintió desconcertado, sus razonamientos habían sido correctos. Pero eso no alivió la desazón que le produjo conocer el nombre del protagonista, al que comenzaba a considerar como su propio hijo. Claro, pensó con urgencia, lo primero que le enseñó fue a distinguir las hierbas peligrosas para evitar accidentes y, además, le había visto hacer a él mismo multitud de cocciones. ¿Cómo había estado tan ciego para dejar pasar por alto aquella posibilidad? Se sintió culpable, como si él mismo hubiese acusado con el dedo índice a su confidente, a su ayudante, a su pupilo... Respiró profundamente para superar el vacío hiriente que se había producido en su pecho y, diciéndole a Gelmiro que permaneciera en la puerta hasta que fueran a sustituirlo, se dirigió a encontrarse con Alvar y Ramiro cargado con el desgarró que le había producido la traición de su criado.

El médico atravesó la antesala, donde descubrió a Flaín y a Germana esperando, y penetró en la estancia en la que lo esperaban impacientes Alvar y Rodrigo. Cuando se derrumbó en su asiento, Alvar no pudo reprimirse y preguntó:

- ¿Qué le ha sucedido a esa sirvienta?
- Señor, - exclamó Benadí con un hilo de voz – Inés ha muerto por envenenamiento. Todo parece indicar que se trata de un suicidio.
- ¡Un suicidio! - Exclamó el alcaide visiblemente sorprendido.

Entonces, el boticario puso sobre la mesa el frasco y el tapón

encontrado en el dormitorio de Inés y se dispuso a explicar todo lo acontecido.

- En efecto, se trata de un suicidio en el que se ha empleado una infusión de cicuta, una hierba venenosa muy frecuente en los campos. Al examinar el cadáver he descubierto algunos hechos nuevos. En primer lugar, que la joven estaba embarazada de pocos meses, lo que le permitía disimularlo con relativa facilidad. Segundo, que este frasco contuvo el veneno que la mató y estuvo cerrado con el tapón de corcho que está a su lado. Tercero, ese tarro debió salir de mi laboratorio, aunque su contenido no fue preparado por mí.

Tras su prolija enumeración, el boticario tomó un momento de respiro y se dispuso a continuar su informe:

- Los hechos presentados implican nuevos datos que hasta ahora desconocíamos. Del primero se deduce la existencia de un hombre que mantenía relaciones íntimas con la camarera. El segundo implica una pregunta muy importante, ¿la ponzoña contenida en el frasco es el mismo veneno que mató a los caballeros? Por último, queda pendiente otra cuestión: si yo no fabriqué el veneno ¿quién lo hizo?

El pobre Alvar parecía abrumado por la extensa disertación del médico y por lo nuevos e inquietantes hechos que había descrito. Entonces, Rodrigo intervino en la conversación con su habitual sentido práctico,

- En resumen, han aparecido dos nuevos sujetos que no conocemos y tampoco sabemos si, en realidad, son una misma

persona.

- Sí, ya sé que son la misma persona, Gelmiro ha hecho las averiguaciones pertinentes y, en efecto, Inés mantenía relaciones con un joven que sirve en este castillo. – Aclaró el boticario exaltado.
- ¿De quién se trata? - Preguntó ansiosamente Alvar.
- Señor, es mi pupilo y criado, que es conocido por el nombre de Sanchillo.
- ¿Cómo es posible que un criado sea capaz de fabricar un veneno y pasarlo a su novia sin que vos os enteraseis?
- No lo sé, pero me siento engañado. Habéis de saber que hace unos dos años Sanchillo entró a mi servicio. Durante ese tiempo se mostró servicial y atento a mis enseñanzas. La verdad es que no adelantaba más en sus conocimientos porque yo retrasaba deliberadamente su formación. Pensaba que era demasiado joven para manejar sustancias que podían ser peligrosas.
- ¿Entonces? – Insistió Alvar.
- Pues... no sé, señor. El veneno ha sido fabricado mediante un cocimiento de hierbas, que es de las primeras técnicas que se aprenden en este arte. Mayor sorpresa me produce el empleo de la cicuta, pero el joven es muy despierto y, cuando le previne de las plantas peligrosas, pudo memorizarlas para poder emplearlas a mis espaldas.

Benadí sintió de nuevo invadido por aquella especie de vacío interior que había experimentado cuando las pruebas señalaron a su

ayudante. Pero, a su vez, sintió cierto alivio por estar alcanzando el final de aquella indagación que tanto había llegado a afectarle.

Los tres hombres desmenuzaron durante un momento los nuevos acontecimientos y establecieron un escueto programa de actuación centrado en la forma de interrogar a Sanchillo, pues había que evitar que se pusiera a la defensiva inmediatamente después de empezar. Finalmente, el alcaide ordenó que trajeran al joven a su presencia. En ese momento, Rodrigo trató de aclarar un punto aún no discutido,

- Mientras esperamos a ese joven, ¿podrías aclararnos, Benadí, porque estáis tan seguro de que vos no habéis preparado la ponzoña del tarro?

El médico se sintió dolido, más por la forma y el momento de preguntar, que por la pregunta misma. Aunque colateralmente ese tema ya lo había tratado con el militar, debía aclararlo también delante del alcaide, por lo que trató de ser claro y convincente,

- Si yo la hubiese elaborado, señor, el tapón tendría restos del lacrado, cosa que siempre hago para preservar el producto de una evaporación selectiva. El tarro que hemos encontrado conteniendo la infusión de cicuta no presenta restos de lacre. Podéis comprobarlo examinando con detenimiento el tarro y su tapón.

El médico recordó entonces que había dejado a Gelmiro en la puerta del dormitorio, por lo que se dirigió a Alvar poniéndole en antecedentes,

- Señor, he procurado que la noticia de la muerte de Inés no se

divulgara para no poner en guardia a su amante. Así, he dejado a Gelmiro protegiendo la puerta del dormitorio de las criadas para que no entrara nadie. Creo que, dadas las circunstancias, podáis enviar allí al padre de Inés y a Germana para que velen el cadáver y que el guardia que le acompañe releve al cocinero en la protección del lugar.

- ¿Creéis que es acertado que el padre y la curandera conozcan ya que la joven ha muerto? – Interrogó Alvar algo inseguro.
- Sí, señor. Creo que la muerte de los dos caballeros se produjo merced a una trama interna del castillo. Ellos no nos aclararán nada. ¿No pensáis igual, amigo Rodrigo?
- Sí, creo que tenéis toda la razón. Los nuevos acontecimientos hacen inútiles las declaraciones de ambos. - Rodrigo se levantó diligentemente y, antes de dirigirse a la puerta le dijo al alcaide, - ¿si lo permitís, señoría, saldré un momento para dar las órdenes?
- Andad, pero no tardéis.

Alvar estaba discutiendo con el médico el complicado enredo que había supuesto el descubrimiento del autor de los asesinatos, cuando Benadí le sorprendió añadiendo,

- Perdonad señor, pero aún no hemos resuelto el problema que traemos entre manos y, aunque parezca que nos estamos aproximando al final, todavía pueden surgir muchas sorpresas.
- ¿A qué sorpresas os referís? – Preguntó el alcaide, sorprendido una vez más...

- ¿Ah? Señor. Si han de ser sorpresas, comprended que aún no pueda saberlas.

En ese momento entró Rodrigo diciendo que había dado todas las órdenes y que Sanchillo se encontraba en la antesala,

- ¿Lo hago pasar?
- Sí, por favor – ordenó Alvar.

El muchacho entró mostrando una mirada de desconfianza que delataba su estado de ánimo. Al ver allí a su maestro pareció relajarse un poco, pero su postura defensiva se manifestaba en todos sus actos. El alcaide lo dejó de pie frente a los tres hombres que, sentados, parecía que formaban un tribunal de justicia. Alvar rompió el silencio:

- Tengo entendido que respondéis al nombre de Sancho y que sois el ayudante del *hakim* Benadí, ¿es así?

El joven mantuvo los ojos bajos, movía sin cesar sus manos frotándose la una con la otra e hizo un gesto afirmativo, mientras decía con una voz quebrada:

- Sí señor...
- Estamos realizando una investigación para aclarar las muertes de los caballeros Suero y Lope y creemos que vos tenéis una información que nos resulta necesaria. ¿Estáis dispuesto a responder con verdad a todas las preguntas que os hagan estos señores?
- Sí señor...



- Tened presente que si dais respuestas falsas o no son convincentes, tendremos que recurrir a la ordalía, cosa que, en principio, no queremos. ¿Habéis comprendido lo que os he dicho?

El joven se estremeció al oír hablar de la ordalía o juicio de Dios del que había oído hablar siempre con un significado terrorífico. Durante un instante pasaron por su mente imágenes borrosas e indefinidas de tormentos insoportables que le hicieron temblar. No fue capaz de contestar. Ante su silencio, Alvar continuó:

- Debéis responder con verdad a las preguntas que os harán los dos señores que me acompañan y que vos conocéis.

Benadí intervino con intención de tranquilizar a su pupilo y lo consiguió solo medias:

- No debéis preocuparos, mi buen Sanchillo. Vos sois un joven muy despierto y sabéis muchas cosas. Sólo debéis responder a nuestras preguntas con claridad y ateniéndoos a la verdad, de esa manera ésta será una más de nuestras muchas conversaciones.

El muchacho pareció tranquilizarse un poco, pero por dentro comenzó a razonar con rapidez. ¿Por qué decía su maestro que él sabía mucho?, ¿a qué se refería? Sin querer hizo un rápido examen de conciencia y, pasando por encima su pequeño comercio de soluciones de natrón<sup>[35]</sup> para evitar el embarazo, de unos filtros de amor de invención propia y otros pequeños engaños, llegó a la conclusión de que el único peligro consistía en que Inés hubiese hablado. Eso significaría que sus amores era conocidos y, lo que era

más grave, también lo sería su participación en las muertes de los caballeros. Pero era imposible que supieran tanto, Inés era una mujer recia y prudente que nunca hablaría. De todas formas, decidió mostrarse cauteloso, pues lo más probable era que sólo tuvieran sospechas sin nada que las confirmase. En el tono humilde que corresponde a un aprendiz ante su maestro respondió:

- Estoy a vuestra disposición, maestro.

A Benadí le pareció algo exagerada la docilidad de Sanchillo, pues su impronta le llevaba siempre a ser rígido y distante. Tratando de situar el tema sin dar ninguna pista le sonsacó con una cuestión general,

- Sancho ya sois un mozo y, además, tenéis buena presencia, de modo que no pasaréis desapercibido para las jóvenes del servicio, habladnos de vuestros amores.

El joven que no esperaba una pregunta tan personal, se ruborizó un poco y balbuceó:

- Señor... no sé... no sé qué deciros. Supongo que mi comportamiento será el normal de las personas de mi edad. Paseo con algunas muchachas, juego con ellas y, si me dejan, me tomo algunas libertades.
- Claro... claro, pero veréis... siempre hay una joven en concreto que atrae más que las demás, ¿os pasa eso a vos?
- Sí, siempre hay una muchacha que se prefiere a las otras, pero esa elección cambia con bastante frecuencia.

Rodrigo comenzó a irritarse con la reticencia de aquel mocoso que

parecía reírse de su maestro. Sin poder evitarlo interrumpió a Benadí y, rompiendo toda la estrategia que habían establecido, le preguntó marcando el acento de su autoridad:

- Pero bueno... ¿habéis dado promesa de matrimonio a alguna joven?
- ¡No! - Contestó Sanchillo escandalizado.
- ¿Cómo puede ser eso, si la opinión más extendida es que vos festejabais con Inés, la camarera?
- Con ella... y con otras, - trató de zafarse el joven.
- No es esa la idea que nos ha aportado Inés.
- ¿Pues qué ha podido decir de mí? – Aquella afirmación comenzó a asustarle.
- Que sois el padre de su hijo.

Sanchillo se quedó pálido ante la revelación del caballero; con una mirada huidiza buscó la ayuda de su maestro mientras pensaba intensamente. Finalmente, en un arranque de rabia exclamó,

- ¡Su embarazo es cosa suya!
- Así pues, vos sabíais que estaba embarazada. – Concluyó el capitán.
- Sí... lo sabía, pero nunca me comprometí.
- Entonces, ¿se entregó voluntariamente a vos?

La palidez del rostro del muchacho fue dejando paso a un rubor intenso que se concentró en las lágrimas que pugnaban por aflorar a

sus ojos. Tragó saliva, requirió con el gesto la ayuda de alguien... y no fue capaz de responder. Su silencio obligó a Benadí a tomar de nuevo la palabra y razonar de la siguiente forma:

- Si no os exigió una promesa de matrimonio para entregarse, ¿qué otra cosa os pudo pedir?

El joven frunció el ceño, apretó los labios, cruzó los brazos sobre su pecho e inclinó la cabeza en un gesto de tozudez. El silencio se fue espesando conforme pasaban los segundos. Benadí se vio obligado a romperlo diciendo:

- Querido Sanchillo, mantener ese silencio no os favorece nada. Parece que estáis ocultando algo que no conocemos y que puede ser muy importante para nuestras averiguaciones. Os ruego que nos contéis todo lo que se relacione con esa camarera.

Pero la actitud del joven no cambió, sólo unas silenciosas lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. El físico lo contemplaba con una mezcla de tristeza y de ternura, pero sabía que tenía que ser inflexible para obtener la confesión que necesitaba. Por ello, tras una gran pausa, se vio obligado a añadir:

- Bien... si mantenéis esa actitud, tendré que pasar el interrogatorio a manos del señor alcaide, pues él conoce una técnica infalible para conseguir la verdad: el juicio de Dios.

Ante esas palabras, Sanchillo pareció dar un salto al estirar su cuerpo que permanecía encogido. Miró con sorpresa a su maestro y, viendo su determinación, logró pronunciar unas palabras:

- Si... Inés y yo nos queríamos mucho, yacimos juntos muchas veces. ¿Podría verla?

El médico se conmovió al comprobar la esperanza de ayuda que el muchacho depositaba en su amante. Pero eso no impidió que afirmara

-Eso es imposible.

Dejó pasar algún tiempo para que su pupilo se recuperara de la desesperanza que encerraban sus últimas palabras y, con un aire nuevo, añadió:

- Una vez establecidos vuestros amoríos y vuestra paternidad, pasemos a otra cuestión que también es importante, ¿habéis manipulado a mis espaldas las hierbas de mi laboratorio para conseguir brebajes?

Esta vez la respuesta fue fluida y rápida, parecía como si el muchacho se hubiese recuperado del aturdimiento anterior y estaba decidido a facilitar la información que le requerían:

- Sí...
- Supongo que las técnicas que empleasteis fueron las sencillas, como el cocimiento o la calcinación, ¿no es verdad?
- Sí, – contestó escuetamente el joven.
- ¿Recordáis las hierbas que empleasteis?

Esta vez la respuesta se demoró lo suficiente como para que Benadí intuyera que su pupilo estaba haciendo un catálogo parcial de las plantas utilizadas.

- Pues... aloe, valeriana y, a veces, me atreví con el ajeno y algunas sales, como el natrón.
- Bien... bien, ¿nunca empleasteis la cicuta?

De nuevo, una pregunta pareció golpear al aprendiz que, incluso, insinuó un traspié.

- Señor... esa es una hierba prohibida.
- Sí, ya lo sé, pero vos la conocéis porque fue una de las primeras cosas que os enseñé. – Le aclaró el físico profesoralmente.
- Así es.

El rostro del joven fue tomando una coloración amoratada, sus ojos giraban constantemente buscando una salida que no encontraba y su voluntad comenzó a flaquear. Por su parte, Rodrigo volvió a interrumpir a Benadí considerando que había llegado el momento definitivo del interrogatorio, y que debía cargar con todo su predicamento:

- Joven, confirmad que hicisteis una infusión de cicuta por deseo de vuestra amante, se la disteis y ella la empleó para matar a los caballeros Suero y Lope.

Perdido todo dominio de sí mismo, Sanchillo suplicó gritando:

- ¿Dónde está Inés?, ¡dejadme que la vea!

Con cierta repugnancia, Rodrigo decidió llegar al final de aquel desagradable interrogatorio y le dijo:

- ¡Inés ha muerto! Se ha suicidado con la misma cicuta que vos preparasteis.
- ¡¡¡Aj!!!

Bramó el aprendiz, dejó caer la cabeza sobre el pecho y todo el cuerpo sobre las piernas que, al doblarlas, le hizo quedar de rodillas mientras exclamaba,

- ¡Eso es imposible!
- ¿Por qué es imposible? – le gritó el jefe de la guarnición levantándose y apuntándolo con el dedo. - ¿Acaso la matasteis vos?
- ¡Oh!, no señor, ¿cómo podría yo hacer una cosa así? Aunque ...

Sanchillo se sentó sobre sus piernas y agachó el torso hasta que su cabeza casi rozó el suelo. Mesándose los cabellos exclamó desconsolado entre hipidos

- ¡Ay! Señor. Debí matarla yo... sí, seguro que yo fui la causa de su muerte.

Tal declaración dejó atónitos a los presentes que tardaron algún tiempo en reaccionar. El primero en hacerlo fue el físico, que se levantó y acercándose a su pupilo lo tomó por los hombros y, suavemente, le ayudó a levantarse. Con voz persuasiva le aconsejó,

- Venga, Sanchillo, sed fuerte y contadnos todo lo que ha sucedido.

Como el joven no parecía reaccionar, el alcaide elevó la voz

diciendo:

- Sancho, os demando que declaréis lo que sepáis del asesinato de los dos caballeros en esta fortaleza.

La autoridad de Alvar consumó el milagro, el muchacho terminó de incorporarse, se secó las lágrimas con la mano vuelta y empleando un hilo de voz comenzó describir la historia que había vivido:

- Inés y yo nos enamoramos hace algunos meses y acordamos mantener nuestro amor en secreto pero, a lo que parece, no lo conseguimos. Hace unas semanas Inés me pidió alguna sustancia para eliminar las ratas que abundaban en las cocinas, las letrinas e, incluso, en su dormitorio. Pensé inicialmente pedírselo a mi maestro pero, conociéndolo, comprendí que no satisfaría mi deseo porque es contrario a la elaboración de productos que no sean medicamentos.

Un sollozo interrumpió la narración del joven, trató de sobreponerse refregando con rabia sus manos contra los ojos, como tratando de borrar lo vivido, y continuó con voz más firme:

- Preparé una cocción de cicuta de la misma manera que tantas otras que había visto hacer. Le di la infusión a Inés en un tarro y, según me dijo, la empleó con éxito para eliminar roedores. Yo no volví a acordarme de la infusión y nuestras relaciones fueron cada vez más dulces y más íntimas.

El joven se detuvo un momento, como haciendo memoria, e inmediatamente continuó su narración con una voz más firme:

- A Inés no le cabía la menor duda de que la degradación mental



de su hermana era debida al asalto que sufrió por parte de los caballeros Suero y Lope. Anteayer me hizo una confesión tremenda, espantosa, que no fui capaz de asimilar; me reveló que había surgido una ocasión de la que jamás pensó disponer: ambos caballeros comían solos porque el resto de la guarnición estaba de descubierta. Sin pensarlo, volcó parte del frasco de la infusión que le proporcioné en la cazuela de servicio y se la llevó a los caballeros. Al cabo del tiempo, volvió al comedor y encontró a aquellos señores muertos. Después corrió a la cocina para avisar a Gelmiro del descubrimiento que había hecho.

La declaración de Sanchillo se detuvo el tiempo justo para, sorbiendo mocos e hipando sonoramente, sobreponerse de la fuerte emoción que experimentaba,

- Entonces le reproché vivamente su comportamiento, la previne que la descubrirían y que sería duramente castigada. Sin embargo, ella se mantuvo tranquila, me aseguró que estaba segura de haber convencido al caballero y al médico que la habían interrogado de que era muy torpe y limitada. Parecía sentirse muy ufana por haber consumado la venganza de su hermana de una manera tan discreta.

Al callar el aprendiz, todos permanecieron en silencio tratando de ajustar las piezas de aquel acontecimiento que les había parecido misterioso durante tanto tiempo. Esta vez, la primera reacción correspondió a Rodrigo que le exigió contundentemente,

- Entonces, ¿por qué la habéis matado?
- ¡Oh! Señor, yo no la maté con mis manos – repuso con una

entereza insospechada. - Pero me escandalicé violentamente ante su declaración, sentí náuseas por la frialdad con que me contaba una acción tan tremenda y miedo, mucho miedo, al pensar en sus consecuencias. Sin pensarlo y lleno de ira, la rechacé con graves palabras y renuncié a responsabilizarme de sus acciones. Había pecado contra el cielo y contra aquellos caballeros sin que los remordimientos la afectasen. Me resultó imposible asumir tal situación a pesar de sus quejas, de sus lamentos y de sus súplicas. La abandoné airadamente dejándola muy afligida y sumida en su propia insensatez, lo que, sin duda, la llevó a la desesperación y al suicidio.

Esta vez, las últimas palabras del aprendiz fueron seguidas por un silencio espeso en el que permanecieron todos durante bastante tiempo. Poco a poco, las expresiones fueron relajándose, mientras Sanchillo permanecía de pie sin lágrimas y la cabeza caída sobre el pecho pero con una actitud decidida y, hasta cierto punto, firme. Al cabo, Benadí, se dirigió al alcaide y le dijo con una voz repleta de sentimientos encontrados:

- Señor, creo que esta fase de la indagación está completada. La pobre Inés tuvo el motivo, el medio y la oportunidad necesarios para consumar el crimen. Su padre y Germana son completamente ajenos a los homicidios, pero ahora tendrán que volver con la desgracia de haber perdido otra hija, sed generoso con ellos.

Los hombres se levantaron y el físico del castillo se aproximó a Sanchillo que permanecía de pie con la cabeza alta. Le pasó el brazo sobre los hombros, lo apretó contra su cuerpo cariñosamente y le dijo:

- Sancho habéis actuado mal y habéis abusado de mi confianza. Tal vez aprendisteis antes de lo que hubiese sido conveniente. Con todo, os he tomado cariñó por lo bien que me habéis servido, pero ahora no puedo hacer nada por vos. Sólo me queda desearos suerte.

Después se volvió de nuevo al alcaide y, haciendo una breve reverencia le dijo:

- Señor, quiero rogaros clemencia para mi ayudante Sanchillo. Creo que actuó con precipitación y de una manera completamente irresponsable, pero que no lo hizo con la intención de hacer daño a sus semejantes. Todo enamorado se muestra ciego ante los deseos de su amada.

Alvar se quedó pensativo y considerando las palabras formuladas por el físico se decidió a preguntar,

- ¿Cuál sería el castigo que debería imponer a este galán?

Benadí, temiendo la respuesta de Rodrigo, se adelantó diciendo,

- Señor, creo que debe ser desterrado del alfoz.

Pero Rodrigo estaba atento a la misericordia que expresaba el rostro y la actitud del mahometano y añadió rápidamente,

- No sin antes, señor, recibir veinticinco azotes para que aprenda a no participar en nuevos crímenes y a no traicionar a sus señores.
- Sea como decís, llevaos a este joven y que se cumpla la sentencia.

El soldado que permanecía en la puerta tomó del brazo a Sanchillo y lo arrastró hacia la puerta, pues el joven parecía estar paralizado. Una vez que hubieron salido, Alvar se puso en pie, parecía complacido como si le hubiesen quitado un enorme peso de la conciencia, y con voz ampulosa dijo dirigiéndose a Rodrigo y a Benadí:

- Debo agradeceros el esfuerzo que habéis realizado para aclarar las muertes de los caballeros Suero y Lope, un hecho que, de no resolverse, hubiese llegado a tener una gran importancia para el futuro del alfoz. Ahora todo parece resuelto gracias a vuestra labor.

En este caso fue Rodrigo quien contestó en nombre de los dos mencionados diciendo,

- Lo justo sería, señor, que fuésemos nosotros los que os agrediéramos la confianza que depositasteis en nuestra labor. La satisfacción de haberos servido de la mejor manera es nuestra mejor recompensa.

Pero el alcaide mantuvo su postura, como dudando qué debía hacer. Lo pensó un instante y, finalmente, se dirigió al boticario con una media sonrisa diciéndole:

- Benadí, debo aceptar que habéis sabido redimir vuestro desafuero. Todo queda olvidado.

Rodrigo y Benadí se dirigieron hacia la puerta cuando el alcaide se adelantó hacia ellos con una amplia sonrisa y añadió:

- Queridos amigos, ahora sin solemnidades deseo expresaros mi

homenaje personal por la manera reservada y discreta con que habéis llevado las investigaciones. Eso ha evitado el escándalo a terceras personas completamente inocentes.

Los dos investigadores comprendieron perfectamente lo que quería decir el alcaide, por lo que se limitaron a hacer una ligera inclinación de cabeza y, sin más, se retiraron. Al salir, Rodrigo se volvió hacia el médico diciéndole,

- ¿Qué ha querido decir con que os habéis redimido?
- ¡Oh, nada! Tuvimos nuestras diferencias cuando le recordé que él ordenó contratar a Inés.

Los dos hombres salieron al patio, entonces el condestable se decidió a coger al boticario del brazo y con cierta afectación le dijo:

- Benadí, ha sido muy satisfactorio e instructivo trabajar a vuestro lado, me sentiría muy honrado con que me consideraseis vuestro amigo.

El médico sonrió agradecido al recibir aquellas amables palabras del adusto condestable y le respondió en el mismo tono

- Buen Rodrigo, yo podría deciros lo mismo sin faltar ni un ápice a la verdad; me he sentido en todo momento apoyado y comprendido y, ahora, distinguido con vuestra amistad. Pero superados los parabienes, permitidme que os diga que estoy seguro que mañana por la tarde me visitaran varios amigos para felicitarme y, sobre todo, para conocer de primera mano lo que ha sucedido. Creo que sería de justicia que a esos señores los recibamos los dos, ¿podrías venir mañana después de comer a

mi gabinete a tomar un té y atenderlos?

- ¡Cómo no!, mañana a la hora que señaláis me presentaré en vuestros aposentos.

Los dos hombres se despidieron afectuosamente y ambos se retiraron a sus habitaciones a descansar después de aquel agitado día.

## Capítulo XI.

Jueves 23 de noviembre de 943

Era buena mañana cuando Benadí entró en su sala de trabajo y se preparó un té. Tras tomarlo despaciosamente, se dedicó a preparar la bolsa con los medicamentos que pensaba utilizar y salió de sus aposentos. Mientras recorría los pasillos tuvo un cálido recuerdo para el buen Sanchillo, manipulado y engañado por su novia. No fue capaz de reprocharle nada, él también se había sentido estafado por la misma mujer y eso había retrasado el desenlace del crimen que se había producido en la fortaleza. Le deseó a su pupilo una vida larga y recta.

Cuando penetró en el dormitorio de caballeros se encontró a Munio

volviendo a la cama sostenido por dos rústicas muletas que parecía manejar con soltura. Al verlo, el joven caballero estalló diciendo,

- ¡Ah! Benadí me he enterado que habéis resuelto el asesinato de Suero y Lope. Enhorabuena. Me alegro de que haya terminado esa indagación que alteró muchas más conciencias de las que hubiese sido necesario.
- No creáis, - señaló el boticario con seriedad, - aunque los afectados nunca lo entenderán, sólo recurrimos a las personas imprescindibles y, sobre todo, dignas de confianza.
- ¿Tratáis de halagarme después de haberme enviado a mi jefe con toda su agresividad en ristre? – Le reprochó el caballero.
- Por mucho que pataleéis no vais a conseguir de mí una excusa, hicimos lo que teníamos que hacer y, además, ante las personas adecuadas. El resultado fue que, salvo los culpables, nadie más salió malparado.
- Decidme maese, ¿el ser médico lleva implícito el tener siempre la razón? – Preguntó el joven con socarronería.
- ¡Bah!, Munio, no seáis niño y disponeos, que voy a curaros las heridas.

El médico comprobó que la mayor parte de las lesiones y de los hematomas distribuidos por el cuerpo estaban en trance de curación y, tras embadurnarlos con ungüentos, descubrió el vendaje de la pierna,

- Bueno, - le expresó al paciente – esto parece que marcha bien. La hinchazón de la rodilla comienza a disminuir y la



equimosis del muslo sigue su curso sin ninguna alteración. Antes de lo que pensáis podréis volver a dirigir a vuestros reclutas.

- ¡Ah!, eso parece un sueño inalcanzable. - Refunfuñó Munio. - Mi postración en este lecho ha sido un suplicio mucho mayor que los dolores que me han producido las heridas. Afortunadamente, el alcaide ha permitido que, con todas las precauciones, sus hijas hayan venido a verme un par de veces.
- ¡Ah!, truhán, ¿y todavía os quejáis? El consuelo de esas jóvenes bien merecía los golpes que recibisteis.
- Pensándolo bien, creo que tenéis razón, – terminó el caballero con una sonrisa distendida en el rostro y una mirada celestial en los ojos.

Benadí fue recogiendo sus cosas e introduciéndolas en la bolsa, cuando la tuvo dispuesta se la echó al hombro, se incorporó y, dirigiéndose a la puerta, le soltó al joven enamorado,

- Quedaos con Dios, pero sabed que yo no sé cómo tratar esa nueva enfermedad que padecéis.

Munio sintió un súbito arrebol en el rostro, pero se repuso con rapidez y le contestó al médico,

- Id con Él, y espero encontrar quien sepa remediarla.

Riendo por la felicidad que emanaba el caballero descalabrado, el físico se internó por los pasillos de la fortaleza para atender a los enfermos que esperaban sus remedios. Cuando terminó su recorrido, se pasó por el gabinete de Tello Ruiz al que encontró disponiéndose

a salir,

- Amigo Tello, ¿os importuno si aprovecho para haceros una humilde petición?
- ¡De ningún modo!, podéis pedir lo que necesitéis y yo ya veré si merecéis o no que os lo conceda. – Bromeó el pitancero sonriente.
- Vaya... parece que hoy está todo el mundo de buen humor.
- Será porque tenemos motivos... y vos sois el responsable. – Remachó Tello.
- Bueno, de eso ya hablaremos esta tarde, pues os espero a todos a tomar el té. Pero ahora debo pedirlos que me nombréis un nuevo sirviente para que, entre otras cosas, tome recado de los enfermos que necesitan mis servicios.

Tello bizqueó un poco más de lo habitual a la vez que, con una ladina sonrisa, le propuso al médico,

- Mejor será que os proporcionemos una hermosa matrona que, además de tomar nota de vuestros pacientes, os haga la vida más llevadera.

Benadí se quedó sorprendido por el jocosos atrevimiento de aquel hombre tan retraído, por lo que se limitó a añadir,

- No tentéis al diablo que puede volverse contra vos. ¡Ah!, se me olvidaba. Mientras tanto, enviadnos una criada de la cocina para que nos sirva la comida y recordad que os esperaré a tomar el té. Quedad con Dios.

El médico se dirigía a sus aposentos cuando fue avisado por un soldado para que concurreniera al sótano, donde un herido requería sus servicios. Conducido por el militar, descendió hasta los sótanos del castillo. Allí arrebujada en su manto se encontró con una mujer de mediana edad que, al verlo, se arrojó a sus pies exclamando:

- ¡Ah, maestro Benadí! Soy la madre de Sanchillo, al que tienen retenido en estos locales y no me dejan verlo ni me dicen nada sobre su estado. Os ruego, señor, os suplico que lo atendáis en lo que necesite y, después, me deis razón de él.
- No temáis, buena mujer, que Sanchillo estará bien y lo atenderé como corresponde. Calmaos y esperad.

Siempre conducido por el soldado, Benadí penetró a una amplia habitación desconocida, donde había un mobiliario tan disparatado por su forma que le sorprendió. Cuando se dio cuenta de la utilidad del moblaje le recorrió un escalofrío por toda la espalda. En un rincón, tendido en el suelo, se encontraba Sanchillo con la espalda descubierta y repleta de verdugones. El boticario miró a su pupilo, se volvió hacia el soldado y le dijo

- Ayudadme a depositar a este joven sobre aquel jergón.

Entre los dos depositaron a Sanchillo boca abajo sobre un camastro que se encontraba en un lateral. El médico se dispuso a curarlo, pero antes despidió al hombre que le había ayudado, encargándole que le rogara al jefe de la guarnición que bajara a verlo.

Benadí comprobó que los moratones de la espalda estaban limpios, le puso la mano en la frente para comprobar que tenía fiebre y, cogiendo un frasco de su bolsa, lo destapó y la puso debajo de la

nariz del paciente. Éste reaccionó inmediatamente, recuperó el sentido y comenzó a desgranar una apagada ristra de quejas y de llantos. El médico extrajo una esponja de su bolsa sobre la que esparció el contenido de un frasco, a continuación fue tocando con toda suavidad la parte herida, mientras que el cuerpo del joven se convulsionaba ligeramente. Una vez terminada esa operación, se dedicó a cubrir las heridas con una pomada grisácea que pareció calmar los dolores del azotado. En ese momento llegó Rodrigo, al que le dijo,

- Amigo mío, este joven se encuentra mal y, aunque no hay que temer por su vida, no podrá valerse por sí mismo en bastante tiempo. ¿Qué podemos hacer por él?

Rodrigo miró hoscamente al joven tendido en aquel camastro y volvió su mirada hacia Benadí en el que comprobó una expresión de súplica. Algo conmovido por la solidaridad del médico le dijo,

- Cuando lo curéis lo haré trasladar a las dependencias del cuerpo de guardia para que lo atiendan y lo alimenten. Pero recordad que lo que padece lo tiene bien ganado.
- Lo sé... lo sé, - reconoció el médico, - pero no podemos dejarlo abandonado como si fuera una fiera. Además, – añadió el *hakim* esbozando una taimada sonrisa – me veo en la necesidad de abusar de nuevo de vuestra bondad en beneficio de este desgraciado. En la puerta se encuentra su madre, que es cocinera de la fortaleza, permitidle que le acompañe y le consuele
- Sea como deseáis. – Contestó secamente el condestable. -

Ahora, si me permitís, debo volver a continuar con mis obligaciones. – Rodrigo inició una marcial retirada hasta que, pensándolo mejor, se detuvo y le dijo a su compañero de indagaciones. - No estéis preocupado, lo atenderán bien. Vos podréis comprobarlo cuando vayáis a curarlo. Que Dios os guarde.

Benadí se quedó solo con el herido, cuyas lesiones fue cubriendo con trozos de lienzo mientras trataba de consolarlo con suaves palabras. Al salir, consoló a la cocinera y la advirtió de que siguiera a su hijo cuando lo trasladaran.

Los dos médicos musulmanes habían terminado de comer cuando entró la sirvienta y comenzó a recoger el servicio. Benadí se levantó diligentemente y se dirigió a su sala de trabajo para iniciar la preparación del té y, sin poder evitarlo, recordó a su ayudante que ahora reposaba en el cuerpo de guardia rodeado de soldados y de armas. Cuando lo tuvo todo preparado llevó el servicio al comedor y esperó con Anwar la llegada de sus invitados. Pronto llamaron a la puerta y, tras la venia, apareció el jefe de la guarnición que penetró en la estancia con una sonrisa distendida.

- Bienvenido, Rodrigo, permitidme que os presente a Anwar ibn-

Ahmed al-Afif, el colega del que os hablé y que se encuentra entre nosotros unos días descansando, antes de proseguir su largo viaje.

- Me alegro de volver a saludaros, señor, - dijo secamente Rodrigo Rodríguez.
- A mí también me resulta satisfactorio. – Respondió Anwar, que añadió con una ligera sonrisa, – ya sé que habéis participado activamente en la resolución de las muertes de los dos caballeros, por lo que os felicito.
- Gracias, son obligaciones del servicio. Pero sin la astucia de vuestro colega no sé si hubiese podido llegar hasta el final.

Benadí, siempre atento al buen entendimiento entre sus huéspedes, intervino tratando de evitar que recordasen el incidente de la salida del castillo y con un tinte de misterio en su voz, le dijo al condestable:

- Parecéis muy optimista, amigo Rodrigo. Pero el final de nuestro caso puede estar todavía muy lejos.

Sus interlocutores le miraron sorprendidos, Rodrigo con un gesto humorístico y Anwar con una mirada de inquietud. Pero no tuvieron tiempo de decir nada, pues de nuevo se oyeron unos golpes en la puerta que motivaron que Benadí se levantara y fuera a abrirla. Sus contertulios estaban esperando para entrar, sólo faltaba Pedro Álvarez. Una vez dentro y, tras los obligados saludos, Tello Ruiz comenzó felicitando a los dos investigadores por el éxito de su labor y terminó diciendo,

- Pedro no ha podido venir, tenía cuestiones que resolver en la villa y allí debe estar. – Dirigiéndose a Benadí le expresó, - como habréis podido notar, he atendido a una de vuestras peticiones. La otra la resolveré mañana.
- Muchas gracias por vuestra atención. Lamento la ausencia de nuestro hidalgo, – respondió el médico.

En ese momento intervino Mendo García manifestando también su admiración por la feliz conclusión de las indagaciones realizadas por Rodrigo y Benadí. Como conclusión a su proclama añadió algunas cuestiones de interés,

- El que se encuentra exultante es Alvar. La verdad es que estos asesinatos lo habían comprometido mucho delante del conde Assur, y la resolución del caso le han simplificado las explicaciones. Pero... no sé, está demasiado contento para el carácter frío y rígido que acostumbra a mostrar. ¿Saben vuestras mercedes de alguna otra causa que justifique tan manifiesta euforia?

Por un instante, las miradas de Benadí y de Rodrigo se cruzaron, pero nadie dijo nada. Domingo se demoró un tiempo mientras miraba a todos los presentes.

- Siempre resulta reconfortante el triunfo de la justicia y de la verdad y vuestras mercedes, caballeros, habéis conseguido que ambas brillen en la tediosa vida de este castillo. Porque ambas están tan unidas que van siempre juntas. Se cuenta que...

Al comprobar que el capellán comenzaba una de sus muchas historias, todos se acomodaron en sus asientos y se prepararon para

escuchar,

- Como os decía, se cuenta que antes de crear al hombre, el buen Dios reunió las potencias que había de asignar al nuevo ser en un gran palacio rodeado de un hermoso jardín. De esa forma trató de que esas capacidades se reunieran según sus afinidades para que su incorporación a los seres humanos fuera más equilibrada. Con el fin de provocar el agrupamiento les concedió el don de la atracción y de la repulsión específica entre ellos, lo cual significó una enorme fuerza de cohesión. En efecto, el orgullo, con su armadura resplandeciente y su gesto altivo, atrajo a su alrededor a varias damas, entre las que se encontraban la soberbia y la jactancia.

El cura de detuvo un momento mientras reflexionaba acerca de algún otro ejemplo que resultara edificante y añadió,

- También el caballero dolor, con sus largas vestiduras negras y su rictus de sufrimiento, se vio rodeado de parciales entre las que encontró a la desesperación y a la muerte. Pero posiblemente el caballero que más éxito tuvo fue el amor, que apareció vestido con una armadura dorada y la cara cubierta por un yelmo luminoso. Entre las damas que pretendían sus favores destacaron la justicia y la verdad, porque otras se retiraron. Por ejemplo la caridad renunció al caballero por deferencia hacia sus hermanas y la humildad no se creyó digna de tan importante doncel. Por eso, desde entonces, la justicia y la verdad marchan unidas por el amor.

Un murmullo de aprobación siguió a la narración del cura, lo cual aprovechó Benadí para levantarse y dirigirse a su sala de trabajo.



Al momento apareció con los avíos para elaborar el té y se dispuso a realizar sus conocidas manipulaciones. Una vez servido el dorado líquido, la conversación sólo tuvo un objeto, saber cómo se cometieron los crímenes y quién y por qué se llevaron a cabo.

Benadí y Rodrigo se alternaron para explicar las razones de tan atroz comportamiento. Después fueron desmenuzando las acciones que acometió Inés para conseguir el fin propuesto y cómo Sanchillo se dejó arrastrar en esa caída al abismo.

Inmediatamente, se produjeron reacciones en las que cada uno trató de añadir las piezas que poseía de aquel rompecabezas.

Comenzó Mendo, que declaró,

- Yo incorporé a esa joven al servicio del castillo por orden del alcaide y he tratado de hacer memoria del primer y único encuentro que tuvimos. Creo recordar que vino acompañada por su padre y la impresión que me dieron fue que se trataban de personas sencillas y de escasas luces, al menos el padre, porque ella no abrió los labios. Después se la mandé a Tello para que le asignara quehaceres. Desde entonces le envié puntualmente el estipendio del servicio a la familia que, como habéis hecho notar, tienen otra hija alienada.
- Yo me limité a enviarla a la cocina para que Gelmiro le asignara una tarea. - Aclaró a continuación el clavero. - Hasta ahora no he vuelto a saber nada de ella, de lo que deduzco que su comportamiento ha sido siempre bueno.

A partir de esta última intervención, la conversación derivó hacia el comportamiento de los criados, la mayor parte de los cuales se mostraban tan cumplidores y leales que más parecían familiares

que empleados. Esa variante del tema la aprovecho el capellán para instruir a los presentes,

- Precisamente esa jerarquía social a la aludís, en la que cada persona ocupa su lugar y desarrolla su labor calladamente, es la base de la estabilidad y del poderío del reino. Otra razón por la que debemos agradecer al Altísimo el orden natural que nos concedió. Sin embargo, como en este caso, siempre aparecen casos especiales en los que profundas razones personales alteran el normal discurrir de la vida. Las grandes revueltas suceden cuando varios de estos casos particulares se superponen o se suman dando lugar a la perturbación circunstancial del orden divino.

Anwar se removió en su asiento y, movido por los sabios consejos de su colega, trató de cubrir con amabilidad el rechazo frontal a las tesis del sacerdote, por lo que planteó lo siguiente,

- Decidme, entonces, como se pueden justificar las querellas entre los grandes señores y las ambiciones de los príncipes, que han dado lugar a tantas guerras con el exclusivo afán de conseguir ventajas materiales.
- ¡Ah!, eso es fácil, - repuso el cura sin concederle especial importancia, - se tratan también de los casos particulares que he citado antes, pero ahora los sujetos son hombres poderosos. Porque resulta que entre las pasiones más primitivas del hombre se encuentra la soberbia, que lleva a creer que uno puede engañar pero no ser engañado, que uno puede vencer pero no ser vencido. Os voy a poner un ejemplo contándoos la historia del ladrón robado.

La intensa mirada de Benadí reprimió la intención de Anwar de interrumpir al clérigo e iniciar con él una controversia inútil. Mientras, los restantes tertulios esperaron expectantes la nueva narración del sacerdote.

- Erase una ceca gobernada por un judío meticulado y lleno de codicia. El rey le tenía asignada una producción diaria de acuñar cien monedas por cada operario. Cierta día el judío descubrió que uno de ellos, al que llamaremos Saúl, trabajaba con tanto esmero que lo mandó llamar. Saúl le comunicó que la producción establecida era muy baja, que él podría producir hasta ciento veinte monedas todos los días, pero no podía hacerlo delante de sus compañeros porque se indignarían con él. El taimado judío arregló el problema situando a Saúl en una sala aparte, con lo cual se apoderaba de veinte monedas diarias que le permitieron enriquecerse.

Se produjo la pausa que acostumbraba a concederse Domingo para tomar aliento y para ver la reacción que producía su relato,

- Pasó el tiempo y el judío, ya acaudalado, fue invitado a la casa de un desconocido que se mostraba aún más rico que él. Cuando llegó se encontró que aquel poderoso personaje era Saúl, que lo recibió con agrado y condescendencia. Cuando el hebreo le preguntó por su fortuna, Saúl se rió y terminó confesándole que en lugar de ciento veinte monedas, él acuñaba diariamente ciento cincuenta, por lo que treinta de las cuales aumentaban su patrimonio y, así, alcanzó la opulencia actual. El judío, todo corrido, se marchó de la casa sin despedirse.

- En verdad, Domingo – le halagó Benadí – tenéis una imaginación desbordante y una capacidad única para divertir a vuestro auditorio mientras lo instruís.
- Pues sintiéndolo mucho, ahora debo retirarme que esta tarde tengo función en la capilla.

Aprovechando la marcha del cura, los restantes invitados se despidieron con la curiosidad satisfecha y agradeciéndole al médico el té y los licores con que los había agasajados.

Cuando se quedaron solos los dos galenos, Anwar no pudo aguantar por más tiempo la indignación que sentía, y explotó sin consideración.

- ¡Ese maldito clérigo! Es dogmático hasta las entrañas. ¡Proclama sin recato la individualidad de las personas frente a la divinidad, y su capacidad para elegir entre el bien y el mal! ¡Le escamotea a Dios la capacidad de decidir el destino de los hombres y se lo regala a sus criaturas! ¡¡¡Qué herejía!!! Alá, el misericordioso, es el único que posee la potestad para conocer el futuro y amoldarlo a sus propósitos para que todos lo cumplamos.

Benadí se sintió anonadado por aquel arretrato de ira. Cuando su colega terminó de gritar, le rogó,

- Calmaos, amigo mío. Con esa actitud no vais a conseguir la paz que buscáis en un monasterio cristiano. Lo que habéis escuchado aquí es sólo una pequeña parte de lo que tendréis que oír allí durante todo el día. ¿Acaso no podéis dejar que los demás crean en lo que les parezca?

Anwar pareció irritarse aún más de lo que estaba y, sin poder evitarlo, se dirigió a su compañero hablándole entre dientes como para contener su violencia,

- Pretendéis que sea como vos, que no recitáis la *shahada*<sup>[36]</sup>, ni rezáis a las horas prescritas, ni os he visto practicar la caridad dando limosnas, ni sé si cumplís con el ramadán o si pensáis viajar a la Meca. Creo que os habéis adaptado tanto a la vida de los cristianos, que habéis abandonado la fe en el Islam y ya no sois sumiso a Alá, el misericordioso.

Benadí estaba atónito, lo último que esperaba de aquel viejo compañero, con el que había sido hospitalario y gentil, es que llegara al extremo de llamarle descreído. Se quedó completamente confundido, no sabía si dejar pasar aquel arranque como un desahogo natural en la adaptación de Anwar a su nueva vida, o responderle categóricamente exigiéndole una reparación a lo que podía considerar una ofensa. Se decidió por la segunda opción, pero en el último instante cambio de parecer, logró distender una torpe sonrisa y le preguntó a su interlocutor,

- ¿Os dais cuenta que estáis actuando igual que Domingo, pero desde otro punto de vista?

Esta vez fue a Anwar al que le faltaron las palabras, aunque el brillo de los ojos denotaba que su indignación iba en aumento. Por ello, Benadí trató de cambiar el tema de la conversación para lo que se limitó a comunicarle,

- Ya debéis saber que la clausura de la fortaleza ha terminado y, dada la prisa que habéis manifestado, podéis marcharos cuando

queráis.

Anwar tragó saliva y pareció calmarse un poco, pues su atención se centró en algo mucho más importante que su indignación, miró a su compañero con intensidad y le preguntó,

- ¿Por qué creéis que tengo prisa?
- Porque me lo habéis manifestado con toda claridad y porque lograsteis salir de la fortaleza para buscar una caravana a la que acompañar en vuestra marcha. Por cierto, ¿hacia dónde pensáis ir?

El zaragozano se mostró vacilante, miró a través de las ventanas tratando de conseguir el tiempo necesario para meditar la respuesta, se volvió hacia su colega y descubrió su atención extrema. Inmediatamente se percató de que la pregunta no era retórica, Benadí debía conocer la respuesta correcta y estaba tendiéndole una trampa. Se mantuvo un momento dubitativo y finalmente, como si acabara de tomar una decisión, le dijo,

- He decidido volver a Zaragoza.
- ¿Cómo es eso?, pues no me habíais dicho que ya sólo os quedaban allí malos recuerdos que no queríais reavivar.

El fruncimiento de la frente de Anwar demostraba su concentración para encontrar razones que justificasen su cambio de parecer. Benadí dedujo que tenía que buscar las excusas sobre la marcha, porque habría pensado que no tendría que darlas. Se sintió profundamente decepcionado por la actuación de su colega. Mientras, el zaragozano echó mano de su indignación para tratar de justificar el hecho

imperdonable de no haber comunicado a su compañero su cambio de destino.

- Ciertamente, pero después de mi estancia en esta fortaleza, prefiero volver a Zaragoza, por muy inhóspita que me resulte, antes que seguir conviviendo con los cristianos. Estos infieles son descorteses en el trato y brutales en sus comportamientos. Carecen del más mínimo refinamiento en sus gustos, viven con una austeridad de ermitaños y se muestran insensibles a la Verdad.

Anwar estaba exaltado, liberarse de todo el desprecio que había acumulado contra aquellos castellanos le fue calmando lo suficiente para añadir,

- No sé si consideráis correcto lo que os estoy diciendo, pero creo firmemente que vuestra estancia entre estos infieles ha debilitado mucho vuestra fe. Amén que su compañía resulta siempre áspera y perturbadora, su seguridad es ofensiva, su desenvoltura atenta contra la más elemental cortesía y su ignorancia hiere la instrucción básica. Razón sobrada tuvo el Profeta para escribir en el sura noveno *“¡Id a la guerra, tanto si os es fácil como si os es difícil! ¡Luchad por Alá con vuestra hacienda y vuestras personas! Es mejor para vosotros”*. Por eso, mi buen hermano, todos ellos merecen acabar destruidos por el verdadero Dios... o por nosotros mismos.

Después de tantos exabruptos Anwar pareció calmarse lo suficiente como para analizar la expresión de su colega, que se mostraba expectante y con un gesto indefinido. Sin embargo, el espíritu de Benadí no estaba en calma, muy al contrario, intentaba

asumir el asombro que le producían las palabras de su compañero. Se preguntaba ¿dónde está el calmoso y resignado Anwar que se presentó ante mí hace unos días? Aquel hombre que se expresaba con tanta violencia era nuevo para él y le hizo recordar las prevenciones que le habían despertado sus otras muchas acciones inconsistentes. Decidió no comprometerse en la conversación y meditar posteriormente lo que acababa de presenciar. Por su parte, al zaragozano, viéndolo tan atento y pacífico, se le pasó una idea por la cabeza que no tuvo que meditar, la expuso directamente,

- ¿Por qué no os venís conmigo a la capital de la Marca Mayor? Allí podríais recuperar vuestra vida religiosa, vivir de una manera civilizada y, si queréis, podemos montar conjuntamente una botica que nos permita vivir.

De nuevo Benadí se quedó en suspenso, aunque externamente pareció no inmutarse. Lentamente se fue recuperando y contestó dubitativo,

- No paráis de sorprenderme. Cuanto habéis cambiado en unos días. De aquel viajero inseguro que llegó pidiendo hospitalidad, hasta este hombre seguro que trata de redimirme.
- ¡Oh! Nada de eso. Yo no he cambiado, han sido las circunstancias las que me obligan a modificar mis planes, justamente para no verme obligado a cambiar. Por eso reitero mi oferta, todavía estáis en condiciones de abandonar esta vida castrense y profana y volver a un lugar civilizado y santificado por Alá, el misericordioso.

Benadí le miró pensativo, volvió a pensar que necesitaba tiempo



para recapacitar y para conseguirlo se levantó bruscamente y le dijo a su acompañante,

- Creo que es hora de que tomemos algo de comer. Esperad un momento que voy a buscar un refrigerio. – y salió diligente del cuarto.

Al rato regresó con una bandeja en la había una jarra de leche, dos vasos y unos trozos de pan. La dejó encima de la mesa y entró en su sala de trabajo para recoger un tarro de miel. Los dos musulmanes, se sirvieron la bebida y comieron el pan untado con la miel. Mientras se dedicaban a tan nutritiva actividad sus cerebros y sus conciencias trabajaban en silencio. Una vez terminada la colación, Anwar le dijo a su acompañante,

- Ahora habéis de perdonarme, porque es la hora de la oración del Ars<sup>[37]</sup>. Os deseo un feliz descanso.

Benadí se quedó disfrutando del fuego de la chimenea sumido en profundas reflexiones. El violento rechazo de su colega hacia los cristianos y la sorprendente oferta de acompañarlo fueron los dos puntos centrales de sus pensamientos iniciales. A partir de ellos fue configurando una especie de hilo en el que fue enhebrando todos los acontecimientos relacionados con su colega que estaban perdidos en su memoria. Recordó su encuentro con las dos víctimas, horas antes de su deceso, la desaparición de la botella del licor de endrina y su salida fraudulenta del castillo. Poco a poco, su cavilación hizo que se relajara hasta el punto de que se adormeció y comenzó a vivir una especie de ensoñación. Se sintió metido en un enredo que comenzaba a asemejarse a un laberinto en el que se movían

personajes algo deformes, entre los que se encontraban una caricatura de Anwar que remarcaba su piel morena, casi negra, de descendiente de bereberes; un belicoso jinete con lanza en ristre y con la celada prieta cuyo pelo rojizo ondulaba al viento y también aparecía una joven con blanco delantal y reluciente cofia que recordaba a Inés.

Aunque breve, el sueño en que se sumió Benadí fue profundo. En la oscura cueva en la que se desenvolvía su pensamiento creyó apreciar tenues iluminaciones y dispersos reflejos. Inicialmente, todos ellos bailaban en completo desorden y su extraña danza le producía la chocante sensación de encontrarse aturdido y confuso. Poco a poco, las luces y sus reverberaciones se fueron disponiendo en diferentes puntos del espacio, unos próximos y otros en posiciones más distantes, de manera que formaron una compleja y clara malla en las tres dimensiones del espacio. Cuando alcanzaron sus posiciones definitivas, aquellos fuegos fatuos parecieron conformar una especie de firmamento nocturno sin que su solemne ordenamiento se viera alterado por ninguna otra influencia.

Al despertar se encontró renovado y con el convencimiento de que había resuelto el misterio que le preocupaba. Tan viva fue esa sensación, que trató de hacer memoria de su sueño para encontrar el nudo gordiano que le parecía haber cortado bajo aquella bóveda de luciérnagas. Todo fue en vano, no recordaba qué había sido lo que le produjo aquella sensación de plenitud y de seguridad. Lo cierto fue que, a pesar de convencerse de que no había encontrado nada nuevo bajo aquel cielo estrellado, la sensación de lucidez por haber relacionado todos los hechos permaneció y llegó a producirle una

sensación de placidez rayana en la felicidad. En esas condiciones se retiró a su dormitorio, con el convencimiento de que a la mañana siguiente quedaría todo resuelto.

## Capítulo XII

Viernes 24 de noviembre de 943

Aquella mañana, cuando Benadí llegó a su laboratorio tras una noche de insomnio para prepararse el té, descubrió que Anwar se le había adelantado y lo esperaba con la infusión preparada. Después de tomarla, Benadí se dirigió a su compañero diciéndole,

- Esta noche he meditado mucho sobre la propuesta que me hicisteis ayer; me resulta muy tentadora. Creo, sin embargo, que antes de tomar una decisión debo consultar con Alvar, que siempre confió en mí, y también resolver algunas otras cuestiones pendientes.
- ¡Oh! Me dais una sorpresa bien agradable. Me parece

razonable que antes de marchar arregléis aquí todos vuestros asuntos. – Aseveró satisfecho Anwar.

- Si estáis de acuerdo, le pediré audiencia al alcaide para después de la comida, de esa manera vos podréis despediros y yo consultar la posibilidad de mi marcha.
- Es una decisión ajustada a las circunstancias, pues así podré entregarle al alcaide un presente con que agradecerle la hospitalidad que me ha prestado – repuso el zaragozano y añadió obsequioso. - Como siempre, mostráis vuestro buen sentido y vuestra prudencia.
- Ahora debo marcharme a hacer mi ronda sanitaria, que sin la compañía de Sanchillo no sé cómo me las voy a arreglar.

Disponiendo su clásica bolsa y echándosela al hombro, Benadí salió de la estancia para atender a todos los heridos y enfermos de la fortaleza. Mucho más tarde, cuando sonaba el ángelus, Benadí se acercó al cuerpo de guardia y preguntó por Rodrigo Rodríguez. El caballero que guardaba la puerta de la fortaleza mandó a un soldado a buscarlo. Mientras lo esperaba, el físico se dedicó a atender a su pupilo, Sanchillo. Encontró que no tenía fiebre aunque las heridas de la espalda se habían inflamado y presentaban bastante mal aspecto. Se detuvo en limpiarlas y en aplicarle el ungüento que calmaba los dolores. Estaba hablando con el penado y su madre, dándole ánimos y esperanzas de futuro, cuando llegó Rodrigo y le dijo algo asombrado,

- Buen día amigo mío, ¿cómo puedo ayudaros?
- Veréis... Ahora voy a pedir audiencia a Alvar para que nos

reciba a Anwar y a mí. Me gustaría que vos estuvierais presente porque podréis aportar testimonio acerca de algunos de los temas que trataremos.

- Haré lo que dispongáis, – concedió el caballero.
- Gracias, Rodrigo. Puede que la reunión resulte algo desabrida. Quedad con Dios hasta esta tarde, en la que puede que nos enfrentemos con algunos demonios.
- Estáis tan enigmático que ya ansío encontrarme con vuestras mercedes para descubrir que misterio os traéis entre manos. Id con el Altísimo.

Después, el físico se dirigió a solicitar la audiencia de aquella tarde y, tras conseguirla, volvió a sus aposentos para descansar un poco y comer unas vituallas que no serían servidas por su recordado Sanchillo.

Aquella tarde, al penetrar en la sala de audiencia, Anwar descubrió inmediatamente la presencia de Rodrigo, lo que le resultó extraño aunque, pensó, podía ser una costumbre de aquellos belicosos cristianos contar siempre con la presencia de la autoridad militar. Después de las saluciones de rigor y de haberse sentado todos

ellos, Benadí inició la entrevista diciendo,

- Señor hemos venido a vuestra presencia por varias razones, la primera de las cuales es que nuestro invitado Anwar ibn-Ahmed al-Afif desea agradeceros vuestra hospitalidad y despedirse de vos.
- Ciertamente, - prosiguió Anwar – debo reconocer que he sido muy bien acogido por todas las personas de esta fortaleza y he podido descansar de mi agotador viaje. Por todo ello, señor, deseo manifestaros mi agradecimiento más sincero y dejar constancia de que me llevo un elevado recuerdo de esta importante fortaleza y de sus gentes.

El alcaide sonrió complacido y animó con un gesto al musulmán a que continuara hablando como parecía su intención. El zaragozano rebuscó en el repujado bolso de cuero que colgaba de su hombro y sacando un pequeño envoltorio se lo tendió al alcaide con una ligera inclinación de cabeza,

- Permitidme, señor, que os haga entrega de un humilde obsequio que os recuerde nuestra estancia en la fortaleza. Se trata de un libro ilustrado procedente de Bagdad que cuenta una serie de historias ejemplarizantes contadas por dos zorros cuyos nombres le dan título al libro "*Calila y Dimna*". El libro está confeccionado en ese nuevo material que se llama papel, que lo hace más ligero y fácil de manejar.

Alvar recibió el regalo manifiestamente complacido, lo hojeó con detenimiento y añadió expresando su satisfacción,

- Noble Anwar, es un regalo propio de un príncipe, lo guardaré

como lo que es, una joya. – Tras una breve pausa continuó. - La hospitalidad es algo más que una virtud en estas tierras fronterizas, pues los peligros que acechan a los viajeros son tan grandes que se convierte en una necesidad. Por tanto, digno Ahmed al-Afif, no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber de humanidad y de buena vecindad. Vuestra deuda quedará completamente saldada el día que acojáis de buen grado a otro necesitado.

- No dudéis que lo haré en recuerdo de mi estancia entre vuestras mercedes.

Considerando que la despedida había llegado a su fin, Benadí tomó de nuevo la palabra y dirigiéndose al alcaide le manifestó,

- Señor, mi colega ha decidido regresar a Zaragoza y me ha pedido que le acompañe. Antes de considerar esa posibilidad tengo necesidad de conocer vuestra opinión, porque es mucho lo que os debo y no me gustaría dejar a vuestras gentes sin la atención médica que ahora les dispenso. ¿Permitiríais que me marchase de vuestro castillo?
- ¡Oh!, Benadí, lo que acabo de oír me entristece, porque perder un buen amigo y un fiel y competente médico el mismo día, es un hecho que sólo puede producir pesadumbre. Os aseguro que en esta comunidad se os quiere y se os respeta como consecuencia de vuestro irreprochable comportamiento. Pero..., amigo mío, ¿qué puedo hacer yo? ¿Sería justo responder a vuestro irreprochable quehacer con una negativa? Nada de eso, por dignidad y por justicia debemos doblegarnos a vuestra decisión por mucho que nos pese. Por tanto, decidid



con completa libertad.

- Gracias, señor, os enaltece tan sabia sentencia. – Expresó el boticario emocionado. - Pero antes de acordar lo que debo hacer, me gustaría contar con vuestro permiso para aclarar algunos puntos que todavía me resultan oscuros en la complicada tela de araña que hemos vivido últimamente.
- Tenéis mi autorización para aclarar todas las cuestiones que consideréis oportunas.

Benadí se levantó y comenzó a realizar breves paseos con las manos a la espalda y la cabeza gacha, como si reflexionase profundamente. Los presentes permanecieron expectantes para ver qué pretendía el médico. De pronto, el físico detuvo sus paseos y dirigiéndose a su colega le preguntó pausadamente:

- Decidme Anwar, si vuestra intención era ir de Zaragoza a Burgos, ¿por qué os desviasteis tanto de vuestro camino para venir a descansar aquí?
- ¡Ah! Eso es sencillo de responder – adujo el zaragozano sorprendido por la pregunta. – En la posada de Briviesca, donde pernocté, oí decir que os encontrabais en esta fortaleza y decidir venir a veros y a descansar en vuestra compañía. Me pareció más adecuado que hacerlo entre la gente desconocida de Burgos.
- Y, en verdad, ¿recorrer tanta distancia os mereció la pena? – Insistió Benadí.
- Por supuesto, aquí me he encontrado muy bien atendido y

mejor tratado que entre gentes mercenarias.

Anwar no sabía adónde quería llegar su colega, pues sus preguntas no revelaban sus intenciones. Por su parte, el físico continuó sus paseos hasta que volviéndose de nuevo hacia el musulmán le espetó,

- ¿La atención que habéis recibido aquí fue la causa de que prepararais vuestra partida, sólo dos días después de la llegada?
- No, simplemente no quise abusar de vuestra prodigalidad.

El interrogado decidió reducir sus respuestas a la mínima expresión hasta tener conciencia de los propósitos de su interrogador, el cual siguió en un tono cada vez más incisivo.

- En verdad que vuestra intención era loable. ¿Pero requería tanta urgencia como para saltaros la clausura del castillo mediante una artera argucia?
- Hombre... Salam, ¿a qué treta os referís? – Cuestionó el sorprendido zaragozano.
- A solicitar la salida de la fortaleza por mi recomendación, - y dirigiéndose al jefe de la guarnición le preguntó - ¿no fue así Rodrigo?

El militar contestó afirmativamente, lo que confundió aún más al desorientado alcaide, que miraba a unos y a otros sin entender que sucedía a su alrededor. Anwar tardó en contestar y cuando lo hizo fue sin convicción,

- Bueno... emplear las influencias para conseguir un fin sencillo no pasa de ser una falta sin importancia.
- Cierto, - intervino Benadí con vehemencia – pero hay en ello algo importante que me inquieta, ¿por qué teníais tanta prisa en irros?
- Ya os lo he dicho, trataba de perturbar lo menos posible la placentera vida de este alcázar.
- Lo siento, Anwar..., pero esa razón no se sostiene.

La afirmación del físico hizo reaccionar a su colega que, echando el cuerpo hacia adelante, pareció encararse con él diciéndole,

- No alcanzo a entender por qué me hacéis esas preguntas y, sobre todo, no veo la razón para emplear ese tono conminatorio. ¿Qué pretendéis?
- Sólo quiero entender, - repuso Benadí. – Vuestro comportamiento ha estado jalonado de acciones fútiles que aparentemente no tenían sentido ni justificación. Quiero convencerme de que vuestra conducta ha sido recta y ha correspondido a la franca hospitalidad que os hemos concedido.

El zaragozano miró airado a su interrogador y, tratando de demostrar la irrelevancia de sus afirmaciones, le preguntó:

- No entiendo a qué acciones os referís. ¿No os parece que estáis sobrepasando los límites que impone una buena amistad?

El *hakim* de la fortaleza no se arredró ante la indiferencia mostrada

por su colega; muy al contrario, descargó una de las principales dudas que lo habían tenido despierto la noche pasada,

- Consideremos la primera de vuestras triviales acciones: a vuestra llegada a este castillo afirmasteis que estabais en tránsito hacia Sahagún, en Burgos. Sin embargo, esta mañana me habéis reconocido vuestro deseo actual de volver a Zaragoza inmediatamente. ¿Podéis explicarme que os indujo a cambiar de parecer?
- Creo que ya os lo explique con detalle. La convivencia con los cristianos de esta fortaleza me ha convencido de que mi vida entre religiosos cristianos sería tan insatisfactoria que no merecía la pena continuar el viaje.

Benadí esperaba esa respuesta u otra similar, por lo que revolviéndose bruscamente hacia el sorprendido Anwar le espetó:

- Permitidme que os diga que esa respuesta es impropia de vuestra inteligencia. Iniciar un largo viaje atravesando una frontera tan peligrosa, recorriendo una tierra extraña y con un tiempo tan agrio, sólo se decide después de una larga meditación y de un firme convencimiento. ¿Cómo es posible que tan elaborada determinación se viniera abajo por dos entretenidas tertulias con algunos de nuestros castellanos?

El desconcierto se reflejó en su rostro del zaragozano durante un instante, inmediatamente se recompuso y, tras una breve meditación, respondió:

- Aunque esas reuniones os resultaran intrascendentes a vos, para mí representaron un claro reflejo de la idiosincrasia de

estos infieles.

- Aunque insistáis, esa respuesta no se corresponde con la que cabría esperar de vos. – Porfió decidido el boticario. - Os la formularé con mayor claridad, ¿qué objetivo tenía vuestra venida a este castillo de Lara?
- Os repito que mi estancia aquí ha sido puramente circunstancial, el único objetivo era descansar y veros.

Benadí movió la cabeza varias veces negando, la terquedad de su interlocutor para no darle una respuesta clara le convenció de que ocultaba alguna razón importante, por lo que concluyó:

- Bien, ya veo que no queréis responder a mi pregunta. Dejemos esta respuesta en blanco y pasemos a otras cuestiones.

El ambiente se había ido caldeando a medida que avanzaba el interrogatorio, el alcaide y Rodrigo seguían el cruce de locuciones sin alcanzar cual era el motivo de aquel combate dialéctico. Por su parte, los dos médicos se veían concentrados en el interrogatorio, uno exaltado por organizar adecuadamente las preguntas y el otro renuente a conceder amplias repuestas que pudieran comprometerle y con el rostro cada vez más congestionado por la ira que le iba inundando. Así las cosas, el físico del castillo persistió,

- Continuemos, - dijo - vos fuisteis la última persona que habló con Suero y con Lope. El día de autos coincidisteis con ellos en la puerta de la fortaleza mientras charlabais con el caballero de guardia, ¿no fue así?

- Sí, – respondió escuetamente el zaragozano.
- Después de dejar el cuerpo de guardia, os fuisteis con ellos manteniendo una animada conversación, ¿podéis indicarnos de qué hablasteis?
- ¡Ah!, no sé, supongo que de trivialidades.
- Anwar, os ruego que respondáis adecuadamente a mis preguntas.

El musulmán se removió en su duro asiento con el rostro cárdeno y la mirada tormentosa, miró a todos lados como buscando inspiración y respondió airadamente,

- ¿Por qué he de hacerlo? Sigo sin entender lo que pretendéis y el motivo de este penoso interrogatorio en público.
- Porque nos interesa a los dos. A vos porque podréis salir de esta fortaleza indemne y a mí porque me permitirá decidir si os acompaño con tranquilidad de espíritu.

Anwar no supo qué responder, se le veía concentrado en su irritación sin poder hallar una respuesta convincente y, al no encontrarla, divagó

- No sé, sería de caballos...
- Por favor, no os riáis de nosotros. A vos no os interesa absolutamente nada las caballerías, ni sabéis siquiera como mantenerlas. El mulo con que llegasteis lo dejasteis abandonado en la cuadra y tuve que decirle a los mozos que lo cuidaran.

- Bueno, pues sería de armas o de libros. – Divagó el zaragozano.
- Insistís en ocultarnos vuestro tema de conversación. ¿Acaso no hablasteis de comercio?
- Ya sabéis que ahora yo no me dedico a esa actividad. – Se excusó receloso el interrogado.
- Sí, lo sé. Pero antes sí lo hacíais y también sé que los caballeros difuntos nunca rechazaron un buen lucro. Ese fue el único punto que teníais en común. Porque vos conocíais a Suero antes de que lo vieseis en la entrada del castillo y sabíais de su afición a los negocios fáciles y rentables. – Afirmó con contundencia Benadí.
- ¿Por qué decís eso? Yo no conocía a Suero ni sabía de sus aficiones. ¿De qué manera podría yo interesarle en compartir una actividad comercial?
- Muy fácil. Vos podíais conseguir géneros en Zaragoza a bajo precio y ellos se dedicarían a venderlo en toda Castilla con pingües beneficios.

Ante aquella afirmación Anwar bajo la cabeza. Su nerviosismo y su enardecimiento ahogado eran cada vez más manifiestos, agitaba frenéticamente las piernas y sus manos permanecían agarradas fuertemente al borde de la mesa. Por su parte, el físico aprovechó la evidente desazón de su colega para insistir en sus cuestiones,

- Contestadme al menos a esta otra pregunta. ¿Sabéis donde está la botella de licor de endrinas que había en mi sala de

trabajo y que ha desaparecido?

- La habrá cogido vuestro criado. – Denunció Anwar sin convencimiento.
- No, no lo ha hecho, y vos erais la otra persona que estaba autorizada para penetrar en esa estancia.
- ¿Me estáis acusando de robo? – Saltó Anwar en un desesperado afán de mostrarse ofendido ante tantas cuestiones que no podía responder.
- Todavía no llevo a tanto, pero ¿podíais contestarme claramente a algunas de las interrogantes que os plateo? – Recabó intencionadamente el boticario.
- Es que no tengo respuestas para tantas simplezas, ni obligación ni ganas de contestarlas.
- Entonces, ¿tampoco sabréis por qué los restos de esa botella se encontraron en la chimenea del refectorio de caballeros?
- No, claro que no, ¿cómo podría yo saber tal cosa? – Concluyó el forastero.

Benadí se giró hacia el resto del auditorio y no pudo reprimir una triste sonrisa cuando contempló las expresiones de Alvar y de Rodrigo. Tal era el asombro que mostraban sus rostros. Se acercó a ellos con idea de hacerles reaccionar y cuando consideró que se mostraban receptores les dijo,

- Habéis de saber, caballeros, que en palabras de mi colega Anwar, dos ennoblecidos castellanos motivaron la quiebra y el



suicidio de su hermano en Zaragoza. Por eso, - se volvió hacia su colega y le preguntó. – deseo saber si esos ennoblecidos castellanos eran Suero y Lope Fortúnez.

Anwar se quedó blanco en ese mismo instante, miró a su camarada con una intensa expresión de odio y contestó balbuciendo las palabras,

- No sé... no sé, no llegué a conocerlos.
- Eso no se ajusta a la verdad. – Argumentó Benadí con suma precisión. - En la tertulia que tuvimos hace algo más de una semana, describisteis a Suero con la cabeza cubierta por las llamas del infierno y, como sabemos todos, era pelirrojo.
- Y qué más da, posiblemente oiría hablar de él a mi hermano.
- Así pues, esos caballeros fueron los que llevaron a vuestro hermano a la ruina. – Estalló triunfante el *hakim*.
- ¡Oh! Yo no he dicho eso. Malinterpretáis mis palabras sin razón alguna.
- No, Anwar, no. Habéis mentido, conocíais sobradamente a esos caballeros y vinisteis a buscarlos para vengaros. Además, son demasiadas coincidencias, y me ha costado mucho esfuerzo ponerlas unas detrás de otras con cierto sentido. Por eso yo, en presencia de estos señores, os demando ¿asesinasteis a Suero Fortúnez y a su primo Lope?

El zaragozano no pudo más, se levantó de un salto y trató de atacar a Benadí que, atento a sus reacciones, se guareció detrás de Rodrigo.

- ¿Cómo podéis acusarme de un hecho tan grave sin tener la más mínima evidencia de ello? Traicionáis sin pudor a vuestro Dios y a vuestros hermanos, os habéis entregado sin decoro a las bárbaras costumbres y a la depravada vida de estos salvajes infieles. Y sin ningún recato os habéis entregado a su causa.

Benadí salió de su circunstancial resguardo y a pleno pulmón gritó:

- No es la causa de los cristianos, ni la causa de nadie. ¡Es la causa de la justicia! Y yo os acuso de haber envenenado a los caballeros Fortúnez en venganza por su comportamiento con vuestro hermano. Vos le ofrecisteis a los caballeros proporcionarles el licor de endrinas que yo había preparado y se lo disteis a probar una vez emponzoñado. Después, volvisteis al comedor, limpiasteis las copas con vino y arrojasteis las pruebas de vuestro crimen a la chimenea, donde las descubrimos más tarde. Tuvisteis el motivo, la ocasión y los medios para asesinarlos... y lo hicisteis.
- ¡Maldito traidor!... – Bramó el zaragozano con el gesto completamente descompuesto, - pero no sabéis que en el sura quinto del Libro Sagrado dejó dicho el profeta: "*Vida por vida, ojo por ojo, nariz por nariz, oreja por oreja, diente por diente y la ley del talión por las heridas*". Dejadme salir...

Anwar miró a su alrededor e hizo el gesto de ganar la puerta, lo que le impidió Rodrigo interponiéndose en su camino con la mano en la empuñadura de su arma. Entonces, el zaragozano corrió hacia un rincón, recorrió el pesado tapiz que cubría la pared y apareció una ventana desnuda. Se asomó a ella y apoyado en el alféizar el

iracundo boticario aspiró con ansia el aire frío que penetraba en la estancia. Permaneció en esa disposición el tiempo preciso para calmarse y recuperar el ánimo abatido por el interrogatorio a que le había sometido su pretendido amigo. Tras ello, se volvió hacia su auditorio y con una calma insospechada unos momentos antes, pero con una mirada hiriente cargada de odio le espetó a su colega,

- Todo lo que habéis dicho hasta ahora son elucubraciones vuestras, hechos inconexos y circunstancias fortuitas adobados por la mucha culpabilidad que sentís al encontraros alejado de la religión verdadera que yo os he mostrado con mi ejemplo. No poseéis un solo hecho verificable ni un solo testimonio fiable que demuestren vuestras ensoñaciones. Dejad ya de divertir a estos caballeros con una falsa querrela entre musulmanes que tanto les divierte.

Esta vez fue Benadí quien mostró un gesto de sorpresa por el repentino cambio de actitud de su interlocutor. De una situación de asustada pasividad y compostura defensiva había pasado a acusarle de carecer de las evidencias que justificasen sus afirmaciones. Entonces se sintió aterrado, aquel hombre tenía razón. No había encontrado ni una prueba ni una declaración que respaldasen sus acusaciones y, sin embargo, estaba convencido que había asesinado a los dos caballeros.

Preocupado por su tardanza en responder, Benadí volvió mentalmente atrás, al momento en que se le presentó el zaragozano y le dio largas explicaciones sobre el motivo del viaje y, casi sin saber cómo, se encontró diciendo,

- Estáis muy equivocado, Anwar. Existe una comprobación

material que demuestra que mis afirmaciones son verdaderas y, además, es muy fácil de conseguir.

Un desconcierto fugaz mostró la faz del boticario de Zaragoza, pero inmediatamente se recompuso y retó a Benadí diciéndole con una expresión de desprecio

- ¿Qué nuevo artificio estáis montando? Dejad ya de importunarnos con vuestros demonios.

Pero el *hakim* no sólo no se inmutó, sino que pareció reafirmarse en su propuesta y, con toda claridad, exclamó,

- Sea, comprobemos vuestra inocencia o vuestra culpabilidad. Mostradnos la correspondencia que habéis mantenido con el Monasterio de San Benito de León y que debéis llevar en ese lujoso bolso que portáis sobre el hombro. Si tal correspondencia existe, vuestra historia quedará confirmada pero, si no es así, vuestra culpabilidad resultará evidente.

La reacción de Anwar fue rápida y sorprendente, su rostro se tornó violáceo, giró sobre sí mismo varias veces mientras emitía sonidos incomprensibles, corrió desenfrenadamente hacia la ventana derribando varios asientos y subiéndose al alféizar, gritó

- ¡Por Alá, el misericordioso!

y se arrojó al vacío.

Los caballeros y los soldados que ocupaban en ese momento la plaza miraron al cielo al oír el grito, y vieron descender al musulmán mientras los faldones de su aljuba se abrían para concederle el aspecto de un pájaro siniestro. El golpe sordo que el cuerpo produjo

al llegar a tierra, resonó con fuerza en los oídos de aquellos aguerridos combatientes e hizo que muchos de ellos se santiguaran fervorosamente.

El alcaide y sus acompañantes se asomaron precipitadamente a la ventana y, al comprobar que el cuerpo permanecía quieto en un charco de sangre que aumentaba continuamente, volvieron dentro de la sala. Rodrigo salió precipitadamente para dar las órdenes de retirar el cadáver, mientras que Alvar y Benadí se sentaron frente a frente y mantuvieron un profundo silencio. Finalmente, el físico con voz entrecortada se decidió a decir,

- Tendréis que perdonarme la desgarrada ceremonia que me he visto obligado a montar en vuestra presencia. Pero entendí que era la única forma de llevar mi provocación al extremo de que el propio Anwar se descubriese.

Alvar, incapaz de pronunciar una sola palabra, hizo un gesto de comprensión a su interlocutor y ambos continuaron en silencio. Cuando había pasado bastante rato, volvió Rodrigo acompañado de las fuerzas vivas de la fortaleza, que acudían a ponerse a disposición del alcaide y, cómo no, a enterarse de lo que había sucedido. Domingo, Mendo, Tello y Rodrigo tomaron asiento y guardaron silencio mientras esperaban con expectación una orden o una explicación. Finalmente, Benadí se levantó bastante recuperado de la conmoción sufrida y dirigiéndose a Alvar le pidió permiso para hablar. Cuando el gesto del alcaide pareció darle la venia, el físico comenzó:

- Las muertes de Suero y Lope Fortúnez se produjeron por un doble envenenamiento que fueron promovidos por personas distintas, por razones diferentes pero en el mismo momento.

Una de ellas ya es conocida, fue Inés, que emponzoñó la comida de los caballeros en venganza por la violación, nunca demostrada, de su hermana Constanza. Su colaborador, mi criado Sanchillo, ya ha sido castigado y está recuperándose para abandonar el alfoz.

A Benadí se le notaba cansado y todos se percataron de que aquellas explicaciones le estaban costando un gran esfuerzo,

- El segundo envenenamiento lo motivó mi colega Anwar que todos habéis conocido. Alcanzar la convicción de que fue así me costó mucho tiempo y empeño. Lo conseguí al analizar ciertos comportamientos a los que inicialmente no preste atención debido a mi ocupación en descubrir el primer crimen, el cometido por Inés. Cuando éste quedó al descubierto, tuve tiempo para pensar y, lo que fue más importante, Anwar se confió, me contó muchos de sus pensamientos y llegó a proponerme que me fuera con él a Zaragoza. Ese fue el desencadenante que me obligó a repasar todos aquellos insignificantes sucesos aislados e inconexos. Al final, establecí una hipotética actuación de Anwar para cometer su atentado, pero no tenía ni una sola prueba. Por eso, hoy le he acorralado en presencia de las autoridades de la fortaleza para que estallase y se descubriera a sí mismo, como así ha ocurrido.

El físico se tomó un momento de respiro. Fijó su mirada en todos y cada uno de sus oyentes y comprobó la tensión con que atendían a sus explicaciones,

- Creo que las cosas sucedieron de la siguiente forma. Anwar y su hermano Kamal tenían un próspero comercio en Zaragoza.

Kamal traficaba con especias y Anwar actuaba como boticario. Sus competidores se confabularon con Suero y Lope, que estaban en la ciudad, para conseguir el hundimiento del negocio de ambos hermanos. Cuando lo consiguieron, Kamal no pudo soportar la quiebra de su negocio y se suicidó, en tanto Anwar, impulsado por el odio, se prometió vengar la muerte de su hermano en las personas de los dos caballeros castellanos. Con ese fin se dirigió a Burgos, pero en algún punto del camino, posiblemente en Briviesca, debió enterarse del escándalo que habían protagonizado los caballeros Fortúnez y de que habían sido extrañados a este castillo.

De nuevo detuvo el físico su narración, pero esta vez se dirigió a la puerta y asomándose al exterior pidió que le trajeran una jarra con agua y unas copas. Cuando ese servicio fue aportado, Benadí bebió con fruición. Se entretuvo un momento mientras buscaba un pañuelo entre sus vestiduras para secarse la boca y el sudor que comenzaba a aparecer en sus sienes. Una vez repuesto, continuó:

- Inmediatamente, debió interesarse por las personas que habitábamos este castillo y debió surgir mi nombre. En realidad, Anwar y yo fuimos compañeros de estudios cuando éramos muy jóvenes, después nunca más volví a tener contacto con él, hasta ahora. Con la excusa de verme y de descansar camino a un monasterio de León, mi colega se desvió considerablemente de su ruta inicial y llegó aquí a la vez que Suero y que Lope. Pronto se le presentó la oportunidad de satisfacer sus intenciones, la guarnición salía de descubierta y esos dos caballeros estarían solos.

El físico se secó de nuevo el sudor que perlaba su frente y, con un gesto decidido, se desprendió del sobretodo que llevaba y lo dejó sobre uno de los sillones. Volvió a contemplar a su auditorio y, esta vez, con una ligera sonrisa, continuó,

- Anwar se las ingenió para relacionarse con Suero y Lope que o no lo conocían, o no lo recordaban. Sabiendo el espíritu comercial de aquellos caballeros, les debió proponer algún tipo de negocio referido a los licores, algo así como que él podría producirlos en Zaragoza y ellos venderlos en Castilla con grandes beneficios. Para finalizar su propuesta, les propuso una degustación mientras comían. Con ese fin, Anwar fue a mi sala de trabajo, tomó una botella de licor de endrinas que yo tenía preparada y que algunas de vuestras mercedes han degustado, la emponzoñó y se la sirvió a los caballeros durante la comida. No sé si mi colega los acompañó mientras comían o salió hasta que el veneno hubo hecho efecto.

El físico se detuvo un momento para tomar aliento y continuó.

- Tengan vuestras mercedes presente que toda aquella planta del edificio estaba desierta por ausencia de los caballeros de la guarnición. Lo cierto es que cuando los dos caballeros habían fallecido, lo cual debió suceder con suma rapidez debido a la acción de las dos ponzoñas, la de la comida y la de la bebida, limpió el licor de las copas con ayuda del vino de la comida, y los restos de su crimen, incluida la botella de licor emponzoñada, los arrojó a la chimenea.

Visiblemente cansado, Benadí se derrumbó en un sillón y cerró los ojos durante un momento. Su auditorio se mantuvo en un silencio tan



respetuoso como expectante.

- Claro, una vez consumado el acto que lo había traído al Picón de Lara, Anwar sólo pensó en escapar. Sólo la prohibición de la salida del personal del castillo evitó una fuga inmediata. Aún así, se las ingenió para bajar a la villa y preparar una fuga algo más disimulada. En esas circunstancias corrió por toda la fortaleza la noticia de que la asesina de los caballeros había sido descubierta y se había suicidado. Eso hizo que mi colega se confiase y me presentase una nueva cara que, hasta ese momento, había permanecido oculta. Me criticó con dureza las costumbres y las actuaciones de los castellanos, me recriminó por lo que él consideraba mi alejamiento de la ortodoxia del Islam y, por fin, me propuso que me fuera con él a Zaragoza.

Casi sin aliento, el físico se propuso terminar su exposición,

- Todo ello me obligó a replantearme mi relación con él y a analizar todos los acontecimientos inexplicables que acompañaron su paso por nuestro castillo y que yo había ido descubriendo. El resultado fue que llegué a la convicción de que había cumplido su venganza, aunque carecía de pruebas. Por ello, lo llevé ante el alcaide y lo acorralé con unas preguntas que no pudo responder y que lo fueron alterando tanto que terminó arrojándose por la ventana. La justicia está satisfecha.

Los murmullos que acompañaron el final de la narración se fueron extendiendo lentamente por la habitación, por el resto del castillo, después alcanzó a todo el territorio del alfoz, llegó con inusitada rapidez a Burgos, se difundió escandalosamente por toda Castilla y su contenido terminó dispersándose por todo el

reino de León y por los restantes territorios cristianos y sarracenos. El crimen de Lara se convirtió así en un talismán capaz de consagrar la justicia frente al delito. Los juglares y los trovadores pronto esparcieron tan instructiva historia que, de esa manera, llegará a las futuras generaciones en forma de romances.

# FIN

---

[1] El alfoz era el territorio que rodeaba una villa y que se encontraba bajo la jurisdicción de su concejo.

[2] Los alodios eran tierras cedidas en propiedad por el señor, con o sin documento escrito, a cambio de trabajo y lealtad

[3] La aceifa consistía en un ataque sorpresa de los musulmanes contra un asentamiento cristiano.

[4] Este nombre parece que deriva de las hacinas o montones de cadáveres sarracenos que quedaron en el campo de batalla.

[5] Al-Nasir significa el victorioso.

[6] El califato de Córdoba creó tres marcas defensivas: la Marca Menor para defenderse de los gallegos y de los astures, la Marca Media contra los leoneses y los castellanos y la Marca Mayor, con capital en Zaragoza, como protección de los

ataques de aragoneses.

[7] En esta obra se emplea el calendario juliano, que era el que estaba en vigor en esa fecha.

[8] Hasta la Edad Contemporánea los médicos fueron también conocidos como físicos.

[9] El atanor era el horno que usaban los alquimistas.

[10] El *hakim* era un árabe médico o ilustrado en medicina y ciencias.

[11] Un sura es cada uno de los capítulos en que se divide el Corán

[12] Se refiere a la batalla de Simancas, celebrada los días 1 y 2 de agosto de 939 y que fue precedida por un eclipse solar.

[13] *Assalam alaikum* puede traducirse por la paz sea contigo.

[14] *Rumí* es el nombre que le daban los musulmanes a los cristianos.

[15] El pitancero era el encargado de cubrir todas las necesidades de los castellanos, en particular su alimentación.

[16] La hierbabuena es la menta.

[17] Hermes Trismegisto (Hermes tres veces grande), personaje mítico formado por la yuxtaposición del dios egipcio Dyehuty, el griego Hermes y el bíblico Abraham. Está fuertemente vinculado al ocultismo y a la alquimia.

[18] La matalahúva es simplemente anís.

[19] Los miolos eran dulces hechos con el migajón del pan, convenientemente endulzado y relleno.

[20] El capillo o pilo era un gorro utilizado por las damas en el siglo X. Actualmente se usa para los niños de pecho.

[21] La albacara era un patio amurallado de la fortaleza.

[22] El lanzón era una lanza corta con la punta ancha y fuerte. Se consideraba una pica pequeña.

[23] La moharra es el nombre que se le daba a la punta de la lanza y al cubo con que se fija al asta.

[24] El condestable era el jefe de la milicia.

- [25] Būrah era el nombre persa del bórax.
- [26] Tierra ocupada y explotada después de haber sido conquistada.
- [27] La milla empleada es la romana: 1 milla = 1,48 km. La legua castellana no se estableció hasta el siglo XVI.
- [28] El péndulo fue una técnica de tortura empleada en la Edad Media. Solía ser la primera aplicada. Se ataba las manos del penado a la espalda y tirando de esa ligadura se izaba al condenado con la consiguiente dislocación de sus articulaciones.
- [29] Pruebas a las que eran sometidos los acusados para averiguar su culpabilidad o inocencia.
- [30] Actualmente es una población de Turquía que se conoce como Amasya y está situada al norte de la península de Anatolia
- [31] Nicodemia estaba situada en la costa del mar de Mármara, actualmente la ciudad se llama Izmit.
- [32] Juez musulmán.
- [33] Senescal, elevado funcionario del condado y jefe administrativo de éste.
- [34] Una aljuba era la túnica que hacía las veces de sobretodo.
- [35] El natrón es una sal que en química se conoce como nitrato sódico.
- [36] La *shahada* es el credo musulmán: "No hay más dios que Alá y Mahoma fue su profeta"
- [37] Ars es la oración vespertina recitada por los musulmanes practicantes.